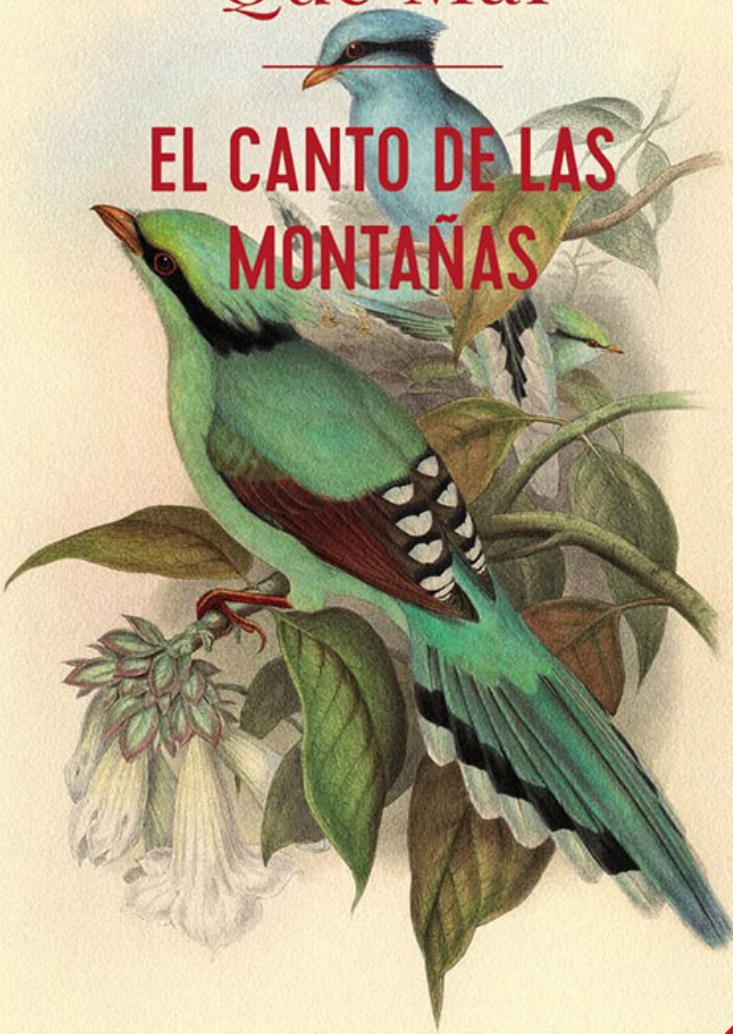
Nguyễn Phan Quế Mai

EL CANTO DE LAS MONTAÑAS



El canto de las montañas cuenta una historia envolvente, que discurre a través de varias generaciones de la familia Tran, con el telón de fondo de la guerra de Vietnam. Tran Diệu Lan, nacida en 1920, se vio obligada a huir de las tierras de su familia con cinco de sus seis hijos durante la reforma agraria, cuando el gobierno comunista se hizo con el poder en el norte del país. Años más tarde, en Hanói, su joven nieta, Hương, alcanza la madurez mientras sus padres y sus tíos avanzan por la senda Ho Chi Minh para luchar en un conflicto que desgarró no solo a su querido país sino también a su familia.

El canto de las montañas, primera novela publicada en español de la reputada poeta vietnamita Nguyễn Phan Quế Mai, es un relato vivo y apasionante, impregnado del lenguaje y de las tradiciones de Vietnam. Ilumina el coste humano de este conflicto desde el punto de vista del propio pueblo vietnamita, a la vez que nos muestra el verdadero poder de la bondad y la esperanza.

Nguyễn Phan Quế Mai

El canto de las montañas

Título original: *The Mountains Sing: A novel*
Nguyễn Phan Quế Mai, 2020
Traducción: Carmen Francí Ventosa, 2021

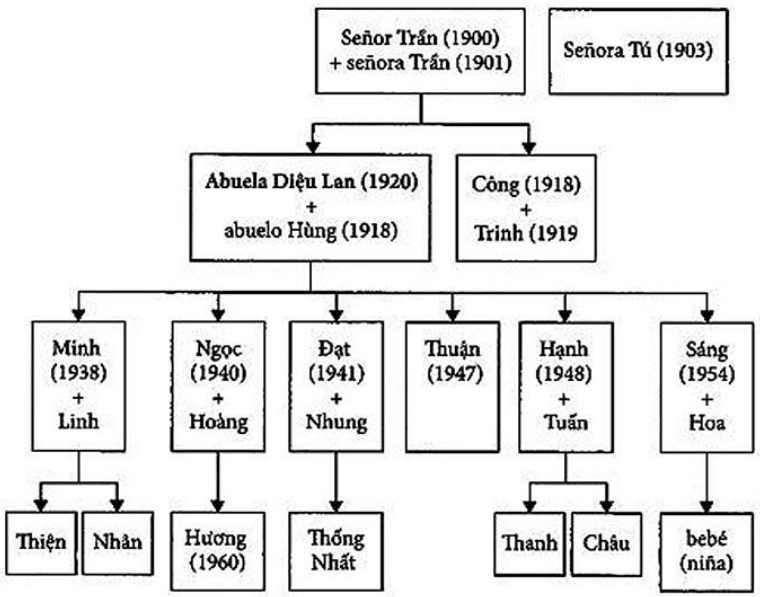
-

Revisión: 1.0
06/11/2021

Para mi abuela, que murió en la gran hambruna;
para mi abuelo, que falleció por culpa de la reforma agraria;
para mi tío, cuya juventud consumió la guerra de Vietnam.
Para los millones de personas, vietnamitas y no
vietnamitas, que perdieron la vida en la guerra.
Ojalá nuestro planeta no vuelva a ver otro conflicto
armado.

Esta novela es una obra de ficción. Aunque los hechos históricos son reales, los nombres, personajes y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas vivas o muertas es mera coincidencia.

ÁRBOL GENEALÓGICO DE LA FAMILIA TRẦN



Las montañas más altas

Hanói, 2012

Mi abuela me decía que, cuando mueren, nuestros antepasados no desaparecen, sino que siguen protegiéndonos. Y ahora siento que ella me protege mientras enciendo una cerilla y prendo una varilla de incienso. En el altar de los antepasados, detrás de la campana de madera y de las bandejas de comida humeante, los ojos de mi abuela brillan cuando la llama de color azul anaranjado prende el incienso. Agito la varilla para apagarla y, al tiempo que se consume sin llama, las espirales de humo y el aroma ascienden hacia el Cielo, llamando al espíritu de los muertos para que regresen.

—*Bà* ơi —susurro, alzando el incienso por encima de la cabeza. Entre la niebla que difumina la frontera entre nuestros dos mundos, la abuela me sonríe.

—Te echo de menos, abuela.

Una ráfaga de viento entra por la ventana y me acaricia el rostro, tal como hacía mi abuela.

—Hương, querida nieta. —Los árboles que crecen junto a la ventana susurran sus palabras—. Estoy aquí contigo, siempre estoy contigo.

Coloco la varilla en el tazón situado delante del retrato de mi abuela. Sus suaves rasgos brillan con el perfume del incienso. Contemplo las cicatrices de su cuello.

—¿Te acuerdas de lo que te dije, querida? —murmura su voz entre las ramas incansables—. Los retos que los vietnamitas han

tenido que afrontar a lo largo de su historia son tan altos como las más altas montañas. Si nos detenemos demasiado cerca, no podemos ver las cumbres. Si nos alejamos de las corrientes de la vida, podremos tener una visión completa…

Rojo sobre blanco

Hanói, 1972-1973

La abuela me da la mano mientras caminamos en dirección al colegio. El sol es como una gran yema de huevo que se asoma entre una hilera de casas con tejado de hojalata. El cielo es tan azul como la falda favorita de mi madre. Me pregunto dónde estará. ¿Habrá encontrado a mi padre?

Me sujeto el cuello de la chaqueta mientras el viento se abre paso y arremolina una nube de polvo. La abuela se inclina y me pone un pañuelo sobre la nariz. Mi mochila del colegio le cuelga del brazo y se tapa la cara con la palma de la mano.

Volvemos a ponernos en marcha en cuanto se disipa el polvo. Por mucho que me esfuerce, no oigo cantar a los pájaros. Busco, pero no encuentro ni una sola flor a lo largo del camino. No hay hierba a nuestro alrededor, solo montones de ladrillos rotos y metal retorcido.

—Guayaba, ten cuidado. —La abuela tira de mí para alejarme del cráter de una bomba. Me llama por mi apodo, Guayaba, para protegerme de los malos espíritus que, según ella cree, rondan la tierra en busca de niños hermosos para secuestrarlos. Dice que mi nombre verdadero, Hương, que significa 'fragancia', los atraería.

—Cuando vuelvas a casa tendrás tu comida favorita, Guayaba —me dice la abuela.

—¿Sopa *phở* con fideos? —La felicidad hace que me salte un escalón.

—Sí… Los ataques aéreos no me han dejado cocinar, pero ahora está todo en calma, así que vamos a celebrarlo.

Antes de que pueda contestar, una sirena rompe nuestro momento de paz. Una voz femenina grita desde un altavoz atado a un árbol.

—¡Atención, ciudadanos! ¡Atención, ciudadanos! Se acercan los bombarderos americanos a Hanói. Están a cien kilómetros de distancia.

—¡*Ôi trời đất ơi*! —La abuela invoca al Cielo y a la Tierra. Corre tirando de mí. Ríos de gente salen de las viviendas como si fueran hormigas huyendo de un hormiguero destrozado. A lo lejos, desde lo alto de la ópera de Hanói, aúllan las sirenas.

—Por aquí. —La abuela corre hacia un refugio antiaéreo excavado al borde del camino. Tira de la pesada tapa de hormigón.

—¡No hay sitio! —grita una voz desde abajo. En el interior del agujero redondo, en el que solo cabe una persona, hay un hombre medio arrodillado. El agua fangosa le llega hasta el pecho.

La abuela se apresura a cerrar la tapa. Tira de mí hacia otro refugio.

—¡Atención, ciudadanos! ¡Atención, ciudadanos! Los bombarderos americanos se aproximan a Hanói. Están a sesenta kilómetros de distancia. Las fuerzas armadas se disponen a rechazarlos. —La voz femenina parece más imperiosa. Las sirenas son ensordecedoras.

Vamos refugio tras refugio, pero están todos llenos. Delante de nosotras, la gente se precipita de un lado a otro como pájaros con las alas rotas, abandonando bicicletas, carros, bolsos. Una niña pequeña, sola, llama a gritos a sus padres.

—¡Atención, ciudadanos! ¡Atención, ciudadanos! Los bombarderos americanos se acercan a Hanói. Están a treinta kilómetros de distancia.

Aturdida por el miedo, tropiezo y me caigo.

La abuela me levanta. Tira mi mochila del colegio a un lado de la calle y se agacha para que me suba a su espalda. Me sujeta las piernas con las manos y echa a correr.

Un ruido ensordecedor se aproxima; se oyen explosiones lejanas. Me agarro a los hombros de la abuela con manos sudorosas, aplasto la cara contra su cuerpo.

—¡Atención, ciudadanos! ¡Atención, ciudadanos! Se acercan más bombarderos americanos a Hanói. Están a cien kilómetros de distancia.

—Corred al colegio, no van a bombardearlo —grita la abuela a un grupo de mujeres que cargan con niños en brazos o a la espalda. A los cincuenta y dos años, la abuela es fuerte. Pasa corriendo junto a las mujeres y se pone a la altura de las que van delante. Entre sacudidas presiono la cara contra su largo cabello negro, que huele como el de mi madre. Mientras pueda olerlo estaré a salvo.

—Hương, corre conmigo. —La abuela se acuclilla delante de mi colegio, jadeando. Tira de mí hacia el patio y se mete en un refugio vacío situado junto a un aula. Me deslizo a su lado y el agua me llega hasta la cintura; me agarra con manos heladas. Hace un frío horrible. Estamos a principios del invierno.

La abuela se incorpora para cerrar la tapa. Me abraza y el latido de su corazón palpita en mi sangre. Agradezco a Buda que nos haya dado este refugio en el que cabemos las dos. Tengo miedo por mis padres, que están en el frente. ¿Cuándo volverán? ¿Habrán visto al tío Đạt, al tío Thuận, al tío Sáng?

Las explosiones se acercan. El suelo se mece como si fuera una hamaca. Me tapo los oídos con las palmas de las manos.

El agua sube de golpe, me moja la cara y el pelo, me nubla la vista. El polvo y las piedras se cuelan por una pequeña hendidura y me caen en la cabeza. Se oye el fuego antiaéreo. Hanói devuelve el ataque. Más explosiones. Sirenas. Gritos. Intenso olor a quemado.

La abuela se lleva las manos al pecho.

—*A Di Đà Phật, Nam Mô Quan Thế Âm Bồ Tát*. —De sus labios sale un torrente de plegarias a Buda. Cierro los ojos y la imito.

Las bombas siguen rugiendo. Sobreviene un minuto de silencio. Un ruido estridente. Me encojo de miedo. Una tremenda explosión nos impulsa hacia la tapa del refugio. El dolor me oscurece los ojos.

Aterrizo con los pies sobre la barriga de la abuela. Tiene los ojos

cerrados, las manos parecen una flor de loto en su pecho. Reza mientras el ruido atronador desaparece y se elevan los gritos de la gente.

—Abuela, tengo miedo.

Tiene los labios azules, tiembla de frío.

—Ya lo sé, Guayaba… Yo también tengo miedo.

—Abuela, si bombardean el colegio, ¿se… se hundirá este refugio?

Se agita en el reducido espacio y me atrae hacia sus brazos.

—No lo sé, cariño.

—¿Si se cae moriremos, abuela?

Me abraza con fuerza.

—Guayaba, si bombardean el colegio, quizá el refugio se nos caiga encima, pero solo moriremos si Buda lo consiente.

No morimos aquel día de noviembre de 1972. Después de que las sirenas anunciaran el final del bombardeo, la abuela y yo salimos, temblando como hojas, y avanzamos tambaleantes por la calle. Se habían derrumbado varios edificios, los escombros cubrían el camino. Reptamos tosiendo por montones de cascotes. Los ojos me ardían con las espirales de humo y polvo.

Agarré con fuerza la mano de la abuela mientras contemplaba a las mujeres que se arrodillaban y aullaban junto a los muertos cuyos rostros habían cubierto con ajadas alfombrillas de paja. Las piernas de los cadáveres nos apuntaban. Piernas mutiladas, cubiertas de sangre. De una piernecita colgaba un zapato rosa. La niña muerta tendría mi edad.

Empapada, cubierta de barro, la abuela tiró de mí, cada vez más deprisa, y pasamos junto a trozos humanos dispersos, casas derruidas.

Sin embargo, al lado de la sombra del *bàng*, nuestra casa se alzaba bajo un sol glorioso e incoherente. Había escapado de milagro. Solté la mano de la abuela y corrí hacia la puerta de entrada.

La abuela me ayudó a cambiarme a toda prisa y me metió en la cama.

—Quédate en casa, Guayaba. Baja si vuelven los aviones —dijo, señalando el refugio antiaéreo que mi padre había excavado en el suelo, junto a la entrada del dormitorio. El refugio era lo bastante grande para las dos y estaba seco. Prefería refugiarme ahí, bajo la atenta mirada de mis antepasados, cuya presencia irradiaba el altar familiar situado en lo alto de la estantería.

—Pero… ¿adónde vas, abuela? —pregunté.

—A mi colegio, a ver si mis alumnos necesitan ayuda. —Me arropó con nuestra fina manta.

—Abuela, es peligroso…

—Está a dos manzanas, Guayaba. Volveré corriendo en cuanto oiga la sirena. ¿Me prometes que te quedarás aquí?

Asentí.

La abuela se dirigió a la puerta de la casa, pero volvió a mi cama. Me calentó el rostro con la mano.

—¿Me prometes que no saldrás a curiosear?

—*Châu hứa* —contesté con una sonrisa para tranquilizarla. Nunca me dejaba ir sola a ningún sitio, ni siquiera durante los meses sin bombardeos. Siempre había temido que me perdiera. Me preguntaba si mi tía y mis tíos tendrían razón cuando afirmaban que la abuela me sobreprotegía porque sus hijos habían sufrido cosas terribles.

Cuando la puerta se cerró a su espalda, me levanté y cogí un cuaderno. Mojé la plumilla en el tintero.

«Queridos mamá y papá», escribí, empezando una nueva carta para mis padres sin dejar de preguntarme si les llegaría alguna vez. Se desplazaban con las tropas y no tenían dirección fija.

Estaba leyendo otra vez *Bạch Tuyết* và *bảy chú lùn*, inmersa en el mundo mágico de Blancanieves y sus amigos, los siete enanitos, cuando la abuela volvió a casa con mi mochila del colegio colgada del brazo. Le sangraban las manos, heridas al haber intentado

rescatar a las personas enterradas bajo los cascotes. Me atrajo hacia su pecho y me abrazó con fuerza.

Esa noche, me deslicé bajo nuestra manta mientras escuchaba las oraciones de la abuela y el rítmico sonido de la campana de madera. Rezaba para que Buda y el Cielo terminaran con la guerra. Rezaba para que mis padres y tíos regresaran sanos y salvos. Cerré los ojos y me sumé a sus oraciones. ¿Estaban vivos mis padres? ¿Me echaban tanto de menos como yo a ellos?

Queríamos quedarnos en casa, pero una notificación urgente de las autoridades ordenó a los ciudadanos que evacuáramos Hanói. La abuela tenía que guiar a sus alumnos y a sus familias a un lugar remoto en las montañas, donde seguiría impartiendo clases.

—Abuela, ¿adónde vamos? —pregunté.

—A un pueblo que se llama Hòa Bình. Allí no podrán encontrarnos las bombas, Guayaba.

Me pregunté quién habría elegido un nombre tan bonito para un pueblo. *Hòa Bình* eran las palabras que llevaban en las alas las palomas pintadas en las paredes de mi colegio. *Hòa Bình* en mis sueños era de color azul, el color del regreso a casa de mis padres. *Hòa Bình* significaba algo sencillo, intangible y valiosísimo: 'paz'.

—¿Está muy lejos ese pueblo, abuela? ¿Cómo vamos a ir?

—Andando. Está solo a cuarenta y un kilómetros. Si vamos juntas, podremos hacerlo, ¿no crees?

—¿Y la comida? ¿Qué comeremos?

—No te preocupes. Los campesinos nos darán comida. En momentos de crisis la gente es buena —contestó con una sonrisa—. ¿Me ayudas a hacer el equipaje?

Mientras nos preparábamos para el viaje, la voz de la abuela se elevó en una canción. Tenía una voz preciosa, igual que mi madre. Se divertían inventando canciones tontas, cantando y riendo. Cuánto echaba de menos aquellos momentos tan felices. Cuando la abuela cantaba, los grandes campos de arroz abrían sus brazos verdes para recibirme, las cigüeñas me llevaban en sus alas, los ríos me arrastraban con la corriente.

La abuela extendió un pañuelo. Apiló nuestra ropa en el centro y

añadió mi libreta, la pluma, el tintero y el material que ella empleaba para dar clase. Puso encima de todo la campana de rezos y luego ató las esquinas opuestas para hacer un hatillo que pudiera echarse al hombro durante el viaje. Del otro se colgó un largo tubo hecho con una caña de bambú, lleno de arroz crudo. Había preparado ya mi mochila del colegio con agua y comida para el camino.

—¿Cuánto tiempo estaremos fuera, abuela?

—No lo sé, quizá un par de semanas.

Me planté delante de la estantería y pasé las manos por el lomo de los libros. Cuentos de hadas vietnamitas. Cuentos rusos. *La bija del vendedor de pájaros*, de Nguyễn Kiên, *La isla del tesoro*, de un autor extranjero cuyo nombre no sé pronunciar.

La abuela se echó a reír al ver el montón de libros que tenía en la mano.

—No podemos llevarnos tantos libros, Guayaba. Elige uno. Cuando lleguemos, pediremos alguno prestado.

—¿Pero la gente del campo lee libros, abuela?

—Mis abuelos eran campesinos, ¿no te acuerdas? Tenían todos los libros que puedas imaginar.

Repasé de nuevo la estantería y me decidí por una novela de Đoàn Giỏi, *La tierra y los bosques del sur*. A lo mejor mi madre había llegado a *miền Nam*, las tierras del sur, y allí quizá habría encontrado a mi padre. Quería conocer mejor una zona de la que los franceses nos habían separado y ahora ocupaban los estadounidenses.

La abuela pegó una nota en la puerta en la que decía a mis padres y mis tíos que, si volvían, podían encontrarnos en Hòa Bình. Toqué la puerta de la casa antes de marchar. Sentí las risas de mis padres y de mis tíos a través de las yemas de los dedos. Ahora, pasados los años, cuando pienso en aquel momento, me pregunto qué habría cogido si hubiera sabido lo que iba a pasarnos. Quizá la foto en blanco y negro de mis padres del día de su boda. Pero también sé que cuando se está cerca de la muerte no queda tiempo para la nostalgia.

En el colegio de la abuela nos reunimos con un grupo de maestros, alumnos y sus familias. Algunos llevaban bicicletas

cargadas de equipaje y salimos caminando mezclados con la masa de gente que se alejaba de Hanói. Todo el mundo iba vestido de oscuro y las partes metálicas de los vehículos estaban cubiertas para evitar el reflejo del sol por temor a atraer a los bombarderos. Nadie hablaba, solo se oían los pasos y, de vez en cuando, el llanto de los bebés. El terror y la preocupación hacían mella en el rostro de la gente.

Yo tenía doce años cuando empezamos esta marcha de cuarenta y un kilómetros. El viaje fue difícil, pero la mano de la abuela calentaba la mía cuando el frío viento nos azotaba. Para que no pasara hambre, la abuela me daba su comida, haciéndome creer que no quería más. Cantaba incontables canciones para calmarme. Cuando me cansaba, cargaba conmigo y su largo cabello me envolvía el rostro. Me envolvía con su chaqueta cuando lloviznaba. Cuando por fin llegamos al pueblo de Hòa Bình, situado en un valle y rodeado de montañas, la abuela tenía los pies cubiertos de ampollas y de sangre.

Nos alojamos con dos ancianos campesinos, el señor y la señora Tùng, que nos permitían dormir en el suelo de su cuarto de estar; su casa era pequeña y no había otro sitio. El primer día que pasamos en Hòa Bình, la abuela encontró un sendero bien trazado que subía haciendo zigzag por la montaña más cercana hasta una cueva. Algunos lugareños habían elegido la cueva como refugio contra los bombardeos; la abuela decidió que teníamos que ver dónde estaban. Aunque el señor Tùng sostenía que los estadounidenses no bombardearían el pueblo, la abuela y yo dedicamos el día siguiente a subir y bajar por el sendero tantas veces que, al final, tenía la sensación de que me habían dado martillazos en las piernas.

—Guayaba, tenemos que ser capaces de subir incluso de noche y a oscuras —dijo la abuela, dentro de la cueva, resoplando y jadeando —. ¿Me prometes que no te apartarás de mí?

Contemplé las mariposas que revoloteaban por la entrada. Me moría de ganas de explorar la zona. Había visto que los niños del pueblo se bañaban desnudos en un estanque, cabalgaban en búfalos de agua por los campos embarrados y trepaban por los árboles en busca de nidos. Quería pedir a la abuela que me dejara ir con ellos,

pero me miraba con una expresión tan preocupada que asentí.

Cuando nos instalamos en nuestro hogar provisional, la abuela le dio a la señora Tùng nuestro arroz y algo de dinero y la ayudamos a preparar la comida cogiendo verduras de la huerta y lavando los platos.

—Ah, eres de gran ayuda —dijo la señora Tùng, y tuve la sensación de que crecía un poco. Aunque su casa era diferente, en cierto modo era muy parecida a la mía de Hanói, con las ventanas selladas con papel negro para impedir que los bombarderos americanos vieran signos de vida por la noche.

Recuerdo la figura grácil de la abuela dando clases en el patio del templo del pueblo. Los alumnos se acuclillaban en el suelo de tierra con el rostro resplandeciente. No daba por terminada la clase hasta que les enseñaba una de sus canciones.

—La guerra quizá destruya nuestras casas, pero no puede destruir nuestro espíritu —dijo la abuela. Sus alumnos y yo empezamos a cantar con tanto entusiasmo que se nos quebró la voz y sonamos como las ranas que se sumaban a nuestro canto desde los campos de arroz cercanos.

La tierra y los bosques del sur es una novela situada en 1945 y tiene un principio fascinante. El sur se presenta como un territorio frondoso y rico, poblado por gente feliz y generosa. Los personajes comían serpientes y ciervos, cazaban cocodrilos y recolectaban miel en las densas selvas de los manglares. Subrayaba las palabras complicadas y los exóticos términos del sur, y la abuela me los explicaba cuando tenía tiempo. Lloraba con An, que había perdido a sus padres al huir de los crueles soldados franceses. Me preguntaba por qué los ejércitos extranjeros invadían nuestro país una y otra vez. Primero fueron los chinos, luego los mongoles, los franceses y los japoneses, y ahora eran los imperialistas americanos.

Mientras escapaba en un viaje imaginario hacia el sur, las bombas caían en Hanói, el corazón de nuestro norte. Día o noche, en cuanto se oía un gong, la abuela me agarraba de la mano y tiraba de mí hacia la montaña. Tardábamos treinta minutos en subir y no me dejaba descansar. Cuando llegábamos a la cueva, los pájaros

metálicos gigantes atronaban por encima de nosotros. Yo me abrazaba a la abuela, agradecida por tener aquella cueva que, sin embargo, al mismo tiempo, odiaba: desde allí se veía mi ciudad envuelta en llamas.

Una semana después de nuestra llegada, un avión estadounidense, tras recibir un proyectil, consiguió seguir volando envuelto en llamas hasta las cercanías de Hòa Bình, donde el piloto saltó en paracaídas. Otros aviones rondaron por la zona para intentar rescatarlo. Mucho después salimos de la cueva de la montaña y encontramos fragmentos desgarrados de cuerpos humanos por el serpenteante camino de la montaña. La abuela me tapó los ojos cuando llegamos a un bosquecillo del que colgaban tripas humanas.

Pasamos junto al templo del pueblo, destrozado. Los sonidos de la conmoción llegaron a nosotras y, poco después, vimos un grupo de gente que abría paso a un hombre blanco. Vestido con un mono verde y sucio, el hombre llevaba las manos atadas a la espalda. Tenía la cabeza inclinada, pero era más alto que todos los que lo rodeaban. La sangre le corría por el rostro y tenía el pelo rubio salpicado de barro. Tres soldados vietnamitas caminaban tras él con sus grandes armas apuntando la espalda del hombre blanco. En el brazo derecho del hombre, los colores rojo, blanco y azul de una pequeña bandera de los Estados Unidos me abrasaron los ojos.

—*¡Giết thằng phi công Mỹ. Giết nó đi, giết nó!* —gritó alguien de repente.

—¡Matadlo! ¡Matad a ese piloto hijo de puta! —rugió la multitud expresando su apoyo.

Cerré los puños con fuerza. Aquel hombre había bombardeado mi ciudad. La agresión de su país me había arrebatado a mis padres.

—Mi familia entera ha muerto por tu culpa. ¡Muere! —chilló una mujer mientras tiraba una piedra al americano. Parpadeé cuando la piedra lo golpeó en el pecho.

—¡Alto! —gritó uno de los soldados. La abuela, con otras personas, se precipitó hacia la mujer que sollozaba, la estrechó en sus brazos y se la llevó lejos.

—Hermanos, hermanas: se hará justicia —dijo el soldado a la multitud—. Por favor, tenemos que llevarlo a Hanói.

Miré al piloto cuando pasó por mi lado. No había dicho nada cuando le había dado la piedra; se había limitado a inclinar más la cabeza. No estoy segura, pero me pareció ver que le caían lágrimas por el rostro y se mezclaban con la sangre. La multitud lo siguió, gritando y aullando, y me estremecí, preguntándome qué les pasaría a mis padres si se encontraban frente a frente con el enemigo.

Para ahuyentar el miedo me sumergía en el libro y este, además, me acercaba a mis padres. Olía el aroma de los bosques de manglares, percibía la brisa procedente de los ríos llenos de peces y tortugas. Al parecer, en el sur abundaba la comida. El alimento ayudaría a mis padres a sobrevivir si conseguían llegar a su destino. Pero me preguntaba si el sur seguiría siendo tan fértil a pesar de la presencia estadounidense. Parecían destrozarlo todo a su paso.

Cuando me acercaba a las últimas páginas, contuve el aliento. Quería que An encontrara a sus padres pero, en lugar de ello, se sumó a la guerrilla del Viet Minh para luchar contra los franceses. Le dije que no lo hiciera, pero el chico subió de un salto a un sampán, se alejó remando y desapareció en el espacio en blanco que se extendía tras la última palabra de la novela.

—An debería haberse esforzado más en encontrar a sus padres —dije a la abuela, apartando el libro.

—Bueno, durante la guerra la gente se vuelve patriota, está dispuesta a sacrificar su vida y a su familia por la causa común —dijo, levantando la mirada de mi camisa rota, que estaba zurciendo.

—Hablas como mis profesores. —Recordé las múltiples lecciones que había recibido sobre los niños que se comportaban como héroes por morir llevando bombas contra los soldados franceses o estadounidenses.

—¿Quieres saber lo que pienso? —preguntó la abuela inclinándose hacia mí—. No soy partidaria de la violencia. Nadie tiene derecho a arrebatar la vida a otro ser humano.

Hacia mediados de diciembre, circuló el rumor de que ya era seguro volver a casa; que el presidente de Estados Unidos, Nixon, haría una tregua para disfrutar las Navidades. La gente salió de sus escondrijos y se congregó en los caminos para regresar a la capital. Los que podían permitírselo alquilaban un búfalo, un carro tirado por vacas o una plaza en un camión. Quienes no tenían dinero recorrían todo el camino andando.

No nos fuimos con ellos. La abuela pidió a sus alumnos y a sus familias que no se movieran. Debió de decírselo Buda. El 18 de diciembre de 1972 vimos desde el interior de la cueva de la montaña cómo nuestra ciudad se convertía en una bola de fuego.

A diferencia de los ataques anteriores, los bombardeos no cesaron. Siguieron durante todo el día y la noche siguientes. Al tercer día, la abuela y otros adultos se aventuraron a salir para coger agua y comida. La abuela tardó mucho en volver y regresó con el señor y la señora Tùng. Mientras la señora Tùng gemía porque le dolían las rodillas, el señor Tùng nos contó que los americanos estadounidenses estaban utilizando contra Hanói su arma más poderosa: los bombarderos B-52.

—Dicen que quieren bombardearnos hasta hacernos volver a la edad de piedra —nos dijo, apretando los dientes—. No vamos a permitírselo.

Hanói ardió y las bombas cayeron durante doce días y doce noches. Cuando por fin terminaron los bombardeos, el silencio era tan completo que se oía el zumbido de las abejas en las ramas de los árboles. Y como las laboriosas abejas, la abuela volvió a su clase y los campesinos regresaron a sus campos.

Una semana más tarde llegó un grupo de soldados. Uno de ellos, plantado en los escalones de lo que quedaba del templo, sonreía de oreja a oreja.

—Hemos derrotado a los malvados bombarderos —anunció, agitando el puño en alto—. Nuestras defensas han abatido ochenta y un aviones enemigos, treinta y cuatro de ellos eran B-52.

A mi alrededor se oyeron gritos de alegría. Ya era seguro volver a casa. La gente se abrazaba, llorando y riendo.

—No olvidaré nunca su generosidad —dijo la abuela a nuestros anfitriones—. *Một miếng khi đói bằng một gói khi no*: 'un bocado en la pobreza es como un plato en la riqueza'.

—*Lá lành đùm lá rách* —contestó la señora Tùng: 'las hojas intactas protegen a las que se han roto'—. Serán bienvenidas siempre que deseen regresar —dijo, estrechando la mano de la abuela.

Sonreí; me encantaban las conversaciones con proverbios. La abuela me había dicho que los proverbios eran la esencia de la sabiduría de nuestros antepasados; se habían trasmitido oralmente de generación en generación incluso antes de que existiera la lengua escrita.

Con el corazón lleno de esperanza, caminamos durante muchas horas de regreso a Hanói.

Esperaba encontrarme con la victoria, pero mirara donde mirara solo veía destrucción. Gran parte de mi hermosa ciudad había quedado reducida a escombros. Las bombas habían caído en Khâm Thiên —mi calle— y en el cercano hospital Bạch Mai, donde había trabajado mi madre, y habían matado a mucha gente. Más tarde volvería a clase y me encontraría con la ausencia de mis quince amigos.

¡Y nuestra casa! Había desaparecido. Nuestro árbol, el *bàng*, yacía sobre los escombros. La abuela cayó de rodillas. Del fondo de su cuerpo salieron unos gemidos que atravesaron el hedor de los cadáveres en descomposición y formaron un mar de pena.

Lloré con ella mientras apartábamos los ladrillos rotos y los fragmentos de hormigón. Nos sangraban los dedos buscando algo que mereciera la pena salvar. Encontramos varios de mis libros, dos de los libros de texto de la abuela y algo de arroz desperdigado. La abuela recogió todos los granos como si fueran piedras preciosas. Aquella noche, en el patio de mi colegio, nos acurrucamos para protegernos del viento con gente que también había perdido su hogar y compartimos el arroz mezclado con tierra y manchado de sangre.

Al ver entonces a la abuela, nadie podía imaginar que en otros tiempos hubiera sido considerada *cành vàng lá ngọc*: 'una hoja de jade en una rama de oro'.

Tres meses antes, cuando mi madre se preparaba para ir al frente, me contó que la abuela había nacido en una de las familias más ricas de la provincia de Nghệ An.

—Ha sufrido muchas penalidades y es la mujer más dura que conozco. No te separes de ella y no te pasará nada —dijo mi madre mientras preparaba sus cosas y las metía en una mochila verde. Mi madre era médica y se había presentado voluntaria para ir al sur y así buscar a mi padre, que se había adentrado en la selva con sus tropas y del que hacía cuatro años que no teníamos noticias—. Lo encontraré y te lo traeré de vuelta —dijo, y me lo creí, porque siempre conseguía lo que se proponía. Y aunque la abuela insistió en que era una empresa imposible e intentó detener a mi madre, no hubo manera.

Cuando mi madre se marchó, el cielo se despidió de ella llorando grandes gotas de lluvia. Mi madre asomó la cabeza del camión que se la llevaba y gritó:

—*¡Hương ơi, mẹ yêu con!*

Era la primera vez que me decía que me quería y temí que fuera la última. La lluvia nos azotó y se la tragó con su terrible boca.

Aquella noche, y durante muchas noches a partir de aquel momento, para enjugar mis lágrimas la abuela me abrió la puerta de su infancia. Sus historias me arrancaban de donde estaba y me depositaban en lo alto de la colina de Nghệ An, donde podía llenarme los pulmones con la fragancia de los campos de arroz, sumergir los ojos en el río Lam y convertirme en un punto verde en la sierra de Trường Son. En sus historias saboreaba el dulzor de las bayas de *sim*, sentía a los saltamontes en la mano y dormía en una hamaca bajo un cielo de estrellas titilantes.

Me quedé de piedra cuando la abuela me contó que su vida había estado maldita por la predicción de un adivino y cómo había sobrevivido a la ocupación francesa, la invasión japonesa, la gran hambruna y la reforma agraria.

Durante el transcurso de la guerra, las historias de la abuela nos mantuvieron vivas a mí y a mis esperanzas. Me di cuenta de que el mundo era injusto y que tenía que devolver a la abuela a su pueblo para buscar justicia, incluso venganza.

El adivino

Provincia de Nghệ An, 1930-1942

Guayaba, ¿te acuerdas de cuando paseábamos por el barrio antiguo de Hanói? Muchas veces nos deteníamos delante de una casa situada en Hàng Gai. No conocía a nadie que viviera en la calle de la Seda, pero nos deteníamos delante de la casa y atisbábamos por el portón del jardín. ¿Te acuerdas de lo bonito que era todo? Las puertas de madera tenían tallas exquisitas de flores y pájaros, los postigos lacados brillaban bajo el sol y los dragones de cerámica se erguían en las esquinas curvas del tejado. La casa era una *năm gian* tradicional con cinco secciones de madera, ¿la recuerdas? Y delante de la casa había un patio pavimentado con ladrillos rojos.

Ahora puedo contarte por qué me detenía delante de aquella casa: era igual que la de mi infancia en Nghệ An. Mientras estaba ahí plantada, contigo, casi podía oír la feliz cháchara de mis padres, mi hermano Công y la tía Tú.

Ah, me preguntas por qué nunca te conté que tenía un hermano y una tía. Ya te hablaré de ellos enseguida, pero ¿no quieres visitar primero el hogar de mi infancia?

Para ir allí tendremos que viajar trescientos kilómetros desde Hanói. Iremos por la carretera nacional, dejaremos atrás las provincias de Nam Định, Ninh Bình y Thanh Hòa. Después giraremos a la izquierda en una pagoda llamada Phú Định y cruzaremos varios pueblos antes de llegar a Vĩnh l'húc, una población situada en el norte de Vietnam. El nombre de este pueblo

es especial, Guayaba, ya que significa 'bendito para siempre'.

En Vĩnh Phúc cualquiera te guiará con sumo gusto hasta el portón del jardín de la casa familiar, la casa de los Trần. Pasearán contigo por la calle principal del pueblo, pasaréis junto a una pagoda con los extremos del tejado curvos como los dedos de una espléndida bailarina, junto a los estanques donde los niños y los búfalos se bañan y salpican. Durante el verano te quedarás boquiabierta al ver las nubes de flores de color púrpura de unos árboles llamados *xoan*, así como las flores rojas de *gạo* que flotan por el aire como barcos en llamas. Durante la temporada de la cosecha del arroz, el camino de la aldea extenderá su alfombra de paja dorada para darte la bienvenida.

En el centro del pueblo llegarás ante una gran finca rodeada de un huerto lleno de árboles frutales. Si miras a través del portón, divisarás una casa parecida a la que veíamos en la calle de la Seda, solo que más encantadora y mucho más grande. La gente que te lleve allí te preguntará si estás relacionada con la familia Trần. Si les cuentas la verdad, Guayaba, se asombrarán. Los miembros de la familia Trần han fallecido, los han asesinado o han desaparecido. Te informarán de que siete familias ocupan ese edificio desde 1955, pero ninguna de ellas es pariente nuestra.

Querida nieta, no te sorprendas tanto. ¿Entiendes por qué he decidido contarte la historia de nuestra familia? Si nuestra historia perdura, no moriremos, aunque nuestros cuerpos ya no estén aquí, en esta tierra.

En la casa de la familia Trần nací, me casé y di a luz a tu madre, Ngọc, a tus tíos Đạt, Thuận y Sáng y a tu tía Hạnh. No lo sabías, pero tengo otro hijo, Minh. Fue mi primogénito y lo quiero mucho, mucho. Pero no sé si está vivo o muerto. Me lo arrebataron hace diecisiete años y no lo he visto desde entonces.

Ya te explicaré más adelante lo que le pasó, pero primero deja que te lleve a un día de mayo de 1930, cuando yo tenía diez años.

Me despertó un ruido sordo en plena noche, rítmico y hueco.

—¿Quién hace tanto ruido a estas horas? —protesté. Me acosté del otro lado y me encontré con que la señora Tú, el ama de llaves,

roncaba a mi lado. Su nombre significa 'belleza refinada', pero, si la hubieras conocido, de entrada daba miedo. Una profunda cicatriz zigzagueaba desde su boca hasta el ojo izquierdo. En la mejilla derecha la carne se había fundido en una masa de arrugas. Pero la señora Tú no había nacido así. Años atrás, antes de que yo saliera del vientre de mi madre, un incendio había devorado la mayor parte del pueblo de Vĩnh Phúc, reducido a cenizas la casa de la señora Tú, matado a su marido y a sus dos hijos y estado a punto de acabar con ella. Mi madre la llevó a nuestra casa y la curó hasta que se recuperó. Cuando la señora Tú recobró la salud decidió quedarse y trabajar para nosotros. Con el paso de los años se convirtió en parte de la familia.

Años después, la señora Tú arriesgó la vida para salvar la mía y la de tu madre.

En todo caso, aquella madrugada la presencia de nuestra ama de llaves me calmó. Le agradecía que hubiera dejado su habitación las últimas noches para hacerme compañía.

—Despierte, tía Tú, ¿qué es ese ruido? —susurré, pero ella continuó roncando.

Los golpes se hicieron más imperiosos. Bostecé y me levanté. Tanteando en la oscuridad, encontré los zuecos de madera. Salí de mi habitación y avancé repiqueteando por el largo pasillo que rodeaba la gran sala que almacenaba las cosechas de nuestros campos. Iba tanteando con las manos. A pesar de que iba con cuidado, me di en la cabeza con el *đàn nhị* y me sobresalté con el sonido grave de las dos cuerdas. Maldije a mi hermano por colgar el instrumento musical tan bajo, como si los horribles lamentos que arrancaba de esas cuerdas no fueran suficiente. Crucé la sala de estar, donde una lámpara de queroseno lucía sobre una mesa y esparcía la luz en un sofá lacado con incrustaciones de nácar. Una plataforma de madera se alzaba sobre cuatro patas gruesas: el *phản*, un diván donde mi padre se sentaba a menudo y recibía a sus invitados. Del suelo de ladrillo al techo se elevaban los pilares macizos de madera preciosa de *lim*. En lo alto, otra lámpara de queroseno me miraba desde el altar familiar. En la pared, dos paneles lacados lucían

exquisitos poemas en *nôm*, la antigua escritura vietnamita.

Siguiendo la dirección del ruido, salí al patio delantero. Allí, bañado por la luz de la luna, mi padre alzaba una gran maza de madera sobre un mortero de piedra. Su rostro cuadrado y sus brazos musculosos brillaban de sudor. Estaba triturando arroz, pero ¿por qué no había pedido a sus empleados que lo ayudaran?

No lejos de él, mi madre, sentada en un taburete, sostenía un cedazo de bambú y aventaba el arroz triturado. Movía las manos de un lado a otro para desprender las cáscaras. Sus movimientos eran tan elegantes que, si no fuera por las cascarillas de arroz que revoloteaban, se diría que estaba bailando.

Recordé entonces una tradición familiar: mis padres siempre preparaban ellos mismos la primera ración del arroz recién cosechado y se la ofrecían a nuestros antepasados. Habían empezado a segar nuestros campos el día anterior y habían apilado el fruto de su trabajo al pie del longan.

—Mamá. Papá. —Salté los cinco escalones del porche delantero en dirección al patio enladrillado.

—¿Te hemos despertado, Diệu Lan? —Mi padre extendió el brazo en busca de una toalla y se la pasó por la cara. Un coro de cantos de insectos se elevaba en el huerto situado a su espalda. Un sonido apagado de vacas y búfalos de agua resonaba en los establos, pero las gallinas guardaban silencio dentro de las jaulas de bambú.

—Vuelve a la cama, Gatita. —A diferencia de mi padre, mi madre era supersticiosa y me llamaba por un apodo para protegerme de los malos espíritus.

—Ya está, estoy listo. —Mi padre echó el contenido del mortero en una cesta de bambú. El aroma del arroz me llenó los pulmones mientras lo ayudaba.

Llevé la cesta a mi madre, que estaba inspeccionando las blancas semillas del cedazo de bambú antes de verterlas en una urna de cerámica.

—¿Qué tal es el maestro Thịnh, Diệu Lan? —La voz de mi padre se elevó por encima del rítmico golpeteo. Había estado tan ocupado que no habíamos tenido mucho tiempo para hablar.

—Es estupendo, papá. —El maestro Thịnh era el profesor que mis padres habían contratado para instruirnos a mi hermano Công y a mí. La única escuela de todo el distrito estaba demasiado lejos y era exclusivamente masculina, así que Công y yo habíamos estudiado siempre en casa con un tutor. Mi padre había ido hacía poco a Hanói y había traído a su vuelta al maestro Thịnh, que había aparecido en nuestra puerta en una carreta tirada por búfalos y cargada de libros. Si bien a la mayoría de las chicas de mi pueblo solo se les enseñaba a cocinar, limpiar, obedecer y trabajar en los campos, yo aprendí a leer y escribir con un profesor que había viajado lejos, incluso a Francia. Estaba empezando a disfrutar de las aventuras de sus libros. El maestro Thịnh vivía con nosotros, en el ala oeste de la casa.

—Me alegro de que os enseñe francés a ti y a Công —dijo mi padre.

—Pues no veo por qué deberían aprenderlo —contestó mi madre, y yo no pude estar más de acuerdo. Los franceses habían ocupado nuestro país y había visto a soldados franceses golpeando a los campesinos en el camino de nuestro pueblo. En alguna ocasión habían entrado en casa buscando armas. En nuestra provincia, los campesinos y los trabajadores habían organizado manifestaciones en contra de ellos. Mis padres no se habían involucrado porque temían la violencia y creían que los franceses, al final, nos devolverían el país sin derramar sangre.

Mi padre dejó de dar golpes y bajó la voz.

—Sabes que odio a esos extranjeros. Llevan aquí más de sesenta años, demasiado tiempo, robándonos con sus leyes e impuestos, matando a inocentes. Pero solo podremos echarlos si entendemos cómo piensan.

—¿Eso es lo que hace el emperador Bảo Đại? ¿Estudia en Francia para liberarnos? —preguntó mi madre, sosteniendo el cedazo mientras yo le echaba arroz molido.

—Pues la gente dice que los franceses lo están convirtiendo en su títere —contestó mi padre, volviendo a darle al mazo—. Para ellos sería ideal someternos mediante nuestro propio emperador.

Terminamos el trabajo. Un gallo agitó las alas en el huerto cercano y lanzó su canto por todo lo alto. Otros lo siguieron, cantando a coro al sol para que despertara.

En la pagoda del pueblo sonaron los tambores para anunciar que el quinto intervalo de tiempo había terminado, eran las cinco de la mañana.

La señora Tú bajó corriendo al patio y me cogió en brazos.

—¿Por qué no estás en la cama, Gatita?

—Hoy me toca hacer de campesina, tía.

Olfateé el dulce olor de las nueces de areca y hojas de betel que emanaba de su ropa.

Sonrió y se volvió hacia mi madre.

—Lo siento, hermana, me he quedado dormida.

—No importa, hermana. Anoche trabajaste hasta muy tarde.

Tras recibir la urna de mi madre, que rebosaba de arroz blanco, la señora Tú se apresuró a cruzar el patio en dirección a la cocina.

Un brillo rosado atravesó el horizonte del oriente. Los pájaros cantaban en las ramas de los árboles. Los primeros rayos de sol brillaron sobre las cáscaras que tenía a los pies. Con la escoba en la mano, barrí la luz del sol para formar un montón.

Mi madre llevó una bandeja a mi padre, que estaba sentado en los escalones del porche. Sirvió té verde humeante en unas tazas de jade.

—Buenos días.

Alcé la vista y vi al maestro Thịnh saliendo de la casa; sus ojos sonreían bajo unas pobladas cejas.

—Oh, cuánto me gusta levantarme temprano y sentir este aire fresco —dijo, inspirando profundamente. Faltaba un rato para la clase, pero se había puesto ya el turbante, la túnica negra y los pantalones blancos.

Mi padre se echó a reír.

—Por favor, tome el té con nosotros.

En cuclillas, entre mis padres, tomé un sorbo del té de mi padre. Sentí el sabor amargo en la lengua; sin embargo, un dulzor fragante me impregnó la garganta.

—Maestro Thịnh, me preguntaba sobre Hanói. Tiene que ser un lugar fascinante —dijo mi madre tendiéndole una taza.

Amo la mayoría de los habitantes del pueblo, no había estallo nunca en la capital.

—¿Hanói? Oh, sí, es un lugar extraordinario. Y muy antiguo. Tiene casi mil años. —Los ojos del maestro Thịnh adquirieron una expresión soñadora—. Mi familia vive en el barrio antiguo. Allí las callejuelas serpentean formando un laberinto de casas torcidas. Pero solo se puede decir que uno conoce el barrio antiguo si recuerda el nombre de las treinta y seis calles principales. Cada una tiene una actividad propia: la de la seda, la de la plata, la del latón, la de los zapatos, la del bambú, la del carbón, la del cobre, la de la sal, la de los ataúdes, la del algodón, la de la medicina tradicional…

Abrí los ojos mientras mi maestro hacía un recuento de todas las calles.

El maestro Thịnh dijo que su familia tenía una casa en la calle de la Plata. Su padre era platero y habría querido que él siguiera con la tradición familiar.

—Pero la agitada vida de la ciudad no se ha hecho para mí. He tenido la suerte de que mi hermano pequeño, Vương, esté dispuesto a asumir esa tarea y yo pueda disfrutar de esta maravillosa vida campestre al tiempo que doy clase a unos niños encantadores —dijo, dirigiéndome una sonrisa.

Me pareció inteligente por parte de los padres del maestro Thịnh que hubieran llamado a sus hijos Thịnh y Vương, palabras que, juntas, significan 'prosperidad'. Cuando el maestro Thịnh hablaba de Hanói y de su familia, trataba de retener cada una de sus palabras. No tenía ni idea de que aquello contribuiría a salvarme la vida veinticinco años más tarde.

—Buenos días.

Me di la vuelta. Mi hermano estaba de pie en la puerta, bostezando y desperezándose como un gato. Dos años mayor que yo, Công era alto y bien formado. Tenía la piel de color dorado porque pasaba los días jugando al aire libre montando en búfalos y cazando grillos.

—¿Te levantas temprano? —preguntó el maestro Thịnh, sorbiendo té.

—Sí, maestro. Tengo que estudiar cuando el cerebro está despejado.

—*Có công mài sắt có ngày nên kim* —dijo mi maestro, sonriendo. Había oído incontables veces aquel proverbio: 'la perseverancia convierte el hierro en agujas'. Al oírlo de nuevo, la felicidad que sentía se desvaneció. Cuando se trataba de estudiar, Công trabajaba mucho más que yo y estaba convencida de que era mucho más listo. Era capaz de recordar los complicados caracteres antiguos vietnamitas, los chinos y los franceses. Además de eso, no necesitaba un ábaco para la aritmética.

Como si vinieran a rescatarme, un grupo de nueve hombres apareció en el portón. Iban vestidos con camisas marrones y pantalones negros y tenían hoces en la mano. Llevaban la cabeza cubierta con un *nón lá*, el sombrero cónico de bambú y hojas de palma. Hacía años que trabajaban para mis padres.

—Por favor, tomad el té con nosotros —dijo mi padre.

Công y yo corrimos a la casa para buscar más tazas.

Después, mi hermano y yo nos enrollamos el bajo de los pantalones y nos dedicamos a nuestras tareas. En la granja, que mi padre había heredado de los suyos, Công alimentaba a los cerdos y yo a las gallinas. Mis padres nos habían enseñado que la mayor alegría del campesino era ensuciarse las manos con las plantas y los animales.

Jugué con los polluelos hasta que me llamó mi madre. Llevaba una bandeja llena de comida desde el altar de nuestra familia hasta el porche e iba seguida de la señora Tú con otra bandeja.

Rodeada de mi familia, saboreé el dulzor del arroz recién cosechado. Mi maestro y los nueve hombres asentían con la cabeza, elogiando los platos de la señora Tú y de mi madre.

Después del desayuno, mi padre se fue con algunos trabajadores a los campos y mi madre se quedó trabajando con los demás en el patio. Me dijo que volviera a la cama, pero me senté ante el escritorio y abrí los libros. En el estudio, el maestro Thịnh daba

clase a Công. A mí me tocaba por la tarde y quería que mi maestro dijera que yo era más inteligente que mi hermano.

Una ráfaga de aire fresco entró por la ventana. En el exterior, la luz del sol vertía oro y plata en las hojas, que se mecían al viento. A través de la valla de hibiscos en flor que bordeaba la casa y el camino del pueblo, vi a un viejo que caminaba encorvado.

Arrastraba los pies y se ayudaba con un bastón. Su túnica blanca revoloteaba como las alas de una mariposa. Una diadema negra coronaba su cabello plateado. Reconocí al señor lúe, el famoso adivino de mi pueblo.

Como todos mis amigos, temía y admiraba al anciano. Con frecuencia me detenía a curiosear delante de su casa y contemplaba el gran número de personas que viajaban desde lugares lejanos para conocer sus predicciones. Algunas salían de su casa radiantes de felicidad; otras, rebosantes de lágrimas. Aunque mucha gente adoraba al señor Túc, nadie sabía exactamente de dónde procedía su magia de adivinación. Algunos contaban que, cuando tenía siete años, fue a nadar al estanque del pueblo y allí el verdoso Thủy Quái, el Diablo del Agua, lo agarró por las piernas y lo arrastró hasta el barro de las profundidades e intentó ahogarlo. Ninguno de sus amigos advirtió su desaparición hasta que, de golpe, se alzó una columna de agua y salió disparado un niño agitando los puños y las piernas. Todos miraron asombrados mientras Túc caía de nuevo al agua y nadaba tranquilamente hasta la orilla. Cuando el chico llegó a su casa, mucha gente se precipitó hacia él para preguntarle cómo había sido la pelea con el Diablo del Agua. Más tarde volvieron a visitarlo una y otra vez por su magia adivinatoria.

¿Qué estaba haciendo allí a aquella hora del día? ¿Por qué había abandonado a sus clientes?

Trepé por el marco de la ventana y salté con cuidado al huerto. Unos cuantos saltamontes se alejaron de un salto y su piel áspera me rozó las pantorrillas. Agachada, vi que el señor Túc se detenía delante del portón.

—*Chào ông Túc* —exclamó mi madre, encantada, saliendo a su encuentro.

—*Chào bà*. ¡Qué ocupados están ustedes! ¿Es buena la cosecha?

—No está mal, señor Túc. Por lo menos, nuestro arroz no se ha estropeado por las tormentas, como el año pasado. —Mi madre dejó la cesta que llevaba y ayudó al anciano adivino a cruzar el bullicioso patio.

Decidida a conocer el motivo de la visita del adivino, me colé en la sala de estar y me senté en el *phản* de madera, detrás del viejo. Mi madre sirvió té y le ofreció una taza humeante.

—Gracias por venir, señor Túc. El negocio está creciendo y necesitamos construir un almacén más grande. Quizá delante de la casa. —Mi madre se sirvió una taza—. ¿Le parece un lugar auspicioso?

En ese momento, algo se deslizó delante de mí.

—¡Ahhh! —grité, saltando delante del *phản*.

—¿Qué es eso? —El viejo se estremeció.

—Una rata enorme. —El animal se había desvanecido, pero me arrojé en los brazos de mi madre.

Se echó a reír.

—La cosecha las altera, Garita. Pronto volverán a sus madrigueras.

El adivino se enderezó de repente.

—¿Quién es esta niña, señora Trần? —Me miró de arriba ahajo.

—Es Diệu Lan, mi hija.

Crucé los brazos sobre el pecho e hice una reverencia para saludar respetuosamente al anciano.

—Ven aquí, niña —dijo el anciano, frunciendo el ceño—. Hay algo en ti que me resulta muy… muy curioso. Siéntate aquí, eso es. Enséñame la palma de las manos. Ábrelas bien y estate quieta.

Hice lo que me decía, expectante. Seguro que mis amigas se pondrían muy celosas cuando les contara que el señor Túc se había ofrecido a leerme el futuro.

El viejo se reclinó en el sillón de madera con los reposabrazos tallados con cabezas de dragón. Entrecerró los ojos para escudriñar las líneas y señales de mis palmas. De repente, abrió los ojos, como si estuviera sobresaltado.

—Así pues, señor Túc, ¿qué dicen sus palmas? —Mi madre cogió un abanico y nos envió una suave brisa.

—Deme un minuto más. —El señor Túc se acercó mis manos a los ojos. Miró las líneas y las tocó con el índice. Me hacía cosquillas. Me habría reído si él no hubiera estado tan serio.

Mi madre sirvió más té.

—¿Y bien? —preguntó cuando el anciano levantó la vista.

—Señora Trần, no creo que quiera saberlo.

—¿Por qué no, señor? —La mano de mi madre y la tetera se detuvieron en el aire.

—Tal vez sea mejor que no lo sepa.

—En ese caso, tengo mucha curiosidad. —Mi madre se inclinó sobre la mesa con la frente arrugada de la preocupación.

El viejo estudió mi cara y su mirada hizo que los escalofríos me recorrieran la columna vertebral.

—Si lo quiere saber… Señora Trần, su hija tendrá una vida muy dura. Seguirá siendo rica durante un tiempo, pero lo perderá todo y será una mendiga errante en una ciudad lejana.

La tetera se deslizó de las manos de mi madre y el té humeante se derramó por el suelo.

—¡Yo! —exclamé, acercándome a mi madre.

Mi madre se apartó de la tetera rota y me cogió en brazos.

—¿Está seguro, señor Túc?

—Eso dicen sus palmas, señora Trần. Lo siento.

Mi madre me sujetó con fuerza por los hombros.

Mi madre no volvió a ver al señor Túc y me prohibió que me acercara a su casa. Su predicción la aterrorizó tanto que me llevó en secreto a innumerables templos y pagodas para rogar que me bendijeran. Mientras la veía quemar montones de dinero para fantasmas intangibles y ofrecer lechones asados a los demonios invisibles, fui cogiéndole manía al anciano.

Dos años después, cuando cumplí doce años, el señor Túc murió de viejo. Su funeral fue uno de los más grandes que nuestro pueblo

ha presenciado. Vino gente de innumerables regiones a presentar sus respetos. No paraban de comentar lo acertadas que habían sido siempre sus predicciones.

Con todo, no podía entender cómo podía tener razón sobre mi futuro. ¿Cómo podría llegar a ser una mendiga? Mi familia era, con diferencia, la más rica del pueblo. Teníamos los establos llenos de animales, nuestros campos estaban cubiertos de arroz y verduras. Con el carro tirado por búfalos, mi padre había empezado a transportar nuestros productos a Hanói, donde los vendía a restaurantes selectos y obtenía grandes beneficios. Por la noche, cuando oía el repiqueteo del abaco de mi madre, me daba cuenta de que teníamos mucho dinero. Aunque estábamos obligados a pagar todo tipo de impuestos a los franceses y al emperador, mis padres trabajaban mucho.

Al final, la predicción del señor Túc se desvaneció como una gota de tinta negra en un estanque y me convertí en una chica despreocupada. Con mis amigos, corría por los campos, perseguía saltamontes y langostas, exploraba los arroyos, arrozales y jardines, trepaba por los árboles y atisbaba los nidos de los pájaros para espiar la eclosión de los huevos. Con mi familia, me apretujaba en la carreta de mi padre tirada por búfalos de camino a los coloridos mercados de fin de semana o al bosque de Nam Đàn, donde Công y yo corríamos rodeados de verdor. Oh, Guayaba, si cierro los ojos y aspiro profundamente, todavía puedo saborear el dulzor de las bayas de *sim* de color morado, la riqueza de las guayabas amarillas de montaña, el agrio bocado del fruto del bambú silvestre.

Algunas veces, mi padre nos llevaba aún más lejos para que pudiéramos ver las alfombras de seda de los campos de arroz salpicados por el aleteo de las cigüeñas, el río Lam brillando al sol y las montañas de Trướng Son, que parecen dragones a punto de echar a volar. Te diré que mi infancia era al mismo tiempo como cualquier otra y totalmente distinta.

Estudié mucho bajo la tutela del maestro Thịnh, que pasó cinco años con nosotros y se convirtió en el mejor amigo de mi padre. Noche tras noche, los dos hombres se sentaban en la terraza,

tomaban té y escribían poemas. Mi padre se había aficionado a nuestra poesía tradicional, llamada *ca dao*, por las nanas de su madre. Como para muchos otros campesinos, para mi padre el arte de componer poemas era tan natural como arar un campo.

Entretanto, todas mis amigas se iban casando con los hombres que elegían sus padres. A los trece años, mi mejor amiga, Hong, tuvo que casarse con un hombre que le doblaba la edad. Su esposa había muerto y necesitaba a alguien que trabajara en su campo. Esa era la consideración que merecíamos la mayoría de las mujeres en aquellos tiempos, Guayaba.

Mi madre quería que las cosas fueran diferentes para mí. Ella y mi padre me animaban a ser independiente y a decir lo que pensaba.

Incluso estuvieron de acuerdo cuando me negué a teñirme los dientes. ¿Sabías que en esa época los dientes negros se consideraban esenciales para las mujeres? No estaba bien visto que tuvieran los dientes blancos. Pero a mí me horrorizaba el dolor que mis amigas habían tenido que soportar cuando les trataban los dientes con zumo de lima y se los lacaban con colorante negro. Los libros del maestro Thịnh me habían dado otras ideas sobre la belleza.

Era costumbre que el hijo mayor heredara el negocio familiar, pero mi hermano Công no quería excluirme. Los ancianos del pueblo decían que si los franceses no hubieran abolido los exámenes para acceder a la corte, Công los habría pasado, se habría convertido en mandarín de la corte imperial y habría traído honores a nuestro pueblo. Pero Công siempre negaba con la cabeza cuando decían esas cosas. Quería nuestros campos y se estaba enamorando de Thịnh, la hija del jefe del pueblo. Se casaron cuando cumplí dieciséis años y Thịnh se convirtió en la hermana mayor que siempre quise tener.

En mi pueblo había un representante de los franceses encargado de recaudar sus impuestos. Su apodo era el Fantasma Malvado; tenía la cara carnosa, los ojillos pequeños y la cabeza calva y brillante. Todos temíamos verlos, a él y a su látigo, hecho con las enredaderas más fuertes del bosque. El fantasma Malvado azotaba a quienes no podían pagar a tiempo, tomaba sus pertenencias en lugar del dinero que adeudaban y, además, pegaba a su mujer. Yo siempre

lo evitaba y no me atreví nunca a mirarlo directamente. Poco sabía yo entonces que tendría que enfrentarme a él algún día.

A los diecisiete años, conocí a un joven llamado Hùng. Hacía ya años que mis padres trataban a su familia. Después de terminar los estudios en Hanói, Hùng regresó a nuestro pueblo y empezó a dar clases en la nueva escuela del distrito.

Hasta el día en que conocí a Hùng, no me gustaban los chicos. Bueno, me gustaba meterme con ellos de la misma manera que disfrutaba pinchando a mi hermano. Así que podrás imaginar cómo reaccionó Hùng cuando visitó mi casa por primera vez. Discutimos.

Sí, así fue. Discutimos.

—¿No crees que deberíamos echar a los franceses de inmediato? —me soltó Hùng—. Hay que poner fin a las atrocidades que están cometiendo contra nuestro pueblo.

—¿Pero no te has enterado? —contesté—. Han prometido devolvernos nuestro país. Si esperamos unos años más, recuperaremos nuestra patria sin derramar sangre.

—Ah, confías demasiado en esos extranjeros. Nos calman con sus palabras, unas palabras que no tardarán en esfumarse.

Hùng me explicó que los franceses querían mantener Vietnam como un país atrasado, incivilizado y empobrecido, que extraían nuestros recursos naturales y se los llevaban a su país, que nos daban opio para embotarnos el pensamiento. Nunca nos dejarían libres.

Mientras hablábamos, mi estupor iba en aumento. Los hombres que había conocido fuera del ámbito familiar no se molestaban en escuchar las opiniones de las mujeres, nos consideraban indignas de conversación y decían *Đàn bà đái không qua ngọn cỏ:* «las mujeres no pueden orinar por encima de las briznas de hierba». Así que, cuando Hùng me miró a los ojos y me dijo que no estaba de acuerdo conmigo, me gustó. Me di cuenta de lo diferente y lo guapo que era. Sus ojos irradiaban entusiasmo, sus labios se curvaban en una media sonrisa en forma de luna.

Entonces me enamoré de tu abuelo. Veo su amor cada día cuando te miro a ti, Guayaba. Tienes sus ojos, su nariz, su sonrisa. A veces, cuando te hablo, siento que estoy hablando con él.

Nos casamos ese año, el año del búfalo, 1937. A petición de mis padres, Hùng no siguió la tradición y se mudó a nuestra casa. Nuestro hijo mayor, tu tío Minh, nació en 1938, seguido de tu madre, Ngọc, dos años más tarde; luego vino tu tío Đạt, en 1941.

Ahora, mirando atrás, veo que esos fueron los años más felices de mi vida. Tenía la sensación de que la felicidad se me había metido bajo la piel y nadie podía quitármela.

De repente, un día de invierno, en 1942, mi vida cambió.

Recuerdo ese día con total nitidez desde el momento en que me incliné sobre mis hijos con la lámpara que iluminaba sus rostros en la mano.

Minh, de cuatro años entonces, tenía el brazo sobre Đạt, que acababa de cumplir uno. Habían apartado la gruesa manta a patadas.

En el extremo opuesto de la gran cama de mi infancia, Ngọc murmuraba en sueños. Guayaba, ya sabes lo hermosa que es tu madre ahora, pero no sabes lo bonita que era de bebé: tenía la piel lechosa, largas pestañas, los labios rosados. Envuelta en una colcha de seda parecía un hada envuelta en un capullo.

—Voy a echaros de menos, hijitos —susurré. Faltaban pocas horas para que saliera de camino hacia Hanói. Estaría lucra doce largos días. Quería cogerlos, tenerlos cerca. Pero los arropé bien con la manta y salí de su cuarto mientras la lluvia invernal caía sobre nuestro techo.

El parpadeo de la lámpara me guio a mi habitación, que tintes había sido el viejo almacén.

—Diệu Lan, ¿estás despierta? —dijo una voz suave. Oh, no, había despertado a mi marido.

Soplé la lámpara y me deslicé en la cama.

—¿A qué hora te vas, *em*? —Sentí la barbilla de Hùng en la cara. Me cubrió con el calor de nuestra colcha.

—Al comienzo del quinto intervalo de tiempo. —Alrededor de las tres de la mañana.

—Desearía que me dejaras ir en tu lugar. Las mujeres no

deberían viajar.

—Oh, no seas tonto, *anh* Hùng —rechacé la idea con una carcajada—. Papá y mi hermano Công me cuidarán. Además, tengo que presentar mis respetos al maestro Thịnh.

Aprovecharía el viaje a Hanói para visitar a mi maestro de la infancia, que había estado enfermo, y ver su casa en la calle de la Plata. Tendría también la oportunidad de ayudar a mi padre. El negocio no iba bien. Los japoneses habían llegado ion el estallido de la Segunda Guerra Mundial, nos gobernaban a través de los franceses y eso había implicado una carga adicional de impuestos y deberes.

—Pero Hanói está muy lejos, *em* —insistió Hùng—. Ya te he dicho que un profesor de mi escuela ha oído historias de soldados japoneses que asaltan los pueblos del norte y atacan a la población civil.

—Pero eso son solo rumores, ¿no crees, *anh*?

—Podría ser cierto. Esta locura de guerra está dando a los japoneses demasiado poder.

—Te preocupas demasiado. —Tiré de la manta para cubrir el brazo de Hùng—. Ya he dicho muchas veces que papá conoce los caminos. —Le recordé que la región septentrional, que, según los rumores, tenía problemas, estaba cerca de la frontera china y quedaba lejos de donde íbamos a ir nosotros.

—¿Pero prometes que tendrás cuidado? —suplicó Hùng.

Pensé que era innecesario que se preocupara por el viaje. Los japoneses habían dicho en la radio que los asiáticos debían amar a otros asiáticos y que no estaban aquí para combatir. Habían dicho que ayudarían a Vietnam a lograr la independencia. Había visto con mis propios ojos lo educados que eran los soldados japoneses. Un grupo de ellos había pasado por nuestro pueblo. Al principio me asustó la imagen de sus uniformes marrones, sus botas brillantes y sus espadas al cinto, pero llamaron tímidamente al portón de nuestra casa y le preguntaron a mi madre si podían entrar en nuestro patio para almorzar. Aquellos soldados eran muy jóvenes y, además, cordiales. Jugaron con mis hijos y patearon bolas de plumas en el

aire, riendo como los chicos vietnamitas.

Di una cabezada, dejé que me arrastrara el sueño y me desperté un poco más tarde con el sonido de unos débiles murmullos, unos pasos apresurados y el golpeteo de las patas de los búfalos contra la superficie del patio. Busqué a tientas en la oscuridad la bolsa de ropa que había guardado cerca de la entrada del dormitorio y me escabullí.

En el porche, a la luz de tres grandes lámparas de queroseno, mis padres, Công, su esposa Thịnh y la señora Tú estaban apilando sacos de patatas en un carro muy grande. El carro se sostenía sobre enormes ruedas y el marco de madera estaba coronado por hojas de palma entretejidas.

Fuera, en la lluvia, un par de búfalos estaban pastando hierba fresca; sus cuernos se elevaban por encima de su cabeza.

Corrí hacia mi familia para echar una mano, me golpeé en la rodilla contra un costado del carro y estuve a punto de caerme en el patio.

—Ten cuidado. —Công me agarró por los brazos e impidió que me cayera.

—¿Estás bien? —Thịnh levantó la vista del saco que cargaba en los brazos.

—Estoy aturdida por haber dormido demasiado —dije avergonzada.

—Vamos, Diệu Lan, te quedaste despierta hasta muy tarde dando el pecho a Đạt. —La señora Tú le dio un saco a mi padre, que estaba dentro del carro.

—Es bueno que destetes a Đạt aprovechando el viaje. —Mi madre se inclinó para recoger un saco—. Ya tiene trece meses.

La idea de dar de mamar a Đạt hizo que me dolieran los pechos, que comenzaron a llenarse de leche.

—No quiere dejar de mamar —exclamé.

—Ya sé a quién ha salido —dijo mi padre, riéndose—. Yo mamaba todavía a los cuatro años. Mi madre lo intentó por todos los medios, pero no había manera. Hasta que un día…

—¿Qué pasó? —preguntó Công.

—Se comió un par de chiles «ojo de pájaro». Recogidos de nuestro huerto, rojos y maduros, muy picantes. La leche era tan picante que la escupí y nunca quise volver a mamar.

El porche se llenó de nuestras risas mezcladas con la fragancia de la tierra fresca agitada por la lluvia.

—Shhh. Los vecinos van a pensar que estamos locos, riéndonos a estas horas de la madrugada. —La señora Tú trató de contener la risa que se le escapaba entre los dientes negros.

—Apuesto a que desearían tener algo de nuestra locura —dijo Thịnh, barriendo el suelo con una gran escoba.

No podría estar más de acuerdo.

La lluvia se había convertido en una ligera llovizna. Con todos los sacos a salvo en el interior del carro, mi padre y Công pusieron más hojas de palma sujetas a la estructura hasta convertirlo en un carruaje acogedor. El viaje a Hanói duraría cinco días y sus noches, y teníamos que estar preparados por si el tiempo empeoraba. Si las patatas se vendían a los mejores restaurantes, tenían que ser de primera calidad. Aunque mi padre era muy inteligente, lo cierto era que años antes, al importar un plantel de Europa, no sabía que con ello estaba sentando la base de la fortuna familiar.

Mi padre y Công pusieron una tabla de madera sobre los sacos. Thịnh y yo bajamos una gruesa hoja de palma que se convirtió en la puerta trasera del carro. Lo empujamos para sacarlo del patio y uncir los búfalos.

La señora Tú llevó al carro grandes cestos de comida y recipientes con agua. Mi madre me metió un grueso sobre en el bolsillo.

—Para las medicinas del maestro Thịnh.

Los golpes de tambor del templo de la aldea taladraron la oscuridad, sus ecos reverberaron como si fueran olas. Hora de partir.

Me volví para coger mi bolsa. Alguien la sostenía. Adivina quién era: tu abuelo Hùng.

—¿No deberías estar en la cama, *anh*? —pregunté riendo.

—Tenía que despedirme —me susurró al oído.

Mi madre ayudó a mi padre a ponerse el impermeable, una

prenda de importación comprada en Hanói, y le ató bien el *nón lá* a la cabeza.

—Vamos. —Mi padre se subió a la parte delantera del carro.

Mi madre me agarró de las manos.

—Ten cuidado en el camino.

—Le prepararé a Đạt todo tipo de papillas, comerá mucho —dijo la señora Tú.

—Acostaré a los niños con cuentos de hadas —añadió Thịnh.

Mientras los búfalos nos alejaban, asomé la cabeza y mis palabras se entretejieron con la lluvia.

—Traeré a casa historias emocionantes sobre Hanói —dije.

No tardamos en encontrarnos en la accidentada carretera del pueblo. Las ruedas del carro rodaban con estrépito por el denso barro.

—Intentad dormir un poco, hijos. —La voz de mi padre resonó sobre las hojas de palma.

—Papá, llámame cuando quieras intercambiar el sitio —la voz de Công se volvió hacia mí—. Duerme, hermana.

Me recosté. Mientras el carro se mecía y se balanceaba, completamente despierta, me puse a pensar en mi padre, que estaba fuera pasando frío.

Busqué a tientas un impermeable. Tras levantar las capas de tela que cerraban el carro, percibí los sólidos lomos de los búfalos en movimiento. El resplandor que se vislumbraba delante de la cabeza de los animales me indicó que el carro había tomado un camino más amplio.

Distinguí la mano de mi padre, que sostenía las dos cuerdecillas que corrían paralelas al cuerpo de los búfalos hasta llegar a su nariz. La otra mano sostenía un fanal que también había comprado en Hanói. Sin dejar de admirar su luz constante, me senté al lado de mi padre.

—¿Quieres que lo sujete yo? —pregunté mientras la llovizna me azotaba el rostro.

—¿Te importa coger las riendas?

La sorpresa floreció en mi pecho. Jamás me había atrevido a

soñar con conducir un carro tirado por búfalos. En aquellos tiempos se consideraba que las mujeres éramos sucias porque menstruábamos. Una vez había visto a un hombre pegar a su hija porque había pasado por encima del asiento de su carro. Creía que le traería mala suerte y haría que el carro volcara.

—No es difícil. —Mi padre me puso las riendas en las manos—: Tira fuerte si quieres que los búfalos se paren. Tira a la izquierda si quieres ir a la izquierda y, a la inversa, tira a la derecha para ir a la derecha. El resto del tiempo, relaja las manos.

Sujeté con fuerza las riendas y les di un tirón. Temblaba de emoción por estar al mando del carro.

—Muy bien. —Mi padre iluminó la carretera—. ¿Ves ese charco? Esquívalo. Estupendo, muy bien.

Se inclinó y me puso su *nón lá* en la cabeza.

—No, papá, llévalo tú.

—Si te pones enferma, ¿quién nos va a curar durante el viaje? —Me ató bien las cintas de seda del sombrero bajo la barbilla.

Nos metimos por una carretera de firme irregular que nos iba a llevar a la carretera nacional. Mi padre me explicó que la carretera se llamaba Đướng Cái Quan, la habían construido nuestros emperadores y, más tarde, los franceses la habían arreglado para utilizarla para sus necesidades coloniales. De vez en cuando había un control y teníamos que pararnos para enseñar el permiso de viaje. Colocados ahí por los franceses, los guardias examinaban los papeles, inspeccionaban el carro y buscaban las armas que pudiéramos estar llevando para las guerrillas del Viet Minh que se habían alzado contra ellos.

Mi padre sabía tratar a los guardias y no tardé en relajarme. La carretera estaba casi vacía a aquella hora. Avanzamos durante largo rato sin ver más que un carro tirado por una vaca huesuda y a un grupo de campesinos cargando con cestas llenas de verduras.

—Ahí delante está Hanói —dijo mi padre, recostándose.

A lo lejos, un gallo lanzó su saludo matutino. La luz del día empezó a brillar en el horizonte. La lluvia cesó y dejó una densa niebla en el aire. Junto a la carretera se alzaban grandes arbustos que

parecían animales gigantescos al ataque.

El carro subió una cuesta de la carretera y, desde allí, más allá de la densa línea de los árboles, se veían campos de arroz de color esmeralda, grupos de casas con penachos de humo sobre los tejados. En ellas, las madres y las hermanas preparaban el desayuno para la familia.

Me di cuenta de que nadie vivía cerca de la carretera y, si teníamos que comprar comida o agua, deberíamos tomar el camino de los pueblos que nos cruzábamos de vez en cuando.

Los búfalos agitaban la cola sacudiéndose las moscas que rondaban sus gruesos cuartos traseros. Relajé las riendas mientras pensaba que, cuando volviera a casa, llevaría a toda mi familia a ver aquel amplio paisaje.

Dậu Lan… —dijo mi padre justo en el momento en que yo abría mucho los ojos al ver un tumulto delante de nosotros. Ahí donde los árboles raleaban se veía un grupo de casas que ardían como antorchas y columnas de humo negro que subían hacia el cielo nuboso. Oí gemidos de mujeres y niños, gritos de hombres y exclamaciones en una lengua desconocida. Tiré de las riendas. Los búfalos se detuvieron y estiraron el cuello, escuchando.

Me volví hacia mi padre. Tenía el rostro helado de temor.

—Japoneses. Son soldados japoneses —murmuró sin parpadear. Eché una mirada al pueblo en llamas. Los hombres se alejaban del resplandor, en dirección a la carretera, con las bayonetas en alto.

—¡Atrás, atrás! —Mi padre cogió las riendas. El carro dio la vuelta rápidamente.

—Mira, papá, mira —dije, señalando hacia delante.

Una larga sombra se cernía sobre la carretera, las bayonetas brillaban como ojos de tigre. Estábamos atrapados entre dos grupos de soldados japoneses y no teníamos por dónde escapar, no había ninguna carretera cercana donde meter el carro. No podía ver bien a los soldados, pero sabía que avanzaban rápidamente, sus pasos hacían temblar el suelo.

—Công, despierta. —Mi padre extendió el brazo hacia el interior del carro y sacudió a mi hermano.

—¿Qué pasa? —Công se despertó con un sobresalto.

—Date prisa. Coge a tu hermana y escondeos junto a la carretera. Elige el arbusto más denso. Pase lo que pase, no salgáis hasta que yo os avise. —Mi padre se volvió hacia mí y añadió—: Corred.

Salté, me caí y rodé por la carretera llena de barro y sobre el *nón lá*, que crujió como cientos de cucarachas aplastadas. Agachándose, Công tiró de mí hacia una profunda zanja que bordeaba la carretera y me arrastró hasta un arbusto. Perdí las sandalias en la zanja y se me llenaron los pies de pinchos. Me di en la cabeza con las ramas y me mordí los labios para guardar silencio.

Conteniendo el aliento, miramos a nuestro padre por los diminutos agujeros que había entre las hojas. Había dado de nuevo la vuelta al carro y, siguiendo sus órdenes, los animales avanzaban hacia Hanói. Siguiendo a Công, pasé de un arbusto a otro. Nos quedamos agachados, orientándonos por el sonido de los pasos de los búfalos.

Estos se fueron atenuando. Desde nuestro escondrijo vi que el primer grupo de soldados japoneses bloqueaba el camino de mi padre mientras que el segundo grupo seguía avanzando por detrás.

Mi padre se acercó al primer grupo.

—¡Alto! ¿Qué hay en ese carro? —rugió un hombre con mal acento vietnamita. Habría parecido un vecino de la zona si no hubiera sido por la forma en que llevaba metidos los pantalones en las botas altas. Debían de haberle golpeado en un ojo, porque lo tenía hinchado y morado. Llevaba un rifle y una espada.

—Patatas, señor. Llevo patatas a Hanói —contestó mi padre con voz tranquila y educada.

—¿Tu madre no te ha enseñado modales? —gritó el hombre del ojo morado—. Los vietnamitas tenéis que inclinaros cuando nos dirigís la palabra. Inclínate, más, más abajo.

Công me abrazó con fuerza.

—No hagas ruido, nos matarán —dijo, poniéndome la mano delante de la boca.

Mi padre se bajó del carro e hizo una profunda reverencia a los

japoneses.

Dirigí la mirada al segundo grupo de soldados, que estaba llegando junto al carro. Llevaban a rastras a varias mujeres jóvenes agarradas por el pelo. Estas tenían las camisas y los pantalones rotos y mostraban sus pechos y sus piernas pálidas; la sangre les corría por la parte interior de los muslos.

—A ver qué llevas en ese carro —dijo el hombre del ojo morado chasqueando los dedos.

Mi padre levantó la puerta trasera del carro y quitó el tablón. El hombre del ojo morado y varios de sus camaradas inspeccionaron el contenido.

—Señor, estas patatas son para mis clientes de Hanói.

—A la mierda tus clientes. —El hombre del ojo morado alzó el rifle y apuntó al interior del carro. Una ráfaga de disparos me ensordeció. Las patatas saltaron del carro como si fueran peces heridos. Los demás soldados echaron la cabeza atrás y rieron con estruendo. Noté el sabor de la sangre en la lengua: me había mordido el labio.

Levantarse y volver a caer

Hanói, 1973-1975

Los bombardeos habían parado. Me sorprendió lo azul que era el cielo incluso cuando llovía.

La abuela y yo nos arrodillamos junto a nuestra casa en ruinas y fuimos llenando de palitos un par de cestas de bambú. Las manos y la ropa se nos fueron poniendo del color de los ladrillos. Cerca de allí, el cráter de una bomba, medio lleno de agua de lluvia, me contemplaba con su único ojo turbio.

Pensé en el piloto estadounidense. ¿Habría tirado él aquella bomba? ¿Qué le habría pasado? ¿Tendría una hija como yo?

Llenamos las cestas. La abuela buscó una caña de bambú larga y se la puso sobre el hombro. Se inclinó y la pasó por las gruesas cuerdas de las cestas. Me encogí cuando se puso de pie, las izó con su frágil cuerpo y avanzó tambaleándose hacia el cráter de la bomba con los dedos de los pies descalzos bien abiertos. La alcancé y la ayudé a echar el contenido de las cestas en el ojo turbio. El agua salpicó.

A nuestro alrededor, los hombres, las mujeres y los niños, con ropa rota y rostro fantasmal, hacían lo mismo que nosotras: rellenaban el ojo del infierno con los restos de sus viviendas.

—*¡Mẹ Diệu Lan ơi, Hương ơi!* —Una voz nos llamó.

Los fragmentos de ladrillo se me cayeron de las manos. Mi madre. Había vuelto.

Me incorporé, tropecé y salí corriendo. Mi madre empujaba una

bicicleta a la luz del atardecer; llevaba algo en el trasportín.

—*¡Me!* —grité.

Nos acercamos. Mis ojos encontraron su cara y mis pies se detuvieron. Era la tía Hạnh, no mi madre.

La tía Hạnh apoyó la bicicleta en un montón de escombros y corrió hacia mí. Se arrodilló y me abrazó. Sus lágrimas me salpicaron la cara.

—Oh, pequeña Hương, ¿tu mamá no ha vuelto?

Negué con la cabeza y enterré la cara en el pecho de mi tía buscando el calor maternal. La tía Hạnh era el quinto hijo de la abuela, ocho años más joven que mi madre. Vivía lejos, en la provincia de Thanh Hòa, en la ciudad de su marido.

—Hạnh. —La abuela llegó y nos abrazó a las dos.

—Estaba loca de preocupación —dijo la tía Hạnh, tocando la cara, el cuerpo y los brazos de la abuela como para asegurarse de que no le faltaba nada.

—Ah, tonta. No es fácil matar a este viejo búfalo de agua —dijo la abuela echándose a reír. Su voz se elevó, libre. Me di cuenta de que yo también sonreía.

Ayudé a la tía Hạnh a empujar la bicicleta y vi el saco que llevaba en el trasportín. Noté una punzada de hambre, pero no podía esperar que mi tía nos hubiera traído comida. Su marido, el tío Tuấn, estaba en la guerra. Ella daba clases en una escuela de primaria y trabajaba sola su campo de arroz. Tenía que aprovechar todo lo que ganaba, ya que sus hijos eran pequeños y sus suegros estaban enfermos.

—¿Cuánto has tardado en llegar aquí en bicicleta, Hạnh? —preguntó la abuela.

—Algo más de un día y una noche, mamá.

—No lo vuelvas a hacer, por favor. Es largo y peligroso.

—Una vez tú caminaste más de trescientos kilómetros, ¿te acuerdas, mamá?

A medida que nos íbamos acercando al cráter de la bomba, los vecinos nos iban deteniendo para formular a la tía Hạnh muchas preguntas.

No oía lo que decía porque me quedé rezagada para mirar a mi tía por detrás. Así era igual que mi madre, con ese largo cabello aterciopelado que le llegaba hasta la esbelta cintura. Oh, cuánto deseaba deslizar los dedos de nuevo por el pelo de mi madre. Siempre nos lavábamos la cabeza juntas bajo la sombra de nuestro árbol, el *bàng*. Aquellos días parecían un sueño; incluso nuestro querido árbol era ahora solo un recuerdo.

—¿Quién está cuidando de tus niños, Hạnh? ¿Cómo están los pequeños Thanh y Châu? —preguntó la abuela cuando estuvimos a solas otra vez.

—Ya son capaces de cuidar de sí mismos, mamá. Deberías ver lo grandes que están.

Llegamos al montón de escombros que había sido nuestro hogar. La tía Hạnh apoyó la bicicleta contra el tronco roto del *bàng*. La abuela lo había plantado cuando construyó la casa. El *bàng* había decorado nuestra puerta todas las primaveras con capullos esmeralda, todos los veranos había dado sus frutos picantes, todos los otoños se había cubierto de hojas de fuego y los inviernos se había convertido en una red de finas ramas. Ahora las raíces estaban al aire como unas manos abrasadas que se alzaran de la tierra.

—Oh, mi árbol. Mi casa. —La tía Hạnh acarició la corteza desgarrada.

—*Trong cái rủi có cái may* —dijo la abuela: 'la buena suerte se esconde dentro de la mala suerte'—. Plantaremos otro árbol y construiremos otra casa.

La tía Hạnh se secó los ojos con la manga de la camisa.

—¿Y dónde habéis dormido?

Señalé nuestro antiguo patio trasero. Los amigos de la abuela habían cortado algunas ramas del *bàng* y las habían clavado como si fueran los postes de una tienda de campaña. Las ramas sostenían las esquinas de un trozo de plástico que hacía las veces de techo de nuestro refugio. Una estera de paja desgastada cubría el suelo; tres ladrillos sin romper eran la cocina; un cubo de hojalata, nuestra cazuela. Yo había estado recogiendo ramitas secas y hojas para hacer fuego.

La tía Hạnh negó con la cabeza. Desenganchó la cuerda de goma que ataba el saco marrón a la bicicleta.

—Traigo un poco de arroz y boniatos.

La ayudé a liberar el bulto; se me hacía la boca agua al pensar en comida.

—Tienes muchas bocas que alimentar, Hạnh —protestó la abuela—. Hương y yo tenemos nuestros cupones de comida.

—Pero, mamá, la gente dice que han destruido muchas tiendas del gobierno y que no queda mucha comida para comprar.

—Bueno, tienes que alimentar a tus hijos y a tus suegros. La próxima vez no traigas nada.

Lancé una mirada a la abuela. Por las mañanas se despertaba antes de que saliera el sol y hacía cola en las tiendas del gobierno. La mayoría de las veces volvía a casa con las manos vacías. Si teníamos suerte, traía un puñado de mandioca. Pocas veces conseguía una taza de arroz y, en esos casos, a menudo estaba rancio e infestado de insectos.

La abuela ayudó a la tía Hạnh a llevar el saco a nuestro refugio. Corrí para adelantarme y puse bien la estera de paja. Tras depositar el saco en el suelo, la abuela alcanzó una botella de agua y se la dio a mi tía, que tomó un largo sorbo.

La tía Hạnh rebuscó en su saco y me guiñó un ojo.

—Mira lo que tengo para ti.

¡Un libro! *Las aventuras de un grillo*, de Tô Hoài.

—Uno de mis favoritos —dijo la tía Hạnh con una sonrisa.

—Es maravilloso. Y, además, no es una obra de propaganda ideológica —comentó la abuela.

Estuve tentada de empezar a leer de inmediato, pero la tía Hạnh sacó otro paquete de la bolsa y me lo dio.

—¿Galletas? —Jadeé, ansiosa por abrirlo a toda prisa, pero no me atreví. Me dije que no debía mostrar a mi tía que tenía hambre.

—Tu tío Tuấn nos compró esto. —La tía Hạnh estiró las piernas—: Galletas de Rusia, imagínate.

—¿Tuấn ha ido a verte? ¿Cómo está? —preguntó la abuela mientras mi pecho se henchía de esperanza. Quizá mis padres y mis

tíos no tardaran en volver.

—Flaco como un palo, pero nos trajo buenas noticias. Dijo que estamos negociando con los americanos para restablecer la paz en nuestra tierra. Mamá… de camino aquí he oído hablar en la radio pública de los acuerdos de paz dé París.

—Sí —dijo la abuela—, es estupendo, pero…

—¿Pero qué?

—La guerra solo habrá terminado cuando todos nuestros seres queridos estén en casa.

Miré hacia otro lado; la nostalgia de mis padres y tíos me pesaba en el pecho. Se agitó una sensación similar al miedo. Muchos de mis amigos habían recibido malas noticias de los campos de batalla y aquello provocaba reacciones airadas. Algunos niños de mi colegio, los que eran demasiado jóvenes para alistarse, se habían hecho cortes en las manos para escribir con sangre cartas al ejército ofreciéndose voluntarios como soldados. Albergaba la esperanza de que la guerra estuviera terminando de veras y volvieran mis padres, mis tíos y todos mis conocidos.

—Ah, Guayaba —dijo la tía Hạnh, haciéndome cosquillas—, ¿no quieres compartirlas? —añadió, mirando el paquete que tenía en las manos.

Desgarré el envoltorio. Las galletas, grabadas con delicados dibujos, estaban alineadas en pulcras hileras.

Primero ofrecí a mi tía y a mi abuela; después comí tan despacio como pude, dejando que cada trozo se me disolviera sobre la lengua. Años más tarde, cuando un amigo me preguntó a qué me sabían las cosas dulces, pensé en aquellas galletas y le contesté: «Saben a felicidad».

En nuestro improvisado hogar, mi tía y la abuela parecieron olvidar sus preocupaciones. Charlaron de los viejos tiempos y rieron juntas. A nuestro alrededor, finos penachos de humo ascendían desde los refugios de nuestros vecinos y se fundían en el resplandor rojizo del atardecer. En el camino, algunas de mis amigas jugaban a perseguirse y sus risas se elevaban como una espiral por encima del humo. Me llamaron para que fuera con ellas, pero no fui. Con la tía

Hạnh cerca me sentía casi como si hubiera vuelto mi madre.

Aquella noche dormí entre las dos mujeres; sus susurros me arrullaron y me hicieron soñar. En mi sueño, mi madre corría hacia mí con mi padre a su lado. Cuando los llamé, mi madre se inclinó y me cogió en brazos. Olía como la tía Hạnh. Mi padre nos abrazó a las dos, riendo, y dijo que nunca más permitiría que desapareciéramos de su vista.

Me desperté y me encontré cubierta con la ropa de la abuela. Hacía frío. La luna había salido y temblaba por encima de la niebla. La abuela y la tía Hạnh estaban retirando cascotes y canturreaban. Sus voces me llegaban como el calor de un día de verano.

Día tras día, la abuela decía a la tía Hạnh que tenía que volver a su casa, pero esta se quedaba y trabajaba. Siguió trabajando cuando tuve que regresar al colegio y la abuela volvió a impartir clases. Trabajó hasta que retiró todos los escombros y pudimos construir una cabaña. Gracias a la amabilidad de amigos y desconocidos, nuestro refugio había ido mejorando y ahora tenía un techo de planchas metálicas oxidadas sobre cañas de bambú. Ya no teníamos que dormir a la intemperie, bajo la lluvia del invierno.

En cuanto mi tía se aseguró de que la abuela y yo íbamos a estar bien, se enjugó las lágrimas y se alejó por el sendero. Para preparar el viaje, la abuela se había acostado tarde tras cocer un cubito con arroz, hacer bolas y rebozarlas con cacahuetes triturados y sal. No sé cómo había conseguido encontrar los cacahuetes: eran tan escasos y valiosos como el oro.

Contemplamos a la tía Hạnh alejándose en bicicleta.

—Ten cuidado, hija mía —murmuró la abuela para sí y para mí. Alzó el rostro al cielo, como si temiera que cayeran bombas en las carreteras por las que iba a viajar su hija.

Me abstraje con *Las aventuras de un grillo*. Me habría gustado ser el grillo Mèn, que abandonó su nido para vivir aventuras por el mundo, ver la inmensidad de la naturaleza y conocer a todo tipo de gente, saborear la independencia, cometer travesuras y hacer nuevos amigos. En el mundo de Mèn no había guerras. Parecía como si solo los seres humanos se enzarzaran en guerras unos contra otros y

se hicieran sufrir.

Un día, cuando hacía ya más de una semana que se había ido la tía Hạnh, volví del colegio con la abuela, cotilleando sobre mis amigas. La abuela no me dejaba ir sola y me había recogido después de la clase.

La calle que llevaba a nuestra casa se extendía delante de nosotras llena de barro y salpicada de fragmentos de ladrillos rotos. Avanzábamos despacio, buscando las islas de ladrillo. La abuela me agarraba de la mano por si resbalaba.

—*Bà Diệu Lan* —gritó alguien, llamando a la abuela. Me di la vuelta y vi que era nuestro vecino, el señor Tập, que nos saludaba con la mano—. Han venido dos soldados a verla —dijo el hombre —. Los he enviado a su casa, pensaba que estaba allí.

La abuela le dio las gracias, me cogió la mano con fuerza y apresuró el paso.

Delante de nosotros teníamos un patio —la zona de lavado—, el único lugar del barrio donde podíamos coger agua limpia en un grifo barroso del que salía un chorrito. Una hilera de niños hacía cola con cubos vacíos. Cuando nos acercamos, se apartaron. Dejaron los cubos y se abalanzaron hacia nosotras dándose empujones.

Sota, el chico que casi siempre ganaba en las carreras, tiró de la manga de la abuela.

—Abuela, unos soldados quieren hablar con usted…

—Han dicho que iban a esperarla —interrumpió mi amiga Thủy. Sus voces zumbaron a nuestro alrededor como abejas.

—Esperad. De uno en uno, por favor —dijo la abuela—. ¿Dónde están los soldados?

—¡Por allí, por allí! —Varias manos señalaron la cabaña de la señora Như, que se encontraba frente a la nuestra.

Me costaba ir tan deprisa con sandalias de plástico. Thủy tiró de mí. La abuela ya se me había adelantado. Resbaló en el barro, intentó ponerse de pie y se cayó de nuevo. Cuando llegué a su lado, dos soldados la estaban levantando. La ayudamos a limpiarse el barro, pero nos apartó las manos, diciendo que no hacía falta.

Los soldados, altos y delgados, se erguían con sus uniformes

verde oscuro. Uno era algo mayor y tenía profundas arrugas alrededor de los ojos. El otro era joven, tanto como los chicos que acababan de dejar mi escuela para ir al frente.

—*Dạ, xin chào*. —El soldado mayor saludó a la abuela con cortesía—. Estamos buscando a la familia del camarada Nguyễn Hoàng Thuận.

Nguyễn Hoàng Thuận era el cuarto hijo de la abuela. Mi tío Thuận.

La abuela me agarró de la mano y guio a los soldados hasta nuestro hogar.

Los niños del vecindario nos siguieron, sus susurros se multiplicaron. El soldado de mayor edad les recordó que estaban en la cola del agua; los chicos entendieron la indirecta y se dispersaron.

—Luego me cuentas qué han dicho —me susurró Thủy al oído antes de salir corriendo.

Una vez en el interior de nuestra cabaña, cogí una toalla para la abuela y extendí la alfombrilla de paja mientras me preguntaba si los soldados conocían a mis padres y a mis otros tíos.

La abuela invitó a los hombres a sentarse. Le dieron las gracias con una inclinación y se quitaron las sandalias de goma. Miré su calzado y comprobé el secreto de su solidez: mi padre me había explicado que las sandalias de los soldados estaban hechas con cubiertas de neumáticos usados.

Los hombres se sentaron en la estera con las piernas cruzadas, se desanudaron la gorra, se la quitaron y la dejaron sobre el regazo. Las gorras eran del color del uniforme y tenían una estrella dorada brillante en la parte delantera. Mis padres y mis tíos llevaban el mismo uniforme cuando se fueron al sur.

La abuela echó agua en una olla y la puso sobre los tres ladrillos. Encendí el fuego.

Aspiró hondo antes de volverse hacia los soldados.

—Espero que no hayan tenido que aguardar mucho rato.

—No ha sido mucho rato, madre —dijo un soldado. La llamó «madre», igual que mis tíos, en señal de respeto.

Los soldados preguntaron mi nombre y a qué curso iba.

—Me llamo Hương, tíos. Tengo trece años y estoy en sexto curso.

—Ah, eres alta para tu edad —exclamó el soldado más viejo.

El más joven puso delante de él una mochila de color verde oscuro. Parecía llena y esperé que contuviera una carta del tío Thuận. La abuela me había dicho que pocas veces había servicio postal desde el frente, de manera que el mejor modo de recibir noticias de mis tíos y de mis padres era cuando uno de sus camaradas regresaba al norte y nos traía una carta o la dejaba en algún buzón.

—¡Estoy tonta! —dijo la abuela, con una risa repentina—. Estaba preparando el té y no tengo hojas de té. No me había pasado nunca… —Me sorprendió que le temblara la voz como si estuviera nerviosa.

—No se preocupe, madre. Acabamos de tomar una bebida en casa del vecino.

La abuela buscó la botella de agua.

—Disculpen, solo tenemos una taza.

Me volví hacia el fuego y lo alimenté con un par de ramitas. Prendió rápidamente y envió chispas al aire. No podíamos permitirnos semejante despilfarro, me dije, buscando en el saco de la tía Hạnh el último puñado de arroz. Sería suficiente para dos tazones de sopa aguada. Metí el arroz en la olla y contemplé cómo se deslizaba por una corriente de vapor.

El soldado de más edad carraspeó.

—Madre, habíamos oído hablar del bombardeo, pero no pensábamos que hubiera sido tan grave.

Se hizo el silencio. Añadí agua al pote. El fuego me bañó de calor.

—Madre, hemos venido a traerle noticias de su hijo, el camarada Nguyễn Hoàng Thuận.

—¿Cómo está Thuận? ¿Está bien? —La abuela se agarró el filo de la camisa con dedos temblorosos.

En lugar de contestar, los dos hombres se pusieron de rodillas y el más joven abrió la mochila. Con las dos manos, sacó el uniforme

de un soldado mientras el hombre mayor cogía varias cartas.

—Madre… —Le tendieron el uniforme y las cartas a la abuela.

—¡No!

—El camarada Nguyễn Hoàng Thuận se comportó como un valiente. —Fue lo único que entendí. A mi alrededor todo se volvió borroso. Me arrastré hacia la abuela, que estaba llorando. Sus hombros se estremecían.

—Lo siento, madre. El camarada Thuận fue víctima de una emboscada. Luchó con valor.

La abuela cogió el uniforme de mi tío. Enterró el rostro en la ropa.

—*¡Thuận ơi, ơi con ơi. Con về với mẹ đi con ơi!* —gimió, pidiéndole que volviera con ella.

Me abracé a la abuela. Mi tío Thuận estaba muerto. El tío Thuận, que me lanzaba al aire y me hacía cosquillas hasta que me revolcaba riendo. El tío Thuận, que trepaba una y otra vez a infinitos *sấu* para elegir las frutas más maduras y dármelas, que me había hecho las más bellas cometas de papel para que las echara a volar.

—Madre, sabemos lo mal que se siente, pero le aseguramos que su hijo no ha muerto en vano. Nosotros, sus camaradas, acabaremos con el enemigo.

La abuela negaba con la cabeza como si no quisiera oír más.

—¿Conocían… conocían bien a Thuận?

—Éramos de la misma unidad, madre. El camarada Thuận era un hermano para nosotros. Era amable con todos.

La abuela pasó los dedos por las letras, siguiendo la escritura de su hijo.

—Aquí hay otra carta. —El soldado de más edad se la tendió—. Es para su novia, la señorita Thu.

La abuela sostuvo la carta sobre la palma de ambas manos. Tragó con esfuerzo.

—Thuận quería casarse con ella. Estaba ahorrando para un día muy feliz, un día feliz también para todos nosotros —dijo la abuela.

—Lo sabemos, madre. Thuận nos dijo que deseaba con todas

sus fuerzas oír cómo usted cantaba en su boda.

—Iré a ver a Thu mañana —dijo la abuela—. ¿Quieren… quieren comer algo?

—Gracias, pero tenemos que irnos. —El de más edad sonrió débilmente—. Tenemos un curso de formación, madre. Nuestro comandante nos ordenó que pasáramos primero por aquí.

La abuela asintió.

—Cuídense mucho… para que puedan ver luego a su familia.

Los soldados inclinaron la cabeza. En el exterior, una fuerte ráfaga de viento movió el aire y se estrelló contra el tejado metálico. En la calle, un niño pequeño llamaba a su madre y sus gritos se desvanecieron en la distancia.

Me volví hacia el fuego. Casi se había apagado y solo quedaban unas ramitas a medio quemar. No oía nada, no sentía nada, solo el fuerte abrazo del invierno.

La abuela y yo dispusimos un altar para el tío Thuận. No teníamos ya ninguna foto suya, así que colocamos la mochila y la ropa delante del tazón de incienso. La abuela pasó tres noches en vela rezando para que su alma llegara al Cielo. Sus murmullos, el tañido rítmico de la campana de madera y el humo del incienso llenaban la cabaña.

Después de la tercera noche, me desperté y vi a la abuela delante de nuestra casucha mirando al cielo con las cartas del tío en las manos, cartas que yo ya me había aprendido de memoria. Me bastaba con cerrar los ojos para que aparecieran ante mí sus palabras y me llevaran a las selvas de Trướng Sơn, por las que mi tío había caminado bajo árboles altos, donde las mariposas revoloteaban y los monos saltaban de rama en rama, donde su risa se elevaba mientras pescaba peces de los ríos y cogía *tàu bay*, hierbas para comer. En sus cartas no había miedo, no hablaba de la lucha, no se mencionaba la muerte. Solo esperanza, amor a la vida y anhelo de regresar al hogar.

Solo era un joven que creía que tenía todo el futuro por delante.

Me acerqué a la abuela y la abracé. El cielo estaba claro como un cristal y tuve la sensación de que el tío Thuận estaba allí arriba con

mis antepasados, velando por nosotras.

Habíamos albergado la esperanza de que la guerra terminara, pero continuó. Si la abuela sentía tristeza o temor, lo cierto es que nunca dejó que me diera cuenta. Un día, después de examinar durante largo rato mi delgadez, lo fría y lo vacía que estaba nuestra cocina y nuestro destartalado refugio, me dijo que quería dejar de dar clases, por las que no cobraba casi nada. Al principio pensé que lo había oído mal, pero al poco sus alumnos empezaron a pasar para rogarle que cambiara de opinión.

—Por favor, abuela, no se vaya —insistieron al día siguiente, cuando me recogió en la escuela.

—Shhh —dijo, llevándose un dedo a los labios y lanzando una mirada a los profesores que andaban por ahí cerca.

En casa, se acuclilló en la estera.

—Ahora podemos hablar —dijo en un susurro.

—No puedes dejar de dar clases, abuela, ¿no ves cuánto te quieren tus alumnos?

La abuela cogió el peine y empezó a peinarme.

—Sí, echaré de menos a mis alumnos. Pero no puedo soportar este lavado de cerebro de sus inocentes cabecitas con propaganda. Ahora ya no solo somos profesores, también somos servidores del Partido.

—¿Pero dónde trabajarás, abuela?

—¿Puedes guardar un secreto? —Acercó la boca a mi oído—. Voy a comerciar en el mercado negro para poder comprar comida y reconstruir nuestra casa. Para ahorrar para el regreso de tus padres y tus tíos. Y seré libre, dejaré de ser servidora de nadie.

—¿Serás *con buôn*…? ¿Comerciante? Pero eso… Eso es malo… —Abrí mucho los ojos, las palabras de mi profesor de ética resonaron en mis oídos: «En tanto que país socialista, honramos a los obreros y a los campesinos. Tenemos que eliminar a la burguesía y a los comerciantes de nuestra sociedad. Son sanguijuelas que viven de la sangre de la gente».

—Ajá, da la impresión de que a ti también te han lavado el cerebro —exclamó la abuela—. Ser comerciante no tiene nada de

malo y te aseguro que lo voy a ser. En realidad, ya he cambiado mis pendientes de oro por algo para vender.

Le toqué las orejas y solté una exclamación de sorpresa. Su única pertenencia valiosa, que había conservado para la boda del tío Thuận, había desaparecido.

—¿Los has cambiado por qué cosa, abuela?

—Veamos… —dijo, empezando a contar con los dedos—: Sandalias, toallas, pilas, jabón, neumáticos de bicicleta… lo que mejor se vende en el mercado negro.

—¿Y dónde está todo eso? —dije, mirando nuestra cabaña vacía.

—En casa de unos amigos, en el barrio antiguo. Me lo confiscarían si lo llevara todo por ahí.

—Abuela, pero ¿eso no es ilegal? He oído que solo pueden comerciar las tiendas del gobierno…

—Guayaba —me interrumpió, cogiéndome la cara con ambas manos—. No voy a hacer nada malo, créeme.

Miré a la abuela a los ojos y vi decisión. Me pregunté si su nuevo trabajo no nos traería problemas.

—Necesitamos comida —dijo la abuela—. Y la gente necesita productos básicos. Además, tenemos que prepararnos para el futuro, para el regreso de tus padres y tus tíos. No podemos vivir así siempre —dijo, dando una palmadita sobre nuestra cama, la estera de paja. Tenía un aspecto lamentable, adherida al suelo de tierra.

—Abuela, pero si te pasa algo…

—No me pasará nada, iré con mucho, mucho cuidado. —Me besó el pelo y después señaló un cazo que colgaba del techo de la zona de cocinar—. ¿Adivinas qué tengo para nosotras?

—¿Arroz? —Me rugía de hambre la barriga.

—Mejor que eso. Espera y verás. —Me guiñó un ojo—. También te he traído un regalo, pero no me acuerdo de dónde lo he puesto.

Me puse de pie de un brinco y levanté la estera. Nada. Miré debajo de las almohadas. Tampoco había nada debajo de la ropa ni entre los tazones y los palillos.

—Busca un poco más —dijo la abuela con una risita.

Por fin encontré mi regalo, envuelto y escondido debajo del montón de ramas secas para el fuego de la cocina. Un libro: *Las aventuras de Pinocho*. Me acuclillé sobre la estera y abrí las páginas, que me transportaron a Italia, donde Geppetto, el carpintero, talló un trozo de madera capaz de hablar.

Un aroma delicioso procedente de la cocina me hizo alzar los ojos. El delgado cuerpo de la abuela estaba inclinado sobre el fuego. Siempre me había animado a leer mucho, a diferencia de los padres de mis amigos, que preferían que sus hijos memorizaran los libros de texto. Siempre había hecho lo mejor para mí. Era una mala nieta por dudar de ella.

Me acerqué con la mirada puesta en la sartén. Carne. Unos filetes finos como el papel chisporroteaban en el fuego.

—Solo hay una cosa que no me gusta de dedicarme a los negocios. —La abuela entrecerró los ojos para protegerse del humo —. No estaré mucho en casa para cuidarte.

—Puedo cuidar de mí misma, abuela. ¿Te acuerdas del susto que tuviste la otra noche? Pues no había motivo.

Cuando la abuela se dio media vuelta para cortar más cebollas, utilicé los dedos a modo de palillos para coger varios trozos de carne y metérmelos en la boca. Me quemé la lengua y se me llenaron los ojos de lágrimas, pero el estómago se me puso muy contento.

Me sequé rápidamente la boca antes de que la abuela me sorprendiera. Echó trozos de jengibre y cebolla en la carne. Los palillos bailaban mezclándolo todo.

—Lo siento. —Echó un chorro de salsa de pescado en la carne —. Pero fui a casa de Thủy y su madre dijo que no te había visto.

—Estaba jugando en el jardín de atrás, abuela. Por favor, no te preocupes tanto por mí.

—Guayaba, le prometí a tu madre que cuidaría de ti. No puedo permitir que te pase nada…

—¿No ves lo grande y fuerte que me he puesto? —Hice que se levantara para que viera que nuestros hombros llegaban a la misma altura—. Y si alguien intentara secuestrarme, le daría una patada en el culo. —Pinché con el dedo la barriga de la abuela. Veloz como el

rayo, dio un brinco y me inmovilizó la mano. Intenté darle una patada en la ingle. Levantó la pierna y me bloqueó el golpe.

—Vale, vale, no debería haber olvidado que te he enseñado los movimientos de Kick-Poke-Chop —dijo la abuela, echándose a reír —. Deja que termine de cocinar o se nos quemará todo.

El nuevo trabajo de la abuela me daba libertad. Ella pasaba fuera gran parte del día y no hacía falta que yo estuviera en casa. Después del colegio, me quedaba con Thủy saltando a la cuerda, charlando en su hamaca o explorando gran parte de Hanói. Incluso fuimos andando hasta el río Rojo y metimos los pies en el agua mientras el viento silbaba en nuestro cabello.

Cuando la abuela se hizo *con buôn* profesional, el barrio antiguo se convirtió en el laberinto de sus operaciones secretas. No tenía un puesto ni llevaba consigo ninguna mercancía. Con un *nón lá* en la cabeza para protegerse del sol merodeaba por las tiendas del gobierno buscando clientes. Las negociaciones se hacían en susurros. Después de fijar el precio, la abuela llevaba al cliente a otro lugar, donde le entregaba el artículo y lo cobraba. Durante todo el proceso debían estar vigilantes. Si aparecía un policía o un guardia del gobierno, se dispersaban y abortaban la venta.

Para entonces, los aviones estadounidenses habían desaparecido de los cielos de Hanói. La abuela aprovechaba al máximo las oportunidades que se le ofrecían y trabajaba noche y día. Empezó a tener ojeras; tenía la piel castigada por el sol y ampollas en los pies. A cambio del peligro al que se enfrentaba, llevaba a casa comida, ropa y libros para mí. Y cuando estaba en casa, cantaba.

—Mientras tenga voz, seguiré viva —dijo cuando me contó cómo había conseguido cargar con el tío Sáng trescientos kilómetros hasta Hanói, a pie. Entonces mi tío era un bebé. Ahora era un soldado. ¿Dónde estaría ahora luchando? ¿Habría sobrevivido? ¿Y mis padres?

—Abuela —pregunté una noche—, ¿cómo es que hace tanto tiempo que la tía Hòa no nos hace una visita? —La tía Hòa era la

mujer del tío Sáng y vivía en un piso cerca de la ópera de Hanói. Sus padres eran destacados cargos comunistas.

—Creo que no la veremos durante un tiempo. —La abuela estaba cenando tras un largo día de trabajo. Era casi medianoche. Cogió unas espinacas de agua con los palillos, las mojó en la salsa de pescado y se las metió en la boca.

—¿Y por qué? ¿No se supone que tiene que cuidarte en ausencia del tío Sáng, abuela?

—Pertenece a otra clase social, a una clase más alta. Así que supongo que no se siente atada por ninguna norma. —La abuela se encogió de hombros mientras pillaba con los palillos un par de gambas diminutas que yo había cocido con zumo de carambola.

Chasqueó los labios después de masticar.

—Delicioso. Te estás convirtiendo en una gran cocinera.

—Abuela —insistí—. Ya sé que la tía Hòa tiene una posición importante en el Partido, pero seguimos siendo de la misma familia, ¿no?

—Sí, pero eso no significa que pueda mostrar compasión por nosotras. En estos tiempos, los rumores van deprisa y sabe que me estoy dedicando a comerciar. Estoy segura de que no nos visitará durante largo tiempo. Quien trate conmigo podría tener problemas.

—¿Por eso los vecinos ya no nos vienen a ver, excepto la señora Nhân? Me da igual, pero en el caso de la tía…

—No importa, Guayaba. No me importa nada si te tengo a ti.

Unos días más tarde fui a la cabaña de Thủy y le llevé un platito de *banh cuốn* que la abuela y yo habíamos preparado juntas. Esas tortitas —finas láminas de harina de arroz cocidas al vapor, rellenas de cerdo y champiñones picados— eran sus favoritas.

—No está —dijo su madre antes de que pudiera entrar.

—Tengo algo para ella, tía —dije, alzando los *banh cuốn*.

—Ya hemos comido. —Se dio media vuelta y me dejó desolada ante la puerta de su casa. Intenté averiguar los motivos de su grosería. Quizá se me había olvidado saludarla la última vez que la vi.

Al día siguiente, en el colegio, Thủy me evitó.

—¿Qué pasa? —pregunté, poniéndome a su altura en el camino de regreso a casa.

Siguió andando.

Le impedí el paso.

—¿He hecho algo malo?

Intentó rodearme, pero la agarré del brazo.

—Te llevé unos *banh cuốn*…

—No quiero tu comida —dijo, apartándose de mí—. Por favor, no vengas a verme nunca más.

—Son tus padres, ¿no? No quieren que seamos amigas por lo que hace mi abuela…

Inclinó la cabeza. Cuando alzó la vista, un proverbio salió de sus labios: *Cá không ăn muối cá ươn, con cãi cha mẹ trăm đường con hư*: 'los peces que no absorben la sal se estropean; los niños que desafían a sus padres van por mal camino de mil maneras distintas'.

Cuando se alejaba me pregunté si esperaba que yo desafiara a la abuela para conservar su amistad.

Aquella tarde estuve pensando en cómo podía convencer a la abuela para que dejara de comerciar, pero cuando llegó a casa tenía una sonrisa ancha como un río.

—Un libro de los Estados Unidos —dijo, abriendo un paquete con más de cien páginas de texto manuscrito—. Me ha costado una fortuna, pero me ha parecido que te gustaría leerlo. Se titula *La casa de la pradera*, es un libro muy famoso allí.

—¿Y por qué debería leer algo del país que nos ha bombardeado? —Miré hacia la casa de Thủy con la esperanza de que en algún momento cambiara de opinión.

—Mira, no todos los americanos son malos. Muchos se han manifestado en contra de la guerra. —La abuela cogió la primera página del libro y se puso a leer en voz alta. El libro empezaba diciendo «Érase una vez…», como si fuera un cuento, y me llevó de inmediato al misterioso mundo de una niña llamada Laura y a su casa, hecha de troncos y rodeada de grandes y oscuros bosques donde vivían los lobos, los osos y los ciervos.

—¿Quién ha traducido este libro, abuela? —pregunté mientras

pasaba las páginas, tocando el sendero que me conduciría a un país del que sabía muy poco, aunque sus decisiones me cambiaran la vida.

—Un profesor. Lo enviaron a Rusia a estudiar literatura estadounidense y comprender el pensamiento de los americanos para ayudarnos a derrotar a su ejército. Practicó inglés traduciendo este libro.

—¿Esta es su letra?

—Su familia lo copió a mano para venderlo…

La casa de la pradera me ayudó a olvidarme de Thủy y me permitió hacerme amiga de Laura, con quien me sentaba a escuchar la música y las historias de su padre. Igual que mi padre, Pa era gracioso y disfrutaba haciendo cosas con las manos. Como mi madre, Ma era atenta y le gustaba cocinar.

Adoraba a Laura, pero también la envidiaba. Mientras que mi mundo estaba lleno de anhelos, el suyo estaba lleno con la presencia de sus padres, sus hermanas, Mary y Carrie, así como su perro, Jack. Pero, igual que yo, Laura tenía sus propias angustias. Temía que a su padre le pasara algo cuando cruzaba el oscuro bosque e iba al pueblo a vender pieles y no volvía en toda la noche. Pasó pánico con su madre cuando se toparon con un oso que podría haberlas matado a las dos.

Había oído decir que a los estadounidenses les gustaba dominar a otras razas, que no compartían nuestros sentimientos, pero ahora sabía que querían a su familia y que trabajaban mucho para ganarse el pan. Les gustaba la música, bailar y contar historias, igual que a nosotros.

Hacia finales de marzo de 1973 llegó a Hanói la noticia de que el ejército estadounidense se retiraba de Saigón. En clase, mis profesores mostraron fotos de unos extranjeros muy altos subiendo a sus aviones. Aplaudimos y cantamos canciones de victoria. Parecía

que por fin la guerra se había terminado, ahora que habíamos derrotado a los invasores americanos.

Sin embargo, la abuela no estaba tan contenta. Gracias a la información que circulaba por el barrio antiguo, sabía que la lucha no había acabado. Ahora que se habían ido los estadounidenses, la guerra proseguía entre los vietnamitas del norte y los del sur.

Cuando veía a un soldado por nuestro barrio, me quedaba helada. Intenté concentrarme en los estudios, leer mis libros y rezar.

Y seguía muy unida a la abuela. Al llegar a casa, comía, hacía los deberes, dormía una siesta y me levantaba cuando regresaba. Mientras ella se lavaba y comía, me quedaba a su lado, contándole lo que pasaba en el colegio y escuchando cómo le había ido el día. En las tiendas del gobierno, me decía, no había comida suficiente. Con frecuencia se desencadenaban peleas en las largas colas. Cada vez había más gente que guardaba cola durante la noche y luego vendía su puesto a otra persona. Era necesario ofrecer algún soborno para conseguir un trozo de carne de mejor calidad o algo de arroz sin el generoso aporte de unos gusanos. A nuestro alrededor todo el mundo hacía lo que podía para sobrevivir, para vivir.

La abuela y yo ahorrábamos tanto como podíamos. Todas las noches la ayudaba a contar las monedas y los arrugados billetes que traía a casa, manchados por el sudor de su trabajo.

Una tarde regresó con una bicicleta. Mientras pasaba las manos por el oxidado manillar, me eché a reír. En mi barrio, solo el señor Luong, destacado miembro del Partido, tenía una. Deseé que la abuela me la dejara alguna vez; Thủy se desmayaría de celos. Seguía sin querer dirigirme la palabra y yo intentaba no mirarla. Mis amigos eran ahora Laura, la niña americana; Pinocho, el niño de madera, y el grillo Mèn.

La abuela me enseñó un certificado emitido por el Departamento de Seguridad Pública de Hanói en el que decía que era la legítima propietaria de la bicicleta. Del cuadro de la bici colgaba una matrícula metálica con el número 3R-3953. Nos abrazamos dando saltos de alegría. Para celebrarlo, la abuela se tomó libre el resto de la tarde y me llevó en bicicleta hasta la calle de la

Seda. La luna, redonda y brillante, nos siguió. Nos recreamos contemplando un caserón de madera. A la luz de la luna parecía antiguo, como salido de un sueño, con sus puertas de madera talladas con exquisitas flores y pájaros y los dragones y el fénix de cerámica que se alzaban en los extremos del tejado curvo. ¿Habría sobrevivido el hogar de mis antepasados a los bombardeos? ¿Cuándo podría ir y tocar los vestigios de la infancia de la abuela?

Ahora que tenía una bicicleta, la abuela podía desplazarse más deprisa y atender a más clientes. Amplió el negocio para vender chaquetas de invierno, impermeables y radios. Algunos objetos incluso estaban importados de China y de Rusia.

El trabajo de comerciante le permitía estar al tanto de las noticias sobre la guerra. Me dijo que el ejército del norte avanzaba hacia el sur y estaba ganando. Sin embargo, temía que mis padres no volvieran nunca a casa. No habíamos tenido noticias suyas. De los demás tíos, solo Đạt había conseguido contestar una de nuestras cartas, diciéndonos lo mucho que nos echaba de menos. Estaba bien y se dirigía a Saigón. Me pregunté si sería muy dura aquella situación para su novia, la señorita Nhung. Salían juntos desde el instituto y ella trabajaba como contable. Era una de las pocas personas a las que no le importaba que la abuela se dedicara a comerciar. La señorita Nhung nos visitaba con frecuencia y, cuando la abuela no estaba en casa, me enseñaba a montar en bicicleta. Yo tenía la esperanza de que el tío Đạt volviera pronto y se casara con ella.

Pasaron los meses. Cumplí catorce años. La abuela trabajaba sin parar.

Una noche me abrazó y me dijo:

—Me parece que ya tenemos dinero suficiente para construir una casa sencilla de ladrillo.

Abrí mucho los ojos. Nuestra cabaña casi no se sostenía cuando el viento soplaba con fuerza. Las planchas metálicas ardían durante los días de calor y dejaban pasar el agua cuando llovía.

—Tendré que pedir prestado, pero podremos devolverlo —dijo la abuela—. Tendrá tres dormitorios.

—¿Aquí? —dije, mirando la pequeña choza que nos rodeaba.

—La construiremos en el patio trasero. Necesitamos una habitación para tus padres, otra para Đạt y Nhung y otra para ti y para mí —dijo con una sonrisa—. ¿Quieres dibujar tú el plano? Algo sencillo. ¿Qué crees que necesitamos?

—¡Un refugio antiaéreo!

—Sí, desde luego, es muy importante. ¿Lo ponemos en la entrada de nuestro dormitorio?

—Pero necesitaremos tres, abuela.

—Ah, pues para los tres dormitorios. Piensas en todo. ¿Y qué te parece una habitación que sea comedor y cuarto de estar donde podamos comer y hablar?

—¿Y una cocina y un baño?

—Y en el mejor rincón, en un lugar luminoso y aireado, tu estudio.

—Podríamos ponerlo junto a la ventana de nuestro dormitorio.

Así fue como las dos diseñamos nuestra casa. Hice un plano y todas las noches la abuela y yo lo pulíamos y lo mejorábamos. Dibujamos las ventanas altas para evitar las miradas curiosas. Cuando terminamos el esquema, la abuela lo llevó al barrio antiguo, donde un arquitecto diseñó un plano más complejo basado en el nuestro. Añadió detalles para la instalación de electricidad y la fontanería, aunque pocas veces había electricidad y el agua corriente no llegaba a la casa.

Me moría de ganas de verla terminada. Thủy seguía viviendo en una cabaña, seguro que querría hacernos una visita.

Unas semanas más tarde, la abuela volvió del trabajo con una sonrisa.

—He encontrado una cuadrilla de obreros y tengo el permiso para comprar cemento y ladrillos.

—¿Necesitamos permisos, abuela?

—Sin permiso nos confiscarían el material antes de que llegara. —Acercó la boca al oído; su aliento me hacía cosquillas—. Tenemos que construirla muy deprisa. Los vecinos sentirán curiosidad y, si alguien te pregunta algo, le dices que hable conmigo.

Asentí.

—He ido a la Unidad del Comité del Pueblo para conseguir la autorización para reconstruir la casa. —La abuela me enseñó un documento con un llamativo sello rojo—. He tenido que rogar para que me dieran permiso, querían saber de dónde venía el dinero. Mientras me interrogaban, ha aparecido Trướng Sơn, un antiguo compañero de colegio de Thuận. Trướng Sơn les ha dicho a sus camaradas que me dejaran tranquila, que había enviado a mis cuatro hijos a la guerra para proteger a este país de los invasores americanos y que deberían permitirme reconstruir mi casa.

Miré el altar del tío Thuận. Tal vez su espíritu nos había bendecido.

—Trướng Sơn ha sido muy útil —suspiró la abuela—, pero debería haberle dicho que se equivocaba.

—¿Se equivocaba? ¿Qué quieres decir, abuela?

—No envié a tus tíos y a tu madre a la guerra, Guayaba. Estuve a punto de perderlos cuando eran pequeños. Si por mí hubiera sido, nunca se habrían alejado de mi vista.

Estreché las manos de la abuela. Miramos hacia el resto del barrio, donde las chabolas guardaban silencio en la oscuridad.

—Todavía nos queda un obstáculo. Trướng Sơn me ha dicho, en privado, que para atenuar la envidia de quienes nos rodean deberíamos hacer algo por los vecinos.

—¿Tenemos que darles comida?

—Bien pensado, Guayaba. Pero me gustaría que nuestra ayuda durara un poco más. ¿Qué te parece si hacemos cavar un pozo y ponemos una bomba donde está el grifo?

Di un brinco, encantada con la idea.

—La cola del agua es exagerada y absurda. Estoy segura de que los vecinos estarán entusiasmados.

—Un poco de calma, tendré que convencerlos.

Varias semanas más tarde, la abuela regresó temprano y cenó a toda prisa. Di una palmada de alegría cuando me dijo que podría ir a

la reunión semanal de los vecinos.

La Oficina del Comité del Pueblo había tenido su sede en una preciosa villa de estilo francés con amplios balcones y grandes ventanas de madera. Después de que la arrasaran las bombas, ahora era una caja de cemento y ladrillo.

—La han reconstruido al estilo soviético —dijo la abuela.

Los vecinos fueron congregándose en la atestada sala de reuniones y se sentaron en las hileras de sillas. Miré a la abuela y su calma aplacó la inquietud que yo sentía. A pesar de su delgadez y de lo tostada que estaba por el sol, parecía digna y elegante. Su rostro irradiaba seguridad. Llevaba el largo cabello recogido en un moño en la nuca y se le veían las cicatrices.

—Gracias por venir. —El señor Phong, el jefe de la Oficina del Comité del Pueblo, carraspeó y la gente se fue callando—. Esta noche tenemos muchos temas que tratar, pero antes una de nuestras vecinas tiene que hacernos una propuesta.

Los murmullos fueron creciendo cuando la abuela se adelantó.

—Quiero agradecerles su amabilidad durante estos años —dijo la abuela, mirando por toda la sala—. Cuando mis hijos y yo llegamos, éramos unos pueblerinos y nos recibieron con los brazos abiertos. Nos han ayudado a hacer de este barrio nuestro hogar.

Los vecinos dejaron de hablar, conmovidos por las sinceras palabras de la abuela.

—Como saben —prosiguió—, el suministro de agua comunal nos ha estado dando problemas. Pasamos horas todos los días haciendo cola y no hay agua suficiente. He estado pensando en cómo podríamos arreglarlo, así que le he pedido a un técnico que visitara el barrio. Ha tomado muestras de las aguas subterráneas, especialmente en la zona del lavadero comunal. —La abuela hizo circular un montón de papeles—. Aquí tienen el resultado de los análisis del agua. Si excavamos a más de cincuenta metros de profundidad, tendremos agua buena y segura. —Hizo una pausa para dar tiempo a la audiencia a que mirara los papeles. La gente empezó a susurrar de nuevo, pero ahora asentían con la cabeza—. Con estos resultados —continuó—, me gustaría hacerles una

propuesta. En lugar de depender del suministro público de agua, podríamos tener un sistema para extraer el agua subterránea. Un pozo y una bomba manual serían suficientes.

—Suena muy bien, pero cuesta mucho dinero —dijo un vecino.

—No tenemos suficiente para comer, ¿cómo vamos a permitírnoslo? —preguntó otro.

La abuela levantó la mano.

—Como muestra de mi agradecimiento a esta comunidad, me gustaría correr con todos los gastos.

Las voces se alzaron a nuestro alrededor. Al principio, las miradas parecieron iluminarse, pero a medida que los asistentes hablaban entre sí, el brillo fue atenuándose. Algunos empezaron a mover la cabeza en señal de reprobación.

—¡No podemos aceptar dinero de una *con buôn*! —El señor Tân, un viejo vecino, se puso en pie de un brinco—. La burguesía y los comerciantes son sanguijuelas que chupan la sangre de nuestra economía.

—Su dinero está sucio. —La señora Quyn, una mujer de mediana edad, señaló a la abuela con el dedo.

—Claro, ella puede permitirse tirar el dinero que gana sin esfuerzo —comentó otro vecino.

Me reconocí en las burlas contra la abuela: yo también había estado en contra de su trabajo hasta que su afán de superación, lo mucho que trabajaba y su decisión me habían abierto los ojos.

Tenía que comportarme como Mèn el grillo, que era valiente y defendía sus ideas. Sin darme cuenta, me puse de pie.

—Por favor, ¿puedo hablar? Me llamo Hương. Soy la nieta de la abuela Diệu Lan. Mis padres están en el frente y la abuela cuida de mí. Vivo con ella y sé lo que hace —miré a la abuela y sonreí—. La abuela Diệu Lan trabaja más que nadie que yo conozca. Casi no duerme. Mirad las llagas que tiene en los pies y veréis que no explota a nadie. Cada céntimo que quiere donar a este barrio lo ha ganado con gran esfuerzo.

Una lágrima rodó por la mejilla de la abuela. El silencio envolvió la habitación.

—Los niños no mienten —dijo la señora Nhân, poniéndose de pie. Era el único de los presentes que se había mantenido fiel a nosotras—. No piensen en la propaganda, por favor. Piensen en las ventajas que supondría para su familia. Sus hijos tendrían más tiempo para jugar, ustedes tendrían más tiempo para descansar. El agua sería más segura. Se acabarían las colas por la mañana. Se acabarían las peleas por quién tiene el cubo más lleno.

La gente volvió a murmurar.

—Vale, vale. —El señor Phong levantó las manos para hacer callar a los presentes—. Votemos en secreto. Aquí tienen papel y lápiz y hay una urna en la mesa. Pongan sí o no a la propuesta de la señora Diệu Lan. La decisión de la mayoría será la definitiva.

Cuando los vecinos se encaminaban a la mesa, la abuela se me acercó.

—Me parece que ya no puedo seguir llamándote por tu mote de niña, Guayaba. Ya eres toda una señorita, Hương.

Le contesté con una amplia sonrisa.

—Me encanta el nombre que me dabas de pequeña, pero me gusta Hương.

Apreté a la abuela en el hombro mientras el señor Phong leía el resultado en voz alta.

—De las cuarenta y una personas presentes, treinta y seis están de acuerdo con la propuesta de la señora Diệu Lan. —Se volvió hacia la abuela y añadió—: En nombre de nuestro barrio, gracias.

Unos días más tarde, una cuadrilla de hombres excavó un pozo e instaló una bomba manual. Incluso los niños pequeños podían utilizarla para llenar los cubos. En lugar de esperar turno para coger agua de un grifo lleno de barro, ahora los niños podían lavarse delante de su casa y lanzarse arcoíris unos a otros, riendo.

Nuestra cabaña empezó a llenarse de materiales de construcción. Una tarde se acercó la señora Nhân con un libro de astrología. Se sentó con la abuela junto a la lamparilla de aceite, examinando las complicadas cartas y cotejando nuestras fechas de nacimiento.

—El día del buey y la hora del dragón sería un principio auspicioso —dijo la señora Nhân, y la abuela asintió.

La abuela se quedaba en casa para supervisar la construcción. Cada día, al volver del colegio, tenía que abrirme paso entre una multitud de mirones para poder entrar.

Los obreros y la abuela trabajaban noche y día. Más de dos meses después, nuestra casa estaba ya terminada y resplandecía bajo el sol. La abuela solo había podido permitirse una casa de una planta, pero todas las habitaciones previstas estaban ahí, tal como las habíamos dibujado.

La abuela sonreía mientras yo corría de una habitación a otra. La casa era muy luminosa. Me encantaban el rincón de mi escritorio, los dormitorios y el cuarto de estar-comedor que daba a la cocina. Me gustaba muchísimo la puerta de la entrada, de paneles de madera maciza, y las ventanas, que me dejaban ver un trozo de cielo.

Seguí compartiendo cama con la abuela y dejamos vacías las otras habitaciones. Eran para cuando volvieran mis padres y mis tíos.

La abuela trajo a casa un ejemplar joven de *bàng*. Lo plantamos en el diminuto patio delantero, en el mismo lugar donde había estado el viejo. Lo regaba a diario, quería verlo crecer. Me moría de ganas de que mi madre volviera y el árbol diera sombra debajo de la cual podríamos lavarnos el pelo.

Ahora que teníamos un techo seguro bajo el que albergarnos, un día por semana la abuela volvía a casa del mercado justo después de atardecer. Pasábamos la tarde entera meditando y practicando los rápidos movimientos de autodefensa Kick-Poke-Chop.

—Calma la mente y construye tu fuerza interior —me decía.

La abuela seguía trabajando muchísimo. Poco a poco y a escondidas fue trayendo a casa algunos muebles: mi mesa de estudio y una silla, una estantería, un *phản* de madera para la zona de estar, tres camas de bambú y un comedor completo. Eran muebles viejos y desvencijados, pero los apreciábamos mucho. Pusimos la estantería junto a mi rincón de estudio y la fue llenando de historias que me llevaban a lugares lejanos.

—¿Quieres trabajar, Hương? —preguntó la abuela una noche aquel verano mientras desenrollábamos nuestra estera de paja bajo el *bàng*. Hacía demasiado calor para quedarse dentro. Los vecinos también estaban en la calle, agitando abanicos de papel.

No respondí, temiendo que me pidiera que me convirtiera en comerciante.

La abuela agitó el abanico de papel.

—Una amiga mía está ganando bastante dinero criando cerditos y gallinas. Y en un piso. Nosotras tenemos más espacio que ella.

—¿Cerdos y gallinas? ¿Aquí?

—¿Por qué no? Podemos poner a las gallinas en el baño y a los cerditos bajo el *phản*. Irá bien, estoy segura. Mi experiencia por haber vivido en una granja será muy útil.

Para preparar la llegada de los animales, la abuela hizo abrir otra ventana alta en el baño, destinada a dar más luz y más aire, y encargó una estantería de bambú de varios pisos.

—Para que duerman las gallinas y pongan huevos —explicó.

Fui con ella a recoger diez polluelos recién nacidos. Estaban en una jaula de bambú y no dejaron de piar de camino a casa. Las cerditas nos las entregaron durante la noche. En cuanto las vi, supe cómo iba a llamarlas: la cerdita blanca con manchas negras era *Lunares negros*, y la negra con cara graciosa era *Morro rosa*. Aunque encerrábamos a las gallinas en el baño, dejábamos que las cerditas rondaran por la sala de estar-comedor.

Ahora ya no me importaba que Thủy hubiera dejado de hablarme. Los animales se convirtieron en mis amigos más leales. Los polluelos me cantaban cuando los cogía, les daba de comer y les limpiaba su estante. *Lunares negros* y *Morro rosa* frotaban el hocico húmedo contra mis pies y se dormían en mis brazos.

A pesar de todo, echaba mucho de menos a mis padres. Durante los años que mi madre estuvo fuera no hubo día en que no creyera verla. Me imaginaba desapareciendo en su abrazo, en el río de su cabello, en su blando pecho. Me imaginaba que nuestra voz se elevaba como

una cometa desde la sombra del *bàng* recién plantado.

Echaba de menos cómo mi madre llenaba la casa con sus cantos, la gracia con que bailaba, la forma en que me cogía por los dedos y me hacía girar para que la camisa se abriera y desplegara a mi alrededor. Siempre que me ponía triste me decía a mí misma que tenía que ser fuerte como mi madre, que nunca lloraba ni daba muestras de tener miedo. Una vez encontramos una serpiente debajo de la cama y, mientras yo chillaba, ella se inclinó, la cogió por la punta de la cola y la tiró por la ventana.

A principios de 1975, se extendieron los rumores de que la guerra estaba terminando de veras; me imaginaba que mi madre me hacía volar por las calles de Hanói sentada en el trasportín de la bicicleta de la abuela. Gritábamos a pleno pulmón mientras la bicicleta nos llevaba por un espléndido verano, pasando por un *phượng* de flores rojas y por un *bằng lăng* de pétalos morados que florecía sobre el asfalto salpicado de refugios antiaéreos. Nos deteníamos en el lago de la Espada Restituida y nos deleitábamos con la tremenda frialdad de los helados de Trầng Tiền.

En mis sueños, mi madre siempre regresaba con mi padre, alto y guapo. A veces corría hacia mí con las dos piernas; otras veces tenía una sola y se apoyaba en una muleta. Algunas veces, me abrazaba con sus dos fuertes brazos y, en otras ocasiones, no tenía brazos, solo dos muñones de carne blanda que le sobresalían de los hombros. Pero siempre se reía y me llamaba por mi nombre.

—Esta es Hương, mi hija.

A finales de marzo de 1975, cayó sobre nuestra ciudad una tormenta insólita para la temporada. El cielo arrojó un torrente de agua sobre nuestra cabeza y convirtió la calle del barrio en un río retorcido y negruzco. La abuela y yo nos sentamos en nuestro *phản* para contar el dinero que había ganado ese día. Unos ruidos extraños nos hicieron mirar hacia la puerta, unos ruidos diferentes al estruendo del viento y la lluvia.

—¿Qué es eso, abuela? —pregunté.

Los extraños ruidos retumbaron de nuevo. Débilmente, oí una voz humana.

La abuela dejó caer el dinero y salió corriendo.

Yo también salté. Golpeé con los dedos de los pies el hocico de *Lunares negros*, que soltó un chillido.

—Ya voy. —La abuela abrió la puerta. En la tenue luz de nuestra lámpara de aceite se alzaba una delgada sombra con una maraña de pelo y la ropa hecha jirones.

Entró el viento y nos arrebató la luz de la lámpara.

—*Bà ơi* —dije, llamando a la abuela. La sombra tenía que ser un fantasma cuya tumba había desenterrado la tormenta. Los fantasmas en las historias que había leído tenían hambre y chupaban el alma a la gente para llenarse el estómago.

La abuela estaba diciendo algo. El viento aullaba más fuerte, el fantasma gritaba. Me aferré al *phản* con el cuerpo tan rígido como el tronco de un árbol. Abrí la boca para pedir a la abuela que volviera, pero me había quedado sin palabras.

Oí que la puerta se cerraba, gemidos, pasos.

—Hương, tu madre ha vuelto. Trae un poco de luz.

¿Mi madre? ¿Sería cierto? Tanteé en la oscuridad en busca de la caja de cerillas. Encendí una y saltó una llama temblorosa que se apagó; intenté encender otra. No se encendía. Al tercer intento, froté tres cerillas por el lateral de la caja. Me di media vuelta con las cerillas en la mano.

Había una mujer con la cabeza sobre el hombro de la abuela. Tenía los ojos cerrados, el rostro rojizo e hinchado, el pelo pegado al cráneo.

—Hương, tu madre ha vuelto, ¡ha vuelto! —repitió la abuela, llorando.

El fuego me quemó las manos y dejé caer las cerillas. No sentí dolor porque había visto la profunda angustia en el rostro de la mujer. El rostro de mi madre.

—*Mẹ*. —Me debatí en la oscuridad y corrí hacia ella. Apreté la mejilla ardiente contra su pecho. Me aferré a su cuerpo huesudo—. *Mẹ, mẹ ơi*.

Mi madre deslizó unos dedos temblorosos sobre mi nariz, boca, ojos.

—Hương. Oh, mi querida Hương…

Las lágrimas que había enterrado en mi interior estallaron. Lloré por todos los años que habíamos vivido separadas, por la muerte del tío Thuận, por la muerte de mis compañeros de colegio, por mí y porque ya no tenía amigos.

La abuela encendió la lámpara. Apartó el dinero del *phản*.

Ayudé a mi madre a acostarse y la sequé con una toalla. Temblaba bajo mis manos.

Cuando la abuela fue a buscar una muda de ropa para mi madre, la besé en la frente y sentí una fiebre abrasadora. Gimió.

—Ahora que estás con nosotras, mamá, te pondrás bien enseguida. —Le pasé la mano por las piernas, limpiando el barro, mirando las grandes contusiones que tenía en la piel—. ¿Cómo has llegado a casa, mamá? ¿Dónde has estado?

Quería preguntar sobre mi padre, pero temía la respuesta.

—Hương —dijo mi madre, abriendo los ojos—, tu padre… ¿Tu padre…? ¿Papá ha vuelto?

Se me paró el corazón. La lámpara dejó de parpadear.

—Mamá, ¿no lo has encontrado? ¿No lo has visto?

Una lágrima brotó de uno de sus ojos y negó con la cabeza. Me puse en pie, me dirigí a la habitación que la abuela había reservado para mis padres y apoyé la cara contra la puerta. Mi madre me había hecho creer que podría encontrar a mi padre y traérmelo de vuelta. Yo creía que podía hacer cualquier cosa que se propusiera.

—Lo siento, Hương. —Su voz era un simple susurro.

La puerta estaba dura y fría. Me habría gustado romperla.

—La guerra está terminando, Hoàng volverá cualquier día. Volverá —dijo la voz de la abuela.

—¿Habéis recibido alguna carta suya? —preguntó mi madre.

—Todavía no, hija. Tal vez no ha encontrado la manera de enviarla.

—¿Qué hay de mis hermanos, mamá?

—Estoy segura de que se encuentran bien y pronto estarán en casa.

Me volví y vi que la abuela incorporaba a mi madre y le daba un

vaso de agua. Miré en dirección al altar del tío Thuận, alegrándome de que la oscuridad, por el momento, hubiera ocultado la verdad a mi madre.

Mientras ayudaba a la abuela a cambiar a mi madre, miré a hurtadillas cómo le sobresalían las costillas. No solo tenía cardenales en las piernas, sino también en la espalda, el pecho y los muslos. ¿Qué le había pasado?

La abuela trajo una toalla y un cubo de agua caliente. Mientras yo le lavaba la cara y las manos, ella permanecía con los ojos bien cerrados, temblando. Me di la vuelta. No quería mirarla ni compadecerla. ¿Dónde estaba mi madre, tan fuerte y decidida? No preguntó nada sobre nosotras, ni cómo estábamos ni cómo habíamos sobrevivido al bombardeo.

—Deja que descanse —susurró la abuela, tapándola con una manta.

La abuela se puso a cocinar y salí a ver nuestro joven *bàng*. La lluvia había muerto en el suelo. Del cielo colgaba una media luna. Cerré los ojos y me vi de pequeña mientras mi madre me peinaba y su canto era como el viento en mis oídos.

La abuela salió. Me abrazó y sentí que sus brazos, tan sólidos como las raíces de un árbol, me sostenían.

—Siento que tu mamá esté enferma, Hương. Tenemos que ser los pilares sobre los que ella se apoye.

—Ella era mi pilar, abuela.

—Ya lo sé, pero ahora tú eres una mujer fuerte… Y ella te necesita.

Miré la luna e intenté que su suave luz me calmara. Quizás estuviera equivocada al sentirme decepcionada por mi madre. Por lo menos, había intentado encontrar a mi padre y traerlo de vuelta. La abuela había dicho que era una misión imposible.

—No le digas nada todavía del tío Thuận —dijo la abuela—. Esta noche, cuando duerma, me llevaré las cosas de Thuận a nuestro cuarto.

Asentí y enterré la cara en el pelo de la abuela. Años más tarde, al pensar en los viajes de mi vida, comprendí el miedo que la abuela

debió de vivir mientras no supo qué podría haber sido de sus hijos. Sin embargo, había intentado parecer fuerte porque solo los que iban al frente tenían derecho a sufrir un trauma.

Aquella noche, después de que la abuela le diera un tazón de *phở*, me quedé velando a mi madre. Tenía la sensación de que si la vigilaba de cerca, no volvería a desaparecer. Creía que si le decía lo mucho que la había echado de menos, volvería a ser la madre que conocía.

Pero a mis quince años no podía imaginar en qué medida la guerra había devorado a mi madre y la había digerido hasta transformarla en alguien diferente antes de regurgitarla. No podía entender por qué gritaba tan fuerte en sueños, por qué hablaba de balas y de tiros, de correr y de la muerte. Había palabras que no podía entender. Y no podía entender por qué el nombre de mi padre sonaba de un modo tan triste en sus labios.

En los días posteriores, pasaron varios vecinos a ver a mi madre. Para mi sorpresa, no se levantó de la cama ni se incorporó. Se limitaba a mover la cabeza para contestar a sus preguntas con una expresión triste y vacía. Lo mismo sucedió cuando aparecieron sus amigos y colegas del hospital Bạch Mai. Al cabo de un rato, todos se marchaban susurrando que estaba agotada y necesitaba descansar.

Pero yo sabía que había algo más. Algunas veces, cuando estaba sola con ella, le temblaban los hombros. Supongo que lloraba, pero no hacía ningún ruido. Solo se la oía durante la noche, mientras dormía y su cuerpo se agitaba con pesadillas.

Temerosa de que se hiciera daño en sueños, me fui a dormir a su habitación. No quería que estuviera en su cama, así que puse una estera de paja en el suelo. Empecé a tener problemas para dormir.

Una noche, en plena oscuridad, la oí murmurar confusamente algo sobre un bebé. Se me erizó el vello de la nuca cuando la oí decir que lo había matado. Me tapé los oídos. Mi madre no era una asesina. Tal vez había ayudado a nacer a un niño que no había sobrevivido.

A la mañana siguiente, le conté a la abuela lo que había oído. Me abrazó.

—Tu mamá es médica. Pero algunas veces las cosas no salen bien, no pienses mucho en ello.

La abuela y yo intentábamos cuidarla para que volviera a ser como siempre y le preparábamos sus platos favoritos. Sin embargo, comía como si mascara arena. Cuando intentábamos hablar decía que estaba cansada. Se daba media vuelta cuando entraba en su habitación. Estaba en casa, pero era como si no hubiera vuelto. Estaba tan inmersa en la guerra que se olvidaba de que yo era su hija.

Le di las cartas que les había escrito recientemente, a ella y a mi padre, pero las dejó ahí, sin abrir, junto a la almohada.

La abuela tuvo que volver a trabajar. Yo dejé de ir al colegio para quedarme cerca de mi madre. Teníamos suficiente comida almacenada para cocinar y la abuela con frecuencia traía carne, pescado y verduras a primera hora de la mañana.

Los días pasaban en silencio. No había risas ni conversación, tal como yo había esperado.

—Sal con ella a pasear, le sentará bien —dijo la abuela.

Pero mi madre negaba con la cabeza siempre que se lo proponía.

—Déjame dormir —decía y volvía a darme la espalda.

Una tarde, cuando el sol tiraba de sus rayos por el cielo, cogí un peine. Me acerqué despacito a mi madre, que estaba tendida en el *phản*, preguntándome si me rechazaría.

Le temblaban los hombros cuando la toqué. Mientras le desenredaba los tercos nudos de su cabello, empecé a hablar. Le conté cosas de los libros que había leído. Le hablé de sus amigos, que todavía vivían en chozas temporales frente a nosotros. De la mirada hambrienta de sus hijos al oler los aromas procedentes de nuestra cocina. Eran los mismos niños que rechazaban la comida cuando yo se la llevaba, diciendo que sus padres no les permitían recibir nada de nosotras.

Cuando terminé de peinarla, mi madre ya no temblaba, pero seguía dándome la espalda. Me tragué mi decepción, me fui a la cocina y encendí el fuego. En lugar de hacer la cena, me puse a asar unos cuantos frutos secos de *bồ kết*. Aquel aroma me recordó los

tiempos felices en que mi madre y yo nos lavábamos el pelo bajo el viejo *bàng*.

El *bồ kết* chisporroteó y llenó el aire con su fragancia. Por el rabillo del ojo vi a mi madre darse la vuelta. Su mirada siguió mis manos mientras llenaba una olla con agua, aplastaba los frutos tostados y los dejaba caer en el recipiente. Me miró romper ramitas secas para alimentar el fuego al tiempo que intentaba que el agua no hirviera en exceso.

—Gracias, hija. —Su susurro me asustó. Me volví para mirarla, estaba detrás de mí. La llama del fuego bailaba en sus ojos.

—Para que te laves el pelo, mamá.

Asintió.

—Ya me ocupo yo. Sal a jugar.

No me apetecía ir, pero los ojos de mi madre me dijeron que lo hiciera. Sola bajo el *bàng* me sentía abandonada. Me acerqué de puntillas a la entrada y atisbé el interior de la casa.

Mi madre estaba llevando un cubo a la cocina. Parecía pesado, supuse que estaba medio lleno de agua fría. Levantó la olla de *bồ kết* del fuego y vertió el líquido en el cubo, de modo que el vapor la envolvió. Mezcló el agua y probó la temperatura con el codo.

Cuando se sentó en un rayo de sol e inclinó la cabeza hacia delante, parecía la de siempre. Fue echando el agua de la cocción del *bồ kết* por el cabello. Un río de luz se movió por el río negro de su pelo.

Maravillada por la escena, me sorprendí cuando oí sus sollozos de manera tan repentina como inesperada. Se cogía los hombros con las manos. Súbitamente, rodó por el suelo en posición fetal mientras su cuerpo no dejaba de agitarse.

Me clavé las uñas en las palmas. No me importaba lo que significaba la guerra. Solo quería que me devolviera a mi madre, que me devolviera a mi padre y a mis tíos y que nuestra familia estuviera de nuevo completa.

La gran hambruna

Nghệ An, 1942-1948

Guayaba, dime si te gusta este breve poema:

En un estanque
Se zambulle una rana
Rumor del agua

¿Te parece bonito? A mí también me gusta. El poema es un haiku escrito por el famoso poeta japonés Matsuo Bashō, que vivió en el siglo XVI. Conocí los poemas de Bashō hace pocos años, cuando me hice profesora y quise aprender cosas de los japoneses. Quería entender por qué los soldados japoneses se habían comportado de esa manera en nuestro país. Los libros que leí me contaron que muchos japoneses son budistas como nosotros. Veneran a sus antepasados y quieren a su familia. Y les gusta cocinar y comer, bailar y cantar, como a nosotros.

Antes de leer esos libros había visto a un japonés el invierno de 1942, a Ojo Morado. Había intentado creer que albergaba cierta bondad y que dejaría marchar a mi padre.

¿De veras quieres saber lo que le sucedió a tu bisabuelo? De acuerdo. Cógeme la mano mientras te sigo contando.

Ojo Morado avanzó. Llegó al carro y tiró un saco de patatas al camino. Los soldados abrieron el saco a patadas y destrozaron las patatas. Contemplé cómo mi padre volvía a poner el tablón trasero en el carro. Oh, con cuánta atención lo miré: las manos bronceadas

que me habían sostenido contra su barbilla, los ojos que se iluminaban siempre que veían mi sonrisa, los labios que me habían contado las innumerables leyendas y cuentos de hadas de mi pueblo.

Varios hombres de los dos grupos de soldados hablaban en una lengua que no entendía. Sonaba suave y lírica. Sin duda, las personas que se expresaban en ese idioma no podían ser brutales con otros seres humanos.

Empujaron a las mujeres para que subieran al carro como si fueran ratones azuzados para entrar en un agujero, espoleadas por las brillantes bayonetas. Mi padre se quedó ahí, ayudándolas a subir, con expresión triste.

—Dime para qué son las patatas —rugió Ojo Morado, golpeando a mi padre en el pecho y apartándolo del carro a empujones—. ¿Para la guerrilla del Viet Minh, que acaba de matar a mis camaradas?

—No, señor. Son para mis clientes de Hanói.

—Ah, ¿para los franceses, los invasores de tu país? —Ojo Morado se echó a reír. Se dio media vuelta como si quisiera alejarse pero, de repente, se volvió con un movimiento rápido y describió con la espada un arco mortal en el aire—. ¡Traidor!

Me quedé helada al ver cómo una fuente de sangre manaba del cuello de mi padre. Su cabeza se estrelló en la carretera y rodó por el suelo, todavía con los ojos abiertos de terror. Mientras Công me apretaba la boca con fuerza, los brazos de mi padre se agitaban en el aire y su cuerpo se desmoronaba.

El mundo giró a mi alrededor e intenté correr hacia mi padre. Công me lo impidió, me susurró que los japoneses nos matarían.

Impotente, vi que un soldado japonés subía a la parte delantera del carro y le daba la vuelta. Levantó los pies y les dio patadas a los búfalos. Las ruedas del carro pasaron por encima del cuerpo decapitado de mi querido padre.

Oh, Guayaba, siento que viertas lágrimas por tu bisabuelo. Lo siento, lo siento.

No quería hablarte de su muerte, pero tú y yo hemos visto ya tanta muerte y tanta violencia como para saber que solo hay una manera de hablar de la guerra: con total sinceridad. Solo la sinceridad nos permite conocer la verdad.

Al buscar la verdad sobre los japoneses, leí tanto como pude sobre ellos. Averigüé que, durante la Segunda Guerra Mundial, las tropas japonesas derrotaron, hirieron y mataron a miles y miles de personas en toda Asia.

Cuanto más leía, más me asustaban las guerras. Las guerras tienen la capacidad de convertir a individuos cultos y amables en verdaderos monstruos.

Mi padre tuvo la desgracia de toparse con uno de esos monstruos. Murió para que Công y yo pudiéramos seguir viviendo. Murió protegiéndonos.

Llevamos el cuerpo de mi padre a casa. Mi madre se apoyó en mí cuando nos arrodillamos junto a su ataúd con cintas funerales blancas en la cabeza. El *đàn nhị,* el instrumento de dos cuerdas, emitía sus lamentos desde las manos de Công, que estuvo tocando durante los tres días y tres noches de duelo, días y noches en los que nuestra casa se llenó de gente que venía a expresar sus condolencias. Solo entonces supe a cuántas personas había ayudado mi padre.

No quería despedirme de él, pero llegó el momento. La música del *đàn nhị* condujo al cortejo fúnebre a los campos de arroz y ahí lo enterramos. Công siguió tocando hasta que una duna de tierra cubrió el ataúd, el último trozo de incienso ardió y el sol murió en el horizonte.

Công no pronunció ni una sola palabra durante todo el funeral, pero cuando regresó a casa se detuvo en el patio delantero y alzó el *đàn nhị* por encima de su cabeza. Su grito desgarró la noche mientras estrellaba el instrumento contra el suelo de ladrillo. Su esposa, Thịnh, y la señora Tú recogieron los fragmentos e intentaron reconstruirlo, pero Công no quiso volver a tocarlo nunca más.

Me sentía culpable por la muerte de mi padre. Si yo no hubiera estado conduciendo el carro, habríamos ido más rápido y mi padre

no se habría encontrado con Ojo Morado. Pero tu abuelo Hùng no me dejó sucumbir a mi dolor.

—No ha sido culpa tuya, tú solo estabas ayudando a tu padre —dijo—. Además, él no habría querido que estuvieras triste. Él querría que celebraras el hecho de que vivió.

Mi madre era como un árbol arrancado de raíz. Se sentaba en el *phản* con la mirada perdida y vacía. Pero Minh, Ngọc y Đạt no la dejaron sola. La rodearon y se convirtieron en su tierra firme, exigiéndole que echara nuevas raíces.

—Abuela, juega con nosotros —decían, tirándole de los brazos, sacándola de la casa y obligándola a participar en sus juegos infantiles.

Nos dijimos que no debíamos aventurarnos a salir del pueblo. Teníamos que mantenernos lejos de la lucha entre el Viet Minh, los franceses y los japoneses, que era cada vez más intensa. Aunque albergábamos la esperanza de que la guerra terminara, en realidad se estaba intensificando. Tres años después de la muerte de mi padre, la guerra llegó a nuestra casa.

En esta ocasión, la guerra vino en forma de *Nạn đói năm Ất Dậu* —la gran hambruna de 1945— y mató a dos millones de compatriotas. En lugar de ser como un tigre despiadado que nos engullía, el hambre era una pitón que iba exprimiendo nuestra energía hasta no dejar de nosotros más que piel y huesos.

En abril de 1945 estaba tan débil que no me importaba si vivía o moría.

—¡Diệu Lan! ¡Despierta, Diệu Lan!

Una mañana oí que la señora Tú me llamaba. Me habría gustado que el ama de llaves me hubiera dejado en paz. Pero un sonido me hizo abrir los ojos.

Eran los débiles gritos de tu madre. Ngọc, que entonces tenía cinco años, descansaba la cabeza sobre mi barriga. A su lado, tu tío Đạt, de apenas cuatro, yacía en silencio. Tu tío Minh me llamó. Me di la vuelta despacio y lo miré: tenía el rostro hundido y unas

profundas ojeras bajo unos ojos amarillentos; era un esqueleto de siete años.

Los abracé y me eché a llorar.

—Mamá, tengo tanta hambre… —gimoteó Minh.

La señora Tú le tendió un tazón. El vapor se elevaba de sus manos, pero no olía a comida.

—Son raíces de plátano, quizá las últimas que tu madre y yo podamos encontrar —dijo. Sus brazos flacos temblaban y me di cuenta de que ella también se moría de hambre.

Cogí el guiso negro, soplé para que se enfriara y se lo di a los niños. Cuando tuvieron suficiente, compartí lo que quedaba con la señora Tú.

Las raíces del plátano eran insípidas, pero disfrutaba con cada bocado.

Mientras la señora Tú se acostaba y arrullaba a los niños para que se durmieran, yo miraba lo que quedaba de nuestra casa. En la habitación de mi hermano había una vieja manta pulcramente doblada sobre dos almohadas viejas. Sobre un escritorio cuarteado sobresalían las piezas rotas del *đàn nhị*. Me pregunté si nuestra vida quedaría como el instrumento, destrozada e incapaz de cantar.

La sala de estar estaba vacía, solo quedaba un banco improvisado. ¿Qué habían hecho los japoneses con nuestros muebles? Habían invadido nuestro pueblo, acusándonos de ser simpatizantes del Viet Minh. Pegaron a la gente sin motivo y se llevaron todos los objetos de valor: dinero, joyas, muebles, cerdos, vacas, búfalos, gallinas. Nos robaron toda la comida. Hicieron que la gente del pueblo arrancara el arroz y los cultivos y sembrara yute y algodón para ellos. Nuestra familia no pudo seguir pagando a los trabajadores. En el pueblo, la gente se volvió loca de hambre. Secaron los estanques hasta las últimas gotas de agua para coger los peces y los caracoles. No había insecto que escapara a las manos humanas. Se arrancaban las plantas comestibles para comer tallos, hojas y raíces. No ayudó el hecho de que una terrible sequía asolara la región y secara los campos y los arroyos.

Mi querido marido no estaba en casa. Su madre había muerto de

hambre. Su padre estaba cada vez más débil, pero se negaba a venir con nosotros, convencido de que el alma de su esposa seguía en la casa y necesitaba compañía. Hùng me había dicho que confiaba en encontrar algo de comida de camino a la casa de su padre, pero la verdad es que yo no sabía qué podía encontrar. No había alimentos a la venta en el mercado. A nadie le quedaba nada que vender.

Habíamos esperado que nos llegara comida del sur, pero no llegó nada. Japón y los Estados Unidos habían estado luchando en otras partes del mundo y ahora las bombas estadounidenses habían explotado en nuestro país y habían destruido barcos, puertos, carreteras y vías férreas.

Tenía que hacer algo para mantener vivos a mis hijos.

En el jardín, desnudo de vegetación, mi madre se agachaba sobre el suelo árido y hurgaba con un palito el suelo. Me acerqué tambaleándome.

—Mamá, ¿dónde están mi hermano Công y mi hermana Thịnh?

Alzó el rostro demacrado. Gran parte del pelo se le había puesto blanco y se le pegaba al cráneo.

—Han ido a los campos.

Pensé en los campos con el suelo cuarteado y en los cientos de campesinos hambrientos buscando algo que comer.

—¿Has comido ya, mamá?

—Sí, raíces de banano.

Cogí un palito y empecé a excavar con ella. La tierra reseca se resistía. Seguro que por ahí habría algún trozo de mandioca o de boniato. Esa zona del huerto acostumbraba a estar llena de sus raíces.

Tras un buen rato, mi madre declaró:

—Tenemos que buscar comida.

—Pero ¿dónde, mamá?

—En el bosque. Habrá frutos e insectos.

—Pero está demasiado lejos.

—Quizá quince quilómetros.

—Tardaremos tres horas como mínimo, no creo que podamos

llegar.

—Escucha, Diệu Lan. Han excavado en todos los rincones más cercanos. Tenemos que ir más lejos. *Còn nước còn tát*. Mientras haya agua, algo podremos recolectar. El bosque es la única esperanza que nos queda.

—Iré yo, mamá. Quédate aquí…

—¡No! Iremos juntas. —Mi madre me agarró por el hombro—. Si no conseguimos comida, los niños se van a morir. Se van a morir, ¿es que no lo entiendes?

En la cocina, llené de agua un tubo hecho con una caña de bambú y me pasé la correa por el hombro; después cogí un cuchillo. Cogí dos *nón lá*: me puse uno en la cabeza y le di el otro a mi madre.

Abrimos el portón del jardín, salimos y la aseguramos de nuevo. Un horrible hedor me hizo vomitar. Cerca de allí, un cadáver en descomposición yacía boca abajo en el camino de tierra y las moscas verdes zumbaban a su alrededor. Un poco más adelante vimos el cadáver de una madre abrazada al de su bebé. En el fondo del estanque seco del pueblo había varios cuerpos dispersos.

—Señora Trần. ¡Ayúdenos! —Se oyó una llamada desesperada procedente de una pila de cadáveres. Una mujer con los labios ensangrentados extendía la mano. Sobre su pecho desnudo había un niño, un esqueleto de piel y huesos.

—No me queda nada de comida. —Mi madre se agachó con el rostro cubierto de lágrimas.

—Tenemos tanta hambre… —gimió la mujer, acercándose con su hijo.

—Solo tenemos agua. —Levanté la caña de bambú con agua y la mujer se la tragó a grandes sorbos.

Mientras echaba agua en la boca del niño, se me aparecieron los rostros de mis hijos. Teníamos que darnos prisa en volver.

Mi madre estaba en cuclillas, sollozando. Delante de ella estaba el cadáver del señor Tiến, que había trabajado para nosotros durante muchos años. Su esposa y su hijo estaban a su lado con la cabeza en su pecho. Habían muerto de una forma horrible, el dolor todavía se escapaba por su boca abierta.

Tiré de mi madre y la alejé de allí. Había gente por todas partes echada junto al camino, muriendo, mendigando. Unos pocos intentaron agarrarnos de las piernas cuando avanzamos, a tientas, por su lado, pero estaban demasiado débiles para sujetarnos.

Excepto los gemidos humanos, el pueblo estaba en silencio. No quedaban animales que hicieran ruido. Todo era de color marrón y estaba agostado. Incluso el paisaje se estaba muriendo.

—No te pares, mamá. —Tiré de ella mientras una mujer intentaba agarrarle los pies.

—Dale un poco de agua.

—No tenemos mucha, mamá.

—Maldita sea, te he dicho que se la des.

Vertí el líquido en la boca de la mujer. Asintió con la cabeza para agradecérmelo, cerró los ojos y descansó la cara en el suelo, abrasado por el sol.

Intentamos caminar más rápido; pasamos junto a chozas llenas de murmullos de niños, pasamos junto a montones de cuerpos en descomposición, dejamos atrás las manos que se tendían hacia nosotras en una llamada temblorosa. Nos tragamos las lágrimas y caminamos como si fuéramos ciegas, como si tuviéramos el corazón de piedra.

Sujetándonos la una a la otra, caminamos hacia el bosque de Nam Đàn. Me daba fuerzas pensar en Minh, Đạt y Ngọc. Pero cuanto más nos alejábamos, más débil me sentía. Mi madre era cada vez más lenta a cada paso que daba. El sol caía sobre nosotras a plomo y convertía nuestro entorno en una imagen borrosa.

Sin embargo, seguimos caminando. Caminamos, apoyadas la una en la otra. Caminamos murmurándonos la una a la otra que teníamos que conseguirlo, que teníamos que volver con algo de comida para los niños.

Exhausta, llevé a mi madre junto a un gran árbol sin hojas. Nos quitamos el sombrero y dejamos que el tronco marrón recibiera nuestra cansada espalda.

Cavé con el cuchillo. La tierra estaba dura como una piedra. Solo encontré unas raíces de hierbas. Se las di a mi madre, que las

limpió. Se comió unas cuantas y me dio el resto. Con el sabor amargo de las hierbas en la boca, miré el horizonte, donde los árboles se superponían en franjas de terciopelo verde. Ocultos en ese verde podrían estar nuestros salvadores: saltamontes, grillos, bayas de *sim* y guayabas de montaña.

—Mamá, espérame aquí. Volveré con algo de comer.

Mi madre negó con la cabeza.

—Desde la muerte de tu padre, no puedo quedarme atrás. Si la muerte viene, tendrá que llevárseme a mí primero.

—¡No fue culpa tuya, mamá, sino mía! Si no hubiera sido por mí, no nos habríamos encontrado con esos asesinos. Nos retrasamos porque yo conducía el carro.

—No, Diệu Lan. A tu padre no le gustaría que pensaras eso. Te quería más que a su vida.

—Tú también eras más que la vida para él, mamá. Deja de culparte, por favor.

Mi madre agachó la cabeza.

—Tengo que enseñarte una cosa.

Le temblaban las manos cuando abrió el imperdible que le cerraba el bolsillo.

Pestañeé, pensando que el hambre debía de estar haciéndome alucinar. En la palma de la mano tenía el tesoro de la familia Trần: un gran rubí montado sobre una pieza de oro macizo y sujeto a una cadena de oro.

—Me las arreglé para esconderlo de los japoneses —dijo, dándomelo.

Me llevé la preciosa joya a la cara para oír los ecos de las nanas de mis antepasados. Mi padre había recibido el collar de sus padres y nos lo había enseñado con orgullo a Công y a mí. Guayaba, la joya me había gustado tanto que cuando nació tu madre, mi primera hija, le puse Ngọc, que significa 'rubí'.

—Diệu Lan —mi madre se esforzó en tragar—, le prometí a tu padre que protegería la joya para que tu hermano y tú la heredarais. Pero si alguien ofrece comida…

Asentí con la cabeza y devolví el collar a mi madre, que lo

guardó con cuidado en el bolsillo. Lo cerró con el imperdible.

Sosteniéndonos la una a la otra, arrastramos los doloridos huesos hacia el bosque. Parecía cerca, pero estaba a un océano de distancia de nosotras. Habíamos dejado los zuecos de madera en algún lugar del camino porque eran demasiado pesados y ahora las piedras afiladas se nos clavaban en los pies descalzos.

Justo cuando pensaba que estaba a punto de derrumbarme y morir, los árboles se mecieron y me dieron la bienvenida entre sus brazos.

Me separé de mi madre y me dirigí a un sendero que zigzagueaba a través del bosque. Pero, en lugar de encontrar alegría, encontré más cadáveres de niños, mujeres y hombres. A su alrededor, los árboles frutales habían sido talados o desarraigados. No se veían pájaros, frutos, flores ni mariposas. No se oía nada más que el zumbido de las moscas.

Mi madre me tiró del brazo y me arrastró a las profundidades del bosque.

Frente a un gran arbusto espinoso se agachó y apartó las ramas más bajas.

Había una estrecha abertura.

—Un camino, lo hizo tu padre. —Los labios de mi madre se curvaron en una rara sonrisa. En sus últimos años, mi padre había adquirido la costumbre de salir a pasear con mi madre, los dos a solas. Volvían a casa con nueces y setas, gallinas salvajes y, en una ocasión, un jabalí.

Dejamos a un lado nuestros sombreros *nón lá*, reptamos boca abajo y avanzamos. Al otro lado había un diminuto sendero, casi escondido entre los árboles.

Abrí mucho los ojos, buscando comida. Solo vi raíces de árboles y ramas caídas. Había pasado más gente por allí.

—Avanza un poco más, sigue adelante.

Mi madre me llevó por un laberinto. No encontramos nada que comer y seguimos caminando. Me temblaban los pies, pero mi madre me obligó a seguir, como si tuviera renovadas fuerzas. Nos adentramos tanto en el bosque que me desorienté por completo.

—¿Vas a encontrar el camino de vuelta, mamá? —jadeé, contemplando el denso arbusto bajo el que acabábamos de reptar.

Mi madre no contestó. Caminó en dirección a un muro verde que teníamos delante. Parecía denso, una maraña de enredaderas.

—Aquí detrás había un campo de maíz. —Tosió mientras apartaba las enredaderas, intentando mirar, pero la pared era demasiado densa.

—¿Y por qué no nos lo dijiste antes, mamá?

—Estaba convencida de que no recordaría el camino. —Se llevó las manos a la barriga y se agachó—. Quizá ya no haya nada, quizás otros lo hayan encontrado antes.

Oí algunos sonidos al otro lado. ¿Era un pájaro? Si había pájaros, tenía que haber comida.

Le di a mi madre el tubo de bambú y le dije que bebiera. Solo quedaba un trago y quería que fuera para ella. Cogí el cuchillo e intenté cortar la pared verde: el cuchillo rebotó y estuvo a punto de darme en la cara.

—Corta… una… a una. —Mi madre se tendió en el suelo.

Asentí, preguntándome cuánto me costaría abrir un agujero. A medida que trabajaba se me iban haciendo ampollas en la piel. Tenía que dar varias veces para cortar una sola enredadera. Me dolían los brazos y empezaron a sangrarme las manos.

—Comida para los niños —me dije, alzando el cuchillo. Incliné el cuerpo hacia delante y el sudor me picó en los ojos.

No sé cuánto rato tardé en cortar suficientes enredaderas como para crear un pequeño paso, pero recuerdo lo que vi al otro lado: un campo de maíz.

—Comida, mamá, comida. —Tiré el cuchillo y me colé por el agujero, tirando de mi madre.

Contemplamos juntas el campo. En el suelo, seco, se alzaban cientos de plantas, delgadas y amarillentas. Miré entre las hojas y se me aceleró el corazón: estaban llenas de mazorcas.

—¿De quién es esto, mamá? —pregunté, mirando alrededor.

—No tengo ni idea, tu padre lo encontró por casualidad.

Reptamos hacia el centro del campo. El hambre no nos dejó ir

más lejos. Me temblaban las manos y las piernas. Contuve el aliento, extendí el brazo y cogí una mazorca. Tenía la anchura de mi brazo y era dura al tacto. Quité las hojas exteriores mientras la boca se me hacía agua al ver los granos de maíz, lechosos y blancos como hileras de dientes infantiles.

Acerqué la mazorca a la boca de mi madre y compartimos la deliciosa comida. El estómago me rugía. El vello de los brazos se me puso de punta ante el placer de comer.

—Mastica despacio —susurró mi madre—. Hace mucho tiempo que tenemos el estómago vacío. Si comemos mucho y demasiado deprisa, puede matarnos.

Asentí y di otro bocado preguntándome cómo iba a ser capaz de parar.

—Ah, ladronas —bramó una voz que me hizo estremecer de la cabeza a los pies. La mazorca a medio comer rodó por el suelo.

Agarrándome a los hombros de mi madre, alcé la vista y vi a un hombre muy alto con la cara redonda y los ojos juntos. Una cabeza calva y brillante, ¡un fantasma!

¿Te acuerdas de lo que te conté una vez de ese hombre, Guayaba?

—Por favor, señor. —Mi madre se echó a temblar.

El Fantasma Malvado respondió levantando el látigo que llevaba. El dolor surgió en el cuello y la espalda. Contemplé con terror cómo el látigo caía siseando sobre la cabeza de mi madre.

—¡No, por favor! —La protegí con mis brazos y el látigo me azotó los hombros.

—Perdónenos, señor. —Mi madre se inclinó ante él hasta tocar el suelo con la frente, rindiendo pleitesía al Fantasma Malvado.

Volvió el látigo hacia ella, salpicando el aire de sangre.

—¿Que os perdone y os deje robar mi maíz? ¿Que os perdone y vea cómo viene todo el mundo aquí para que yo pase hambre? —La tiró al suelo de una patada.

—¡Mamá! —Me acerqué dando un brinco. Le había arrancado trozos de carne del cráneo y del cuello. Le sangraba la cara. Agarré los pies del Fantasma Malvado con las dos manos.

—Le ruego que no pegue a mi madre, soy yo quien la ha traído aquí. Yo le he robado el maíz.

El látigo cayó sobre mí y me tiró al suelo.

Cuando recobré el conocimiento, el sol se estaba poniendo y me bañaba con su luz densa y roja. Intenté moverme, pero tenía las piernas y las muñecas amarradas. Me había atado a un gran tronco.

—*¡Me oi!* —grité. Busqué con mirada frenética y vi a mi madre. Estaba a pocos metros, parecía un montón de tierra. Su largo cabello le cubría parte de la cara. Tenía sangre seca en la cabeza y alrededor de la boca.

—*¡Me oi!*

No se movió. Ningún movimiento de la cabeza, ningún temblor en la piel. Intenté lanzarme hacia ella, pero las cuerdas me lo impidieron.

Pasé de una noche fría al calor de una mañana ardiente. La llamé, pero mi madre no emitió sonido alguno. Lloré hasta que el mundo se desvaneció en una oscuridad tan profunda como una tumba.

Un dolor intenso atravesaba mi cuerpo. Al abrir los ojos me di cuenta de que me estaban arrastrando por el bosque. Un hombre delgado como un palo me agarraba por los tobillos y tiraba de mí. Resoplaba y la barriga le sobresalía de un modo curioso.

—Por favor, ayúdeme —gemí.

El hombre dejó caer mis piernas.

—Silencio. Cállese si quiere vivir, Diệu Lan.

El corazón me subió a la garganta cuando oí mi nombre. El hombre se agachó y se me acercó. Del cuello le colgaba una pequeña botella. Entonces pude verle bien la cara, curtida y demacrada.

—¿Quién es usted? —Intenté apartarme.

—Corra, Diệu Lan. —Desató el cordón de la cantimplora y me dio agua—. Váyase antes de que el Fantasma Malvado la encuentre.

—Mi madre… —Volví al camino que acabábamos de recorrer —. Por favor, ayúdela.

—Lo siento… La señora Trần… Ya no está entre nosotros.

—¡No!

—Calle, que la va a oír. Váyase ahora mismo o la encontrarán.

Intenté ponerme de pie.

—Lléveme con mi madre. Lléveme ahora mismo, no puede estar muerta.

—Diệu Lan, escúcheme. —El hombre me agarró del hombro—. Por favor, créame. Trabajo para el Fantasma Malvado, pero estoy en deuda con sus padres. Mi esposa estuvo a punto de morir de parto. Sus padres fueron a buscar al médico y la salvaron, salvaron a mi hijo. Si la señora Trần estuviera viva, no la habría dejado allí.

Las palabras del hombre eran sinceras y me hirieron más profundamente que cualquier látigo. El Fantasma Malvado había matado a mi madre. La sangre tenía que pagarse con sangre.

—Me llamo Hải. Su hermano Công me conoce. —El hombre vertió un poco de agua en mi boca con cuidado—. Siento haber llegado demasiado tarde. Encontraré un buen lugar de descanso para su madre, se lo prometo. —Sacó algo de su camisa: mazorcas de maíz. Ese era el motivo de que tuviera una barriga tan grande. Mientras me las guardaba en los bolsillos, me acordé de algo que me hizo soltar un grito de angustia.

—¿Qué pasa, Diệu Lan?

—Tío Hải… mi madre tenía un collar de oro y un gran rubí en el bolsillo. Si me hubiera acordado de ofrecérselo al Fantasma Malvado…

—¿Cree que podría haberla salvado? —El señor Hải negó con la cabeza—. No lo conoce, es un hombre perverso. Además, no le dio la menor oportunidad de pensar. —Señaló el camino que estaba a mi derecha—. Dese prisa, por ahí podrá volver a casa.

Mientras avanzaba tambaleándome, el señor Hải desapareció entre los árboles. Me dije que quería recordar su nombre: *Hải* significa 'océano', un nombre digno de un hombre cuya compasión era profunda.

No sé cómo encontré el camino para salir del bosque ni cuánto tiempo me llevó llegar a casa, pero sé que el señor Hải salvó la vida a

tu madre y a tus tíos, Guayaba. Las mazorcas de maíz que me dio les permitieron sobrevivir dos semanas más hasta que un amable sacerdote católico vino a nuestro pueblo con algo de comida. Más tarde, el Viet Minh ayudó a la gente del pueblo a atacar los suministros de arroz de los japoneses y los franceses.

Pero la ayuda llegó demasiado tarde para muchos. La gran hambruna se llevó a más de la mitad de la población de Vĩnh Phúc. En muchas familias no quedó nadie para llevar el apellido. La gran hambruna devoró gran parte de mi vida y no se llevó solamente a mi madre, sino también a mi cuñada, Thịnh.

Oh, Guayaba, antes pensaba que éramos dueños de nuestro destino, pero he aprendido que, en tiempos de guerra, los ciudadanos de a pie son como hojas que caen a miles o millones bajo una tormenta.

Después de la muerte de mi madre, durante meses, siempre que dormía la veía desplomada sobre el suelo agrietado. Me despertaba gritando, diciéndole que sentía no poder salvarla. Tenía veinticinco años y había visto asesinar a mi padre y a mi madre.

El señor Hải vino a visitarnos después de la gran hambruna. Me arrodillé ante él para darle las gracias. Nos llevó a Công, Hùng, a la señora Tú y a mí a la tumba de mi madre. La había enterrado en un rincón del bosque de Nam Đàn, allí donde las flores silvestres florecían en las cuatro estaciones.

El señor Hải me dijo que había buscado en los bolsillos de mi madre, así como en los alrededores, pero que no había encontrado la joya. Nos ayudó a rastrear el camino que mi madre y yo habíamos tomado antes de llegar al maizal. Miramos debajo de los arbustos y de las hojas caídas con la esperanza de encontrar aquella joya excepcional, pero fue en vano. Por allí pasaba mucha gente que enterraba cadáveres o se los llevaba. Cualquiera de ellos podría haber dado con nuestro tesoro familiar y apoderarse de él.

Oh, Guayaba, me gustaría tener todavía el collar de tu bisabuela para dártelo. Era la herencia de la familia Trần.

Agradecimos al señor Hải su gesto regalándole un trozo de terreno. Intentó rechazarlo, pero no se lo permitimos. Si había

alguien de nuestro pueblo en quien podíamos confiar, era este hombre que había arriesgado la vida para salvarnos. Años más tarde, cuando reconstruimos nuestro negocio familiar, el señor Hải se convirtió en nuestro capataz.

Sabía que el señor Hải era amable y valiente, pero no sabía que un día volvería a convertirse en nuestro salvador.

Debes de estar preguntándote qué le pasó al Fantasma Malvado. Cuando llegué a casa, procedente del maizal, Hùng y Công afilaron un cuchillo de cocina. Encontraron al Fantasma Malvado borracho y solo en su casa. El Fantasma Malvado estaba loco y desafió a Hùng y Công a que lo mataran. Dijo que mi madre había muerto de hambre y que no sabía nada de la joya. A Hùng y Công no les habría costado mucho hacerle daño, pero se dieron media vuelta. No eran tan malos como el Fantasma Malvado, ya ves.

De todos modos, después de la gran hambruna, el Fantasma Malvado ya no pudo hacer daño a nadie más. Estaba siempre borracho, hablaba y lloraba solo. Quizá los espíritus de las personas que había matado habían vuelto para acosarlo.

Gieo gió gặt bão: 'quien siembra vientos, recoge tempestades'.

En 1946, un año después de la muerte de mi madre, el Fantasma Malvado desapareció. Se dijo que junto con su esposa y su hija pequeña se había trasladado al pueblo de aquella, situado en la región media. Me daba igual adonde se hubiera ido, me bastaba con que se hubiera marchado. Años más tarde, cuando me hice budista, aprendí que debía perdonar las malas acciones de los demás, pero la verdad es que no puedo perdonar al Fantasma Malvado, Guayaba. No quiero volver a respirar nunca más el mismo aire que aquel hombre horrible.

Durante los años siguientes, trabajamos mucho. Công y yo pusimos en práctica todo lo que nuestros padres nos habían enseñado. Cultivamos lo que tenía más demanda, ahorramos e invertimos. Enterramos jarras de comida seca en el jardín para no volver a pasar hambre. Con el tiempo, el negocio familiar empezó a florecer. Nuestros establos volvieron a llenarse de ganado, nuestros campos se volvieron verdes con todo tipo de arroz y verduras.

Mi amor por tu abuelo también floreció. En el año del cerdo, 1947, di a luz a tu tío Thuận, seguido de tu tía Hạnh un año más tarde, en el año del ratón, 1948. Cumplí veintiocho años ya con la bendición de cinco hijos y quería tener muchos más.

Recuerdo claramente el verano en que di a luz a Hạnh. Hacía calor y humedad. El aire vibraba con el canto de las cigarras. Siguiendo la costumbre del *nằm ổ*, me quedé en cama todo el mes con un cubo de carbones calientes constantemente ardiendo bajo la cama. Los carbones calientes estaban destinados a alejar a los espíritus malignos, pero el calor era casi insoportable. El cuerpo me olía mal y me picaba. Tenía prohibido bañarme o lavarme el pelo.

A las tres semanas de *nằm ổ* me estaba volviendo ya loca. Una mañana, después de dar de mamar a Hạnh y tras ponerla a dormir, me eché un pañuelo al cuello y me escabullí de mi habitación. Llené los pulmones de aire fresco, recorrí el pasillo y pasé junto al dormitorio de mi hermano. Al llegar a la sala de estar, donde los muebles nuevos brillaban, busqué a mis padres. Allí estaban, en lo alto del altar, tras unos tazones con incienso.

—¡Muy hábil! —Me llegó la voz de un niño y el sonido rítmico de unas patadas a una pelota de plumas. Ngọc, Minh y Đạt estaban contando a coro—: *Một trăm bảy mươi mốt*.

¡Ciento setenta y una veces! ¿Era posible chutar una pelota tantas veces sin que se cayera? Me incliné ante el altar, me levanté y salí al patio delantero. Entorné los ojos y vi a los niños en un círculo.

Minh llevaba unos pantalones cortos y el pecho desnudo y le brillaba la piel, cubierta de sudor. Se sostenía sobre una pierna y con la otra daba patadas a una bola de plumas. Mi hermano Công había encontrado las mejores plumas y las había clavado a una base de goma para que jugaran. Mis hijos se habían convertido en sus hijos.

Cuando la bola de plumas caía, el pie de Minh se elevó para propinarle una patada certera. La pelota voló arriba una vez más.

—Qué bien lo haces —dije. Los niños se volvieron, Minh dejó caer la bola y al instante todos se lanzaron hacia mí.

—Mamá, mamá —gritaron, abrazándome.

Me arrodillé y les limpié las gotas de sudor de la cara.

—Jugad en la sombra —dije, y los llevé a la sombra del longan.

—¿Por qué estás aquí, mamá? —Ngọc me miró fijamente—. La abuela Tú dijo que tienes que quedarte en tu habitación.

Me eché a reír. Guayaba, tu madre ya era *bé hạt tiêu* —'pimienta picante'— desde pequeñita.

—En ese caso, le pediré permiso. —Crucé el patio a toda prisa y entré en la fresca habitación de la señora Tú.

—*Dì Tú ơi* —dije. Estaba en cuclillas sobre una alfombra de paja con Thuận en brazos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó frunciendo el ceño.

—*Mẹ* —balbuceó Thuận, dirigiéndose a mí.

—Mamá está aquí. Mamá está aquí —le susurré, extendiendo los brazos hacia él. Tenía poco más de un año y era precioso, con un solo mechón de cabello negro en la coronilla. Su padre le había cortado el pelo según el estilo tradicional *trái đào*.

—¿Por qué has salido de tu habitación? Los malos vientos harán que te pongas enferma.

—Han pasado ya tres semanas, tía Tú.

Le hice cosquillas en el cuello a Thuận con la nariz. Se rio.

La señora Tú se dirigió hacia la gran caja de madera donde dejábamos madurar las frutas del huerto. Allí guardábamos unos pequeños frutos amarillos llamados *thị* que desprenden una deliciosa fragancia, papayas que iban cogiendo un tono rojizo bajo capas de bolsas de yute y jugosas frutas llamadas *na* que se abrían como flores.

La señora Tú cogió un plátano dorado y volvió a la estera de paja. Thuận salió gateando y se instaló en su regazo. Ella se rio mientras pelaba la fruta. Thuận la agarró con ambas manos y empezó a masticar.

—Huele bien. —Dirigí a la señora Tú una mirada suplicante.

—Sabes que aún no puedes comer fruta cruda. Todavía no. Vuelve a tu habitación. —Se levantó de nuevo—. Te llevaré un tazón de pollo negro y sopa de hierbas.

¿Sopa de pollo negro y hierbas, otra vez? Se suponía que tenía que ayudarme a recuperar fuerzas. Al principio me había parecido

que tenía un sabor delicioso, pero las hojas de *ngải cứu* tenían un sabor muy dominante. Me estremecí.

Pero en lugar de protestar, miré a la señora Tú recorrer la habitación. A diferencia de los niños, no se había recuperado de la gran hambruna y había perdido gran parte del cabello. Si no hubiera sido por ella, las cosas habrían sido todavía peores para nosotros.

Volvió con una camisa de manga larga e hizo que me la pusiera. Desenrolló las mangas hasta que me cubrieron los dedos. Me envolvió el cuello, las orejas y la cabeza con un pañuelo. En cuanto se aseguró de que no quedaba fragmento de piel visible donde los malos espíritus pudieran atacarme, me empujó cariñosamente para que saliera de su habitación.

Al pasar junto al huerto situado al lado de la casa, vi varias espaldas inclinadas. Mi marido y mi hermano charlaban mientras trabajaban en un trozo con brotes de arroz. La estación de la siembra había empezado y habían transformado parte de nuestro huerto en una sementera de arroz.

Los niños pasaron corriendo por mi lado.

—Mamá, ¿quieres unas guayabas verdes? —preguntó Minh.

—Sí, por favor. —La boca se me hizo agua, pero sabía que tenía que esconder los frutos de la vista de la señora Tú.

Los niños evitaron la cocina y se dirigieron hacia el ancho seto trasero. Allí pasaron por un agujero secreto para llegar al trozo de terreno que mis padres habían dado a la señora Tú para que se construyera una casa, aunque ella había preferido plantar frutales.

Me dejé caer en la mecedora del jardín delantero. Era media mañana y el sol arrastraba su bola de fuego por el cielo. Un carro tirado por un buey pasó por el portón del jardín. El pueblo estaba vivo. Inspiré hondo para absorber su energía.

El regalo de mi padre

Hanói, 1975

—Paciencia, un poco de paciencia. —Me eché a reír. Empujé a *Lunares negros* y a *Morro rosa* para poder pasar. Eché en el comedero salvado mezclado con espinacas de agua picadas y los animales enterraron el hocico en la comida sin dejar de mover el rabo.

—Hương, ¿estás en casa? ¿Hay alguien en casa? —llamó una voz. Me limpié las manos en los pantalones, corrí hacia la puerta y la abrí. Ahí estaba la tía Duyên. Su figura esbelta destacaba a la luz de la mañana.

—Todavía no puedo creer lo mucho que has crecido —dijo con una sonrisa radiante—. Te has convertido en una jovencita muy guapa y estás engordando.

—Me alegro de verte, tía. —Sonreí, feliz de que la tía Duyên dijera que estaba engordando. Todos mis conocidos intentaban ganar peso, pero era imposible con tan poca comida.

Saqué una silla para la tía Duyên y me apresuré a irme a la cocina. Era la única hermana de mi padre y tenerla allí era casi como si estuviera él. Sus padres habían muerto jóvenes y los hermanos habían tenido que trabajar desde pequeños.

Volví con una tetera de té verde y encontré a mi tía delante del altar del tío Thuận con unas varillas de incienso en las manos. Inclinaba la cabeza en silencio. Aunque la abuela había trasladado el altar, no había servido de nada: una amiga de mi madre había pasado por casa cuando la abuela no estaba y le había dado el

pésame por su pérdida. Nunca olvidaré cuánto tiempo lloró mi madre abrazada a la ropa del tío Thuận. No puedo decir que esté orgullosa de ello, pero en aquel momento sentí como si el río de todas sus lágrimas hubiera fluido hacia el espíritu de mi tío y hubiera secado el amor maternal que debería haber sentido por mí.

La tía Duyên se sentó a la mesa.

—¿Tu madre se encuentra mejor? ¿Está en casa?

Asentí con la cabeza, tratando de no derramar el té al servirlo.

—Mamá… Creo que está durmiendo. —Hice un gesto hacia el dormitorio de mis padres.

La tía Duyên miró el reloj.

—Deja que intente hablar con ella otra vez. —Vació la taza y se fue con la tetera a la habitación.

Me preguntaba cuánto tiempo tardaría la tía Duyên en salir con un rictus de desilusión. Mi madre se las había arreglado para decepcionar a todas las visitas, incluida su hermana menor, la pobre tía Hạnh, que había viajado desde la lejana provincia de Thanh Hòa solo para verla.

Intenté leer los libros de texto, pero las palabras me parecían vacías e incoloras. Tenía que volver pronto a la escuela, de lo contrario me echarían. La puerta de la habitación de mi madre seguía cerrada. Fingiendo que barría el suelo, me acerqué de puntillas y puse la oreja contra la madera. Oí murmullos y sollozos ocasionales. La voz de mi madre. Cerré los ojos, escuchando, pero los murmullos se fundían en el aire antes de que su significado pudiera llegar a mí.

El reloj dio las once. Encendí la cocina de carbón y puse agua a hervir para hacer una sopa de espinacas. En una cazuela de barro guisé un par de salmonetes con salsa de pescado, chile y pimienta. Eché arroz en otra olla y lo lavé cuidadosamente para eliminar cualquier insecto. Normalmente añadía al arroz algo de maíz, mandioca o boniatos para que cundiera más y fuera más saciante, pero aquel día teníamos una invitada especial, así que puse solo arroz para el almuerzo. Esperaba que la tía Duyên apreciara la comida. Seguramente, lo estaba pasando mal. Trabajaba en una

fábrica de ropa que pagaba con cupones de comida. Al igual que mi padre y mis tíos, su marido estaba en el frente. Vivía junto al río Rojo y tenía que cuidar de dos niños pequeños.

Se acercaba el mediodía. El pescado se cocinaba a fuego lento. El aire olía tan bien que saqué la lengua para lamerlo. Probé la sopa de espinacas. Estaba tan rica que tuve que probar otra cucharada. Miré hacia el dormitorio de mi madre y alcancé la olla de arroz. Solo una cucharada, solo una.

Me llevé el arroz a la boca y todavía lo estaba masticando cuando sonó un chasquido en la puerta de entrada.

—Hương, estoy en casa. —La voz de la abuela. Me tragué el arroz tan deprisa que se deslizó por mi garganta como si fuera fuego. Di una patada a la cuchara y la envié a un rincón de la cocina mientras me secaba la boca con la manga.

—¿Está lista la comida? Me muero de hambre. —La abuela metió la bicicleta.

Esbocé una sonrisa torcida e hice una señal hacia el dormitorio.

—La tía Duyên está aquí. Ha conseguido que mamá hable.

La abuela se llevó un dedo a los labios.

—Déjalas.

Llevé tazones y palillos a la mesa. Mi madre estaba hablando, debía de encontrarse mejor. Imaginé que la comida sería un feliz reencuentro: me sentaría a su lado, ella alabaría mi talento como cocinera, llenaría mi tazón y me animaría a comer. Su dulce voz me diría que dejara de preocuparme por ella y volviera a clase.

Pero cuando la tía Duyên y mi madre vinieron a la mesa, un pesado silencio cayó sobre nuestra comida. La abuela trató de mantener la conversación y preguntó a la tía Duyên sobre su trabajo.

—Estamos produciendo por cupos —contestó mi tía con un suspiro—. Las prendas se amontonan en el almacén. No vendemos nada, pero la producción tiene que continuar.

—El gobierno quiere controlar la economía, pero ¿cómo puede hacerlo?

La abuela puso un poco de pescado en el tazón de la tía Duyên.

—Nuestro sistema médico tampoco funciona. Acabo de visitar a

un amigo en el hospital Bạch Mai; está lleno de gente. Necesitan más médicos. —Se volvió hacia mi madre—. Ngọc, he visto a tus colegas y me han dicho que están deseando que vuelvas.

—Te lo han dicho porque les encanta mentir. —La réplica tajante de mi madre me sobresaltó.

Nos quedamos calladas un minuto.

—Se preocupan por ti, hija. Todos nos preocupamos y queremos ayudarte a que te pongas mejor.

—¿Que me ponga mejor? —Soltó una carcajada; tenía los ojos rojos—. Si fuera tan fuerte como tú, seguro que estaría mejor. Nos dejaste tirados después de huir de tu maldito pueblo, ¿no te acuerdas?

—Vamos, Ngọc. Eso fue hace mucho tiempo. No tenía opción —contestó la abuela con labios temblorosos.

—Tenías otra opción. ¡Todas las madres tienen otra opción!

Nunca había visto a mi madre tan enfadada.

—Hermana Ngọc… —La tía Duyên cogió la mano de mi madre.

—No, no lo entiendes. Si mi madre no hubiera escapado del pueblo, tal vez todos mis hermanos estarían vivos. Pero ahora Thuận está muerto, Đạt y Sáng quizá no vuelvan. Thuận está muerto. ¡Está muerto! —Las lágrimas temblaban en las mejillas de mi madre.

—Lo siento, hija —susurró la abuela—. Déjame compensarte. Dime qué debo hacer.

—No puedes hacer nada por mí. —Mi madre se tapó la cara con las manos—. Nada. Estoy acabada. Estoy sucia y nadie puede limpiarme.

Miré a mi madre. No entendía nada de lo que estaba diciendo.

—Ngọc —la abuela dejó el tazón y los palillos—, tienes que haber sufrido cosas terribles. Déjame ayudarte…

—Si me puedes ayudar, dime cómo eres capaz de hacer esto. —La rabia se reflejó en los ojos de mi madre—. Dime cómo puedes seguir adelante. Dime cómo puedes comer cuando el cuerpo de Thuận está frío bajo tierra.

—¡Basta! —La abuela dio un golpe en la mesa con tanta fuerza que esta tembló—. No puedes ni siquiera imaginar lo que duele la muerte de un hijo.

—Te aseguro que puedo. Sé exactamente lo que es y por eso no puedo entender que seas capaz de estar ahí sentada, comiendo.

—¡Dejad de pelearos! —grité—. ¡Basta ya!

Estaba ante mi escritorio, llorando, cuando la tía Duyên se acercó.

—Siento haber despertado emociones tan tristes. Tu madre… necesita tiempo.

—¿Qué le pasó, tía? ¿Qué te ha contado?

La tía Duyên me secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Algún día lo entenderás, cariño. Lo que puedo decirte es que, como médica, tu madre ha salvado muchas vidas. Ha trabajado en hospitales de campaña a lo largo de la ruta Hồ Chí Minh. Ha operado a soldados, a veces sin ayuda de calmantes. Ahí donde ha estado ha intentado encontrar a tu padre y a tus tíos, pero no ha dado con ellos.

—¿Qué más te ha dicho? ¿Qué fue lo que la convirtió en una persona tan horrible?

—Oh, Hương, la guerra… Es peor de lo que podríamos imaginar.

—¿Ha matado a alguien?

—¿Qué? ¿Por qué has dicho eso?

—Mientras dormía, oí que lloraba por un bebé. Una vez dijo que lo había matado.

—No… Fue solo una pesadilla. —La tía Duyên negó con la cabeza—. Créeme, tu madre es una buena persona.

—Has hablado con ella durante horas. Por favor, cuéntame qué más te ha dicho.

—Le corresponde a tu madre contarte su historia cuando seas lo bastante mayor, Hương. Sea lo que sea que haya pasado, por favor, ten presente que te quiere mucho, muchísimo. Se preocupa por ti más de lo que imaginas. Y te agradece muchísimo que hayas

intentado cuidarla.

—Me pregunto si ha llegado a darse cuenta.

—Por supuesto que se ha dado cuenta. —La tía Duyên se mordió el labio—. Me ha pedido… me ha pedido que te diga una cosa.

—¿No puede decírmelo ella?

Mi tía me cogió del brazo.

—Hương, tu madre quiere venir a mi casa y quedarse conmigo una temporada. Necesita tiempo para…

—¿Quiere volver a abandonarme? —Me levanté.

—Oh, Hương, no te lo tomes así. Tu madre necesita ayuda y yo puedo dársela. Mi casa no es gran cosa, pero puedo dar largos paseos con ella por el río. Le vendrá bien estar cerca de la naturaleza.

Me di la vuelta. Mi madre le hacía confidencias a la tía Duyên, pero a mí no. No confiaba en mí. No le parecía lo bastante buena como hija.

Después de que mi madre se fuera con la tía Duyên, salí al patio trasero con *La casa de la pradera*. Qué suerte tenía esa chica americana de estar tan unida a sus padres; en cambio, los míos se habían ido alejando. Leí la última página, cuando Laura está en la cama, su madre teje en la mecedora y la música y la voz de su padre llenan de felicidad su acogedora casita.

Apreté los dientes, arranqué la última página del libro y la rompí en pedazos. Pensé que me sentiría satisfecha con mi venganza, pero, cuando los trozos de papel revolotearon como mariposas muertas hasta mis pies, aparecieron las lágrimas.

Volví a la escuela, me esforcé y me fue mal en los exámenes. La abuela se sorprendió con los resultados, pero no me importó. Ella era quien había ahuyentado a mi madre.

La abuela estaba cada vez más callada; las palabras de mi madre la habían herido profundamente. Me había cuidado y, en aquel momento, yo habría debido demostrarle mi lealtad consolándola, pero no me atrevía a hablar por miedo a traicionar a mi madre.

Aunque ella no se preocupaba mucho por mí. Cuando iba a llevarle las cestas de comida que la abuela preparaba, me miraba con unos ojos tan vacíos que me preguntaba si era realmente mi madre quien estaba allí sentada.

Intentaba hablar con la tía Duyên, pero no me decía nada que no supiera. No dejaba de repetir que mi madre necesitaba tiempo y que pronto estaría mejor.

El treinta de abril de 1975 nos enteramos de que el ejército del norte había tomado el control de Saigón; torrentes de personas salieron a la calle. La guerra de resistencia contra los Estados Unidos había terminado definitivamente. Ahora Vietnam era un país unido. El norte y el sur se habían convertido de nuevo en el cuerpo de una nación. La gente cantaba, bailaba, ondeaba nuestra bandera. La bandera roja con una estrella amarilla en el centro se alzaba como una llamarada en todas las calles, carreteras y senderos. Los altavoces emitían discursos y canciones alabando el heroísmo del ejército de Vietnam del norte y se aplaudía a nuestro pueblo por haber derrotado a los estadounidenses y su gobierno del sur.

Ahora miro atrás y desearía haber entendido más plenamente el significado de aquel día. Marcó el final de un baño de sangre que había anegado nuestro país durante casi veinte años, había ahogado a más de tres millones de personas y había dejado a millones de personas heridas, traumatizadas y desplazadas. En una ocasión leí un artículo sobre las bombas lanzadas durante la guerra y el número me dejó atónita: siete millones de toneladas.

Sin embargo, el día en que terminó la guerra la abuela y yo no lo celebramos. Para nosotras la paz solo llegaría el día en que todos nuestros seres queridos hubieran regresado a casa. La nuestra era la única casa del barrio en la que la bandera roja no ondeaba sobre la puerta de entrada. La abuela se arrodilló ante nuestro altar familiar y golpeó rítmicamente la campana de oración con un palito de madera. A su lado, con los ojos cerrados y las manos en el pecho, recé para que mi padre, el tío Đạt y el tío Sáng volvieran a casa y para que no trajeran consigo ningún fantasma de la guerra.

Durante los días siguientes, la abuela insistió en que fuera al colegio, pero ella se quedó en casa. Gastó mucho dinero en preparar diferentes tipos de comida y organizar una gran fiesta de bienvenida.

Una semana después del día de la unificación me levanté temprano y recé con la abuela. Mientras ella preparaba el desayuno —otra comida exquisita, por si acaso—, llevé un par de cubos de hojalata vacíos a la puerta. Saludé a la señora Nhân, que estaba en su patio haciendo ejercicios matutinos.

Alrededor del pozo había varias mujeres en cuclillas lavando ropa en un cubo. Pasé por su lado y me dirigí hacia la bomba de agua.

—Un soldado que regresa —murmuró alguien a mi espalda.

Me di la vuelta. Una figura delgada se movía por nuestra calle. Tenía la misma talla, la misma estatura que mi padre.

—Se parece a mi hermano —dijo alguien.

Me rodeó el estrépito de los cubos al volcarse cuando las mujeres salieron corriendo hacia el hombre. A pesar de que me di prisa, fui demasiado lenta y, cuando llegué, un grupo numeroso rodeaba ya al soldado.

—*¡Chú Sáng, chú Sáng về rồi!* —gritó alegremente la voz de un niño. Mi tío Sáng. Había vuelto.

—*Chào các bác, các cô, các cháu*. —El soldado saludó a los hombres, mujeres y niños que lo rodeaban.

—Tu madre tiene suerte, Sáng. —El señor Tung le dio una palmadita en el hombro a mi tío.

Una anciana, la señora Thương, lo agarró de la mano:

—¿Has visto a mis hijos, Thắng y Lợi?

El tío Sáng negó con la cabeza.

—Ahora que la guerra ha terminado, seguro que vuelven enseguida.

—Eso espero —murmuró la anciana, dándose la vuelta y secándose las lágrimas.

—Aquí está Hương, tu sobrina. —Alguien me hizo avanzar y me hundí en el abrazo del tío Sáng.

—Pero si eres casi tan alta como yo —exclamó mi tío mientras

yo inspiraba profundamente para no llorar. El tío Sáng había vuelto. Mi padre y mi tío Đạt volverían pronto y todo se arreglaría.

—Qué tontería más grande has hecho. —Yo estaba inmóvil al lado de la abuela y el tío Sáng iba y venía por nuestra sala de estar, regañándola. Sus botas chirriaban con cada pesado paso. Agitó los pies para ahuyentar a las cerditas—. No me puedo creer que hayas dejado de dar clases para comerciar.

—Cálmate, hijo. No estoy haciendo nada malo. —La abuela sirvió una taza de té para mi tío.

—¿Nada malo? —El tío Sáng se acercó y puso la boca a la altura de la oreja de la abuela—. Soy miembro del Partido. Mi madre no puede ser *con buôn*.

—Oh, así que te has unido a la liga, ¿verdad? —La abuela resopló—. Y qué más da: mis asuntos son míos y los tuyos son tuyos.

—No es tan sencillo como crees —siseó mi tío—. Mis camaradas y yo hemos arriesgado la vida para llevar la justicia a la gente de este país. Hemos derramado nuestra sangre para que nuestra gente esté libre de la invasión extranjera, libre de explotadores y de burgueses.

Mientras mi tío seguía predicando, la abuela se puso de pie y se dirigió a la cocina. Llevó platos y tazones de comida a la mesa: rollos de arroz al vapor; sopa *phở* con fideos, arroz glutinoso con leche de coco y gachas de pescado. Viendo que estaba decidida a celebrar el regreso de su hijo, me levanté y la ayudé.

—Mamá, estás poniendo en peligro mi oportunidad de alcanzar un puesto destacado. Me convertiré en el hazmerreír de mis camaradas. Cómo voy a ser capaz de meter en vereda a nadie si…

—¿Si no puedes controlar a tu propia madre? —La abuela alzó la vista de los palillos que estaba distribuyendo—. Vamos, Sáng. Hace años que no nos vemos. Siéntate y disfruta de nuestra primera comida.

El tío Sáng se detuvo. Miró fijamente la comida y la olió. Se dio

la vuelta, pero no lo suficientemente deprisa. Lo vi tragar saliva.

—Tío Sáng, por favor —le dije—. La abuela ha estado cocinando tus platos favoritos toda la semana por si volvías a casa.

Mi tío caminó de un lado a otro unas cuantas veces más. Fue a ver si la puerta estaba cerrada con llave. Puso la oreja y atisbo por una grieta como para asegurarse de que nadie estaba espiando. Echó un vistazo a las ventanas.

Se acercó a la mesa.

—Está bien —susurró—, solo por esta vez y porque no quiero que la pequeña Hương esté triste. —Se sumergió en la comida y no dijo nada mientras la devoraba, pero cuando terminó soltó un eructo gigantesco.

La abuela y yo todavía estábamos comiendo cuando se levantó, golpeando con las botas las patas de las sillas. Cuando abrió la boca, sus palabras parecían las de un completo desconocido.

—Mamá, si me quieres, deja tu trabajo de comerciante y vuelve a la enseñanza. No vendré a verte hasta que lo hagas.

Cuando el tío Sáng se marchó, la abuela parecía derrotada. Guardó la comida y volvió al mercado en silencio.

¿Qué había pasado para que el tío Sáng hubiera cambiado tanto? Siempre había tratado a la abuela con afecto. Hacía animales de papel de colores para mí y para mis amigas. En el festival de mediados de otoño confeccionaba farolillos de papel con bambú: un gato, un pez, un tigre, una estrella, una flor. Los farolillos que hacía para mí ganaban siempre algún premio en el desfile de luces que se celebraba alrededor del lago de la Espada Restituida. Había aprendido las habilidades del artesano que cuidó de él cuando llegó por primera vez a Hanói con la abuela.

Cuando la abuela volvió a casa, le di un vaso de agua.

—¿Estás bien? Qué mal se ha portado el tío Sáng.

—Le han lavado el cerebro con la propaganda. —Se sentó en el *phản*—. Después de lo que le pasó a su padre, le advertí de los peligros de la política. Sin embargo, no quiere escuchar. —La abuela

suspiró—. Según dicen, *mưa dầm thấm lâu*: 'la lluvia suave y persistente penetra en la tierra mejor que la tormenta'. Tengo que tener paciencia con él. —Dio vueltas al vaso que sostenía en las manos—. En cuanto a tu madre, Hương, he estado pensando que tenemos que hacer más esfuerzos. Hablar más con ella. Tu voz hará que vuelva con nosotras.

—Le da lo mismo, abuela. No quiero ir a visitarla más. —Me puse de pie, quería alejarme de los problemas de mi madre.

La abuela me cogió la mano.

—Hương, si no la ayudamos nosotras, nadie será capaz de hacerlo. ¿Me prometes que no te rendirás nunca?

Desde entonces, cada vez que visitaba la casa de la tía Duyên llevaba deberes y libros para leer. Así llenaba el silencio entre mi madre y yo.

Unas semanas más tarde, recibí una carta. Estaba tan sorprendida que abrí el sobre y saqué la nota, la leí, sonreí, la puse de nuevo en el sobre y repetí una y otra vez el proceso.

—¿De quién es esa carta? —preguntó mi madre de repente, sentada a cierta distancia, como siempre.

—No lo sé, mamá.

Alzó las cejas.

—¿Quieres saber lo que dice? —pregunté y, sin esperar la respuesta, carraspeé y leí:

Querida Hương:

¿Te has dado cuenta de que ha llegado el verano? Las flores de Phượng encienden sus antorchas a lo largo de las calles. Sueño con el día en que pueda caminar contigo bajo el cielo rojo.

Sostuve la nota.

—La he encontrado en el bolso. No sé quién la ha metido.

—Entonces es que tienes un admirador secreto. —Mi madre sonrió de manera inequívoca cuando dijo estas palabras.

—¿Alguien me está tomando el pelo?

—No lo creo —dijo—. Yo también recibía cartas parecidas cuando tenía tu edad.

—¿En serio? ¿Cuántas? ¿Y quién te las enviaba?

La sonrisa de su cara se desvaneció. Se dio media vuelta y miró por la ventana.

—¿No quieres venir a casa, mamá?

Silencio.

—Mamá, por favor. Ven a casa. Te necesito.

—No puedo… No deberías estar conmigo. No soy buena.

—La tía Duyên ha dicho que vas a volver a trabajar. Pero ¿por qué en su fábrica? Eres médica. Te encantaba tu trabajo.

—Ya no puedo ser médica. —Se retorció los dedos—. Me traería recuerdos demasiado dolorosos.

—¿Qué recuerdos, mamá?

—Oh, Hương, no puedo decírtelo. Digamos que he pasado por cosas terribles, terribles. Cosas que no deseo que le sucedan a nadie.

—Mamá, si no puedes decírmelo, habla con la abuela; seguro que es capaz de ayudarte.

—No —susurró mi madre. Inclinó la cabeza, le temblaban los hombros—. Siento no haber podido traerte a tu padre de vuelta, Hương. Fui yo quien hizo que se alistara. Quería cortarse el dedo para no ir a la guerra, hablaba de esconderse para evitar la lucha. Pero yo le dije que era un cobarde, que como hombre tenía que defender nuestro país y liberarnos de los invasores extranjeros.

Miré a mi madre. ¿Se había vuelto loca?

Negué con la cabeza.

—La abuela ha contado que todos tenían que ir a la guerra. Papá no tenía elección.

—Sí, tenía elección. ¡Maldita sea, tuvo otra opción! —Mi madre apretó los puños.

—Papá volverá. Papá…

—¿De veras? Han pasado tres meses desde que terminó la guerra, Hương.

Tres meses. Ya habríamos tenido noticias suyas si siguiera vivo; quería decírmelo, pero no se atrevía.

Mientras la ira me llenaba el pecho, los ojos se me llenaron de lágrimas. Ya no conocía a la mujer que tenía delante de mí. Quizá fuera verdad que había enviado a mi padre a la guerra. Quizá fuera verdad que había matado a bebés en el frente.

Me dirigí a la puerta y, de repente, me di la vuelta.

—Espero que papá vuelva porque, si no vuelve, nunca te lo perdonaré. ¡Nunca! ¡Jamás!

Cuando volví a casa, le pregunté a la abuela si era verdad que mi madre había convencido a mi padre para que se alistara.

—Ningún hombre podía escapar, Hương —exclamó—. No sé por qué tu madre se culpa. Es cierto que algunos se cortaron un dedo o se escondieron, pero todos los que conocí que lo hicieron sufrieron un severo castigo. Al final, todos tuvieron que convertirse en soldados. ¿Crees que yo habría dejado ir a tus tíos si hubieran tenido la oportunidad de librarse?

—Pero ella debió de decirle a papá que fuera, por eso se siente culpable.

—Eran otros tiempos. —La abuela suspiró—. Morían inocentes por los bombardeos. Hanói hervía de rabia. La gente se alistaba de manera voluntaria para luchar. Tu madre, como tantos otros, era patriota.

Pensé en los chicos de mi colegio que habían mentido sobre su edad para entrar en el ejército. Sin embargo, no era fácil aceptar que mi madre hubiera empujado a mi padre al infierno de la guerra.

Salí y contemplé el cielo sin estrellas.

—Vuelve a casa, papá. Vuelve y arregla las cosas entre mamá y yo.

Me sumergí en los libros tratando de olvidar mis anhelos y mi cólera. Tenía que concentrarme en los estudios. La abuela estaba haciendo todo lo que podía para darme la oportunidad de conseguir una buena educación y tenía que aprovecharla. Me faltaban tres años para terminar la enseñanza media y enfrentarme al examen de ingreso a la universidad.

En agosto, cinco meses después del regreso de mi madre, me admitieron en una de las mejores escuelas de Hanói, Chu Văn An.

Ese colegio había tenido la suerte de sobrevivir a los bombardeos y sus antiguos edificios se alzaban orgullosos frente al lago del oeste. Desde el aula veía a los pescadores en los botes de bambú; remaban con los pies y recogían las brillantes redes con las manos. Las mujeres se agachaban en el agua, buscando caracoles, hasta desaparecer en las olas concéntricas.

Mi nueva escuela estaba mucho más lejos de casa, así que la abuela me compró una bicicleta. De los cincuenta y cuatro compañeros de clase, solo dos teníamos bicicleta. El resto iba andando, aunque vivieran lejos.

Mis compañeros de clase sabían que la abuela se dedicaba a comerciar y no querían que los vieran conmigo fuera del aula. Nadie quería ir a mi casa.

No me importaba. Mi corazón no estaba en el colegio, sino en casa, donde podía leer los llamados «libros anticomunistas» que, aunque estaban prohibidos, la abuela todavía me compraba. Nuestra casa era un remanso de tranquilidad; ahí practicaba técnicas de autodefensa con la abuela y jugaba con nuestros animales. Le rogué que no vendiera a *Lunares negros* ni a *Morro rosa* y encontró la manera de conservarlas: las hizo criar y, la primera vez, dieron a luz veintidós lechones. Vendimos quince y obtuvimos un buen beneficio. La abuela convirtió el tercer dormitorio en una pocilga después de trasladar la cama del tío Đạt a la habitación de mis padres.

—Ya lo arreglaremos todo cuando vuelva tu tío —dijo.

Llegó el otoño. Confiaba en que la abuela fuera de ayuda para traer a mi madre a casa, pero lo cierto era que ella pensaba en otra cosa. Un día regresó muy animada de trabajar.

—Hương, ¿sabes una cosa? Voy a tener otro nieto. Tu tía Hòa está embarazada. Oh, no puedo creerlo.

—Es una gran noticia, abuela, pero ¿cómo te has enterado?

Ni el tío Sáng ni la tía Hòa se habían puesto en contacto con nosotras y solo habían ido una vez a ver a mi madre.

La abuela me guiñó el ojo.

—Una amiga mía ha estado viendo a tu tío de mi parte.

Empezó a cocinar. Las canciones felices volvieron a sus labios.

Estaba haciendo los deberes cuando su voz retumbó detrás de la puerta.

—Hương, ayúdame a llevarle algo de comida a tu tía Hòa. —Salí y la vi meter en una bolsa unas fiambreras con arroz, pescado a la parrilla y pescado y verduras fritas—. Esto le dará a Hòa mucha leche.

—No quiero verla, abuela. Además, tengo un examen mañana.

Me dirigí a mi escritorio.

—Es un viaje rápido. —La voz de la abuela me siguió—. Por favor, enseguida volvemos con la bicicleta.

Puse los ojos en blanco. No entendía cómo la abuela podía perdonar tan deprisa al tío Sáng. En lugar de ayudarlo a él, debería ocuparse de mi madre.

Estaba en la cama, leyendo la poesía de Xuân Quýnh, cuando la abuela se acercó.

—Pues da la impresión de que lo de preparar el examen ya no urge —dijo con una sonrisa.

Pasé una página de golpe, sintiéndome mal por haber mentido sobre el examen. Pero en la calle hacía un calor espantoso y los discursos políticos del tío Sáng eran inaguantables.

—Hương. El bebé es tu primo…

—Si quieres llevarles comida, ve tú.

—No puedo. Por eso necesito tu ayuda.

—¿Por qué no puedes? Ah, ya me acuerdo —carraspeé un poco para imitar la voz del tío Sáng—: «Ahora soy miembro del Partido, mi madre no puede ser *con buôn*».

La abuela hizo una mueca.

—No te pido mucho, pero tienes que ayudarme.

—Ya no soy una cría de búfalo para que me lleves por la nariz.

Volví al libro con el deseo de desaparecer entre sus páginas.

—¡Hương! No te consiento que me hables así. Tienes que ser respetuosa.

—¿Respetuosa? —Me senté en la cama—. A lo mejor el respeto ya no existe en esta familia —dije, pensando en el modo en que se habían comportado el tío Sáng, su mujer y mi madre.

La cara de la abuela palideció. Estaba segura de que iba a darme una bofetada o a gritarme, pero se retiró silenciosamente.

Me acosté tarareando, pensando que por una vez había ganado a la abuela, pero esta apareció con el *nón lá* en la cabeza y la bolsa de comida en el brazo.

—Cuando seas madre entenderás por qué lo hago.

Tiró de mí para levantarme. Quise resistirme, pero la expresión de sus ojos me hizo callar.

Cuando llegamos al edificio de hormigón donde vivían mis tíos, la abuela me hizo subir sola y ocultó su rostro bajo el *nón lá*.

—Cuando estés lista, baja y nos encontramos en la calle Trầng Tiến —dijo.

La vi alejarse pedaleando; en la creciente oscuridad, su sombra era diminuta.

Me mordí los labios para no gritar cuando entré en la escalera oscura y cochambrosa. Me habría gustado abrir la bolsa y devorar toda la comida. Estaba cansada de cumplir con mi deber y obedecer a la abuela, a mi madre, a mis familiares.

Llamé con los nudillos a la puerta del piso. No contestó nadie. Esperé.

—Tío Sáng —grité.

Silencio.

—Tanto mejor si no estáis en casa —dije. Me di media vuelta y estaba a punto de alejarme cuando un susurro rozó mis oídos.

—Hương, ¿eres tú?

La puerta se había abierto con un chirrido. La tía Hòa asomaba la cabeza y miraba a izquierda y derecha. Con un movimiento rápido, sacó la mano y tiró de mí hacia dentro. La puerta se cerró silenciosamente detrás de nosotras.

—¿Te ha visto subir alguien? —preguntó frunciendo el ceño.

Bajo su pijama desparejado se le veía una barriga prominente.

—No lo creo, ¿por qué? —No mostré mi respeto llamándola «tía», pero ni se dio cuenta. Tenía los ojos clavados en la bolsa de comida.

—Ven, estamos cenando ahora mismo.

Me hizo pasar. A un lado vi una habitación con montones de libros en el suelo. Una de las cubiertas decía: *Teorías del marxismo-leninismo*. Otro se titulaba *El capitalismo se estremece ante su muerte*. En el ejemplar de *El imperio americano es solo un tigre de papel* se veía el nombre de la editorial en letras bien grandes: Editorial de la Verdad.

A la derecha estaba la cocina vacía. A la izquierda había un cuarto de baño y otra habitación con pocos muebles. La abuela me había dicho que el tío Sáng había donado sus bellos muebles para demostrar que pertenecía a la clase trabajadora. Había mucho espacio para criar gallinas y cerdos, pero no se oían sonidos de animales.

Entramos en una habitación grande.

Mi tío estaba sentado en una estera de caña. Vestido con camiseta y pantalones cortos, llamaba la atención su delgadez. Delante de él había dos platos con comida: mandioca y espinacas de agua hervidas. Los trabajadores del gobierno recibían cupones de comida como sueldo, pero eran insuficientes. En lugar de leer tantos libros de propaganda, el tío Sáng debería dedicarse a criar animales como hacíamos nosotras.

—*Chào chú* —dije como saludo.

—Hương, ¿estás sola? ¿Dónde está la abuela?

—Abajo, en la calle.

Dio un suspiro de alivio.

—Os envía un poco de comida.

Ahora la bolsa me pareció mucho más pesada: contenía muchas horas de trabajo de la abuela y de amor por su hijo pequeño.

El tío Sáng y la tía Hòa se miraron. Un segundo después, mi tío carraspeó:

—Déjala ahí, junto a la pared. Sí, está bien ahí.

Dejé la bolsa.

—Hương —dijo mi tío—. Dile a la abuela que ha hecho bien al tener cuidado y enviarte a ti en lugar de venir en persona.

No contesté. Tenía que salir de allí a toda prisa.

Una semana después, al volver del colegio, cuando estaba abriendo la puerta de casa oí un timbre a la espalda. Me di la vuelta y vi a un hombre en bicicleta con un sombrero amarillo, una bolsa colgada del hombro y un sobre en la mano. Un cartero.

—Hola, ¿vive aquí la señora… la señora Trần Diệu Lan?

—Sí, señor, es mi abuela —dije.

—Tiene una carta de Saigón.

Apoyé la bicicleta en la puerta.

—¿Saigón?

El hombre asintió y me tendió el sobre.

Miré la pulcra letra del sobre.

—De mi tía Hạnh. ¿Tiene alguna carta más para nosotras?

—No lo creo, pero voy a mirar. —El cartero sacó un montón de sobres de la bolsa, los repasó—. Nada más.

Me quedé mirándolo mientras desaparecía por la calle con la esperanza de que se diera media vuelta y me dijera que se había equivocado, que había otra carta para la abuela y para mí.

Las cerditas, los lechones y las gallinas me recibieron reclamando comida en cuanto abrí la puerta. Miré la carta. Quizá mi tía había ido a Saigón a buscar a mi padre y al tío Đạt. Tal vez los había visto allí.

Quería saber lo que decía mi tía, pero me daba miedo la noticia. Tenía que ir a buscar a la abuela.

Me apresuré a dar de comer a los animales y luego fui en bicicleta a toda prisa al barrio antiguo. A mi alrededor, el otoño estaba madurando. El cielo profundo y azul vertía luz dorada. Las hojas rojas y amarillas se mecían y revoloteaban desde los árboles, cubrían el suelo y crujían bajo los pies de los caminantes.

En el barrio antiguo fui desde la calle de la Seda hasta la calle de

la Plata, desde la calle del Algodón hasta la calle de la Cebolla. Pasé por la calle de la Medicina Tradicional, recorrí la calle de los Ataúdes y terminé en la calle del Bambú.

Había treinta y seis calles y la abuela podía estar en cualquiera. Podía ser cualquiera de las personas que veía caminando furtivamente con el rostro escondido bajo el *món lá*.

El corazón me dio un brinco cuando vi a dos guardias con un brazalete de color rojo brillante. Apreté los frenos y sujeté con fuerza el manillar; estaba a punto de dar media vuelta cuando uno de ellos me señaló:

—¡Eh, tú, ven aquí!

Bajé de la bicicleta y caminé hacia él.

—Hola, señor. —Contuve la respiración con la esperanza de no estar sonrojada de miedo.

—¡Papeles! —gritó el guardia, alzándose sobre mí.

Abrí el bolso y le di los papeles de propiedad de la bicicleta y mi tarjeta de identificación.

El otro guardia, bajo y regordete, se acercó y echó un vistazo.

—Así que eres rica, hermanita: tienes una bicicleta a tu nombre.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó el otro guardia, examinándome de pies a cabeza.

—Me la regaló mi abuela, señor.

El guardia gordito me guiñó un ojo.

—Llámanos «hermano» —dijo, mirándome el pecho de reojo.

El guardia alto frunció el ceño.

—Tu abuela, ¿eh? ¿Y cómo demonios puede permitírselo? —Dio una patada a la bicicleta y esta se agitó y repiqueteó. Agarré el manillar con fuerza y me sentí como si me hubiera dado una patada en la barriga.

—Es profesora, señor. Trabaja mucho —contesté con educación, aunque empecé a repasar rápidamente los movimientos de autodefensa de Kick-Poke-Chop.

—Mira —dijo el guardia gordinflón, dando un codazo al guardia alto y señalando a una mujer de mediana edad que forcejeaba con su bicicleta—: Coge esa bicicleta si no está a su

nombre, yo me ocupo de esta.

Mientras el guardia alto bajaba a la calzada, gritando a la mujer, el gordinflón examinaba mis papeles. Acarició mi foto en el carnet con unas uñas negras de suciedad.

—Guapa, pero más en la realidad.

—Señor, ¿puedo irme ya? Llego tarde a clase.

—Ah, ya veo: vives en la calle Khâm Thiên, número 173. —Leyó mi dirección en voz alta y me miró directamente a los ojos—. Vuelve a tu casa, esta noche iré a hacerte una visita.

—¿Una visita? ¿Y por qué, señor?

—Te he dicho que me llames «hermano» —siseó—. Pongamos que te estoy haciendo un favor. Estarás a salvo si sales conmigo.

Guardé los papeles en la bolsa evitando sus ojos. «Cálmate», me dije, y repetí las palabras de la abuela mientras me alejaba montada en la bicicleta. «Construye tu fuerza interior».

Encontré una calle y me metí por ella. Tenía las piernas Hojas como si fueran de barro. Aparqué la bicicleta cerca de una anciana en cuclillas con una cesta de bambú delante.

—Té verde, té verde, ¿quieres un poco de té verde? —preguntó.

—Sí, por favor, pero no demasiado fuerte, abuela.

Examiné la bicicleta: afortunadamente, la patada no le había hecho mucho daño. Desdoblé la protección de la cadena.

—Será mejor que le pongas un candado —dijo la anciana, levantando el trapo que cubría la cesta y vertiendo el té humeante en una taza—. En estos tiempos hay ladrones por tollas partes.

Me dio un taburete bajo y la taza. La expresión de sus ojos era dulce y consideré que era amable y podía confiar en ella. Me incliné hacia delante y le dije:

—Me llamo Hương, estoy buscando a mi abuela. Ella comercia por aquí.

—¿Cómo se llama tu abuela? —preguntó la mujer en un susurro, y luego añadió en voz alta—: ¿Añado agua al té? Está fuerte.

—Sí, por favor —contesté en voz alta y luego bajé la voz—. Se llama Diệu Lan.

Examinó mi cara y miró hacia otro lado.

—Té verde, té verde —dijo, dirigiéndose a un transeúnte.

Tomé un sorbo. El té me quemó la boca.

—Si sabe dónde está, dígamelo, por favor. Es urgente —le supliqué.

—Té verde, té verde —gritó más fuerte, y luego se quitó el *nón lá*, como si quisiera abanicarse, para taparse la boca—. ¿Cómo sé que eres su nieta?

Busqué en la bolsa del colegio.

—Aquí tengo una carta de mi tía.

Lanzó una mirada furtiva.

—Espera aquí.

Se levantó, recogió la cesta, se la apoyó en la cintura y desapareció al dar la vuelta a la esquina. Cuando terminé el té, la mujer apareció de nuevo y recogió el taburete. Sin que me dijera nada, empujé la bicicleta y la seguí. La calle de la Sal estaba en silencio cuando llegamos. La vendedora de té eligió una esquina. Me senté delante de ella.

—Guayaba, ¿estás bien?

Me di la vuelta y vi la cara de la abuela, su arrugada frente.

Me levanté.

—La tía Hạnh te ha escrito una carta.

La abuela se sentó y abrió el sobre. Miró rápidamente las páginas y soltó un suspiro de alivio.

—¿Qué cuenta, abuela?

—¿Por qué no la lees en voz alta? Seguro que la señora Uyên, aquí presente, quiere oírla.

—¿Aquí? —Eché un vistazo a mi alrededor. Unas cuantas personas caminaban por allí cerca. Había un hombre sentado a unas pocas casas de distancia fumando en una pipa de bambú. Sobre su cabeza se trenzaban unas volutas blancas que luego se desvanecían en el aire.

—¿Por qué no? Adelante. —La abuela estiró las piernas y sorbió su taza de té. Carraspeé un poco:

Queridas mamá, hermana Ngọc y Hương:

Siento no haber tenido la oportunidad de contaros lo de nuestra mudanza a Saigón. Tuấn regresó de la guerra y volvieron a enviarlo al sur, esta vez para dirigir una fábrica. Nos pidió que nos encontráramos allí con él y, a toda prisa, tuve que vender nuestra tierra y la casa y embalar todo lo que pude. Con Thanh, Châu y mis suegros, subimos al tren y viajamos durante tres días. Tuve que pellizcarme para creer que no soñaba cuando llegamos a la ciudad que antes llamaban «perla del lejano Oriente».

Esperaba que Saigón fuera rica, pero aquello superó todo lo que había imaginado. Avenidas grandes como campos de arroz, casas más altas que los árboles más altos que he visto en mi vida. La gente, vestida a la moda y con acento del sur, hacía que me sintiera como una paleta de pueblo.

¿Sabéis que han cambiado el nombre de Saigón y ahora se llama Ciudad Hồ Chí Minh? Nos han dicho que ahora tenemos que llamarla así. Pongo Saigón y Ciudad HCM en mi dirección, por si acaso.

Dice Tuấn que hay mucho todavía por hacer. Están enviando a campos de reeducación a la gente que trabajaba para los americanos o para el gobierno del sur. Cuando nuestro ejército estaba a punto de tomar la ciudad, en abril de 1975, muchos intentaron escapar en avión y en barco. Muchos abandonaron su hogar. Como tenemos vinculación con el ejército, tenemos que vivir en una de esas casas. Es una casa de dos pisos, grande como una mansión.

Alcé los ojos y miré a la abuela. Los dos siguientes párrafos estaban tachados con tinta negra. Era como si alguien hubiera metido un pincel en un tintero y hubiera dado un pincelazo por encima.

—Sigue, no hagas caso de la parte censurada —me apremió la abuela.

—¿Censurada?

—¿Crees que Hạnh ha manchado la carta con tinta a propósito? Con lo cuidadosa que es con la caligrafía. —Acercó la boca a mi oreja—. Las personas con poder nos espían las cartas. Y tachan lo que no les gusta.

—Oh. —Me quedé observando los párrafos censurados, incapaz de pronunciar una palabra.

He empezado a dar clases en un colegio cerca de casa, donde Thanh y Châu están estudiando. Han enviado a muchos profesores del norte y estamos utilizando libros de texto publicados en Hanói. Nuestro trabajo es borrar las huellas del antiguo régimen.

Mamá, espero que mi hermanos Đạt y Hoàng hayan vuelto. Por favor, si hay novedades, dímelo inmediatamente. Y, por favor, escríbeme si oyes algo de nuestro hermano Minh. Rezo para que regresen sanos y salvos. Intento buscarlos también por aquí.

Me mordí los labios. Aquella no era una buena noticia.

Hermana Ngọc, espero que te encuentres mejor. Siento no haber podido quedarme más cuando te visité por última vez.

Pero quiero volver pronto y hablar contigo, como hacíamos antes. Por favor, dime si puedo ayudarte en algo.

Mamá, cuando vuelvas a ver a Thanh y a Châu te sorprenderás de lo mucho que les gusta la autodefensa Kick-Poke-Chop. Les he estado enseñando y me he acordado de aquellos días tan buenos que pasamos con el maestro Văn. Mamá, espero que te cuides mucho y no trabajes demasiado.

Hương, gracias por ser tan buena chica, cuida de la abuela y de tu madre. ¿Cómo van tus estudios? ¿Sigues siendo la única que ha conseguido el premio de excelencia de tu colegio? Escríbeme pronto, ¿me lo prometes?

Mamá, hermana Ngọc, Hương, me muero de ganas de que

vengáis a verme. Podremos pasar el día entero comprando en el mercado de Bến Thành para probar todo tipo de comidas del sur. Esta ciudad es increíble.

Con todo mi amor,
Hạnh.

La vendedora de té elogió a la tía Hạnh por lo bien que le iba en el sur, pero la abuela dijo que no le gustaban algunos de los cambios que mencionaba en su carta, como lo de los campos de reeducación y la abolición del sólido sistema educativo del sur.

La abuela decidió volver a casa temprano conmigo. Abría camino y serpenteaba por los diminutos callejones que recorrían el barrio antiguo. Cuando giramos hacia una calle más ancha me detuve al ver a varios guardias que agarraban a un hombre por los brazos y lo arrastraban mientras se debatía. La abuela me dijo que siguiera adelante.

La abuela se paró y me di cuenta de que estábamos delante de la legendaria heladería Trầng Tiền, donde hacía varias generaciones que vendían el más delicioso de los helados. No me atrevía a pensar que a lo mejor comprábamos alguno, pero la abuela me dijo que eligiera tantos polos como quisiera. Pedí tres sabores: chocolate, arroz y coco. La abuela se compró dos, los dos de judías mungo.

—Vamos a algún sitio bonito —propuso la abuela.

—¿Al lago Hoàn Kiếm?

—Me has leído el pensamiento.

Cerca de allí, el lago de la Espada Restituida brillaba como si fuera un espejo inmenso. Empujé la bicicleta por el sendero de tierra que serpenteaba por la orilla y pasé junto a los refugios, que tenían ya la trampilla de acceso cubierta de hierbas.

—Abuela, ¿qué crees que habrá hecho el hombre al que los guardias estaban deteniendo? —pregunté.

—Llevaba unos pantalones con los tobillos demasiado anchos. Lo castigaban por intentar parecerse a los *hippies* occidentales.

Me miré los pantalones: por suerte, los tobillos eran estrechos.

—El gobierno quiere controlarnos, Hương. Detienen a la gente y la meten en la cárcel. ¿Me prometes que tendrás cuidado? Si encuentran algún motivo para quitarte la bici, deja que se la lleven. No les lleves la contraria, ¿me lo prometes?

Asentí, preguntándome cómo me las apañaría si el guardia venía a casa a buscarme.

Nos sentamos en un banco de piedra, bajo un viejo árbol cuyas ramas llegaban a la superficie del lago; las hojas amarillas revoloteaban al viento. A poca distancia, en medio del agua, la torre de la tortuga, cubierta de musgo verde, brillaba a la luz de la tarde. En lo alto de la torre, las figuras de los dragones y los fénix se elevaban hacia el cielo. En la isla diminuta cercana a la torre, el templo Ngọc Son se alzaba sobre un denso bosquecillo.

Era una bendición que aquel lugar tan antiguo hubiera escapado de los bombardeos.

Contemplé la superficie del agua con la esperanza de ver una de las tortugas gigantes que vivían en el lago. Cuando era pequeña, la abuela me había contado la leyenda del lago de la Espada Restituida. Hace cientos de años, cuando la dinastía Ming de China invadió Vietnam, el Cielo ayudó a los vietnamitas enviándoles una espada mágica. Un pobre pescador encontró la espada a muchos kilómetros de Hanói y se la llevó al emperador Lê Lợi, el cual la empleó para derrotar al poderoso ejército Ming. Cuando llegó la paz, el emperador se fue a navegar por este lago. Ante él apareció una enorme tortuga que, con voz humana, le pidió que le devolviera la espada. «El mundo solo estará en paz si todas las personas abandonan las armas», dijo la tortuga. Asombrado, el emperador le extendió su amada espada. La tortuga la tomó con la boca y desapareció bajo el agua. A partir de aquel momento, el lago se llamó Hoán Kiếm, 'el lago de la Espada Restituida'.

La antigua leyenda no podía ser más cierta. Si tanto los estadounidenses como los vietnamitas hubieran abandonado las armas, nadie habría muerto.

La abuela miraba con ojos soñadores.

—La señora Uyên, la vendedora de té, una vez vio una tortuga bisabuela en el lago. Cuando volvió a casa, su nuera dio a luz a un hijo.

La abuela y todas las personas que conocía sentían tanto respeto por las tortugas de Hoán Kiếm que las llamaban Cụ Rùa,'tortuga bisabuela'.

Le di un mordisco a mi helado.

—¿Es cierto, entonces, que quien ve a una tortuga bisabuela en este lago recibe una bendición? ¿Pero cuántas tortugas bisabuelas quedan, abuela?

—Nadie lo sabe, solo sabemos que hay muy pocas.

Dirigí la vista hacia el templo Ngọc Sơn. La abuela y yo habíamos estado allí muchas veces, rezando al Cielo y admirando los restos de una tortuga bisabuela. Pesaba doscientos cincuenta kilos y medía más de dos metros. Según los expertos, tendría unos novecientos años.

Apoyé la cabeza en el hombro de la abuela y deseé decirle cuánto sentía haberme peleado con ella. En adelante, tenía que ser más amable con ella.

El crepúsculo extendió sus rayos dorados sobre nosotras mientras volvía a casa en bicicleta con la abuela. Cuando tomamos nuestra calle, vi que había mucha gente congregada delante de la casa.

—No puedo creer que haya vuelto —dijo una mujer.

—Tiene suerte de estar vivo —dijo un hombre.

Dejé caer al suelo la bicicleta.

—Por favor, déjenme pasar. —Me colé entre la gente a empujones. Alguien me empujó por la izquierda, alguien por la derecha. Hice esfuerzos por respirar mientras la cabeza me daba vueltas. Fui abriéndome paso despacito y al final conseguí acercarme al centro del círculo. Aplastada detrás de algunas personas, me puse de puntillas, mirando por encima de sus hombros. Distinguí a la abuela, arrodillada delante de una silla metálica que descansaba sobre dos grandes ruedas, sujetando las manos de alguien cuyo cuerpo me ocultaba el respaldo de la silla.

—¡Abuela! —grité. La gente se dio la vuelta y me dejaron pasar entre murmullos. Alguien tiró de mí hacia abajo y me arrodillé junto a la abuela. Parpadeé y vi un rostro borroso, pero familiar.

—Hương, pequeña Hương —una voz conocida me llamó por mi nombre.

—¡Papá! —Sentí destellos de luz a mi alrededor. La luz se oscureció en un negro túnel y me llevó a sus profundidades.

Flotaba en un lecho de nubes. Un inmenso mar azul me rodeaba y las olas me mecían bajo una capa de niebla. Apareció un punto negro que se fue haciendo grande hasta que se convirtió en una tortuga bisabuela. La tortuga nadaba a mi lado con la cabeza muy alta y la boca abierta. Intenté hablar, pero solo salieron sonidos ahogados.

—Hương —dijo la tortuga con los ojos brillantes y el brillo del agua sobre su cabeza. Respiró pesadamente por la nariz, chasqueó la lengua y noté algo frío en la frente.

—*¡Hương, Hương oi!* —Alguien me llamaba por mi nombre desde un lugar lejano. Intenté moverme y la niebla empezó a evaporarse. La tortuga desapareció y me encontré dentro de casa. Las nubes se convirtieron en nuestro *phản* de madera y la lengua de la tortuga era el trapo húmedo que tenía en la frente.

—Guayaba, ¿estás mejor? —preguntó la abuela.

—¿Qué ha pasado, abuela?

—Te has desmayado, cariño —dijo, dejando caer unas gotas de agua con azúcar en mi boca.

La memoria se apresuró a regresar.

—¡Papá!

Miré a mi alrededor. Allí estaba. Los ojos hundidos, la cara demacrada, la barba y la piel áspera. Llevaba una camisa del ejército y estaba sentado en una silla de ruedas. Dos muñones llenos de cicatrices —lo que quedaba de sus piernas— sobresalían de un par de pantalones del ejército recortados.

El hombre sonrió y me oí llorar.

No era mi padre, sino el tío Đạt.

—Hương —dijo mi tío—. Te he asustado, ¿verdad? Lo siento.

Negué con la cabeza; las lágrimas rodaban por mis mejillas.

La abuela me acarició la cara.

—Qué susto me has dado, Guayaba.

—Tío Đạt, me alegro mucho de que hayas vuelto —conseguí decir.

—Yo también. Mi Guayaba, mi pequeña Hương. Pero ya no eres pequeña, has crecido mucho.

—Siento lo de tus piernas. —Miré los muñones—. ¿Duele?

—Ya no. —Mi tío se acercó al *phản*. Me cogió la mano, la levantó y la golpeó contra los muñones.

—¿Ves? No siento ningún dolor.

—¿Qué te pasó, hijo? —preguntó la abuela.

—Pisé una mina terrestre, mamá. No es para tanto. —Mi tío se encogió de hombros.

—Tenemos suerte de que por fin hayas vuelto. —La abuela le apretó la mano.

El tío Đạt me sonrió.

—Tengo algo para ti, jovencita. Me alegra cumplir finalmente mi promesa. —Se desabrochó el bolsillo del pecho y sacó un paquetito, lo besó, se lo llevó al corazón y miró al cielo. Cerró los ojos un largo rato antes de volverse hacia mí con el paquetito entre las manos. Lo cogí y examiné las negruzcas capas de plástico y papel.

—¿De quién es, tío?

—De tu padre. —Mi tío sonrió.

—¿Lo has visto? —pregunté, irguiéndome en la silla.

—Oh, hace muchos años. Déjame ver… siete años y dos meses, para ser exactos. Fue en agosto de 1968, cuando los dos íbamos hacia el sur.

—¿Lo has visto de nuevo? ¿Sabes dónde está?

—No, pero estoy seguro de que volverá antes de que te des cuenta.

Mientras, seguía ahí pasmada, incapaz de moverme, y la abuela

me dio un codazo.

—¿No quieres abrirlo?

Me temblaban las manos mientras iba quitando las sucesivas capas del envoltorio.

Un pájaro. Un pájaro exquisitamente tallado. Cincelado en madera, sobre una base cuadrada, con las alas abiertas, el cuello estirado como si estuviera a punto de ponerse a cantar.

—Lo talló tu padre. —El tío D^t sonrió—. Cuando caminábamos en dirección al frente, durante varios meses, oíamos cantar a este pájaro.

—¿Tiene nombre, tío? —Me acerqué el pájaro a la cara. Olía como mi padre, como su risa.

—Se llama *sơn ca*.

—Un nombre precioso —dijo la abuela con una sonrisa—: *Sơn ca* significa 'la montaña canta'.

—Te aseguro que es un pájaro que canta maravillosamente —explicó el tío Đạt—. Cuando los oíamos cantar, parecía como si todas las montañas que nos rodeaban cantaran también. Mis camaradas contaban cuentos sobre el *sơn ca*. Decían que el canto del *sơn ca* llega al cielo y las almas de los muertos pueden regresar gracias a él.

—Qué pájaro tan increíble, tío.

El tío Đạt asintió.

—Este pájaro de madera ha sido mi compañero de viaje durante los últimos siete años, Hương. Ha escalado incontables montañas conmigo, ha cruzado ríos a nado, ha reptado por túneles subterráneos y ha sobrevivido a las bombas.

—De ahí estas marcas de agua. —La abuela admiró las alas del pájaro—. Sabía que tu padre es muy hábil con las manos, pero no sabía que fuera un artista.

—Gracias, tío Đạt.

—Vamos, Hương. Soy yo quien está agradecido. Este *sơn ca* me ha salvado. Le prometí a tu padre que te lo traería entero. Para ello tenía que sobrevivir. —Señaló el pájaro—. ¿Has visto lo que pone debajo de la base?

Di la vuelta al *sơn ca* y las lágrimas resbalaron por mis mejillas. Repasé con los dedos el mensaje de mi padre: CON GÁI, CON LÀ MÁU NÓNG TRONG TIM CHA.

—Cuida el pájaro con cariño, Hương —dijo el tío Đạt—. Quedan muy pocos. Al principio vi muchos, pero luego las bombas y los productos químicos que tiraba el enemigo hicieron que su canto desapareciera.

—¿Productos químicos? —preguntó la abuela.

—Sí, vertieron muchísimos sobre los bosques y las selvas. Para que las hojas se cayeran de los árboles y pudieran vernos bien, para distinguir a los soldados del norte. Pero también mataba a todos los animales pequeños. Entonces no sabía cómo se llamaba, no me enteré hasta después de la guerra. Tiene un nombre bonito: agente naranja.

Cuando la cena estuvo lista, empujé la silla de ruedas del tío Đạt hasta la mesa. La abuela y yo nos miramos: quedaba demasiado bajo.

—Podemos trasladarte a esta otra —dijo la abuela, tirando de una de las sillas del comedor.

—Si tenéis fuerza suficiente. —El tío Đạt trató de reírse.

—Ya lo creo. —Me puse a su derecha, la abuela a su izquierda.

—Ahora, agarrad estos inútiles trozos de carne. —El tío Đạt hizo un gesto señalando lo que quedaba de sus muslos.

La abuela pasó una mano por debajo de un muñón y con la otra lo sujetó por la espalda. Yo hice lo mismo, pero me estremecí cuando toqué la suave carne.

—Un, dos, tres. —Contamos a la vez; nos costó mucho, pero nos las arreglamos para cambiar de silla al tío Đạt.

—Ajá, sois estupendas —celebró el tío Đạt aplaudiendo.

—No es difícil. —Me senté y cogí su tazón.

El tío Đạt agitó la mano.

—No lo llenes de arroz todavía. —Miró a su alrededor—. Mamá, ¿tienes algún licor?

—¿Licor? No recordaba que bebieras, Đạt.

—Bueno… ya sabes. A veces ayuda a sobrellevar las cosas.

—Lo siento, no tenemos.

—¿Y ahí? —preguntó mi tío, mirando el altar familiar—. Estoy seguro de que a papá, al tío Công y a Thuận no les importará compartir sus bebidas.

—No bebían, Đạt. Nunca les he puesto licor.

—Bueno —dijo el tío Đạt con expresión abatida—. Adelante, comed. Yo no puedo comer si no tomo primero un trago.

—Esperad un momento. —Me levanté—. Quizá la señora Nhân tenga algo. Cruzo la calle y se lo pregunto.

Afortunadamente, nuestra vecina fue tan útil como de costumbre. Me dio una botella de licor de arroz, susurrando:

—Lo destila mi marido, pero no se lo digas a nadie.

En casa, la abuela sacó una copita. El tío Đạt la llenó y la vació de un trago. Chasqueó los labios.

—Es bueno, muy bueno. —Tomó la botella, la olfateó y se volvió a llenar la copa—. ¿Podrás preguntarle dónde lo compra?

—Lo hace su marido —contesté. Y me arrepentí de inmediato —. Ay, la señora Nhân me ha pedido que no se lo dijera a nadie.

—Pues entonces es un secreto. —El tío Đạt se rio y tomó otra copa. Se inclinó hacia mí—. Pero solo guardaré el secreto si me enseña a hacerlo.

El olor acre que despedía su boca me obligó a hacer una mueca.

—Come algo antes de que se enfríe demasiado la comida. —La abuela puso un pedazo de carne asada en el tazón del tío Đạt.

Este masticó y tragó.

—Mmm, esto está divino. Hace muchísimo tiempo que no como carne…

—Hay mucha. Come toda la que quieras. —La abuela dispuso las fuentes que había sobre la mesa de tal manera que la carne quedara delante del tío Đạt. Este cogió otro trozo y lo sumergió en una mezcla de sal con zumo de limón y pimienta molida.

—Parece que te van muy bien las cosas, mamá. —Miró a su alrededor—. Esta gran casa, las bicicletas, las cerditas, los lechones…

—La abuela trabaja muchísimo —contesté.

—No pensaba que el trabajo de maestra diera para tanto —comentó, sirviéndose otra copa.

—Claro que no. Lo estaríamos pasando muy mal si hubiera seguido dando clases. —La abuela cogió la botella, le llenó la copa y dijo—: Por hoy es suficiente, hijo. —Se puso de pie.

—¿Qué estás diciendo? —El tío Đạt estaba tan sorprendido por el hecho de que la abuela hubiera dejado su trabajo que no pareció darse cuenta de que se alejaba con la botella.

—Ahora soy *con buôn*. —La abuela guardó la botella en el armario de la cocina y cerró la puerta.

—Eh, que la necesito todavía —protestó mi tío, pero la abuela ya estaba volviendo a la mesa. Le sirvió verdura en el tazón.

—¿Te acuerdas de lo mucho que te gustaban? Son espinacas cocinadas con camarones —dijo con voz ahogada.

—Sí, lo recuerdo. Es delicioso, gracias. —El tío Đạt ladeó la cabeza—. Así que te has hecho comerciante, ¿eh? Muy valiente por tu parte.

—Eso nos está salvando. —La abuela le sirvió arroz en el tazón.

—Gracias a que la abuela comercia puedo seguir en la escuela, tío. Muchos de mis amigos han tenido que dejarla para trabajar.

Mi tío asintió.

—¿Y dónde comercias, mamá?

—Por el barrio antiguo. Llevo ya varios años.

—Entonces eres ya toda una profesional. —El tío Đạt vació la copa—. ¿Crees que puedes contratar a un inválido como ayudante?

—¡Đạt!

—Lo digo en serio, mamá. Necesito un trabajo. Lo que queda de mí. —La voz del tío Đạt tembló, pero carraspeó un poco y recuperó de inmediato la compostura.

—Yo también hablo en serio, hijo. —La abuela le acarició la mano—. Eres mi vida. Te cuidaré. Y te daré trabajo, te lo prometo.

—Gracias. —Mi tío cogió los palillos.

La abuela me puso más comida en el tazón.

—Bien, cuéntame ahora por qué has tardado tanto en volver a casa. Estamos ya en octubre, podrías haber vuelto hace seis meses.

—Es una larga historia, ahora no quiero contarla. Por favor, ¿puedes darme un poco más de licor?

La abuela suspiró. Pensé que iba a decir que no, pero se levantó.

Dejó la botella en la mesa.

—Pero termínate primero la comida y luego podrás beber.

La abuela dormía profundamente a mi lado. Yo tenía la cabeza llena de imágenes: mi padre corriendo por las selvas bajo las bombas, las mariposas y los pájaros cayendo bajo la lluvia del agente naranja, mi padre acuclillado, tallándome el pájaro de madera, las manos de mi padre grabando el mensaje de la base del pájaro: «Hija, eres la cálida sangre de mi corazón».

La reforma agraria

Nghệ An, 1955

Guayaba, una tarde de marzo de 1955 tu abuelo volvió a casa con pinta de estar borracho. Se apoyó en el quicio de la puerta e intentó quitarse los zapatos.

—¿Cuántas copas de licor de arroz te han obligado a tomar tus amigos, *anh* Hùng? —pregunté, desatándole los zapatos. Algunos de los amigos de Hùng producían su propio licor, pero él no bebía nunca. Ni una gota.

—Ningún amigo, me han citado a una reunión. —Hùng se dirigió con dificultad hacia el dormitorio. Por el modo en que hablaba, vi que la reunión no tenía que ver con el colegio donde trabajaba, sino con su actividad política. Diez años antes, después de que el Viet Minh nos salvara de la gran hambruna, Hùng se había convertido en miembro clandestino del Viet Minh y se ocupaba de redactar panfletos y documentos con llamadas a nuestros conciudadanos a apoyar a las tropas del Viet Minh.

Seguí a Hùng a nuestro dormitorio y lo ayudé a meterse en la cama. Temblaba bajo la manta y la frente le ardía de fiebre. Si no había bebido, quizá lo hubiera atrapado algún mal viento.

—¿De qué iba la reunión, *anh*? —Le puse una almohada más blanda debajo de la cabeza.

—Me han llevado la contraria cuando he dicho que necesitamos una democracia. He intentado explicar por qué deberíamos admitir la existencia de varios partidos políticos para poder tener elecciones

de verdad.

Hùng no había escondido nunca su opinión. Estaba decidido a ayudar a que nuestro país resurgiera de entre los restos de la guerra. El Viet Minh había ganado adeptos al liberar el norte y forzar al emperador Bảo Đại a abdicar y, más tarde, al triunfar sobre los franceses en 1954, en la batalla de Điện Biên Phủ. Pero a Hùng no le gustaba que el Viet Minh hubiera seguido el camino de los comunistas chinos y rusos y gobernara el norte con un solo partido político. Stalin, el dirigente de los comunistas rusos, había enviado ya a millones de rusos a campos de trabajo y había matado a millones de personas para consolidar su poder.

—Y no les ha gustado lo que les has dicho —dije, frunciendo el ceño.

—Me han llamado «traidor». —Se agarró la barriga y se encogió como una gamba.

—¿Quién ha sido?

Cerró los ojos.

—No importa.

Le toqué la barriga.

—¿Qué has comido o bebido, *anh*?

—Nos han servido un zumo casero, pero no sé de qué era.

Me habría gustado que mi hermano estuviera en casa, pero se había llevado a los niños a visitar a nuestros parientes. Corrí a la cocina a prepararle una infusión de jengibre con la sensación de que tenía los pies atados a las rocas. Precisamente la noche anterior Công le había dicho que fuera con cuidado, pero Hùng había dado un puñetazo en la mesa.

—Hermano —declaró—, solo a través de la democracia podemos asegurarnos de que no habrá abuso de poder.

Cuando volví al dormitorio con la infusión y un paño frío para ponérselo en la frente, la respiración de Hùng era irregular y rápida. Se tomó la infusión y me pidió agua. Le llevé una taza grande. Se la bebió de un trago.

—¿Quieres un poco más? —pregunté, alarmada.

Negó con la cabeza. Notaba que la fiebre calentaba la toalla que

tenía bajo la mano.

—Deja que vaya a buscar al señor Nguyễn. —Me levanté, lista para salir corriendo a buscar al curandero.

—No hace falta. —Hùng me miró. Tenía los ojos muy raros: las pupilas eran pequeñas, demasiado pequeñas—. Se me pasará, solo necesito dormir.

Los músculos de la cara se le empezaron a agitar y contraer.

—Necesitamos al señor Nguyễn. —Salí corriendo de la habitación, gritando.

La señora Tú caminó hacia mí con paso inestable.

—¿Qué pasa, Diệu Lan?

—*Anh* Hùng está muy enfermo. Por favor, vigílelo, tía. Volveré pronto.

Me hubiera gustado quedarme con mi marido, pero la señora Tú se había torcido el tobillo el día anterior.

Salí al camino del pueblo, rezando mientras corría. Cuando llegué a la casa del curandero, no estaba allí.

—¿Está usted bien? —preguntó su hijo, Việt—. Mi padre está fuera con sus amigos.

Le conté a Việt lo que le pasaba a Hùng.

—Vamos a buscarlo. —Việt agarró la caja de madera que su padre siempre llevaba cuando visitaba a sus pacientes. Corrimos al pueblo y fuimos de casa en casa.

Nos llevó mucho tiempo encontrar al señor Nguyễn y llevarlo rápidamente a mi casa.

Al entrar en el patio, oí la voz de la señora Tú.

—*¡Hùng ơi, con ơi!* —gemía. Sentí que me fallaban los pies.

Việt me agarró del brazo y tiró de mí. Irrumpimos en el dormitorio. Hùng sufría violentas convulsiones y la señora Tú estaba intentando sujetarlo. Tenía los ojos en blanco y la boca cubierta de espuma.

—¡Calma, mujeres! Dejen de gritar.

El señor Nguyễn ordenó a Việt que le aflojara la ropa a Hùng. Lo sujetamos para que no se hiciera daño ni se cayera de la cama.

El curandero examinó la respiración, los ojos y el pecho de

Hùng. Le sujetó la mano, giró la palma hacia arriba y escuchó el pulso. A través de las lágrimas, vi que abría mucho los ojos.

—Veneno. No toquen la espuma —exclamó—. Hay que hacer que vomite, pónganlo bocabajo. —Se apresuró a envolverse las manos en un trapo—. Señora Tú, vaya a lavarse las manos con jabón y traiga agua caliente.

Việt y yo pusimos a Hùng bocabajo, con la cabeza ladeada. El curandero le abrió la boca e intentó inducir el vómito. No salió gran cosa.

La señora Tú entró en la habitación con una jarra de agua. Volvimos a poner a Hùng bocarriba. Le sequé la boca y lo acaricié con la voz. Los temblores se habían ido calmando, pero lo sentía totalmente flácido. Ya no tenía los ojos en blanco, pero me miraba con desesperación.

—Aguanta, *anh* Hùng. Mírame. ¡Dime algo! —le ordené, pero no me contestó. Se le cerraban los ojos.

—Por favor, señor Nguyễn —rogué. El curandero había abierto la caja de madera, había echado unos polvos en un cuenco y los había mezclado con agua.

Incorporamos a Hùng. El señor Nguyễn le hizo tragar la mezcla, pero esta salió de inmediato. Hùng ya no podía tragar. Ya no respondía.

Envolviéndonos las manos con unos paños, le abrimos la boca a Hùng e intentamos hacerle tragar el medicamento, pero no funcionó. El señor Nguyễn negó con la cabeza.

—Diệu Lan. Lo siento. Me temo que hemos llegado demasiado tarde.

Me puse de rodillas.

—Por favor, sálvelo, señor Nguyễn. ¡Se lo ruego!

El curandero, con la mirada triste, tiró de mí para levantarme.

—El veneno que ha tomado Hùng es demasiado fuerte.

—¡No! Por favor, sálvelo. ¡Sálvelo!

Puse la mejilla sobre el corazón de Hùng, pero no se oía nada: estaba tan silencioso como un trozo de papel del que hubieran borrado todas las palabras.

Cuando Công regresó fue presa de la pena y de la ira. Se golpeó el pecho con los puños y habló de venganza. Averiguó quiénes habían estado presentes en la reunión con Hùng. Negaron toda responsabilidad y amenazaron con meter a Công en la cárcel si no cesaban sus acusaciones.

Yo debería haber seguido adelante, Guayaba. Debería haber intentado averiguar quién había matado a tu abuelo y llevarlo ante la justicia, pero fui cobarde. Temí por la seguridad de Công, así como por la de mis hijos.

Pero Công era terco. Se presentó ante las autoridades y tuve que ir con él para asegurarme de que no lo detuvieran.

—Nadie ha matado a su cuñado —le dijo un funcionario a Công, mirándome de reojo—. Quizá se suicidó.

—Ese curandero Nguyễn está loco —gruñó otro funcionario—. ¿Qué pruebas tienen? Sigan así y los meteré en la cárcel junto con ese curandero loco. La difamación contra el Partido es un delito grave.

Rogué a Công que volviera a casa. Yo sabía que no era cierto que Hùng se hubiera suicidado. Nos quería y le gustaba su vida, Guayaba.

No tardamos en oír muchos rumores acerca de que el Viet Minh se estaba librando de los miembros anticomunistas, además de los intelectuales y de los ricos. El Partido tenía que pertenecer a los obreros y a los campesinos, no a los burgueses como Hùng.

No sé si esos rumores serían ciertos, pero sí sé que la política es tan sucia como las aguas residuales de una cloaca. No quiero volver a tener el menor trato con cuestiones políticas.

No puedo ni decirte lo mucho que nos destrozó la muerte de tu abuelo. Tu tío Minh, que por entonces tenía diecisiete años, había estado muy unido a su padre. Igual que tu madre, el tío Đạt, el tío Thuận y la tía Hạnh. Sáng era el único ajeno a lo que pasaba, solo tenía cuatro meses.

Tuve que mantenerme fuerte por mis hijos, pero a partir de aquel momento, y durante mucho tiempo, me sentí como una concha rota. Ahora sé que el amor verdadero es poco frecuente y

que, cuando lo encontramos, tenemos que aferrarnos a él. Me habría gustado decirle con más frecuencia a Hùng, cuando estaba vivo, lo mucho que lo quería.

Công juró mantenerse apartado de la política y no volver a respaldar al gobierno. Puso toda su energía en los negocios de la familia, que habían estado prosperando bajo su dirección. Se lo enseñó todo a Minh y los dos pasaban mucho rato juntos. Todos trabajábamos mucho y conseguimos contratar a más empleados. Nuestros campos seguían florecientes y los establos estaban llenos.

Pensaba que estábamos recuperándonos. Estaba segura de que ya habíamos tenido mucha mala suerte y de que el Cielo no nos iba a deparar más inquietudes.

Pero estaba equivocada.

En octubre de 1955, justo siete meses después del funeral de tu abuelo, otra calamidad se abatió sobre nosotros.

—Diệu Lan, ¿puedes guardarme un secreto? —preguntó la señora Tú en la cocina mientras yo echaba carne de cangrejo desmenuzada en una olla de barro llena de gachas de arroz. Comida para Sáng. Acababa de volver del campo y quería alimentarlo antes de salir a comer. Una de las amigas de mi madre cumplía setenta años y me había invitado.

—¿Qué secreto, tía?

—¿Te acuerdas de Thương? —susurró la señora Tú—. Trabajaba como cocinera para la familia Định. Me he encontrado con ella esta mañana en el mercado. Dice que los Định se han ido, están intentado cruzar la frontera para irse al sur.

«Qué extraño», pensé. Hacía ya poco más de un año, en junio de 1954, que el sur se había separado del norte mediante los llamados acuerdos de Ginebra. Los comunistas mandaban en el norte, pero en el sur estaba Ngô Định Diệm, apoyado por los franceses y los americanos. La mayoría de los que trabajaban para los franceses o eran católicos habían partido hacia el sur. Por lo que yo sabía, los Định odiaban a los franceses y no eran católicos. Desde la gran

hambruna, habían prosperado y se habían convertido en el clan más rico del pueblo de Vĩnh Phúc. Además, la frontera entre el norte y el sur se había cerrado. ¿Cómo habrían podido llegar?

La señora Tú se me acercó y bajó todavía más la voz.

—Diệu Lan, creo que deberías saber esto: Thương me ha contado que la señora Định le ha dicho que los comunistas han iniciado una locura llamada reforma agraria. Animan a los campesinos sin tierras a levantarse contra los terratenientes ricos, por eso los Định se han marchado.

Entrecerré los ojos para protegerme de la cortina de humo de leña y puse la papilla en un tazón.

—He oído hablar de la reforma agraria, tía Tú, pero no tenemos motivos para preocuparnos. ¿Sabe cuánto arroz, plata y oro hemos dado al Viet Minh? —Cerré los ojos, tratando de convencerme de lo que iba a decir—. El Partido nos protegerá de cualquier levantamiento. Después de todo, junto con otros terratenientes, financiamos sus tropas.

—Ya lo sé, Diệu Lan. Pero estoy preocupada.

—No va a pasar nada, tía Tú. Trabajamos tanto como cualquiera, damos empleo a los demás. No hemos hecho nada malo. Công y yo ya hemos hablado de esto. Y no nos podemos marchar así como así. Los trabajadores y sus familias dependen de nosotros. Las tumbas de mis padres están aquí y tenemos que cuidarlas. Además, ¿cómo vamos a abandonarlo todo? Mis padres y mis abuelos entregaron su vida por todo esto. No podemos irnos por unos rumores.

La señora Tú asintió.

Salí de la cocina con el tazón en la mano. En el patio, el longan florecía y sus flores se abrían como una cúpula de perlas sobre su verde dosel. En lugar de traer alegría a mi corazón, aquello me recordó que los momentos de paz de la vida pueden ser tan breves como las flores y desaparecer con una fuerte ráfaga de viento. La noticia de la partida de los Định podía ser una advertencia.

—Mamá, mira.

Me di la vuelta y vi a Đạt, que corría hacia mí: la luz del sol

brillaba en sus hombros. A sus catorce años era más alto que yo y tenía una hermosa complexión. Thuận, que contaba ocho, y Hạnh, siete, corrían tras él. Con la mochila en la mano, regresaban a casa del colegio.

Đạt abrió la palma de la mano y me mostró un pájaro tembloroso. No tenía plumas y las alas le caían a los costados.

—Un pollito de *sé*, mamá. Lo he encontrado bajo un árbol.

—Yo lo he visto primero —dijo Hạnh, negando con la cabeza.

—No, he sido yo. —La cara de Thuận enrojeció.

—Bueno, ¿qué tal si decimos que lo habéis encontrado todos a la vez? —dije sin poder contener la risa—. Llevad a la pobre criatura de nuevo al árbol. Su madre debe de estar buscándolo. Y si no encontráis a la madre, dadle agua e insectos.

—Déjame ver, déjame ver. —Se oyó una voz a través del portón del jardín. Guayaba, era tu mamá, Ngọc. Era entonces una chica bonita de quince años. Tez resplandeciente, hoyuelos en las mejillas, la mochila en la mano.

Los niños se acuclillaron, examinaron el pájaro y debatieron qué debían hacer a continuación. Entré corriendo en mi habitación. Sáng ya estaba de pie en su cuna, llorando.

—Mamá está aquí —dije con voz dulce, dejando la papilla y cogiéndolo en brazos. Mi bebé era precioso, con los ojos grandes y las mejillas rollizas.

Los aldeanos que pasaban por aquí de visita a menudo le pellizcaban las mejillas y comentaban lo mucho que se parecía a su padre.

—*Mẹ, mẹ* —balbuceó Sáng, levantándome la camisa. Tenía casi un año, pero aún no lo había destetado. Sabía que sería mi último bebé.

Tan pronto como satisfizo su sed, señaló las gachas.

—Tienes mucha hambre, ¿verdad? —Me reí entre dientes.

Cuando Sáng terminó de comer me puse mi blusa de seda verde favorita. Công la había encargado para mí en el famoso pueblo de la seda, Vạn Phúc, donde la gente llevaba más de mil años tejiendo seda. La tela era exquisita, estaba hecha de varias capas con la

antigua palabra vietnamita *Phúc*, 'bendiciones', tejida en ella muchas veces. El tejido era grueso, perfecto para el tiempo fresco y otoñal.

Mientras me abrochaba el último botón, ladeé la cabeza: se oían voces y pies que corrían.

—*¡Đả đảo địa chủ cương hào!* —Los gritos entraron por la ventana medio abierta: 'abajo los malvados terratenientes'.

Corrí a la ventana y empujé los postigos de madera para abrirlos.

Un grupo de personas armadas con ladrillos, cuchillos, palos grandes y expresiones de furia arrastraban a Minh y a Công por el patio. Vestidos con traje marrón de campesino, mi hermano y mi hijo estaban descalzos, con los pies salpicados de barro y sangre, la camisa y los pantalones rotos, las manos atadas a la espalda. Tiraban de ellos por el pelo y por los brazos. Hacía menos de una hora que yo había estado con ellos en los campos de arroz.

—¡Minh, hermano Công! —grité asustada.

La multitud se fijó en mí.

—A por ella. ¡Esa es la perra rica, la malvada terrateniente! —gritó una mujer, señalándome. Tenía la frente protuberante y dientes de conejo. La reconocí: era la carnicera del mercado del pueblo. Tenía fama de engañar a los clientes.

Más tarde, mucho más tarde, me enteré de que el Viet Minh había elegido deliberadamente a los *bần cố nông* —jornaleros sin tierra que estaban hartos o enojados con la vida— para dirigir el movimiento de la reforma agraria.

—¡Matadlos a todos, matad a todos los malvados terratenientes! —coreaba la multitud. Muchos me señalaban con el dedo.

Me di la vuelta, cogí a Sáng y busqué frenéticamente un lugar para escondernos. Me metí en un rincón con Sáng agarrado a mi pecho. Mi bebé, tenía que proteger a mi bebé.

La puerta se abrió con estrépito. Dos hombres y la carnicera entraron en tropel con los ojos brillantes de rabia y emoción.

—¡Ahí está esa perra! —gritó la mujer, enseñando los dientes—. Cogedla, sacadla de aquí.

Alguien me agarró por el pelo y tiró de mí. Mientras gritaba, la mujer me arrebató a Sáng. Los hombres me retorcieron los brazos y

me ataron las manos a la espalda.

—¡Vamos fuera, perra! —rugió uno de los hombres.

—Mira lo gorda que está. Gorda de sangre de campesino —dijo el otro hombre.

Tiraron de mí y me empujaron por el pasillo, por el cuarto de estar. Grité llamando a mis hijos mientras alguien me hacía caer por los cinco escalones. Me esforcé en abrir los ojos y vi a Minh retorciéndose en el suelo.

—*Me di* —me llamó. Detrás de él, la cara de Công estaba blanca de miedo.

—¡Abajo los malvados terratenientes! —La masa de gente nos rodeaba y gritaba palabras llenas de rabia, los rostros retorcidos por la ira.

Los gritos de mis hijos se elevaron por encima del ruido. A través del hueco de las piernas en movimiento vi a Ngọc, Đạt, Thuận y Hạnh acurrucados en los brazos de la señora Tú.

—¿Dónde está mi bebé Sáng, dónde está? —grité.

—Matad a todos los malvados terratenientes. —La rabia de la masa devoró mi voz.

—Por favor, os ruego que los dejéis marchar —dijo Công, inclinándose hacia delante hasta dar con la frente en el suelo de ladrillo—. Yo soy el cabeza de familia, esta mujer y sus hijos son inocentes. Por favor, soltadlos.

Sollocé. Me dolía ver a mi hermano temblando. Debajo de la ropa rota se veía la piel cubierta de sangre.

De la carretera del pueblo nos llegó un rumor de tambores. La gente se apartó y dejó pasar a unos niños que tocaban unos tambores rojos que sostenían con fuerza contra la barriga. Guayaba, algunos de esos niños habían sido alumnos de tu abuelo. Algunos eran amigos de tus tíos y de tu madre. Seguro que estaban dispuestos a ayudar a nuestra familia. Seguro que algunos de los que nos rodeaban nos ayudarían.

La multitud celebró su llegada y los niños se entusiasmaron. El ruido de sus pies sobre el patio me hizo temblar. Me di cuenta de que los ojos de todos brillaban con crueldad. Vi su sonrisa satisfecha.

Los tamborileros avanzaron y se alinearon delante de nosotros. Los tambores cesaron, un niño levantó el pie y le dio una patada a Công en plena cara.

Grité.

Una mujer se inclinó hacia delante con un ladrillo en la mano.

—Calla, asquerosa terrateniente, o te doy con esto en toda la cabeza.

Agaché la cabeza. Cuando la levanté, estaban sacando sillas de nuestra casa y poniéndolas en hilera entre los tamborileros y nosotros. Hicieron sentar a la señora Tú, al señor Hải y a los seis campesinos que trabajaban para nosotros. Dirigí al señor Hải una mirada de súplica. Me había rescatado del Fantasma Malvado, ¿podría salvarnos hoy?

Apareció un hombre de cara delgada. Iba vestido como un campesino, pero tenía la piel tan clara como la de quienes pasan gran parte de su vida protegidos del sol. Se presentó como presidente del tribunal de la reforma agraria del pueblo. Declaró que era campesino, pero su aspecto y su comportamiento decían otra cosa. El hombre carraspeó para aclarase la garganta.

—El día de hoy es significativo para todos nosotros. La reforma agraria ha llegado al pueblo de Vĩnh Phúc. Durante cientos de años, los terratenientes ricos nos han explotado a nosotros, los jornaleros pobres. Pero hoy nos estamos levantando contra su explotación. ¡Hoy estamos aquí para recuperar nuestros derechos!

Los tambores redoblaron y la gente gritó:

—¡Abajo los malvados terratenientes!

—Durante generaciones, esta rica burguesía *ngồi mát ăn bát vàng* ha vivido sentada en la fresca sombra, comiendo en cuencos dorados, mientras nosotros, los pobres, doblábamos la espalda bajo el sol para trabajar para ellos y para servirlos —gritó el funcionario.

Redobles de tambor. Gritos de enfado.

—Ahora os toca a vosotros pedir justicia. —El hombre se volvió hacia la señora Tú, el señor Hải y los trabajadores—. Denunciadlos, contadnos cómo os han explotado.

Más redobles de tambor y más gritos furiosos.

—No me han explotado, me han tratado siempre como a un miembro de la familia —dijo la señora Tú, llorando.

—¡Serás tonta! Te han lavado el cerebro.

La carnicera dio un brinco hacia delante. Era ella quien me había arrancado a Sáng de los brazos. ¿Dónde estaba? ¿Qué había hecho con él?

—Es cierto —dijo el señor Thanh, uno de nuestros empleados más antiguos—. Nos pagan bien. Mandan a nuestros hijos al colegio.

—Nunca nos han insultado —añadió el señor Hải.

—Tenemos suerte de trabajar para ellos. Somos más afortunados que la mayoría de la gente —declaró el señor Ha, otro de los trabajadores.

—¡Callad! Sois unos ingenuos y unos idiotas —gritó un hombre, dando un paso al frente. Levantó el gran palo que llevaba en las manos y mostró unos dientes amarillos—. ¿No veis que se han hecho ricos con vuestro sudor y vuestra sangre? Os han explotado y os han lavado el cerebro.

—Os han envenenado el pensamiento —vociferó alguien más.

—En otros pueblos de nuestro alrededor nos han contado crímenes terribles cometidos por los terratenientes: explotación, palizas, incluso violaciones —ladró el hombre de los dientes amarillos—: Pensadlo bien, ¿os han violado, os han pegado, os han hecho pasar hambre? —Levantó el palo, lo dejó caer sobre la cabeza de Minh y lo tiró al suelo del golpe.

Intenté acercarme a mi hijo, pero alguien me devolvió a mi sitio de una patada.

El funcionario caminaba de un lado a otro.

—Estos terratenientes son malas personas por naturaleza. En el pueblo de al lado, Vĩnh Tiến, una mujer ha denunciado a su propio padre. Ha dicho que la había violado ciento cincuenta y nueve veces. ¡Ciento cincuenta y nueve veces! A su propia hija.

El hombre se detuvo, mirándonos.

—Ese malvado terrateniente ha sido ejecutado de un disparo en la cabeza. Su hija ha recibido gran parte de sus tierras para

compensar su sufrimiento. —Se dirigió a la señora Tú y a los trabajadores haciendo rechinar cada palabra entre los dientes—. Así que no tengáis miedo. Esta familia Trần no ha podido hacerse rica de la nada. Mirad qué casa tan grande, el huerto, los campos, el ganado. Tienen que haberlo conseguido con la sangre y el sudor de los demás.

—Yo sé lo mucho que trabajan —se lamentó la señora Tú. A su lado, el señor Loe, el trabajador de más edad, se había mojado los pantalones—. Mi marido y mis hijos murieron en un incendio —añadió la señora Tú—. La familia Trần se ha ocupado de mí; me salvaron la vida y ahora son mi familia.

—Lleváosla, no sirve para nada. —El funcionario negó con la cabeza. Cogieron a la señora Tú y la apartaron de un empujón. Corrió hacia los niños.

A continuación, el funcionario se volvió hacia los siete hombres que estaban sentados en las sillas.

—Hermanos, podéis elegir. Podéis seguir sentados como idiotas o condenarlos y obtener una parte de sus propiedades.

Estamos aquí para ayudar, ¿no lo entendéis? Estamos aquí para deshacer la injusticia que han cometido con vosotros.

Uno de los trabajadores más jóvenes, Thông, levantó la cabeza y nos miró a la cara. Hizo una mueca.

—¡Nos explotaban! —Se puso en pie de un brinco—. Somos pobres y ellos son ricos.

La multitud lo vitoreó y agitó los puños.

—Nos hacían trabajar horas y horas, no nos pagaban lo suficiente para que siguiéramos siendo pobres y siguiéramos sirviéndolos —gritó Thông.

La multitud rugió.

—Toda esta riqueza nos pertenece, hermanos. —Thông miró a los demás hombres—. Tenemos derecho a recuperar el producto de nuestro trabajo.

—¡No, no es verdad! —El señor Thanh se puso de pie—. Los Trần dieron comida a mi familia durante la gran hambruna. Ayudaron a muchos cuando todo el mundo se moría de hambre. —

Se volvió hacia la gente—. A ti, a ti y a ti. —Señaló los rostros que tenía delante de él—. Os vi aquí recibiendo el arroz que os daban. Os oí decirle a la señora Trần que estaríais agradecidos durante el resto de vuestra vida —alzó la voz hasta convertirla en un grito—. A ver cuál de los presentes puede afirmar que esta familia no intentó ayudar durante la gran hambruna.

La multitud quedó en silencio. Incluso mis hijos dejaron de llorar.

El señor Thanh se volvió hacia Thông.

—*Đừng ăn cháo đái bát:* 'no orines en el tazón donde has comido'.

—¡Basta! —gritó el funcionario, acercándose a la cara del señor Thanh—. A ti te han lavado el cerebro más que a nadie.

—¡Abajo los malvados terratenientes! —gritaron, pero esta vez las voces y los redobles fueron más débiles.

—Qué listos son los ricos terratenientes. —El funcionario tosió y escupió en el patio—. Bien, no se saldrán con la suya. Vamos a juzgarlos.

Los tambores sonaron más fuerte.

—Vamos a dividir sus propiedades. Los jornaleros sin tierra tendrán una parte —rugió el funcionario, y la multitud rugió con él.

—Por favor, tomad todo lo que queráis —gritó Công—. Denunciadme si es preciso, pero dejad libres a mi hermana y a su hijo. Dejadlos en paz, os lo ruego. Dejadlos.

Otro hombre, también pálido, susurró algo al funcionario y este asintió.

—Llevaos a estos dos —dijo, señalando a Công y a Minh—. Y vigilad a esa mujer perversa —dijo, señalándome—. Volveremos a buscarla, que no se escape.

—¡No! —gritó Công—. Minh solo es un niño. No sabe nada.

—Por favor, se lo ruego —dije, inclinándome ante todos—. No se lleven a mi hermano y a mi hijo.

El funcionario dio una palmada y varios hombres cogieron a Công y Minh. Mi hermano se volvió para mirarme; las lágrimas y la sangre le goteaban por la cara.

—No te preocupes, hermana, volveremos pronto. No hemos hecho nada malo. Cuida de ti y de los niños.

—¡Mamá! —gritó Minh, luchando por liberarse.

Intenté levantarme y correr tras ellos, pero unas manos fuertes me sujetaron. En un abrir y cerrar de ojos, mi hermano y mi hijo habían desaparecido tras la valla del jardín.

Las luciérnagas revoloteaban. Parecían los ojos ardientes de unos diablos que se hubieran apoderado de nuestro mundo. Parpadeé, pero la oscuridad era demasiado densa para ver nada. Me retorcí, pero las cuerdas que me ataban manos y piernas eran demasiado fuertes. Sollocé, pero ya no tenía lágrimas.

¿Cuántas horas hacía que la multitud había vuelto y me había asustado con sus gritos? Habían hecho caso omiso de mi presencia, era una mujer indefensa atada al grueso tronco de un árbol, un *na*. Entraron en los establos y se llevaron las vacas, los búfalos, los cerdos y las gallinas. Arrasaron la casa y se llevaron el sofá, las sillas, las camas y los armarios.

Mi hermano y yo los habíamos comprado con el sudor de nuestro trabajo. Examiné la cara de la gente. Los conocía a todos: eran campesinos del pueblo. De todos nuestros trabajadores, solo volvió Thông —la persona que nos había denunciado— e intentó esquivar mi mirada.

¿Cuántas horas hacía que habían encendido un fuego en el patio delantero? La gente había aplaudido, había sacado los libros, los había roto, los había tirado a las llamas. «Restos del sistema feudal», llamaron a mis tesoros literarios. La pagoda de nuestro pueblo también ardió, columnas de humo se alzaban en espirales hacia el cielo. Desapareció el lugar sagrado de culto. ¿Cuántas horas hacía que había oído los gritos de mis hijos por última vez? Estaban acurrucados en nuestra casa como animales, junto con la señora Tú. ¿Nos abandonaría ella también, como todos los demás?

Pasé atada al árbol toda la tarde y toda la noche. Para asegurarse de que los niños y yo no escapábamos, habían puesto un guardia

armado en la entrada del jardín y otro en la puerta de la casa. Al principio los había visto fumar y había oído sus palabrotas. Pero se había ido haciendo el silencio, quizá se habían dormido.

—*Mẹ ơi, cha ơi, anh Hùng ơi, chị Thịnh ơi*. —Recé en silencio para que los espíritus de mi madre, padre, marido y cuñada volvieran y me ayudaran a rescatar a Công y a Minh.

Tenía miedo, pero también estaba muy enfadada conmigo misma. Si no hubiera sido tan ingenua, quizá habríamos tenido tiempo de escapar. Si no hubiera estado tan absorta en las nuevas plantaciones, tal vez me habría enterado del plan secreto para castigarnos.

Un crujido. Me esforcé en escuchar. Un crujido de hojas secas bajo los pies. El corazón me dio un brinco.

—Diệu Lan —dijo la suave voz de la señora Tú.

—Tía, estoy aquí.

Sentí a mi salvadora arrastrándose hacia mí en la oscuridad, luego su aliento cálido en mi oreja.

—Coge a los niños y escápate ahora mismo. —Unas manos suaves tocaron las mías. Sentí el metal frío en la piel. Unas tijeras me liberaron de las garras de las cuerdas.

La señora Tú me abrazó. Temblamos, la una en brazos de la otra.

—Tía, no puedo irme. Minh y mi hermano Công…

—Diệu Lan… —Lágrimas ardientes rodaron de sus ojos a mi rostro—. El señor Hải nos ha enviado un recado: han matado a Công. Tienes que irte, vendrán a buscarte.

—¡No!

La mano de la señora Tú me tapó la boca. Negué con la cabeza. Mi hermano no podía estar muerto. Aquella misma mañana estaba a mi lado, hablando y riendo. Nunca había hecho daño a nadie. Nadie debería hacerle daño.

—Diệu Lan, huye antes de que se enteren de que Minh ha escapado.

Ahogué una exclamación. En mitad de mi pena, sentí un instante de alivio.

La señora Tú me cogió el brazo. Reptamos por la tierra húmeda, las hojas caídas y la hierba mojada por el rocío. Me di con las ramas bajas del árbol, pero seguí avanzando.

—¡Mamá está aquí! Mamá, ¿eres tú? —Me llenaron de alegría sus susurros. Palpé con la mano una puerta medio abierta. Entré en la cocina y, en la oscuridad, toqué los rostros llorosos de Ngọc, Đạt, Thuận y Hạnh. Los abracé muy fuerte, deseando fundirlos con mi cuerpo para que no volviéramos a separarnos.

—¿Y el pequeño Sáng dónde está?

—Aquí, está durmiendo, mamá —dijo Ngọc, y busqué el calor de mi hijo.

—Tenéis que iros —dijo la señora Tú.

—Tía, pero Minh podría volver a buscarnos —dije.

—Ha huido lejos, Diệu Lan —me susurró la señora Tú al oído —. Si os quedáis, moriréis; os lo ruego —dirigiéndose a los niños, añadió—: Niños, ¿os acordáis de lo que hemos dicho? Tenéis que avanzar a rastras en fila, sujetad el tobillo del de delante.

—Sí, abuela.

—Los guardias están fuera, no digáis nada. —La señora Tú extendió los brazos hacia mí. Me ató a Sáng al pecho para cargar con él con el pañuelo que utilizaba para hacer hatillos.

—Diệu Lan, lleva a los niños por el agujero oculto que hay en la valla de detrás de la casa para ir a mi terreno. Y salid desde ahí.

—¿Viene con nosotros, tía Tú? —pregunté con un nudo en la garganta.

Me secó las lágrimas con sus suaves dedos.

—Si me voy, quemarán la casa y destrozarán el altar familiar. Tengo que quedarme para guardar las tumbas de tus padres.

—Abuela Tú, abuela Tú —empezaron a lloriquear los niños.

—Shhh, nos van a oír. —La señora Tú contuvo las lágrimas—. Os veré pronto; sed fuertes y ayudad a mamá. Volved cuando sea seguro.

—Pero, tía Tú, ¿cómo voy a encontrar a Minh? —pregunté.

Mi salvadora me acarició la cara.

—El Cielo os ayudará, Diệu Lan. Intenta soportar tu destino,

hija mía. —Apartó las manos—. Đạt, ahora tú eres el mayor. Cuida a tus hermanos. Lleva esta bolsa de comida.

—Sí, abuela —dijo Đạt entre lágrimas.

La oscuridad fue nuestra aliada cuando salimos furtivamente por el jardín trasero y cruzamos la valla. La oscuridad nos tuvo en su boca mientras corrimos por los campos de arroz y atravesamos varios arroyos para llegar a la siguiente aldea.

Aterrorizados, seguimos corriendo.

El viaje hacia el sur

Hanói, 1975

Cuando me desperté, todo estaba oscuro. La abuela roncaba a mi lado. Busqué a tientas, encontré el *sơn ca* y lo agarré con fuerza. Me quedé acostada mucho rato pensando en las penalidades que los miembros de mi familia habían tenido que soportar. Si se me hubiera permitido formular un deseo, no habría pedido nada fuera de lo común, solo un día normal en el que pudiéramos estar todos juntos como una familia; un día en el que pudiéramos cocinar, comer, hablar y reír. Me pregunté cuánta gente en todo el mundo estaría viviendo un día normal como ese sin darse cuenta de lo extraordinario y sagrado que era.

Consciente de que no podría volver a dormirme, levanté la mosquitera, salí de puntillas por la puerta del dormitorio y la cerré detrás de mí. En la cocina, una sombra me sobresaltó.

—Tío Đạt —cuchicheé—, ¿no puedes dormir?

—No. —Su respuesta me llegó en un susurro.

Dejé el pájaro en la mesa, encendí una lamparilla de aceite y serví un vaso de agua para cada uno. En su silla de ruedas, mi tío parecía un viejo arrugado. Sin embargo, solo tenía treinta y cuatro años.

—¿Quieres volver a la cama, tío Đạt? ¿Te ayudo?

Negó con la cabeza.

—Últimamente duermo mal.

—¿Cómo es eso? —Me senté a su lado y le di el vaso.

—Pesadillas y cosas así, ya sabes. —Tomó un sorbo—. No te preocupes por mí, vuelve a la cama.

—Tampoco puedo dormir… Tío Đạt… gracias por salvarme anoche.

El guardia gordinflón se había presentado en casa; era tan arrogante que esperaba que me fuera con él. No tuvo la menor oportunidad de intimidarme porque mi tío estaba presente.

—Supongo que lo asusté mucho, ¿no? —El tío Đạt se rio—. Seguro que no vuelve.

—Me alegro —sonreí—. Pero, tío, por favor, ve con cuidado. La abuela dijo que quienes se enfrentan a las autoridades van a la cárcel…

—¿Este tipo? Qué va. Es solo un cabrón que intenta asustar a la gente. Disculpa la palabrota —dijo mi tío, negando con la cabeza—. Y no se atreverán a tocarme. Nosotros, los veteranos, podemos permitirnos ser un poco bocazas.

Bebí el agua lentamente, intentando aclararme las ideas.

—Tío, después de que mi padre te diera el pájaro, ¿no lo volviste a ver? ¿No supiste nada de él?

—No. Lo siento, Hương. Los campos de batalla eran enormes, ya sabes. No me encontré con Thuận, con Sáng ni con tu madre.

—Estoy segura de que mamá y el tío Sáng vendrán a verte mañana. Estarán felices al ver que por fin estás en casa.

—¿Felices? ¿Crees que serán felices al verme así?

—Todo irá mejor, tío.

Rio. Su risa era uno de los sonidos más tristes que he oído en mi vida.

—Durante meses estuve pensando que no tenía que volver. Que no podía enfrentarme así a mi familia y a mis amigos, que no podía ser una carga para las personas a las que quiero. —Alzó la vista hacia la ventana, por la que se veía un fragmento de la luna suspendido en el cielo negro.

Se recostó en la silla de ruedas.

—Tío, me gustaría… que me hablaras de tu viaje al sur y de cómo te encontraste con mi padre.

—¿Ahora? —Echó un vistazo al reloj, que marcaba las dos de la mañana—. Es una larga historia. ¿No tienes que ir al colegio

mañana?

—Tío, por favor. He esperado tanto tiempo las noticias sobre mi padre. Necesito imaginarme por lo que ha tenido que pasar.

—Necesito una bebida de verdad. —El tío Đạt miró el armario de reojo—. Lástima que esta noche haya terminado la botella.

—¡Ja! Espera un segundo. —Me levanté de un brinco. Registré el armario y sostuve la botella, esta vez estaba llena—. La abuela la compró anoche… después de que te fueras a la cama —dije con una risita—. Sabía que a lo mejor la necesitabas.

—Mi vieja madre —rio el tío Đạt—. Qué lista es.

El tío Đạt hizo caso omiso del vaso que le di y bebió directamente de la botella. Aguardó un rato con la cabeza inclinada y después empezó a hablar. Ahora, al pensar en ello, me doy cuenta de lo duro que tuvo que ser para él evocar todos esos recuerdos, intentar ayudar a una sobrina que buscaba noticias de su padre en el viaje al sur de su tío.

—Sí, eras pequeña cuando empezó todo esto —dijo—. En 1968 llegó una orden urgente obligando a todos los hombres a alistarse. La abuela intentó todo lo que pudo para impedir que fuéramos, pero no teníamos otra opción. Sáng tenía entonces catorce años, así que todavía no le tocaba ir, pero tu padre, Thuận y yo fuimos reclutados.

»Nos llevaron a un campo de entrenamiento situado en la montaña de Bà Vì. Cada uno de nosotros tenía una mochila que debía llenar de piedras para que pesara, como mínimo, veinte kilos. Pasamos semanas subiendo por la montaña con la mochila a cuestas. Arriba y abajo, abajo y arriba, todos los días. También trepábamos durante la noche. Poco sabíamos que nos preparábamos para la caminata más dura de nuestra vida.

El tío Đạt negó con la cabeza.

—Tuvimos que ir andando hasta el frente, a más de mil kilómetros de distancia. Nuestra misión era acabar con los americanos y su aliado, el ejército survietnamita. No lo sabía entonces, pero otros países como Australia, Corea del Sur, Nueva

Zelanda y Tailandia también enviaron tropas para luchar con los americanos.

Me estremecí.

—Debiste de pasar mucho miedo, tío.

—Pues la verdad es que no, teníamos la moral alta. Si no ofrecíamos resistencia, nos bombardearían hasta convertirnos en polvo y se apoderarían del norte. Antes de comenzar el viaje nos separaron a tu padre, a Thuận y a mí en distintas compañías. Thuận decía que, si habíamos podido sobrevivir a la reforma agraria, nada podía matarnos, éramos invencibles. Tu padre bromeaba y decía que a nuestro regreso celebraría una boda conjunta para Thuận y para mí. Había visto cuánto lloraban nuestras novias, Thu y Nhung, al despedirnos.

»Nos dimos un abrazo muy fuerte cuando nos dijimos adiós. No nos indicaron exactamente hacia dónde nos dirigíamos.

El tío Đạt dejó de hablar. Temí que fuera demasiado difícil para él continuar, pero carraspeó y prosiguió:

—Como sabes, el ejército norvietnamita no tenía coches, camiones ni trenes y, además, las bombas enemigas tenían como objetivo las carreteras. Así que era mejor avanzar por la selva y el bosque y luego cruzar la cordillera Trướng Sơn. De hecho, cientos de miles de soldados del norte se dirigieron al sur por este camino abriendo una vía a través de la jungla que ahora se llama ruta Hồ Chí Minh.

»Me dijeron que tardaríamos seis meses en recorrerla y que teníamos que cargar con ropa para todo tipo de tiempo, medicinas, vendas, una hamaca, una pala plegable, sandalias, utensilios de cocina y para comer… En el hombro izquierdo llevaba cinco kilos de arroz en mi *ruột tượng*, una gran bolsa de tela. En el derecho cargaba con un AK-47, un rifle de asalto suministrado por los rusos. A la cintura llevaba doscientos cartuchos de munición y una cantimplora de agua.

El tío Đạt cerró los ojos.

—El invierno había comenzado ya cuando mis camaradas y yo comenzamos la marcha. El tiempo era húmedo y frío. El ejército

tenía un lema que se nos aplicaba a todos: *Đi không dấu, nấu không khói, nói không tiếng:* 'avanzar sin dejar rastro, cocinar sin humo, hablar sin sonido'.

»Los aviones enemigos trataban de encontrarnos, así que teníamos que mantener nuestros movimientos en secreto. Caminábamos de noche y nos escondíamos durante el día. Nos camuflábamos con hojas verdes y pequeñas ramas para mezclarnos con el entorno. Las cocinas se excavaban en agujeros profundos que había que tapar y conectar a largas rejillas de ventilación para disipar el humo.

—Suena terriblemente peligroso, tío.

—Sí, lo era. Caminar en la oscuridad total era muy difícil. Perderse podía ser fatal. Cuando amanecía, instalábamos el campamento y descansábamos. Cada vez que me sentaba me encontraba sanguijuelas pegadas a la piel.

Me estremecí. Había leído sobre esos parásitos: chupaban tanta sangre que se hinchaban y se convertían en bolas redondas.

—Los bombardeos eran frecuentes, así que, cuando parábamos, teníamos que encontrar algún refugio o excavarlo antes de colgar las hamacas entre los árboles. Cada hamaca tenía un trozo de lona para protegernos en caso de que lloviera, lo cual era frecuente. La lona era importante, ya que también servía para envolver el cadáver del soldado después de su muerte; estaba destinada a ser nuestro sudario. Al principio, después de cada cinco días de caminata, teníamos uno para descansar. Esperábamos con ansia el día de descanso. Si no estaba de servicio, podía dormir, cazar, pescar o recoger plantas comestibles. En los días de descanso, nuestro capitán enviaba un escuadrón de doce soldados a un campamento militar cercano para traer provisiones de comida para los siguientes cinco días de caminata. Además de los rusos, los comunistas chinos apoyaron nuestra lucha contra los americanos, así que también teníamos comida de los chinos.

Cerré los ojos y traté de imaginar a mi padre pescando en un arroyo en lo más profundo de la selva.

—Pero nuestro cuerpo no estaba preparado para las duras

condiciones de la selva, Hương —continuó mi tío—. Cuando llevábamos un mes andando, muchos de mis camaradas estaban ya enfermos. Yo estaba agotado. Por suerte, la primavera llegó para salvarme. Las flores estallaron en sus brillantes colores. La luz del sol era tan dorada como la miel. El aire olía a vida, más que a muerte y a explosivos. Los pájaros, iguales al que tu padre te regaló, cantaban.

—¿Te encontraste entonces con mi padre?

—Antes me encontré con la *sốt rét*, la malaria. Me daban ataques de fiebre, pero tenía tanto frío que temblaba descontroladamente. Tenía la sensación de que se me deshacían los huesos, nunca había sentido tanto dolor. No podía caminar y tenía que acostarme en la hamaca a un lado del camino, esperando y esperando a encontrarme mejor.

»Al principio, cuando alguien caía enfermo, los soldados de su compañía cargaban con él. Pero los camaradas que quedaban en pie estaban muy débiles. Los hombres de mi unidad querían llevarme a un hospital de campaña, pero yo me negué porque estaba demasiado lejos. Les dije que pronto me recuperaría y los alcanzaría. Así que mis camaradas me dejaron comida, agua, medicinas y se despidieron.

—Tío, si hubieras dejado que te llevaran al hospital a lo mejor te habrías encontrado con mi madre.

—No, todavía no estaba en el ejército en ese momento, Hương. ¿Sabes dónde estuvo destinada?

Negué con la cabeza.

—No nos ha contado mucho, solo nos dijo que había pasado por cosas terribles. Cosas que no deseaba que le sucedieran a nadie.

—Los médicos tenían uno de los trabajos más peligrosos del frente, Hương. Necesitaban encontrar trucos para ocultar los hospitales de campaña de los aviones enemigos. Su trabajo no solo era salvar vidas, sino también proteger a los heridos. Cada vez que el enemigo atacaba tenían que trasladar a los pacientes a los refugios o a las montañas para establecer un nuevo hospital. A veces, incluso tenían que coger las armas y luchar.

Eso me detuvo. No había pensado en ello. Tragué saliva.

—Tío, ¿crees que mi madre pudo haber asistido a partos en el campo de batalla?

—¿Por qué lo preguntas?

—Por pura curiosidad.

—Seguro que sí, Hương. Los médicos del norte tuvieron que ayudar a los civiles que habían huido de sus aldeas.

Asentí y se aligeró la pesada carga que tenía en el pecho.

—Tío, ahora que tú estás aquí, espero que mi madre vuelva a casa.

Fui a la cocina y volví con un tazón de cacahuetes.

El tío Đạt se metió unos cuantos en la boca y masticó ruidosamente.

—La abuela me ha dicho que tu madre se ha ido a casa de Duyên para estar tranquila. ¿Cuál es la verdadera razón?

—Se peleó con la abuela.

Di vueltas al tazón en la mano.

—¿Y por qué?

—Dijo que si la abuela no hubiera huido de su pueblo, quizá no hubierais tenido que ir al frente y el tío Thuận no habría muerto.

—¿Qué? —El tío Đạt miró hacia el altar y negó con la cabeza—. La abuela nos salvó al huir. Además, si nos hubiéramos quedado en el pueblo, también nos habrían reclutado.

—¿Así que no culpas a la abuela por lo que pasó?

—¿Culparla? En absoluto. Al contrario, siento que no soy lo suficientemente bueno para merecerla. No sé por qué tu madre podría decir algo tan hiriente.

—Tío, por favor, no te enfades cuando veas a mi madre. Quiero que vuelva a vivir con nosotros.

—Yo también quiero que vuelva, Hương.

Cogí el *sơn ca* y me lo acerqué a la cara con las dos manos.

—Tío, ¿y qué pasó luego?

El tío Đạt suspiró y tomó un trago de la botella.

—La malaria es horrible. Hace que te sientas muy débil. No podía hacer otra cosa que estar acostado en la hamaca, temblando y

ardiendo de fiebre mientras la gente pasaba en silencio a mi lado. Los días y las noches se sucedían muy despacio y yo seguía siendo incapaz de levantarme. Cuando una compañía acampaba cerca me ayudaban a cocer el arroz y me daban algo de verdura. También estaban cansados, hambrientos y enfermos, y yo me sentía inútil.

Una mañana, un hombre me despertó de mi estado de sopor. Pensé que era un sueño, pero Hoàng estaba delante de mí.

—¿Mi padre?

—Sí, era él. Sonreía de oreja a oreja. «Ah, no puedo creerme que este tronco de madera sea mi cuñado», me dijo.

—¿Cómo estaba? ¿Muy delgado?

—Algo más delgado, pero tenía buen aspecto. También se estaba dejando la barba. Dijo que tu madre lo afeitaba, así que se dejaba crecer la barba para ella, como regalo.

No pude evitar una sonrisa.

—¿Todavía era capaz de bromear?

—Es un individuo peculiar.

—Cuéntame algo más de él, tío.

—Me enseñó el *son ca* que había tallado para ti. No paraba de decir lo mucho que os echaba de menos a ti y a tu madre. Dijo que lamentaba no haberte dicho lo mucho que te quería y lo mucho que le importabas.

—¿Por qué no ha vuelto, tío? ¿Crees que le ha pasado algo?

—Yo tardé en volver. A lo mejor vuelve en cualquier momento.

Asentí. El regreso del tío Đạt me daba esperanzas.

—Ese día, tu padre cocinó y me dio el desayuno, la comida y la cena. Por primera vez en semanas, pude comer carne fresca. También se las arregló para encontrarme medicinas. Se quedó a mi lado y me habló en susurros de ti y de tu madre y de nuestros felices momentos en Hanói. Cuando el sol comenzaba a ponerse, sacó el *son ca* del bolsillo del pecho y me pidió que te lo diera si llegaba yo primero a casa.

Sujeté el pájaro con fuerza y una lágrima rodó por su mejilla.

—Yo no quería ver la oscuridad, pero llegó. Era hora de decir adiós. Tu padre vertió todo el arroz de su bolsa de tela en la mía.

Fue a un arroyo cercano, me llenó la cantimplora y la desinfectó con una de nuestras pastillas medicinales. Me dio un gran abrazo fraternal. Bromeó diciendo que quien llegara primero a casa tendría que pagarle al otro una ronda de cerveza.

»Y una media hora…

Mi tío me miró de reojo. Se aclaró la garganta.

—Mmm… como te he dicho, me habría gustado que tu padre pudiera quedarse. Intenté levantarme de la hamaca, pensando que estaba ya lo bastante fuerte para unirme a sus tropas, pero los pies no me sostenían. No podía convertirme en una carga para él, así que me quedé allí, viéndolo marchar. Dos semanas… dos semanas después de su partida, llegaron los aviones americanos. Las bombas oscurecieron el cielo. Las explosiones pusieron el mundo patas arriba. Arrancaron los árboles de la selva de raíz y los quemaron como si fueran hierbajos.

Miré el altar de nuestra familia y recé.

—El medicamento que me había dado tu padre me dio fuerzas para arrastrarme hasta una cueva y esconderme. Su comida me ayudó a sobrevivir los días de bombardeo.

»Tan pronto como mejoré, salí tambaleándome de la cueva. Los aviones enemigos se habían ido y no podía creer lo que veía: cientos de soldados pasaban silenciosamente a mi lado por el mismo camino que las bombas habían destruido. Los grupos de voluntarios de la Brigada Juvenil, la mayoría de ellos mujeres, estaban arreglando el camino. Lo primero que tenían que hacer era encontrar bombas sin estallar y desactivarlas.

»Me sumé a otra unidad y avanzamos día y noche. Por pura casualidad, Thánh, el compañero de clase de tu tía Hạnh, resultó ser uno de mis nuevos camaradas.

»De camino al sur, vi tantos cráteres de bombas que parecía que rebaños de animales gigantescos hubieran pasado por ahí corriendo y hubieran dejado sus huellas en la tierra. Algunas veces, mientras caminábamos, notábamos una suave lluvia con la que nos rociaban desde los aviones. A nuestro alrededor las plantas se marchitaban al instante y los grandes árboles perdían las hojas. Todo se secaba. Para

protegernos, nuestro comandante nos ordenó que cogiéramos un pañuelo, orináramos en él y nos lo lleváramos a la nariz. Seguimos caminando.

Mi tío sostenía la botella con las dos manos y la miraba Fijamente.

—Era horrible pasar por una zona destruida. No había pájaros, mariposas, flores ni árboles verdes. El viento aullaba como un coro de fantasmas furiosos.

»Además, era más peligroso, ya que el enemigo podía vernos más fácilmente desde arriba. Antes de la guerra, nunca había tocado un muerto, excepto a mi padre, pero ahora no paraba de cavar tumbas y de enterrar a camaradas.

Acaricié a mi tío en el brazo.

—Thánh y yo nos convertimos en los mejores amigos. Nos dijimos que teníamos que sobrevivir para volver con nuestras familias. Thánh me enseñó una pulsera hecha de diminutas cuentas de madera. Su madre había subido los miles de escalones de la montaña de Yên Tử para llegar a la pagoda sagrada del mismo nombre, donde el monje principal le entregó la pulsera que tenía que proteger a su hijo de cualquier daño. Le mostré a Thánh mi amuleto de la suerte: el pájaro *son ca*.

Mi tío tomó otro trago de licor.

—Después de muchas semanas, llegamos a Quảng Bình, una provincia del centro del país. Nos detuvimos a la orilla de un río y me quedé con la boca abierta. Delante de mí, cientos de sampanes se deslizaban sobre el agua esmeralda. Venían a recogernos para llevarnos a las famosas cuevas de Phong Nha. Remamos bajo miles de formaciones rocosas de aspecto mágico suspendidas a baja altura que brillaban como cúpulas de estrellas a la luz parpadeante de las antorchas.

—Esto de las cuevas parece impresionante, tío.

Asintió con la cabeza.

—Sí… Por un momento pareció como si hubiéramos dejado la guerra atrás y hubiéramos entrado en el mundo de la paz. No había bombas, balas ni muertes. Solo el agua que lamía el costado de

nuestras barcas. Olí la dulzura de la paz en aquellas cuevas, Hương. Aspiré hondo y deseé que llegara la paz.

»Cuando llegamos al corazón de Phong Nha, vi a miles de soldados descansando en playas de arena en las orillas del río. Intenté encontrar a Thuận y a tu padre, pero no estaban allí.

»Phong Nha no es una cueva, es una gigantesca red de cuevas. Donde yo descansaba, la luz entraba a través de las hendiduras entre las altas montañas y titilaba en las formaciones rocosas. Las montañas nos protegían. Por la noche, unos artistas que habían viajado desde Hà Nội cantaron, bailaron y leyeron poesía. Por primera vez en meses pudimos hablar y reír tranquilamente. Ya no tenía que darnos miedo nuestra propia voz.

»En esa cueva pasé una de las mejores noches de mi vida. Pude tomar las manos de una bailarina, aspirar el perfume de su cabello. Cuando me dormí en la orilla del río, entre el suave rumor del agua, soñé con Nhung. —El tío Đạt tomó un trago de licor.

¿Se refería a la señorita Nhung? La noche anterior, la novia de mi tío había pasado por casa después de cenar. Lo había esperado siete largos años y pensaba que él estaría muy contento de verla. Pero él evitó su mirada y solo habló para contestar a sus preguntas. La abuela estaba todavía hirviendo agua para prepararle el té cuando mi tío dijo que estaba agotado y necesitaba dormir. Después de que se hubiera ido a la cama, la abuela intentó consolar a la señorita Nhung, pero se marchó llorando. ¿La bailarina había hecho que mi tío Đạt cambiara de opinión sobre la señorita Nhung?

—La cueva era tan tranquila, Hương, que me habría gustado quedarme allí para siempre. Me imaginaba casado y criando ahí a mis hijos. Pero a la mañana siguiente teníamos que marcharnos.

»La senda Hồ Chí Minh nos llevaba al sur atravesando Laos y Camboya. Pero las bombas nos encontraron allí: llevamos la guerra al país de nuestros vecinos.

Me sentía identificada con los niños de nuestros países vecinos que corrían en busca de refugio durante los bombardeos. Años más tarde me enteraría de que miles y miles de laosianos y camboyanos murieron en el conflicto conocido internacionalmente como «guerra

de Vietnam», pero que el gobierno vietnamita del momento llamaba «guerra de resistencia contra los Estados Unidos para salvar la nación». Se llame como se llame, la guerra sigue matando niños hoy día en Vietnam, Laos y Camboya, ya que hay millones de toneladas de explosivos sin estallar enterrados en el vientre de la tierra.

Mi tío se aclaró la voz.

—No tardamos en volver al territorio vietnamita, a zonas del sur controladas por el enemigo. Thánh y yo seguíamos juntos, me aferraba a mi amuleto. Sacaba el pájaro noche tras noche y le hablaba en susurros. A aquellas alturas, la guerra había terminado con más de la mitad de mi compañía. Quedaríamos unos cincuenta.

»Tenía que andarme con muchísimo cuidado todo el rato. En una guerra, el menor descuido o negligencia puede costarle la vida, Hương.

»Una vez nos detuvimos junto a un río para beber agua. Uno de mis camaradas hizo un gesto. Señaló el río y luego se señaló la nariz. Cogí agua con la palma de la mano y la olí. Olía a jabón. Nuestro capitán envió a un grupo pequeño aguas arriba. Nos deslizamos por la selva, a distancia segura de la orilla del río. Al poco rato, oímos unas risas sofocadas. Nos acercamos a hurtadillas y vi a un grupo de soldados entre la vegetación.

Mi tío se calló. La lamparita de aceite osciló.

—En la orilla opuesta habría unos diez hombres sin camisa lavándose. Eran jóvenes, tendrían dieciocho o diecinueve años. Algunos eran blancos y tenían el pelo rubio, pero otros eran tan negros que parecía que les hubieran frotado la piel con carbón. Los chicos estaban en pleno río, salpicándose y riendo. El sol les hacía brillar la piel, la superficie del agua resplandecía. El olor del aire era fresco y feliz. Era una imagen tan apacible que me quedé mirando, absorto.

»Me sobresaltaron los disparos. En un abrir y cerrar de ojos, los chicos extranjeros habían caído al río. Gritaban y pataleaban en el agua. Sus hermosos rostros estaban retorcidos con una expresión de horror. Me quedé helado mientras las balas los atravesaban y les arrancaban trozos de carne.

»Hương, al contemplar que la sangre de aquellos chicos bajaba por el río, pensé de repente en sus madres y hermanas. Pensé en las lágrimas y la pena. Pensé en ti, en la abuela, en tu madre y en Hạnh.

»Hasta aquel día había odiado a los americanos y a sus aliados. Los odiaba por tirarnos bombas, por matar a civiles inocentes. Pero, a partir de aquel día, lo que odié fue la guerra.

Las palabras de mi tío me dieron que pensar. Yo también había odiado a los Estados Unidos. Pero al leer sus libros, había visto el otro lado: su humanidad. Estaba segura de que si la gente estuviera dispuesta a leer sobre los demás y comprender su cultura, no habría guerras en el mundo.

—Quizá fue esa comprensión del enemigo lo que me salvó más tarde —dijo el tío Đạt, negando con la cabeza—. Una vez, cuando viajaba solo por la selva para entregar un mensaje importante a un campamento cercano, oí el ruido de un helicóptero que se acercaba.

»Corrí en busca de un escondite, pero no había dónde ocultarse, así que me tumbé en el suelo y me cubrí con hojas podridas.

»El helicóptero quedó suspendido ante mis ojos; en la puerta abierta había un hombre blanco, alto y de hombros anchos. Estaba examinando la selva y en las manos tenía una ametralladora M-60.

Solté un grito ahogado.

—El extranjero me apuntó. Estaba seguro de que me había visto porque las aspas del helicóptero habían levantado las hojas que me cubrían. Aguanté la respiración, esperando el ruido de la ametralladora, esperando el terrible dolor que me atravesaría la carne, esperando que me llegara la muerte. Pero el hombre se limitó a mirarme fijamente, después negó con la cabeza e hizo un gesto rápido con la mano. El helicóptero se alejó despacito y encima de mí no quedó otra cosa que el cielo brillante.

»Todavía me pregunto quién era aquel hombre y por qué no me disparó. Quizá no viera que tenía un arma, porque había escondido mi AK-47 a mi espalda. Quizá estaba ya harto de matar o se oponía a la guerra. O quizá pensó que estaba muerto, aunque no lo creo. Por un instante nos miramos a los ojos, como si fuera un espejo.

»Pero la guerra no consiste en amabilidad y comprensión,

Hương. La guerra es muerte, pena y sufrimiento. Lo sé porque estuve en una de las peores batallas, cerca de Núi Bà Đen, la montaña de la Virgen Negra, al nordeste de Saigón. Pensábamos que estábamos a salvo en los refugios construidos bajo los grandes campos de bambú, cerca del pie de las montañas, pero el enemigo nos localizó rápidamente. Nos bombardearon con artillería antes de enviar las tropas de tierra. La batalla terminó cuando abatimos dos de sus helicópteros. Después de que el enemigo se retirara, pensé que nuestro capitán nos ordenaría que nos replegáramos para buscar otro escondite, pero por algún motivo decidió que nos quedáramos ahí toda la noche. Envió a unos soldados al exterior, a que formaran un círculo de protección a nuestro alrededor, y a otros a la frontera camboyana para que compraran un cerdo. Decidió que teníamos que celebrar la victoria. Habíamos pasado hambre durante días, así que quería que recuperáramos fuerzas antes de emprender otro viaje difícil.

»Cuando la comida estaba ya lista nos acuclillamos, dispuestos a disfrutar de nuestro festín. En cuanto cogimos los palillos oímos un ruido procedente del cielo. Pensé que era un trueno.

»—¡Bombarderos B-52! —gritó alguien—. Nos levantamos de un brinco y salimos corriendo para salvar la vida. Arrastré a Thánh a toda prisa en dirección a un refugio cercano. Era grande, destinado a uso colectivo.

»Me metí en el refugio y Thánh me siguió con otros seis hombres. Las explosiones nos levantaban del suelo y nos hacían saltar como si fuéramos piedrecitas. Me quedé sordo y ciego, lo veía todo negro. Nos caían rocas y tierra como si fuera lluvia. Llegaron más explosiones. Pensé que el refugio cedería y se derrumbaría sobre nosotros, pero, de repente, el bombardeo cesó.

»Todo quedó en silencio. Oía mis latidos frenéticos y el crepitar de un incendio; olía a polvo y a quemado.

Mi tío miró la lamparilla de aceite. Torció el gesto.

—Pero sabía que no se había terminado. A los americanos les gustaba bombardear hasta arrasarlo todo con los B-52. No tardaría en llegar el segundo ataque. Eché de menos la seguridad del refugio

en la roca con forma de panal, donde había estado antes. «¡Vuelvo a mi refugio de antes! —grité—. ¡Camarada Thánh, ven conmigo!».

»—No, sigue adelante —dijo Thánh con voz temblorosa. No quería arriesgarse a que le dieran mientras corría al aire libre.

»Dos de mis camaradas me siguieron, pero Thánh no vino. El suelo estaba lleno de rocas, ramas de bambú y trozos del delicioso cerdo que habíamos preparado pero no habíamos tenido tiempo de comernos. Casi no veía hacia dónde iba. Al final, encontré mi refugio y me metí de un salto. Los otros hombres corrieron hacia el suyo. No tardó en llegar el segundo bombardeo.

»Más tarde, cuando volvió el silencio al bosque de bambúes, se congregó mi compañía. Las bombas de los B-52 habían matado a más de la mitad. Aquella noche murieron treinta y seis jóvenes, incluidos cuatro que habían compartido conmigo el refugio común. Algunos estaban totalmente destrozados y resultaban irreconocibles. Otros estaban hechos pedazos. Reconocí a Thánh por el brazalete de cuentas.

»Había enterrado ya a muchos camaradas durante el camino, pero aquella noche fue la peor de todas. Cadáveres desfigurados, trozos de cuerpos irreconocibles… Treinta y seis hombres en una fosa común sin identificaciones. Sufrí muchísimo por la familia de mi mejor amigo, un hombre tan tímido que ni siquiera había tomado a una chica de la mano. No hubo lágrimas de despedida. Teníamos prohibido mostrar tristeza. Si expresábamos alguna emoción, esta solo podía ser de odio hacia el enemigo.

Mi tío apretó los puños. Yo sujeté con fuerza el *sơn ca*.

Al cabo de un poco, el tío Đạt siguió hablando.

—Mientras nos alejábamos, los truenos estallaban sobre nuestra cabeza. Los relámpagos partían el cielo negro. La lluvia me castigó con fríos latigazos. Por primera vez en años me permití llorar, ya que la lluvia ocultaba la pena. Con el ruido de los truenos me golpeé el pecho y grité. No me podía perdonar que no hubiera arrastrado a Thánh cuando escapé del refugio común, podría haberlo salvado.

Habría querido decirle a mi tío que no se culpara, pero temía interrumpir sus pensamientos. A lo mejor tenía que aclarar sus

sentimientos hablando en voz alta para poder entender lo que era estar vivo y muerto al mismo tiempo.

—Hương, ahora que estoy de nuevo en Hanói he estado pensando en la familia de Thánh. Tendría que ir a verlos y decirles que era una persona extraordinaria, pero temo que me pregunten dónde está enterrado.

»Pero no me acuerdo, joder… El bosque de bambúes era enorme y no pusimos ninguna lápida. Los soldados del norte que vi pudriéndose en bosques, carreteras y caminos, flotando en ríos y arroyos, no llevaban etiquetas identificativas en la ropa.

»Faltó poco para que yo también fuera uno de esos cadáveres, te lo aseguro. Una vez apunté mi nombre, fecha de nacimiento y dirección en un trozo de papel, lo metí en un Frasquito de cristal de penicilina y me lo guardé en el bolsillo del pantalón. Estaba decidido a no ser uno de esos cadáveres desconocidos, pero al cruzar un río la corriente se lo llevó.

»Llevaba el *sơn ca* en el bolsillo del pecho y me trajo mucha suerte. Hasta que uno de los últimos días de la guerra pisé una mina terrestre. El mundo entero desapareció de mi vista.

»Me desperté en un hospital. Cuando bajé la vista y vi los muñones, deseé haber muerto. ¿Para qué sirve un hombre sin piernas? ¿Para qué sirve un hombre que necesita que le den de comer?

El tío Đạt cogió la botella de licor y la terminó. Se secó la boca con el dorso de la mano y dejó con fuerza la botella vacía sobre la mesa.

—Cuánto lo siento, tío, cuánto lo siento.

El tío Đạt se volvió hacia mí con el rostro cubierto de lágrimas.

—Yo también lo siento, Hương. No sé qué le pasó a tu padre, pero estoy seguro de que, esté donde esté, te quiere muchísimo.

La caminata

Nghệ An-Thanh Hòa, julio-agosto 1955

Guayaba, necesito que entiendas por qué no te he contado nada hasta hoy de tu abuelo, de tu tío abuelo Công ni de tu tío Minh. En los libros de texto del colegio no encontrarás nada sobre la reforma agraria ni sobre las luchas internas del Viet Minh. Han borrado parte de la historia de nuestro país junto con la vida de incontables personas. Se nos prohíbe hablar de los hechos relacionados con los errores del pasado o las malas acciones de los que están en el poder, ya que se creen con derecho a reescribir la historia. Pero eres lo bastante mayor para saber que la historia se irá escribiendo por sí misma en los recuerdos de la gente y, mientras estos recuerdos perduren, podremos tener fe en que seremos capaces de mejorar.

Así pues, ¿qué pasó ese día, después de que huyéramos del pueblo de nuestros antepasados?

Una gota fría me salpicó la frente. Abrí los ojos y me encontré tendida sobre la hierba empapada de rocío. A mi alrededor estaban mis cinco hijos acurrucados el uno contra el otro. Al ver sus rostros inocentes sentí una punzada en el estómago. Mi hermano estaba muerto y quienes lo habían asesinado querían eliminar de raíz a nuestra familia, pero no podía permitirlo, tenía que seguir llevando la antorcha de la vida de mi hermano e intentar que algún día se hiciera justicia por su muerte.

Estudié nuestro entorno anhelando ver a Minh, pero no vi nada. Las plantas jóvenes de arroz se desplegaban como una alfombra verde; los bosquecillos y los pueblos lejanos salpicaban el horizonte; cerca manaba un arroyo.

Algo no iba bien. Los campesinos de mi región tenían merecida fama de ser muy trabajadores y llegaban siempre a los campos antes del amanecer. Sin embargo, aquella mañana, aunque el sol se encontraba ya en lo alto, los campos estaban vacíos. Tal vez la reforma agraria había hecho que la gente abandonara su trabajo.

La noche anterior habíamos huido corriendo para salvar la vida. Habíamos oído gritos y lamentos procedentes de los pueblos que dejábamos atrás. Las antorchas y las llamas que encendían el horizonte parecían la lengua de un demonio. Corrimos, tropezamos y volvimos a levantarnos hasta que las piernas no nos sostuvieron más y nos derrumbamos en aquel trozo de hierba.

Ahora el hambre me empujó hacia el sonido del agua. Me arrodillé, acerqué la cara a la corriente y bebí. Sentía que los pies me palpitaban de dolor. Me había ido tan súbitamente que no llevaba zapatos y se me habían clavado pinchos profundamente en la planta de los pies. Por suerte, todos los niños, excepto Sáng, tenían sandalias.

En la orilla del arroyo crecía un plátano silvestre, pero no tenía frutos. Busqué en vano batatas, mandioca u otros alimentos. Recordaba, de los tiempos de la gran hambruna, que la planta del plátano era comestible, así que pelé las capas externas y encontré el núcleo blanco: comida para mis hijos.

Algo se movió. Un cangrejo del barro de un tamaño aproximado a la mitad de mi mano trepaba por una roca en busca de sol. Silenciosa como un gato, avancé despacio, lo atrapé y lo partí en varios trozos.

Mientras Sáng mamaba con avidez, abrí la bolsa de tela que la señora Tú nos había dado. Un racimo de plátanos, tres *na* maduros y un puñado de caramelos de sésamo. Su perfume se expandía, igual que el amor que la señora Tú sentía por nosotros. Teníamos que sobrevivir para volver a estar con ella.

Sacudí a los niños. Thuận y Hạnh se dieron la vuelta. Ngọc y Đạt se sentaron, restregándose los ojos. Los llevé al arroyo.

—Lavaos y bebed primero.

De vuelta al trozo de hierba, les di el tallo del plátano.

—Pero eso es comida para cerdos —protestó Đạt.

—Si los cerdos pueden comerlo, nosotros también. —Sonreí y mordí el tallo jugoso y crujiente, que me sació la sed.

Ngọc dio un mordisco y asintió con la cabeza.

—Está delicioso.

Đạt negó con la cabeza, pero terminó cediendo y dando un bocado. La expresión de su cara se suavizó un poco mientras comía.

Cogí una pata de cangrejo y me la metí en la boca.

—Probadlo —dije a los niños, que se estremecieron de asco—. Vamos a tener que andar mucho.

—¿Adónde vamos, mamá? —preguntó Đạt.

—A Hanói. —Había pensado mucho sobre la cuestión. En la capital buscaría a mi maestro de la infancia, el señor Thịnh; seguro que él y su familia nos ayudarían. Quizá encontrara trabajo.

—Pero está muy lejos —objetó Ngọc.

—Sí, trescientos kilómetros. —Aplasté el cangrejo entre los dientes y mastiqué con fuerza, olvidándome de tragar.

—¿Cómo vamos a llegar hasta allí? —Đạt dejó de mascar.

—Seguiremos la carretera nacional.

—¿Pero cómo iremos exactamente? —Las cejas de Đạt se habían convertido en dos signos de interrogación.

—Andando. —Sería demasiado arriesgado intentar que nos llevara alguien y yo no tenía dinero. Todo había desaparecido, me lo había robado la multitud. Con desesperación, los había visto llevarse el cofre con el dinero. Parecían lobos peleándose por el botín.

—¿Andando? ¿Trescientos kilómetros? —gritaron los dos niños a coro.

—¿Encontraremos pronto a nuestro hermano Minh, mamá? ¿Y qué pasará si esa gente tan mala lo ha cogido? —D$t me miró con lágrimas en los ojos. Estaban muy unidos: dormían en la misma cama, subían a los mismos árboles, perseguían la misma pelota de

fútbol.

—Lo volveremos a ver, hijo. Es rápido. Nadie puede atraparlo.

Ngọc me dio un papel arrugado.

—Es una nota del señor Hải. La encontramos junto a la ventana abierta, envolviendo una piedra. Se la leí a la señora Tú.

Me temblaban los dedos.

¡Urgente! Diệu Lan, coja a los niños y márchese corriendo. Han matado a Công delante de mí. Minh se ha escapado. Dese prisa, no lo espere. Tienen un cupo de personas a las que hay que ejecutar. Por favor, váyanse. ¡Dese prisa!

Mis lágrimas cayeron sobre las palabras apresuradas y las emborronaron. ¿Qué habíamos hecho mal? ¿Por qué estaba amenazada por esa sentencia de muerte?

El sonido de unos gritos y tambores lejanos nos sorprendió. La reforma agraria estaba despertándose del sueño nocturno.

Thuận y Hạnh se incorporaron justo cuando estallaba otra ronda de tambores. Aferrándonos unos a otros, nos escabullimos.

A mediodía nos detuvimos bajo un árbol y nos dejamos caer bajo su sombra. Parecía seguro descansar ahí. Detrás de nosotros, junto a la orilla de otro río, había una hilera de gruesos arbustos.

Sáng me levantó la blusa, buscando leche. Ngọc compartió el resto de los trozos de tallo de plátano con Đạt. Thuận y Hạnh se pelearon por la fruta de *na* de mayor tamaño. Teníamos hambre, pero más de la mitad de la comida había desaparecido ya.

Expliqué a los niños que teníamos que huir lejos, que no podíamos ir a casa de nuestros familiares porque toda la gente de nuestro pueblo los conocía. Ngọc asintió, estudiando las manchas negras de la planta de mis pies. Con ayuda de un pincho largo, se las arregló para extraer las espinas que se me habían clavado.

—Nuestra hermana Ngọc será una buena doctora —exclamaron Hạnh y Thuận.

—Espera, mamá. —Đạt sacó el resto de la comida de la bolsa de

tela, luego la rompió en largas tiras y me envolvió los pies.

Ahora tenía zapatos hechos con amor.

Mirando a los niños me invadió no solo el deseo de sobrevivir, sino, incluso, de prosperar. Si esa mala gente quería que me rindiera, no podía estar más equivocada. Mientras fuera madre, nunca, nunca me rendiría.

Caminamos durante horas, empapados por la lluvia de una súbita tormenta, asados por un sol abrasador, hambrientos, cansados, acompañados por el lloriqueo de los pequeños, hasta que Đạt anunció:

—Mira, mamá.

Un hombre. Agachado junto al campo que bordeaba el camino, el rostro oculto bajo un *nón lá*, el cuerpo protegido por un *áo tơi*: un abrigo tejido con hojas secas de *tơi* y cuerdas de bambú.

Me detuve; los niños también se pararon.

—¿Deberíamos escondernos? —susurró Ngọc.

El campesino se incorporó y tiró un puñado de hierbas a la corriente. Cuando movió el brazo me di cuenta de que era una mujer.

Sus ojos se encontraron con los míos.

—Silencio, niños. Ya hablo yo. —Avancé penosamente—. Hola, hermana.

La mujer asintió con un gesto y se echó el sombrero hacia atrás.

—¿De dónde vienen? —preguntó, examinando nuestra ropa.

—Venimos… acabamos de visitar a nuestros parientes de allí. —Señalé en dirección a un pueblo a nuestra derecha.

—¿Thiện Sơn? Yo vivo allí, ¿a quién han ido a visitar?

—A mi tío, se está haciendo viejo y débil.

—¿Su tío es el señor Trương o el señor Thảo?

Qué tonta había sido al elegir el pueblo más cercano. La mujer iba a darse cuenta de que estábamos huyendo. Me quedé inmóvil mientras la campesina subía por el camino y avanzaba hacia nosotros.

—No son buenos tiempos para andar por ahí. —Se quitó el rígido abrigo y lo dejó en la hierba. Se quitó la sobrecamisa de

manga larga. Yo también llevaba una camisa como aquella para protegerme del sol cuando estaba en el campo.

—Su ropa y la de sus hijos… —prosiguió la mujer, negando con la cabeza— parece demasiado cara para que estén seguros —añadió, lanzando una mirada a su alrededor.

Bajé la vista hacia mi blusa verde. A pesar de las lágrimas y de las salpicaduras de barro, la seda brillaba. La mujer tenía razón, no parecía una pobre campesina.

—Póngase esto. Son tiempos muy difíciles. —La mujer me dio su sobrecamisa y me ayudó a ponérmela—. E intente que sus hijos parezcan pobres. —Metió las manos en el barro y las restregó en la ropa de los niños.

Thuận y Hạnh retrocedieron de un brinco, pero Đạt y Ngọc los calmaron.

—Vaya a una gran ciudad, encuentre donde esconderse —dijo la mujer en un susurro—. Que tengan mucha suerte.

—Hermana, ¿por dónde podemos ir a la carretera nacional?

Señaló hacia delante.

—Pero no se acerquen al pueblo, hay muchos perros peligrosos.

Ngọc y Đạt hicieron una pequeña reverencia para mostrar su agradecimiento a la mujer; esta les acarició la cara con ambas manos.

—Id con cuidado —dijo, apremiándolos con un suave empujón para que se alejaran. Se quedó mirándonos. Cuando habíamos recorrido un trecho, miré atrás y la vi parada en el mismo lugar; su *nón lá* parecía una flor blanca y brillante sobre el fondo verde.

—Mamá, tengo miedo. —Hạnh me agarró la mano mientras nos acurrucábamos en un pequeño prado. Sobre nuestra cabeza, las estrellas y la luna, en forma de cuña anaranjada, iluminaban el cielo. Pero la luz de los cielos quedaba demasiado lejos para iluminarnos a nosotros. La oscuridad nos envolvía bajo su manto.

—No tengas miedo, cariño, estoy aquí. —Besé las mejillas húmedas de Hạnh.

—Tengo hambre, mamá —dijo Thuận.

—Encontraremos algo para comer mañana. Intenta dormir un poco.

Llevábamos tres días huyendo. No nos quedaba comida. Había encontrado algunos cangrejos de barro y caracoles, pero no podía seguir dándoselos crudos a los niños. Đạt y Hạnh tenían diarrea. Ngọc tenía algún tipo de fiebre.

—¿Te duele la tripita? —pregunté, tocando a Đạt.

—Ya está mejor, mamá —dijo con una voz tan cansada como la de un anciano. Estaba encogido como una gamba; Sáng se acurrucaba entre nosotros. Mi bebé había llorado durante mucho tiempo antes de dormirse. No tenía ya leche suficiente para darle de mamar.

Sufría al pensar en el largo camino que nos aguardaba. Habíamos encontrado la carretera nacional y habíamos caminado por un sendero paralelo a ella, pero por culpa del hambre y el agotamiento íbamos cada vez más despacio.

—Mamá, tengo hambre. —De nuevo, la voz de Thuận se oyó en la oscuridad.

—Cállate, estoy intentando dormir —protestó Hạnh.

—Shhh. Voy a cantaros una nana…

—Canta la de la grulla, mamá.

—*À à ơi… con cò mà đi ăn đêm, đậu phải cành mềm lộn cổ xuống ao…*

'Oh ah, la grulla que busca comida por la noche se posa en una rama demasiado débil y se cae de cabeza en el estanque'… ¿También conoces esta canción? Ah, claro. Tu madre te la cantaba a ti.

Aquella noche seguí cantando en voz baja hasta que la respiración de los niños se hizo regular. Estaba todo tranquilo, quizá el Cielo podía oírme. Me llevé las manos al pecho y recé para que Minh estuviera a salvo, para que el alma de Công llegara al Cielo, para que la tía Tú no sufriera ningún daño, para que el señor Hải y su familia no corrieran ningún peligro. Recé por la mujer que habíamos encontrado en la carretera; su camisa me abrigaba, me daba calor y fuerza.

Me preguntaba si volvería a ver a Minh. En su mensaje, el señor Hải no decía adonde se dirigía ni cómo podríamos encontrarlo. Me habría gustado volver a nuestro pueblo a preguntar.

Ngọc seguía teniendo fiebre. Ardía como una brasa. Me abrí paso a tientas en dirección a la zanja que discurría entre el camino y los campos de arroz. Estaba llena de agua de lluvia, la cogí con la boca y se la di a Ngọc; luego fui echándole agua por encima para enfriarle el cuerpo.

Más tarde, los sollozos de Đạt me despertaron.

Le di un beso en la cara y sentí la sal de su pena.

—He soñado con nuestro hermano Minh, mamá, lo habían cogido.

—Vuestro hermano es rápido como un gato. Seguro que está bien, créeme.

—Lo echo de menos, mamá.

—Lo encontraremos, te lo prometo.

—Echo de menos al tío Công y a papá. —Las lágrimas de Đạt me quemaban el rostro—. ¿Por qué a nuestra familia le pasan tantas cosas malas?

—No lo sé, pero no solo sufrimos nosotros. *Trời có mắt*: 'el Cielo tiene ojos', cariño. El Cielo castigará a la gente que hace cosas malas.

—¿Estás segura de que estaremos a salvo en Hanói, mamá?

—Eso espero. —Acaricié el pelo de Đạt—. ¿Recuerdas cuando Minh y tú encontrasteis un nido de pájaros en el alero de casa? Los dos visteis cómo los polluelos rompían el huevo.

—Y les dimos insectos hasta que fueron lo bastante grandes para salir volando.

—Un día volveremos a casa, hijo. Volveremos y los pájaros de todo el mundo podrán venir y anidar con nosotros…

Después de que Đạt se volviera a dormir, me moví inquieta. La oscuridad se hacía cada vez más tenue, las sombras de los pueblos que se alzaban sobre el horizonte parecían mujeres doblegadas por

las cargas de la vida. Mi madre había tenido que soportar la suya y ahora me tocaba a mí la mía.

Cuando el cielo adquirió un brillo rosado, me lavé la cara en la acequia. El agua hizo que sintiera el estómago más vacío. Busqué un poco, pero no encontré nada para comer. En cuclillas, junto al arrozal, pasé las manos por las plantas de arroz con la esperanza de encontrar una flor, pero eran demasiado jóvenes.

Cuando era pequeña, una vez mi padre me llevó a los campos de arroz. Cogió un grueso tallo, lo peló y me dio una flor de arroz lechosa. Recordaba el fragante dulzor en la boca y lo mucho que me reí cuando me llevó a la espalda, galopando como un caballo, por la orilla del arrozal.

Miré la carretera nacional. En aquel camino habían decapitado a mi padre; las personas y los animales habían pisoteado su sangre; los vehículos, las tormentas y la lluvia la habían borrado. Mi padre me había dejado conducir el carro de los búfalos para decirme con ese gesto que las mujeres podíamos tener iniciativa y tomar decisiones. Él había creído en mí para que yo tuviera fe en que podía salvarme y salvar a mis hijos. Oí su voz instándome a continuar.

Me incliné y arranqué de raíz un par de plantas de arroz. Quité las raíces y las hojas y me metí los finos tallos en la boca. No eran tan malos como pensaba. Me puse a trabajar frenéticamente.

Luego desperté a los niños y les di los tallos. Ngọc no quiso comer. La fiebre era todavía más alta, tenía los ojos hinchados y el rostro congestionado.

—Necesitamos ayuda. —Miré hacia el pueblo más cercano. No podíamos seguir huyendo de los seres humanos.

—¿No es peligroso? —Đạt miró la arboleda donde los gritos y los tambores se alzaban bajo los primeros rayos de sol.

—Necesitamos comida y agua potable, hijo.

—Habrá gente enfadada —dijo Ngọc con labios temblorosos.

—Te atarán otra vez —añadió Hạnh.

—Nos gritarán —señaló Thuận, torciendo el gesto.

—Iremos con cuidado. —Examiné la ropa que llevábamos; la habíamos roto y ahora parecían harapos. Bajo la sobrecamisa, de

todos modos, la blusa de seda seguía intacta. Necesitaba quedarme con el regalo de mi hermano, mi último recuerdo.

—Tengo una idea —anunció Đạt—. ¿Y si esperáis aquí? Iré yo solo, es más seguro. Puedo…

—¡No! No quiero perder de vista a otro hijo.

—Iré con cuidado, mamá.

Negué con la cabeza.

—Nos quedamos todos juntos, formamos un equipo.

Nos dirigimos al pueblo como un grupo de animales apaleados. Las piernas me flaquearon al oír gritos y tambores cada vez más fuertes.

—Mamá, tengo miedo —dijo Ngọc agarrándose de mi brazo.

Tomamos un sendero. Densos bosquecillos de bambúes se alzaban sobre nosotros, sus hojas crepitaban movidas por el viento. Un par de torres de ladrillo cubiertas de musgo verde enmarcaban la puerta del pueblo.

Vi la primera casa. Tenía las paredes y el techo cubiertos de paja de arroz. Me llevé el dedo a los labios. Los niños guardaban silencio. Afortunadamente, Sáng dormía, sujeto a mi espalda. Nos acercamos de puntillas a la valla de la casa. Detrás había un papayo cargado de frutos verdes y dorados.

La boca se me hizo agua preparándose para dar la bienvenida a un trozo de papaya dulce y tierna. Me vi saltando la valla y corriendo por el jardín.

En eso, oímos unos fuertes ladridos. Un perro salió corriendo de la casa. En un instante saltó y se lanzó a mi cara. La valla se sacudió y retrocedimos de un brinco.

—¡Perro malo, perro malo! —se oyó un grito de una casa vecina. Una anciana salió, agitando la escoba hacia el perro. El tiempo había grabado en su rostro profundas arrugas y le había blanqueado el pelo hasta dejarlo de plata. Parecía amable, seguro que lo era.

Con los niños, me acerqué a ella.

—Gracias, tía. —Sonreí—. ¿Nos podría dar algunas sobras de

arroz? Mis hijos están enfermos. Por favor, tía…

Nos miró de arriba abajo e hizo una mueca.

—Los mendigos traen mala suerte. Ni siquiera he empezado con las tareas del día, fuera de aquí. —La mujer se apresuró a entrar en su casa.

En lugar de sentirme mal, me eché a reír.

—Buena señal, ¿verdad? Está claro que no nos reconocen.

—¡Abajo los malvados terratenientes! —Los gritos, que resonaban cercanos, me hicieron cerrar la boca.

—¿Va al mercado, mamá? —dijo Hạnh, señalando a la mujer que acababa de aparecer por el sendero que se cruzaba con el nuestro, caminando rápidamente con una caña de bambú sobre el hombro. De cada extremo colgaba una cesta llena de verduras.

—Mercado. Mucha comida. Mercado —susurró Đạt—. Sigámosla.

Pasamos junto a huertos exuberantes, pero no nos atrevimos a acercarnos a ninguno. Sin que se lo dijera, los niños agacharon la cabeza para esconder la cara.

La mujer desapareció por otro callejón. La alcanzamos y nos encontramos en una zona abierta, llena de ruido y colores. El mercado matutino del pueblo.

Había hileras de vendedores sentados tras cestos llenos de todo tipo de comida cruda: verdura, arroz, judías, pescado y carne. El aire ya no olía a miedo, sino a felicidad y emoción.

Đạt me tiró del brazo y miré a la izquierda. De una enorme olla situada sobre una cocina de carbón ascendían volutas de humo. Tras la olla había una mujer ocupada removiendo el contenido. Me llegó un apetitoso aroma a *phở*.

—Sopa de fideos y carne de vaca, sopa de fideos y carne de vaca recién hecha —canturreaba la mujer.

Nos acercamos más. Los niños se relamieron los labios y miraron fijamente los tazones situados sobre las mesas de una zona abierta donde hombres, mujeres y niños sentados, con el rostro envuelto en cortinas de vapor, sorbían de manera irresistible.

—¡Mendigos! —gritó de repente la vendedora—. ¡Fuera de

aquí! —añadió, agitando los palillos—. Es demasiado temprano, no me traigáis mala suerte.

Hice que los niños se apartaran.

—Mendigos perezosos, a ver si trabajáis un poco para ganaros la vida. ¡A trabajar como nosotros!

Nos fuimos de allí.

Pasamos junto a un montón de basura del que se levantó una nube de moscas. Buscamos algo comestible, pero el hedor me decía que cualquier cosa que encontráramos sería fuente de enfermedad. Pero los niños encontraron algo útil: un *nón lá* roñoso que me puse en la cabeza para ocultar la cara.

Llegamos a la entrada del mercado, un lugar donde pasaba mucha gente. Necesitábamos comida.

Solo nos quedaba una cosa por hacer.

Pedí a los niños que se arrodillaran.

Pusieron reparos, pero yo me arrodillé y extendí las palmas.

—Señor, señora, por favor, tengan piedad de nosotros, tenemos hambre —dije, asustándome de mi propia voz.

Sáng se despertó. Su llanto me taladraba los oídos.

Los niños se agacharon a mi lado.

—Señor, señora, por favor, tengan piedad de nosotros, tenemos hambre —repitieron mis palabras.

Me levanté la blusa. No tenía más leche. Sáng siguió protestando.

A nuestro alrededor, la gente hablaba, reía, regateaba, discutía. Me llegaba el olor a sopa, contemplaba los pies que pasaban por delante de nosotros. Pensé en las felices comidas que nuestra familia había compartido, en los platos colmados de alimentos, los campos llenos de arroz y mandioca.

—Señor, señora, por favor, ayúdennos. Tenemos hambre —dijeron los niños con la voz temblorosa. Pero parecíamos invisibles. Nadie se detuvo. Nadie.

Estuvimos allí mucho rato mendigando. Sáng estaba agotado y solo

sollozaba de vez en cuando.

Al final, alguien se paró. Unas monedas tintinearon felizmente al caer en la palma de Hạnh.

—Ten —dijo una voz de mujer.

—Gracias, abuela —gritaron los niños, emocionados.

Me di la vuelta y vi a una señora esbelta, de cabello largo y negro, rostro sonriente. La seguí con los ojos cuando caminó hacia un puesto de verduras y sostuvo un puñado de espinacas de agua. Tenía el mismo aire elegante que mi madre.

—Señor y señora, miren en su corazón, apiádense de nosotros. —Los niños parecían tener nueva energía, hablaban con más decisión, las palmas cortaban el flujo de gente que pasaba a nuestro lado.

A medida que me desesperaba, la voz de Thuận se hizo más aguda. Un hombre se había inclinado y le había dejado unas monedas en la mano. Nuestras palabras de agradecimiento lo siguieron hasta que desapareció en el mercado.

El sonido de un látigo restalló en el aire. Me levanté de un brinco y atraje hacia mí a mis hijos.

Un hombre, con un bastón de bambú en la mano y el rostro congestionado de rabia, gritó:

—No se permite la entrada a los mendigos en este pueblo. Fuera de aquí.

—Disculpe, señor, no lo sabíamos. —Me incliné hacia delante, ocultándome bajo el sombrero. Los niños agarraron el extremo de mi camisa. Nos fuimos corriendo.

—No quiero volver a veros por aquí, ¿me oís? No os atreváis a volver. —Su voz furiosa nos persiguió. Llegamos a un gran árbol, a escasa distancia del puesto de *phở*. La sombra fresca me tranquilizó.

Ngọc se apoyó en el tronco mientras los niños contaban las monedas.

—Doce céntimos, mamá. —Đạt mostró una amplia sonrisa.

Le di a Sáng para que lo sostuviera y cogí las monedas.

El puesto de *phở* estaba lleno de clientes. La vendedora se afanaba sirviendo los fideos en los tazones y cubriéndolos de trozos

de carne, echando cebolla y cilantro. Gritó a un chico que intentaba abrirse camino entre las mesas con tazones humeantes en la mano.

—Señora, ¿cuánto cuesta cada uno? —pregunté a la mujer, que empezaba a servir sopa hirviendo en un tazón.

—Cinco céntimos. —Me miró. Una profunda arruga se le marcaba entre las cejas.

—Por favor, deme uno —dudé. Las monedas se me humedecían en la mano—. No, dos.

—Primero enséñame el dinero.

Al ver las monedas, suavizó la mirada.

—Podéis sentaros.

Los niños dieron brincos de alegría cuando les dije que llegaba algo para comer.

Nos sentamos a una mesa, hambrientos. Tras vaciar una gran jarra de agua, pedimos más. El chico que servía las mesas era muy lento y las quejas de la vendedora solo conseguían que se pusiera nervioso y se equivocara al servir a los clientes.

Me puse de pie. Đạt empujó la silla y vino conmigo.

—Aquí está el dinero de dos tazones. —Dejé un montón de monedas junto a la vendedora—: Por favor, ¿puede darme ya la sopa? Mis niños están muertos de hambre.

—¿El hambre se ha comido tu paciencia? —Su mirada se detuvo en Đạt—. Ah, tienes un hijo fuerte. ¿Por qué mendiga si puede trabajar?

—¿Trabajar dónde, señora? —El rosto de Đạt se iluminó.

—Necesito otro ayudante. Ese caracol no me sirve para nada —refunfuñó, señalando con la barbilla a su empleado.

—¿Puedo trabajar para usted? —me apresuré a decir—. Puedo ayudarle a cocinar…

—¿Te crees que soy tonta? ¿Cuántos hijos tienes? ¿Cinco? Lárgate. —Nos tendió dos tazones humeantes.

Los niños se echaron sobre la comida. Di a Sáng de mamar. Este batió palmas y abrió la boca como un pajarito. No recuerdo haber comido nada tan delicioso en toda mi vida.

—Mamá, ¿puedo trabajar aquí? —preguntó Đạt, levantando la

vista de la cuchara.

—No, nos vamos a Hanói, es nuestro destino, ¿no te acuerdas?

—Mamá. —Ngọc me rogó con los ojos—. Es horrible andar tanto. Pensaba que me iba a morir. Quedémonos aquí. Busquemos un trabajo.

—¿No oyes los tambores? —pregunté, bajando la voz—. No es un sitio seguro.

—Nadie nos conoce —replicó Đạt, reprimiendo la risa—. Todos piensan que somos unos pobres mendigos.

—No tengas miedo, mamá —dijo Ngọc.

—No, es peligroso…

—Tengo que hacer pis. —Đạt se levantó y se dirigió al montón de basura. Pero a mitad de camino se dio la vuelta y se encaminó a toda prisa hacia la vendedora de *phở*.

—Đạt, no… —Me puse de pie.

—Deja que vaya. —Ngọc hizo que me sentara.

Đạt se puso a hablar con la vendedora. Esta le dijo algo y movió el brazo señalando el cobertizo con tejado de chapa que tenía a la espalda. Đạt desapareció en la boca oscura y volvió a salir convertido en otro: estaba peinado y llevaba una camisa limpia. Los niños se rieron al ver que cogía los tazones humeantes y los llevaba a los clientes.

—Mirad a nuestro hermano Đạt, qué rápido es —dijo Ngọc.

—Los clientes le sonríen —susurró Hạnh.

Puedes creerme, Guayaba, tu tío Đạt era un niño encantador.

Thuận cogió mi tazón y sorbió las últimas gotas de sopa. Chasqueó los labios con tanta fuerza que todo el mundo se rio.

Volvimos a la sombra del árbol con la esperanza de no tener problemas, aunque el hombre de la caña de bambú rondaba por el mercado y había echado a otros mendigos no solo verbalmente, sino azotándolos con la caña.

Con Sáng en brazos, me apoyé en el árbol y las piernas hicieron de almohada a los niños, que se acostaron en el suelo. Miré el tronco del árbol, los cientos de raíces colgantes, y vi que era un ficus religiosa, el árbol de Bodhi bajo el cual Buda meditó hasta alcanzar

la iluminación. Una ráfaga de brisa fresca me acarició la cara y sentí en ella su bendición.

Tenía los párpados pesados como si fueran de plomo. Quería mantenerme despierta para cuidar de los niños, pero el sueño me arrastró.

Me despertó un olor delicioso. Đạt se había agachado a mi lado con un tazón en la mano. Mientras sus hermanos compartían la sopa, me dijo que había conseguido el trabajo.

—¿Cuánto te va a pagar, hijo? —pregunté.

—Diez céntimos al día.

—Eso solo nos dará para dos tazones de *phở*. ¡Es una explotación!

—Pero podremos comer. —Đạt quitó trozos de hojas del pelo de Thuận y de Hạnh—. Mamá, necesitamos descansar un poco. Deja que lo intente. Ya veremos cómo van las cosas dentro de un par de días.

Los niños me miraron con ojos suplicantes. Mi cuerpo dolorido también me lo imploraba. Asentí.

—Pero tengo malas noticias —dijo Đạt—. Aunque lo he intentado, solo quiere contratarme a mí. Y me dejará dormir en el puesto, pero solo a mí.

—¿Y nosotros? —Ngọc me miró. Se encogió de hombros—. Bueno, por aquí hay bastante vegetación.

—¡Đạt! ¿Vienes o qué? —Se oyó gritar una voz furiosa. La vendedora de *phở* vino al árbol donde nos encontrábamos y nos miró con los brazos en jarras. Tenía los labios rojos por el jugo de la mezcla de betel que estaba mascando.

—Señora —dije, poniéndome de pie—. Por favor, puedo ser de más ayuda que mi hijo. Y los niños pueden cuidar de sí mismos…

—Qué mujer tan tonta —rezongó la mujer. Puso los ojos en blanco y escupió saliva roja al suelo—. ¿No has oído hablar de la reforma agraria? ¿Me tomas por imbécil? —Se acercó a mí, su aliento tenía un fuerte olor—. No soy tan tonta como para contratar a un adulto. Me ejecutarían por ser rica, explotadora y miembro de la burguesía. —Contuvo una carcajada—. Y no estoy contratando a

tu hijo, es el hijo de mi hermano, que vive lejos, y me está echando una mano. Vámonos —dijo, tirando de Đạt—. Y recoge ese tazón. Hay muchos platos que lavar. —Se volvió hacia mí—. Coge a tus niños y lárgate, no podéis estar merodeando por aquí. Tendréis líos —añadió, mirando alejarse al hombre de la caña de bambú.

—Mamá —susurró Đạt, inclinándose hacia mí—. ¿Dónde quedamos esta noche? Os traeré agua y comida.

—Fuera de las puertas del pueblo, junto al bosquecillo de bambúes —dije, con los ojos llenos de lágrimas—. Y ten cuidado, que nadie te reconozca, hijo.

—Me pondré hollín —contestó Đạt con una sonrisa, señalando el cuenco de *phở*—. Me sentará bien un bigote negro, ¿no crees? —añadió con un guiño y se alejó a toda prisa.

La noche era cálida y densa, estaba repleta de insectos que no paraban de zumbar. Sáng durmió como un ángel en mis brazos. Gracias a la sopa de *phở* volvía a tener un poco de leche. Ngọc ahuyentaba los mosquitos con mi sombrero. Acababa de despertarse de un profundo sueño y la fiebre le había bajado.

Un punto titilante apareció al final del camino. Poco a poco, el punto se convirtió en una llama que flotaba en el aire.

—Es él, nuestro hermano Đạt.

—Silencio, podría ser cualquiera.

—Es él, lo sé —oímos que la voz de Timan se alejaba.

—Thuận, vuelve —siseé.

—Aquí, Đạt, aquí —dijo Thuận con voz alegre.

La llama osciló y desapareció. Volvimos a hundirnos en la oscuridad. Oí mis latidos, luego los pasos en las hojas secas y la risa de Thuận.

—Sabía que eras tú, hermano Đạt.

Abracé a Đạt. Mi hijo querido. Le besé el pelo. Olía como nuestra casa.

—Hermano Đạt, hermano Đạt —corearon Ngọc y Hạnh, batiendo palmas.

—Shhh —susurró Đạt—. ¿Tenéis hambre, chicos? He traído algo.

—¿Dónde está, dónde está?

A tientas, se acuclilló. Đạt depositó un paquete en mis manos. Sentí el tacto liso de las hojas de plátano tiernas y aspiré la fragancia de los boniatos y la mandioca recién hervidos.

Repartí la comida entre los niños.

—Agua, mamá. —Đạt me dio una botella. Me tocó la cara—. No llores, no es malo este trabajo. Mucho mejor que trabajar en un arrozal.

—¿Cómo te trata esa mujer?

—No está mal, mamá.

—Cuánto me alegro de verte, Đạt —dijo Hạnh.

—No, yo lo echo de menos más que tú —protestó Thuận.

—Shhh, silencio —contestó Đạt, riendo.

Oh, Guayaba, aquella fue una noche especial. Era demasiado oscura para que nos viéramos la cara. Los mosquitos nos acribillaban. A lo lejos se oían los tambores y los gritos que coreaban consignas brutales, pero tenía la sensación de que el susurrante bosquecillo de bambúes había construido una fortaleza a nuestro alrededor.

Cuando llegó la hora de que Đạt se marchara, nos prometió que volvería a la noche siguiente. Lo acompañé hasta el puesto de sopa. Después de que se despidiera con un abrazo, me quedé escondida en la penumbra diciéndome que tenía que quererlo todavía más.

Cuando volví, los niños estaban profundamente dormidos. Me eché y dejé que el susurro de los bambúes me llevara consigo.

Me despertó la voz de varias personas hablando. Estaba clareando. El rocío de la mañana me había empapado la ropa y había mojado las hojas caídas sobre las que dormíamos.

A través de las grandes cañas de los bambúes vi a tres hombres en el camino. Me daban la espalda y estaban junto a un carro tirado por un buey. Sonido de cremalleras. Ruido de agua contra el suelo.

—¿Y dónde pueden estar esa zorra y su hijo? —dijo un hombre, escupiendo sus palabras.

La voz del hombre me aterrorizó. Lo conocía. Me aplasté contra el suelo con los ojos clavados en Sáng. ¿Qué iba a hacer si se echaba a llorar?

—Maldita sea. No tardará en reunirse el tribunal y quedaremos como idiotas —dijo otra voz.

—No pueden estar lejos. Peinaremos todos los pueblos hasta que los encontremos —dijo el primer hombre.

—No puede andar muy lejos esa zorra. No puede correr mucho con tantos niños a cuestas.

Contuve el aliento mientras los hombres volvían al carro. En cuanto desaparecieron tras la puerta musgosa del pueblo, sacudí a Ngọc, Thuận y Hạnh para despertarlos.

—Tenemos que marcharnos. Están aquí esas malas personas que me buscan.

—¿Y qué pasa con Đạt? —Thuận se frotó los ojos cansados.

—Quedaremos con él en el siguiente pueblo. ¡Deprisa! —Sentí el sabor amargo de la mentira en la boca, pero Đạt era listo, era capaz de ganarse el sustento y allí estaría a salvo.

Cargué con Sáng a la espalda y nos escabullimos. Si dejaba que aquella gente me cogiera, sin duda me enfrentaría a la pena de muerte.

Me dolía el corazón a cada paso que me alejaba de Đạt. ¿Qué clase de madre era yo, que abandonaba a un hijo en manos de una desconocida? Sin embargo, era mejor que se quedara ahí y esperara mi vuelta. Sabía disfrazarse, tenía techo y comida y, además, había adoptado una nueva identidad como sobrino de la vendedora de sopa. Pero me asustaba el momento en que Đạt regresara al bosquecillo de bambúes para buscarnos y no encontrara a nadie. Sentiría una desesperación inimaginable.

Han pasado ya muchos años desde el día en que dejé a Đạt, pero todavía doy vueltas a mi decisión y a todas las que tomé a continuación. Hemos hablado de ello muchas veces, pero sigo sintiéndome tan culpable que no puedo considerarme una buena

madre. Por eso me esfuerzo tanto todos los días, Guayaba. De todos modos, ser madre nunca es fácil: te equivocas, aprendes y te vuelves a equivocar.

Tu madre se echó a gritar cuando se dio cuenta de que no íbamos a encontrarnos con Đạt en el siguiente pueblo. Me pidió que volviéramos a buscarlo, pero no podía regresar, era demasiado peligroso.

Al ver cómo Ngọc arrastraba los pies detrás de mí y oír sus sollozos, temí que nunca me perdonara.

Los siguientes días sobrevivimos gracias a Đạt. El ñame y las batatas, el agua y una caja de cerillas nos salvaron la vida. Pudimos encender un pequeño fuego y asar algún caracol o algún cangrejo.

Llevábamos ya mucho camino recorrido hacia Hanói cuando Hạnh se envenenó con algo que comió. Vomitaba con violencia, tenía diarrea. Estaba muy deshidratada y se caía como una hoja seca. No me atrevía a darle el agua que encontraba, sabía que se pondría peor.

—Espera aquí con Thuận y con Sáng —le dije a Ngọc—. Si entramos en grupo, correremos peligro.

Nos habíamos detenido cerca de un pueblo, a la sombra de unos arbustos, ante un arroyo de aguas rápidas y unos arrozales verde esmeralda.

—¿Adónde vas a llevarla? —Ngọc abrazó a Hạnh con más fuerza todavía.

—Necesita medicinas.

Caminé con Hạnh a la espalda, con los pies rígidos de terror a medida que me acercaba al pueblo. Evité la entrada principal y me metí por un callejón. Vi una casa aislada y me acerqué a la puerta. Vi de inmediato a una mujer de mi edad. Estaba lavando unas verduras en el estanque de su casa. Unas flores amarillas de *muop* se abrían como si fueran mariposas sobre su cabeza.

—Hermana, por favor, ayúdenos —dije en voz baja.

La mujer alzó la vista y soltó una exclamación al ver a Hạnh

desmayada sobre mis hombros. Abrió la verja del jardín, cogió a Hạnh en brazos y me regañó por no haber buscado ayuda antes. En el frescor de su casa, puso a Hạnh en una cama de bambú.

Hạnh abrió la boca para tragar agua, pero no abrió los ojos.

Con paños húmedos, hicimos que le bajara la fiebre. La mujer rechinaba los dientes, como si fuera ella la enferma. Acarició la frente de Hạnh.

—¿Dónde te duele, cariño?

Hạnh se llevó las manos a la barriga, abrió los ojos y sonrió débilmente.

—Mi hija se ha envenenado con algo que ha comido, hermana.

—Jengibre. Una infusión de jengibre —dijo la mujer y salió corriendo.

—Hoy hemos tenido suerte y pronto estarás bien. —Besé a Hạnh en la frente. La mujer bien podría habernos echado, vestidas con harapos y despeinadas, con nuestra mirada hambrienta y un cuerpo que olía a pescado podrido.

Le di a Hạnh más agua.

—Duerme, nena. —Una nana me caldeó los labios.

En la pared de la habitación vi una foto descolorida de la boda de la mujer y su marido; a su lado había una fotografía más reciente de ambos. Gracias a diversos títulos, me enteré de que la mujer se llamaba Thảo, de que era profesora de una escuela infantil y de que su marido era funcionario del gobierno.

La señora Thảo regresó con un puñado de jengibre fresco. La seguí hasta una cocina acogedora. Había cazos y cazuelas ennegrecidas por el hollín colgadas de la pared de adobe, sobre una pila de paja de arroz y una cocina de barro seco. Todo indicaba que la propietaria era pulcra y sabía cuidar de la casa.

Pelamos y cortamos el jengibre en rodajas. La señora Thảo encendió la cocina, alimentó el fuego con paja de arroz y puso agua a hervir en un cazo en el que echó unas sobras de arroz.

—Gachas, eso es lo que Hạnh necesita —dijo, negando con la

cabeza—. Los mendigos solo os preocupáis por el dinero.

Encendió otro fuego para que se tostara el jengibre.

—Algunas madres no se dan cuenta de la suerte que tienen. —Los ojos de la señora Thảo estaban fijos en ambos fuegos—. Durante años he ido de pagoda en pagoda y de templo en templo, incluso a la pagoda del Perfume que está cerca de Hanói… y sigo esperando mi bendición.

Los pensamientos se arremolinaron en mi mente. Sabía que no podía llegar a Hanói con cuatro hijos. La señora Thảo parecía buena, ¿pero cómo iba a dejar a otro de mis hijos con un desconocido?

El jengibre saltaba sobre la sartén y su intenso aroma me hacía llorar.

—Hermana —murmuré—. He dejado nuestra bolsa con ropa en el mercado. Nadie la está vigilando, tenía tanta prisa…

—Ve a buscarla.

Me pareció horrible mentir a una mujer tan amable, pero ¿cómo iba a decirle la verdad? Al fin y al cabo, su marido era funcionario.

—Hermana, por favor, cuida a mi hija mientras estoy fuera.

—No seas tonta, mujer —dijo la señora Thảo—. No dejaré que Hạnh se mueva hasta que haya tomado la infusión y se haya comido las gachas.

En la habitación, Hạnh dormía. Era mi ángel de ocho años. Intenté grabar sus rasgos en mi memoria: su bello rostro ovalado, sus largas pestañas, sus mejillas sonrojadas. Aspiré su aliento.

—Adiós, mi amor. Volveré a buscarte.

El portón del jardín se cerró a mi espalda con estrépito. Oculta detrás de unos arbustos, me fijé bien en la casa para poder recordarla. Tenía que volver a buscar a mi hija. No sabía cuándo, eso era lo peor.

—Oh, Guayaba, tu madre lloraba cuando volví. Había conseguido poner a Sáng y a Thuận a dormir a la sombra.

—Así que eso es lo que estás haciendo: nos estás abandonando, uno a uno —dijo con un siseo.

La verdad que contenía su afirmación me hirió como un cuchillo

afilado.

—Vendré a buscar a Đạt y a Hạnh cuando sea más seguro. Sabes muy bien lo enferma que está Hạnh. Necesita ayuda. No podría aguantar el viaje a Hanói.

—¿Y dónde la has abandonado?

—¿Abandonado? —Me estremecí—. Está en buenas manos, Ngọc. En casa de una maestra sin hijos…

—¿Y cuándo le has dicho que volverás?

No pude contestar a esa pregunta.

—Nos estás abandonando, nos dejas con desconocidos. —Ngọc inclinó la cabeza, le temblaban los hombros. Cuando levantó la vista, tenía los ojos llenos de rabia—. Nunca te perdonaré, mamá. No te perdonaré nunca, nunca por lo que nos estás haciendo.

Durante varios días y varias noches, Ngọc no me dirigió la palabra. Ahora solo éramos cuatro, pero las cosas no eran más fáciles. Se habían acabado las cerillas y ya no podía encender fuego. El hambre y el agotamiento nos acompañaban constantemente.

Una noche dejé a los niños durmiendo y me acerqué a un pueblo. La luna llena había salido y me iluminaba el camino. Ella fue testigo de mi robo. Encontré unas matas de cacahuetes y me apresuré a arrancarlas.

Desperté a los niños y huimos al primer canto del gallo. El sol estaba ya alto cuando quise parar. Thuận y Ngọc se quedaron estupefactos cuando saqué cacahuetes de los bolsillos.

—¿De dónde los has sacado? —preguntó Ngọc. Su voz me pareció música.

—Los he robado esta noche —contesté con una sonrisa.

Se dio la vuelta, cascó los cacahuetes y se los dio a Thuận.

—Mamá, ¿dónde están nuestro hermano Đạt y nuestra hermana Hạnh? —preguntó Thuận.

—Pronto los veremos. Están con amigos míos.

—¡Quiero ir con ellos! —gritó Thuận.

—Shhh. Los veremos pronto —le dije, dándole un empujón.

Me estaba convirtiendo en una mala madre y en una buena mentirosa, Guayaba. Veía la mirada feroz de tu madre. La acepté,

merecía que me echara la culpa por lo que les estaba haciendo a mis hijos. Pero tenía que salvarlos.

Nos detuvimos para pasar la noche. Ngọc se comió los cacahuetes en silencio, sentada a cierta distancia de nosotros. No podía seguir rogándole que me perdonara. Sabía que no cambiaría de opinión.

En otro pueblo robé un poco de mandioca, pero como no teníamos fuego tuvimos que comérnosla cruda y nos sentó mal.

A partir de aquel momento, intentamos sobrevivir a base de agua y pequeños frutos silvestres que encontrábamos por el camino. Comimos plantas tiernas de arroz y hierbas. Podíamos llegar juntos a Hanói, me decía. Estaba totalmente decidida.

Todo cambió cuando Thuận se puso enfermo.

Esta vez no fue diarrea, sino otra cosa. Una capa de puntos rojos lo cubrió de pies a cabeza.

—Mamá, me mareo —dijo—. Hermana Ngọc, ayúdame. Me duelen las piernas.

Intenté aliviarle la fiebre con agua, pero no sirvió de nada.

Recuerdo que me senté en mitad de ninguna parte con Thuận en los brazos. Temblaba, el cuerpo le ardía.

Cuando le pedí a tu madre que cuidara de Sáng y que esperara a que volviera, no protestó. En lugar de ello, se acercó, abrazó a Thuận muy fuerte y le dijo que lo quería. Me dejó marchar.

Thuận era ligero como una pluma y lo llevé en brazos hasta el pueblo más cercano. ¿Encontraría algún curandero? ¿Me ayudaría a cambio de los dos céntimos que todavía me quedaban?

El pueblo no tenía árboles ni arbustos. No había donde esconderse. Entré por un sendero y me encontré con una escena caótica, gritos y tambores. La gente corría. Allí la reforma agraria parecía estar en pleno proceso.

Escondí la cara bajo el ajado *non la* y entré en el pueblo. El corazón me latió con fuerza cuando divisé la multitud que se acercaba. Vi que llevaban palos en las manos y me agaché junto al camino. Dejé a Thuận apoyado en mi costado y extendí las palmas.

—Señor, señora, tengan piedad de nosotros. Tenemos hambre.

Por debajo del filo del sombrero vi a una mujer con la frente abombada y dientes de conejo. ¡La carnicera! No podía creerme que siguiera buscándome. Más tarde me enteré de que nuestro pueblo había sido elegido modelo para la aplicación de la reforma agraria. Unos funcionarios importantes iban a desplazarse allí desde Hanói para supervisar el juicio. Las autoridades locales iban a tener problemas si no nos encontraban a Minh y a mí, así que habían enviado a varios grupos a buscarnos.

La carnicera caminaba con hombres y mujeres furiosos, examinando la cara de las personas con las que se cruzaban. No esperaba que yo —una rica terrateniente que antes se sentaba al fresco para comer en un tazón dorado— se hubiera convertido en una miserable mendiga y, en lugar de estar ahí con sus seis hijos sanos, se agachara con un único niño muy enfermo.

En cuanto pasó el grupo, me puse de pie. Tomé un callejón para evitar a la gente y encontré a una anciana. Estaba tan jorobada que la parte superior de su cuerpo era paralela al suelo. Avanzaba con ayuda de un bastón de bambú.

—Abuela —dije—. Por favor, mi hijo está enfermo, ¿sabe usted dónde puedo encontrar un curandero?

La anciana volvió la cabeza para mirarme.

—¿Qué le pasa al niño? —preguntó.

—No lo sé, abuela. Tiene fiebre y una erupción.

Bajé a Thuận. La anciana le puso una mano arrugada en la frente durante unos instantes.

—Está muy enfermo —dijo, torciendo el gesto—. Pero me temo que en este pueblo ya no hay curandero. Fue condenado por terrateniente y lo ejecutaron de un tiro en la cabeza. Pobre hombre, era una buena persona —suspiró y miró hacia la carretera. El bastón repiqueteaba a su paso.

Había advertido cierta cordialidad en su voz, así que la seguí. Se detuvo de nuevo y me miró.

—Ve al final de este callejón, gira a la izquierda y luego a la derecha. La pagoda del pueblo está detrás del árbol de Bodhi… Allí hay una monja que es buena persona.

Le di las gracias y me fui a toda prisa.

La pagoda parecía también un anciano jorobado. El tejado estaba cubierto de musgo y quedaba medio escondida detrás de los cientos de raíces que colgaban del ficus religiosa. Al acercarme, me envolvió el fragante aroma del humo de incienso.

Me recibió la charla de unos niños. Algunos estaban sentados en el suelo, jugando con guijarros y palitos; otros comían guayabas verdes; otros jugaban con una pelota de plumas.

A través de la puerta abierta vi a una monja arrodillada delante de un gran buda. Sus murmullos y los sonidos rítmicos de la campana de madera llenaban el aire de calma. Miré los lóbulos de las orejas del buda, tan largos que le llegaban a los hombros. Mi madre me había contado que con esas orejas Buda oía nuestros gritos de dolor. Quizá oyera los míos. Me arrodillé delante de él con Thuận en los brazos.

Los niños habían abandonado sus juegos y se habían congregado detrás de mí, susurrando. Dentro de la pagoda, la monja se incorporó para golpear una campana de metal. Hizo una reverencia ante el buda y tocó el suelo con la frente.

—Hiền, alguien te busca —dijo un niño tan pronto como esta se puso de pie.

La monja se abrió paso hasta nosotros.

—*Nam Mô A Di Đà Phật*. —En lugar de un saludo, pronunció una oración budista.

—*Nam Mô A Di Đà Phật* —respondí mientras ella examinaba mi cara y la de Thuận.

Se volvió hacia los niños.

—Seguid jugando, niños —y, dirigiéndose a mí, añadió—: Venga, venga usted conmigo. —Me cogió del brazo y apresuró el paso hacia el costado del edificio. Pasamos junto a un huerto lleno de flores y verduras y me llevó a una habitación. Cerró la puerta y señaló una cama. Acosté a Thuận, que se retorcía de dolor.

Hiền escuchó lo que tenía que decir sobre cómo Thuận se había puesto enfermo. Lo examinó.

—Es dengue. Es peligroso si el enfermo no bebe lo suficiente.

Le sentará bien un buen descanso y buenos alimentos.

Recordé la epidemia de dengue de mi pueblo, ocurrida muchos años antes. Habían muerto algunos niños. Pero no conocía la enfermedad, siempre habíamos tenido cuidado con los mosquitos.

—Le traeré algo para beber. —La monja se puso de pie y cerró la puerta a su espalda.

Le di un masaje a Thuận en las piernas y los brazos, calmándolo con la voz.

Hiền volvió, pero no llegó sola, sino acompañada de un niño. Señaló el tazón de líquido marrón que este sostenía.

—Caldo de granos de arroz tostado —dijo—. Hemos añadido algo de sal. Loe dará de comer a su hijo.

Mientras yo murmuraba palabras de agradecimiento, Hiền me llevó a la esquina más oscura de la habitación.

—Usted es Diệu Lan, ¿verdad?

El corazón me dio un vuelco.

—Ha venido gente a buscarla. Dicen que explotaba a los campesinos y tiene que pagar con su sangre.

—Señora… ¿cómo sabe que soy yo? —se me escapó.

—¡Ja! —La monja parpadeó—. No es difícil: acento de la región central. Pelo largo. Dientes blancos. Huye con niños.

Luego añadió algo que me dio todavía más miedo.

—Diệu Lan, ¿dónde están sus otros hijos? ¿Dónde están?

Oí una voz que me sobresaltó.

—Aquí estoy. Soy su hija.

Me di la vuelta y vi a tu madre, Guayaba. Con Sáng en los brazos, estaba de pie en el umbral, su silueta delgada se recortaba contra el sol de la tarde.

—Ngọc, ¿qué haces aquí? —exclamé, caminando hacia ella.

—Tenía que encontrar a mi hermano —dijo, dirigiéndose a la cama—. Aquí estoy, Thuận. No te abandonaré.

Sáng lloró al verme. Lo cogí y lo estreché contra mi pecho. ¿Qué iba a hacer la monja? ¿Haría que nos detuvieran?

—Loe, eres muy amable, gracias —dijo la monja al chico—. Ve a sentarte bajo el árbol de Bodhi. Si viene esa gente tan enfadada,

ven corriendo a avisarme, ¿vale?

Loe saludó con una inclinación y salió de la habitación.

Sáng me cogió el pecho. Hice un gesto de dolor al sentir los dientes que le estaban saliendo.

La monja cerró la puerta y se volvió hacia mí.

—Lo siento, pero tiene que marcharse.

—Señora, lo que dice la gente es mentira. Hemos sufrido una injusticia, por favor, créame. Mi hermano y yo trabajábamos mucho. Dimos empleo a muchos campesinos y pagábamos bien. No entiendo por qué quieren castigarnos.

La monja suspiró.

—En este pueblo también han sucedido cosas horribles, pero no puedo ayudarla. Si se queda, les puede pasar algo malo a los niños que están aquí.

—Sí, señora, lo sé…

Ngọc había cogido el tazón y estaba dando de beber a Thuận.

—Ngọc —dijo Thuận—, ¿tienes algo de comer? Tengo hambre.

—Lo siento, Thuận —contestó Ngọc.

La monja me miró.

—Señora —le rogué—. Hace veintiún días, la reforma agraria afectó a mi familia. Mataron a mi hermano, capturaron a mi hijo mayor. No pude hacer otra cosa que escapar. No tenemos dinero ni comida.

La monja cerró los ojos. Suspiró de nuevo.

—Me parece que me ha quedado un poco de sopa.

Resultó que Hiền tenía algo más que sopa. Nos trajo arroz y salsa de pescado. Mientras Ngọc, Thuận y Sáng devoraban la comida, me quedé con ella contemplando, por un resquicio de la puerta, el camino que llevaba a la pagoda.

—Señora, ¿puedo preguntarle algo antes de irme? —susurré.

—Dígame.

—Lo que me ha sucedido ¿es cosa del destino? No creía en él, pero una vez un adivino me dijo que sería mendiga en una ciudad

lejana.

Hiền me cogió las manos y me examinó las palmas. Asintió.

—Tiene que ir a una gran ciudad para cambiar su destino. Pero la estrella que predice su fortuna se ha movido un poco, así que encontrará la manera de ganarse la vida. No tendrá que mendigar… pero no sé cómo podrá llegar con estos tres niños —dijo, mirándolos —. Cualquier ciudad grande está lejos de aquí. Además, le esperan muchas dificultades, Diệu Lan. Tiene que ir con cuidado.

—Señora… Y el dengue de Thuận, ¿cree que se va a curar?

—Con descanso y comida adecuada, dentro de unos pocos días estará en pie.

Cerré los ojos y tomé aliento. Me costaba hablar.

—Y esos niños del patio, ¿se ocupa usted de ellos?

—Sí, son huérfanos o sus padres los han abandonado. Gracias a ellos, no han quemado la pagoda.

—Señora, podría Thuận…

—Oh, no. Ya tengo demasiadas bocas que alimentar. Debería irse antes de que… —La monja inclinó la cabeza. Cuando la alzó, tenía una pregunta—. Supongo que Thuận tiene menos de diez años, ¿no?

—Tiene ocho, señora.

—En ese caso, puede quedarse. Al fin y al cabo, los budistas estamos para ayudar a los que no tienen ayuda.

—Señora, ¿puedo quedarme yo también? —preguntó Ngọc, poniéndose de pie—. Puedo hacer lo que me ordene, puedo ayudar a cuidar de los más pequeños.

—No, no puedes —dijo Hiền, levantando las manos—. No puedo tener ayuda y no puedo tener a niños de más de diez años. Cerrarían este sitio.

Me acerqué a Thuận. Tenía los ojos muy abiertos y le caían lágrimas por las mejillas.

—Mamá, ¿eso es lo que has hecho con el hermano Đạt y con Hạnh? ¿Los has abandonado? —preguntó, comprendiendo la situación.

Lo abracé.

—Hijo, este mundo es muy complicado. Aquí estarás a salvo. Tengo que encontrar un hogar para vosotros. Volveré tan pronto como pueda y te llevaré conmigo, te lo prometo.

—Thuận, sé bueno y deja que tu mamá se marche. Aquí tendrás comida y amigos para jugar —dijo la monja.

—Hermana, ¿vendrás a buscarme? —preguntó Thuận, sosteniendo las manos de Ngọc.

—Sí, te lo juro —contestó, agachándose para abrazarlo.

Con Sáng en brazos, me incliné ante Hiền.

—Le debo la vida.

—Vaya con cuidado y vuelva cuando sea seguro.

—Eso haré, señora.

Nos encontramos de nuevo en la carretera. Sáng, dormido en mis brazos, Ngọc, arrastrando los pies detrás de mí.

—Sigue, no me necesitas —dijo Ngọc cuando me detuve a esperarla.

—Por favor, hija mía. Podemos llegar juntas a Hanói.

—¿Y por qué voy a creerte? Dijiste que no querías perdernos de vista, pero has hecho justo lo contrario.

—Lo siento —susurré—. No he tenido opción.

—Sí, la tienes —dijo, pisando con fuerza—. Las madres siempre tienen alguna solución. Una madre tiene que cuidar de sus hijos.

Las lágrimas me nublaban la vista.

—Sí, no he sido capaz. Pero os compensaré. En Hanói seré una mujer más entre miles de mujeres. Allí podremos empezar una nueva vida.

—Entonces, vete. —Ngọc pasó a mi lado, tambaleándose.

—Espera, ¿me estás ordenando lo que tengo que hacer?

—Eres lista, tú siempre sabes lo que hay que hacer, mamá.

Después de decir esas palabras, se fue.

La seguí por los senderos. Busqué en mis pensamientos confusos alguna palabra de disculpa, pero no encontré ninguna. La verdad me había ido calando hasta los huesos; al abandonar a mis hijos, uno a

uno, me había convertido en la peor de las madres. No sabía qué, nos iba a pasar, pero sí sabía que tal vez mis hijos no me perdonaran jamás.

Después de un rato, Ngọc se volvió y desapareció tras un grueso seto de hojas grandes. Atisbé y la vi arrodillándose en un patio. Allí jugaban cinco o seis niños tirando piedrecitas y cogiéndolas al vuelo con un par de palillos. ¿Te acuerdas, Guayaba, de lo bien que se le daba a tu madre ese juego? Era experta desde muy pequeña. Ngọc estaba encandilando a los niños con su habilidad.

Detrás de Ngọc había una casa. Las paredes eran de finas tejas de bambú y el tejado era de paja de arroz. La típica casa de un campesino ni rico ni pobre. Apareció una mujer en la puerta con un bebé apoyado en la cadera.

Me agaché para que no me viera.

—¡Mamá! —gritaron los niños—. Tenemos una amiga nueva, juega muy bien.

Oí el agradecimiento cortés de Ngọc y el repiqueteo de los guijarros que lanzaba y atrapaba en el aire. Los niños la felicitaban dando palmas y gritos.

—¿De dónde vienes? —preguntó la mujer.

—Mis padres murieron el año pasado, señora. Voy de un lado a otro, busco trabajo.

—Pobrecilla, ¿es que no tienes casa? —dijo la voz de una niña.

—Ahora no.

—Mamá, ¿puede quedarse con nosotros? Por favor, mamá —dijo un niño.

—Ni lo sueñes, hijo —respondió la madre—. Tenemos poco para comer nosotros, no podemos contratar a nadie.

—Puedo compartir mi arroz con ella —dijo una niña.

—Yo también, yo también —dijeron otras voces.

—Podríamos decir que soy una prima lejana de visita —propuso Ngọc—. Por favor, señora. Soy honrada y trabajo mucho. Deje que la ayude con los niños. Puedo cocinar y limpiar, sé plantar arroz. Haré todo lo que me pida. Lo único que necesito es comida y un lugar donde dormir.

—Mm… no sé… tengo que preguntar primero a mi marido.

—Papá estará de acuerdo, siempre se queja de que hay mucho trabajo —dijo un niño.

—Puedo enseñar a sus hijos a leer y escribir —propuso Ngọc—. Mis padres me enviaban a un colegio muy bueno, incluso tuve profesor particular. —Eso era cierto y, cuando lo dijo, Ngọc se echó a llorar.

—Mamá, mamá, por favor, deja que se quede —rogaron los niños.

Cuando levanté la cabeza y atisbé entre el seto, ya no vi a mi hija. Todos se habían ido y no quedaba más que un patio vacío.

El secreto de mi madre

Hanói - 1975-1976

Aquella noche, sentada junto al tío Đạt escuchando su historia, me di cuenta de que la guerra es algo monstruoso. Cuando no mata a quienes toca, les arranca un fragmento del alma y los mutila para siempre.

Un sollozo. La abuela emergió de la oscuridad, las lágrimas le brillaban en la cara. Abrió los brazos y rodeó al tío D^t.

—Qué viaje has tenido que hacer, cuánto lo siento, hijo mío.

—Yo también lo siento, mamá… Siento haber tardado tanto en volver.

—Eso ya no importa. Ahora estás aquí.

El *bàng* se agitó y rozó el tejado con sus ramas. Había visto que un par de pájaros de color marrón construían un nido en una rama alta. Ahora los oía llamarse. El sol todavía no había salido, pero ante mí vislumbraba la luz: con el tío Đạt en casa, seguro que mi madre volvería.

—¿Queréis té? —pregunté.

La abuela se puso la chaqueta.

—Volved a la cama, vosotros dos. —Cogió la bicicleta por el manillar y dio media vuelta, sonriendo al tío Đạt—. Ngọc y Sáng se alegrarán mucho de verte.

Estaba echando agua en la tetera cuando el tío Đạt carraspeó a mi espalda.

—Hương, necesito que me hagas un favor.

—Por supuesto —asentí, esperando que me pidiera más licor.

—Espero que Nhung no vuelva. Si viene, dile que no estoy en casa.

—¿Por qué, tío Đạt?

—Bueno… las cosas cambian. La gente cambia.

Me mordí los labios. La víspera me había parecido que la señorita Nhung se sentía muy desgraciada.

—Lo siento, tío Đạt, pero no puedo mentir. La señorita Nhung se ha portado mejor con la abuela que la mujer del tío Sáng. Es de las pocas personas que todavía nos viene a ver a pesar del trabajo de la abuela.

—Se acabó lo nuestro, Hương.

—Me enseñó a montar en bicicleta…

—Me da igual. Y no quiero hablar más de ella, ¿vale?

Al percibir la dureza de su voz, me aparté.

Después de desayunar, estaba a punto de dar de comer a las cerditas cuando mi madre llamó a la puerta. La abrí y me la encontré con el rostro bañado en lágrimas.

—Hương, ¿dónde está tu tío?

El tío Đạt estaba sentado de espaldas a nosotras, tan quieto como una estatua congelada por el tiempo.

—¡Đạt! —Mi madre avanzó a trompicones.

Mi tío permaneció inmóvil hasta que los hombros le temblaron. Agarró las ruedas de la silla y dio media vuelta. Tenía el cuerpo bañado por la luz de la mañana, el pecho hundido bajo la camisa, la cara demacrada tras una sombra de barba. Los muñones de las piernas. Las horribles cicatrices.

—Hermana Ngọc… —Esbozó una sonrisa torcida.

Mi madre abrazó a mi tío y los sollozos se amortiguaron.

—Por fin has llegado a casa. —Se arrodilló y le tocó los muñones—. Las piernas… lo siento.

—Mamá me ha dicho que estuviste en el frente. Me alegro de que salieras con vida.

—Habría preferido que me arrancaran los brazos y las piernas.

—¿Por qué dices eso, hermana? ¿Qué te pasó?

Mi madre, con la espalda encorvada, como si cargara con un peso mayor que ella misma, no respondió.

—Hermana, ¿te sucedió algo malo? Cuéntamelo. —El tío Đạt le enjugó las lágrimas—. No hay secretos entre nosotros, ¿recuerdas?

De la expresión de mi madre deduje que quería que los dejara a solas: tenía un secreto que no quería que yo supiera.

El chillido de las cerditas se había convertido en gritos agudos.

—Estos horribles animales… —murmuré—. Voy a darles de comer.

Les preparé la comida y la eché en el comedero. En el cuarto de estar, mi madre servía el té en unas tazas. Me limpié las manos en los pantalones y me colé en mi habitación. Con la puerta ligeramente entreabierta, me quedé escuchando a escondidas. Por una vez, me alegré de que nuestra casa fuera pequeña y de que la distancia que me separaba de la cocina fuera escasa.

—Me ha dicho mamá que viste a Hoàng —dijo mi madre.

—Estuvimos juntos y con Thuận durante el periodo de formación en Bà Vì, hermana. Por desgracia, nos separaron antes de ir al sur. Lo vi semanas después, cuando me puse enfermo de malaria y tuve que quedarme junto al camino.

—¿Cómo estaba? ¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—Estaba bien de ánimo y de salud. Durante el único día que pasamos juntos me reí más que en todos los meses anteriores. Hoàng no podía dejar de hablar de ti. Me contó cómo se había roto la camisa para ganarse tu corazón…

—¿Sabes hacia dónde iba? ¿Volviste a verlo?

De la interrupción de mi madre deduje que no quería hablar de los recuerdos felices con mi padre.

—No volví a ver a Hoàng… —dijo mi tío—. Iban hacia el sur, pero él no sabía exactamente adonde. Me dijo que haría todo lo que pudiera por sobrevivir y volver contigo.

—Hermano, no me lo merezco. —Las palabras de mi madre no eran cuchillos, pero me hicieron sangrar durante años.

—Hermana, ¿por qué dices eso? ¿Qué sucedió?

—No puedo decírtelo.

—¿Por qué no?

—Porque me avergüenzo de mí misma. Hice una cosa muy mala, soy una mala persona.

Me sudaban las manos. Así que mis sospechas eran ciertas. Mi madre había matado a gente en la guerra. Gente inocente.

—Escucha, hermana Ngọc. Mírame. No voy a juzgarte. Confía en mí.

Silencio. Oí el rumor de los pies de mi madre. ¿Se iba? Tendí la mano hacia el pomo de la puerta, dispuesta a detenerla.

—Hermana Ngọc, todos hemos tenido que luchar contra el enemigo para sobrevivir. No te sientas culpable.

—No es eso, hermano. Es peor.

—Cuéntamelo. He visto suficientes horrores como para entenderlo.

Silencio.

—Hermana, si no puedes hablar conmigo, confía en mamá. Puede ayudarte.

—No, hermano. No puedo hacer que mamá cargue con eso. Además, me siento sucia. No la merezco. Tampoco merezco a Hương.

Me llevé las manos a la boca.

—No sé qué te ha pasado, hermana, pero el modo en que has arriesgado la vida para ir a buscar a Hoàng es honorable. Y habrás salvado a muchos pacientes durante todo este tiempo.

Silencio.

—Hermana, ¿por qué no vuelves a casa? Hương te necesita. He visto la tristeza en sus ojos.

—No tengo nada que ofrecerle. Mi tristeza no hará otra cosa que abatirla. No estoy preparada todavía.

—¿Y cuándo lo estarás? Mírame, hermana… No puedo apañármelas sin ti. En mi cuarto hay dos camas. Ven a casa y sé mis piernas. ¿Me harás ese favor?

A pesar de todos los esfuerzos del tío Đạt, mi madre tardó más de una semana en volver a casa. La abuela se comportó como si no se hubieran peleado y preparó una gran comida de bienvenida. Pero mi madre casi no comió y habló muy poco. Se fue a su dormitorio cuando todavía estábamos en la mesa.

Al día siguiente me levanté temprano, ilusionada con la idea de desayunar con mi madre, pero se había ido ya a la fábrica. Al volver a casa, cenó en silencio. Y en silencio ayudó a lavarse al tío Đạt. Al verlos, sentí una punzada de envidia: a lo mejor tenía que sufrir una herida para que me tocara.

—¿Qué le pasa? —pregunté al tío Đạt al día siguiente después de que mi madre y la abuela se fueran a trabajar. Estaba sentado a la mesa, examinando un montón de libros que la abuela había elegido de la estantería.

—No tengo ni idea —dijo, pasando las páginas de un libro—. No quiere hablar. Dale tiempo.

—Todo el mundo me dice que le dé tiempo. ¿Cuánto tiempo más necesita?

—No lo sé. —Dejó caer el libro y cogió otro—. Muchos de mis amigos tampoco son capaces de hablar. Cada uno intenta sobrellevarlo como puede.

Negué con la cabeza. ¿Qué más podría haber hecho para merecer la confianza de mi madre?

Mi tío empujó los libros.

—Todos estos son aburridos, ¿no tienes otro más interesante?

—Creo que mi madre mató a alguien. Un bebé. Por eso no quiere que lo sepamos —se me escaparon las palabras.

El tío Đạt se me quedó mirando fijamente.

—Se lo oí decir en sueños.

—¡No se te ocurra decir semejante cosa! Fuera lo que fuere, sé que tu madre no mataría nunca de manera deliberada a una persona inocente.

Cogí la mochila del colegio y me dirigí hacia la puerta. No dije adiós a mi tío. Había esperado que me ayudara, pero ahí estaba, regañándome.

Pasaron varios días. Intenté escuchar todo lo que mi madre decía al tío Đạt, pero no oí nada nuevo. Siguió mostrándose fría y distante. Era como si viviera con nosotros una desconocida.

¿Y por qué la abuela no se esforzaba un poco más? Cuando estaba en casa no hacía otra cosa que cocinar, limpiar y lavar. Como si todas esas tareas pudieran curar a mi madre.

Soñaba con marcharme, abandonar el aire viciado de nuestra casa, los secretos, la historia oscura. Sabía dónde escondía el dinero la abuela y podía coger un poco, comprar un billete de autobús o de tren y comida para el viaje. Iría sola del norte al sur y buscaría a mi padre por el camino. Podría encontrarlo y, si no, *đi một ngày đàng học một sàng khôn:* 'en cada día de viaje se gana un cesto de sabiduría'. Cuando me cansara de viajar, me quedaría en Saigón, con la tía Hạnh. Quizá, protegida por la estrella de la suerte de mi tía, me liberara de los malos augurios que parecían abatirse sobre mi familia.

Pero la idea de marcharme desapareció en cuanto vi lo profundas que eran las arrugas de la cara de la abuela. Era como si el regreso de sus hijos no le hubiera aportado más que arrugas. Ella me había protegido de las bombas y quizá me tocaba a mí ahora ayudarla a sobrevivir al impacto de aquellos proyectiles, años después de que se abatieran sobre nosotras.

Así que no me fui. E intenté encontrar el modo de conocer de nuevo a mi madre. Sin embargo, había cerrado las puertas de su mundo y se negaba a oír mis llamadas.

A la semana siguiente al regreso de mi madre fui a su habitación para decirle que la cena estaba lista. Empujé la puerta y la vi sobre la cama, con la cabeza inclinada sobre un cuaderno, escribiendo con bolígrafo en sus páginas.

Levantó la vista y abrió la boca. Escondió el cuaderno a su espalda.

—Deberías haber llamado a la puerta.

—Ven a comer —dije, y me di media vuelta.

A partir de aquel momento, cuando mi madre no estaba en casa sentía un fuego dentro de mí. Pasaba con frecuencia por su

habitación, pero el tío Đạt estaba allí todo el rato. Intenté parecer solícita. Cuando le llevaba otro vaso de agua, un poco de licor, un tazón de cacahuetes u otro libro, miraba a mi alrededor. La bolsa de mi madre estaba en el suelo. Había un armario de bambú con los labios —las puertas— cerrados.

Deseaba que el tío Đạt saliera. Antes de alistarse era estudiante de ingeniería, pero ahora, sin experiencia laboral, título ni piernas, nadie quería contratarlo. La abuela había hablado de él a mucha gente, pero en vano.

—Voy a limpiar tu habitación, tiene mucho polvo —dije al tío Đạt unos días más tarde, cuando estaba en la mesa del comedor, escuchando su radio portátil.

En la habitación, cogí la bolsa de mi madre. No había sacado la ropa, como si tuviera que marcharse deprisa cualquier día. No había ningún cuaderno. Abrí el armario y pasé las manos frenéticamente por las pertenencias del tío Đạt. Miré debajo de las dos camas. Nada.

Qué tonta era al haber esperado encontrar algo. El cuaderno era pequeño, mi madre podía llevarlo encima.

Pasaron los días y no me trajeron más que frustración.

Una tarde, al volver a casa, vi un mensaje del tío Đạt en la mesa. Habían pasado por allí sus amigos y se lo habían llevado al funeral de un antiguo profesor. Corrí a la puerta de entrada. Estaba cerrada con llave, pero no había cerrojo interior. Mi madre y la abuela podían entrar en cualquier momento con la llave. Puse una silla contra la puerta y otra encima. Si alguien quería entrar, el estrépito me avisaría.

Busqué en la bolsa de mi madre. Esta vez, contenía un cuaderno ajado. Contuve el aliento mientras mis dedos abrían las páginas. Líneas y líneas de la letra de mi madre: no era tan pulcra como recordaba, sino oscilante, como plantas de arroz azotadas por la tormenta.

Nombres de árboles y hierbas, notas detalladas de sus virtudes medicinales. Páginas y páginas. Recetas para tratar diversas enfermedades. Muchas plantas tenían nombres extraños y mi madre incluso había dibujado los troncos, ramas y hojas.

Pasé hasta la última página, que contenía más notas sobre plantas medicinales. Algunas de las palabras estaban borrosas por gotas de agua. Las había escrito tiempo atrás, quizá en la selva. Pero ¿de quién había aprendido esos tratamientos con hierbas? No recordaba que mi madre tuviera nada que ver con la medicina tradicional.

Cerré el cuaderno. Seguro que aquella noche había estado escribiendo otra cosa, algo que me quería ocultar. En otro cuaderno, algo más pequeño.

Estaba cansada de no saber. Quizá mi madre había encontrado a mi padre en el frente y había pasado algo terrible entre los dos.

Tirada en el suelo, busqué debajo de las camas. El polvo se había acumulado y formaba una fina capa. Estornudé y me levanté. Aparté la almohada de mi madre, quité el colchón de paja, buscando entre las láminas de bambú que formaban la estructura de la cama. Nada.

Miré la almohada. Tenía una forma rara. La cogí y la apreté. El corazón me dio un vuelco cuando noté con las manos algo duro. Ahí estaba, el cuaderno pequeño, escondido dentro del blando algodón. Era bastante nuevo y cerraba con una goma. Abrí la primera página. La letra de mi madre, tan torcida como había visto en el otro cuaderno.

16/5/1975
Hijo mío:
¿Me perdonarás alguna vez? He soñado contigo incontables noches. He soñado con tu rostro azul. Esa cara azul que ahora está enterrada bajo tierra. Oh, mi bebé, perdóname, perdóname…

El diario abandonó mi mano y cayó sobre la cama. Mi madre había tenido un hijo. ¿Con quién? Me incorporé y empecé a andar por la habitación. Quería seguir leyendo, pero temía que lo que iba a saber destrozara a mi familia. Mi madre había empezado a escribir sus pensamientos hacía poco, cuando se instaló en casa de la tía

Duyên.

Estuve a punto de reírme de mí misma: ahí estaba, pensando que había encontrado la llave del secreto de mi madre, pero, después de abrir la puerta, quería cerrarla y tirar la llave. Algunas cosas son tan terribles que es preferible hacer como si no existieran.

El reloj de pared sonó cinco veces. Mi madre, la abuela y el tío Đạt podían llegar en cualquier momento. Miré la cubierta del diario. Había vislumbrado la pena de mi madre, tenía que ver qué tipo de monstruo era. Además, mi mundo se había destrozado ya y la ignorancia no podía ponerle remedio.

Pasé a la segunda página.

18/5/1975

Hoàng, mi querido esposo, ¿dónde estás? Ahora la guerra ha terminado, muchos soldados vuelven a casa. ¿Por qué no hemos tenido noticias tuyas?

Oh, querido mío. Creía que mi amor por ti sería lo bastante fuerte para ayudarme a superar las bombas y las balas, así podría encontrarte, decirte cuánto lo siento. Lo siento. Fui una cobarde al empujarte a ir a la guerra. Solo cuando te fuiste me di cuenta de que eras mi vida. ¿Has estado tú también en las selvas por las que he pasado, por los ríos que he cruzado? Busqué desesperadamente noticias tuyas. Oh, amor mío, no sigas lejos de mí. Por favor, ven a casa. Por favor, perdóname. Te ruego que me perdones. Anoche, en mis sueños, me mirabas con severidad. Tus ojos me decían que ya no soy digna de ser tu esposa. Lo siento… lo siento tanto…

21/5/1975

Anoche Duyên me despertó. La noche era fresca, pero estaba cubierta de sudor. Me ardía la garganta. Duyên me dijo que había estado gritando. Asentí, le dije que había sido solo una pesadilla. Cuando se volvió a dormir, me senté, acurrucada contra la oscuridad. Me daba miedo dormirme. Me daba miedo

la oscuridad. Cuando el sueño o la oscuridad se acercaban, corrían hacia mí. Me empujaban contra el suelo de la selva, me estrangulaban con las manos. Otras manos me empujaban contra el suelo, contra las piedras y las raíces de los árboles. Tenían la boca roja como fuego cuando se reían. Dolor, ardor como de carbones ardientes, me taladraban el cuerpo. Me desgarraban en millones de trozos. ¿Dónde están ahora esos monstruos? Espero que se pudran en selvas y valles, que sus almas nunca consigan regresar a casa.

Leí la entrada otra vez. ¿De qué estaba hablando? ¿Quiénes eran?

30/5/1975

No debería haberme atrevido a salir, pero Duyên dijo que me sentaría bien un paseo, que el aire fresco del río haría que me encontrara mejor. No nos habíamos alejado mucho de la casa de Duyên cuando vi una cabaña. A diferencia de otras casas, esta tenía el tejado cubierto de ramas y hojas, igual que los hospitales de campaña que montábamos en la selva. Sin pensarlo, me agaché. A mi lado ya no estaban Duyên, Hanói ni el tranquilo río Rojo. Estaba de nuevo en mi cabaña de Trường Sơn y un soldado joven, con la cabeza cubierta de vendas blancas, gemía cuando lo tocaba. Disparos lejanos, sonidos de granadas que estallaban. Hòa, la enfermera, entró corriendo.

—¡Hermana, viene el enemigo! —dijo. Hòa y yo nos apresuramos a sacar a los soldados por la puerta trasera y los llevamos a la selva, a un refugio secreto. Los que podían andar nos ayudaron. Corrimos, jadeamos y seguimos corriendo. Las explosiones estaban cada vez más cerca, nos veíamos obligados a borrar nuestro rastro. Volví a la cabaña y vi a los soldados heridos todavía inmóviles en las tablas de bambú que les servían de cama.

—¡Posición de combate! —grité a Hòa, y corrí hacia el rincón

de la cabaña a coger mi rifle. Una explosión sacudió el suelo. Se oyeron gritos procedentes de la cabaña de al lado. Gritos en el dialecto de Vietnam del sur.

Un hombre entró corriendo por la puerta abierta y tiró algo dentro. No me recuerdo apretando el gatillo, solo me acuerdo de que la culata de mi AK me golpeaba el hombro una y otra vez. El hombre dejó de correr. Se agarró el pecho, cayó de rodillas y se desplomó en el suelo. La granada de mano que había tirado rodó por el suelo de tierra. Me agaché. Una potente explosión. Mi mundo desapareció.

La voz de Duyên me llamaba. Parpadeé y me encontré en la orilla del río Rojo rodeada de hombres, mujeres y niños. Me miraban, susurraban. Habría querido desaparecer, reptar hasta una grieta en el suelo. Para ellos me había vuelto loca, me habían poseído los espíritus. Una de las mujeres le estaba diciendo a Duyên que debería buscar un chamán y hacerle una ofrenda para expulsar a los espíritus muertos que me habían robado el alma.

3/6/1975

Me quedo todo el día en casa, no me atrevo a salir. Esta mañana ha pasado un hombre joven por delante de mi ventana. Le faltaban los dos brazos. Era un hombre guapo. Los hombres que habían ido al sur conmigo también eran guapos. Tenían esperanza en los ojos, canciones en los labios, risa en el corazón. Pero al hospital donde yo trabajaba los hombres no llegaban cantando. A algunos se les salían las tripas de la barriga, a otros les colgaban los brazos o las piernas, a otros les faltaba media cara. ¿Me odiaban cuando tenía que operarlos sin anestesia? Cuando estaban atados a la improvisada mesa de operaciones, cortaba. ¿Debería haberme esforzado más antes de cortar un miembro?

Y mis lágrimas no pudieron apagar el humo que salía de la carne de los dos hombres que habían ardido vivos por el napalm. ¿Podría haber hecho algo más para salvarlos?

15/6/1975

Estaba cocinando cuando llegaron unos ruidos terribles de una casa cercana. Un hombre gritaba y le daba patadas a su perro. Oí los aullidos y me vi echada en el suelo de la selva con las manos atadas a la espalda. Me dolían las piernas, que sangraban.

—Jódete. —Un hombre me dio una patada en la barriga—. Has matado a mi amigo.

Después de la patada me enrosqué como una bola y me dije que no tenía que gritar. No quería dar esa satisfacción al enemigo. Miré a mi alrededor. La cabaña del hospital de campaña estaba cerca y del techo salían columnas de humo negro. Sentí una punzada en el estómago, ¿qué les había pasado a los que se habían quedado dentro?

Otro hombre me agarró por el pelo.

—Enséñanos dónde has escondido a tus camaradas. —Me tiró del pelo para moverme la cabeza en todas direcciones—. ¿Dónde demonios están? —gritó—. Dínoslo y no te mataremos.

Cerré los ojos, no me creí la promesa del enemigo. Sería idiota si me fiaba de ellos. Afortunadamente, el refugio estaba lejos, al otro lado de la cabaña. Entre los pacientes escondidos se encontraba un oficial de alto rango al que seguramente estaban buscando. Su guardia personal protegía el refugio, pero si el enemigo lo encontraba, para ellos sería como tirar un huevo a las rocas.

—Dilo, cerda comunista.

Recibí una patada en las costillas. Otra en la cara. No pude contener un aullido de dolor.

Llegaron los niños de Duyên y me preguntaron qué me pasaba. Me pasa de todo. Quizá es verdad que los fantasmas me han poseído. Quizá se hayan llevado mi alma y sea solo una concha vacía.

Me llevé el diario al pecho; sentía dolor por mi madre en cada célula de mi cuerpo. Había intentado imaginar el horror al que había tenido que enfrentarse, pero era todavía peor de lo que había

supuesto. Qué suerte había tenido al escapar de las garras de la muerte para volver conmigo. Qué valiente había sido al haber aguantado para proteger a sus camaradas. Ardía en deseos de decirle lo orgullosa que estaba de ser su hija.

Ladeé la cabeza. No se oía ningún ruido en la puerta. Eché un vistazo al reloj. El tiempo se me escapaba. Levanté el diario con ambas manos y pasé la página con tanto cuidado como pude.

17/6/1975

Anoche oí en sueños los aviones del enemigo. Las explosiones sacudían la selva. El humo me ardía en los ojos. El aire apestaba a carne quemada. Uno de los pilares del hospital se había hundido sobre la barriga de Dương, la misma que había cosido el día anterior. Al lado de Dương se encontraban los trozos dispersos del cuerpo de Sánh, la enfermera. Sabía que debía llevarme a los pacientes al refugio a toda prisa. Pero me alejé corriendo del hospital buscando aire. Levanté el rostro al cielo y grité al cobarde enemigo que iba sentado en los aviones.

Me desperté de nuevo, ahogada por los gritos. Me pasa todas las noches. Me latía el corazón. Necesitaba agua, pero no era capaz de levantarme. Tenía las manos pegajosas, tan pegajosas como la sangre de la enfermera Sánh.

Me gustaría conocer al piloto que tiró la bomba que mató a Sánh. Quiero restregarle su sangre por la cara para que sienta el sabor de su sufrimiento.

20/6/1975

Duyên me ha dicho que hay una oferta de trabajo en su fábrica y que ha hablado de mí a su supervisor. Si quiero, puedo ocupar el puesto. No se pide mucha formación, dijo. Tendría que planchar la ropa recién cosida, doblarla y ponerla en cajas. De entrada, le he dicho que no, pero me ha contestado que el trabajo manual me sentará bien: impedirá que le dé vueltas y vueltas a la cabeza.

—Además, no puedes seguir viviendo para siempre del trabajo de tu madre —ha dicho. He escuchado sus palabras y he pensado en ellas. Tiene razón. Me he convertido en una carga para mamá, para Hương, para ella, para todo el mundo.

Le he preguntado si puedo pensarlo un par de días. Sé que tengo que trabajar. Pero me da miedo ver gente. Me da miedo que me pregunten. Por lo menos, Duyên no me ha preguntado muchas cosas. Le conté todo lo del viaje al sur, pero no que habían mancillado mi cuerpo. Ni lo del bebé.

No puede saberlo porque se lo contará a su hermano Hoàng cuando vuelva. Y si él lo sabe, no querrá tocarme. ¿Quién querría tocar a una mujer pisoteada por otros hombres?

Hoy me he frotado la piel hasta sangrar. Quiero lavarme hasta quitarme la porquería que llevo pegada, pero es demasiado tarde.

21/6/1975

Hương ha venido a verme. Es más alta que yo, más hermosa de lo que pude imaginar nunca que sería mi hija. Su piel irradia juventud, le brillan los ojos iluminados por la inocencia. Al verla, veo lo mejor de Hoàng y de mí. Veo decisión y amor por la vida.

Hoy parecía feliz. Oía su voz mientras me leía una carta de su admirador. Me gustaría decirle que yo también la admiro, que la quiero muchísimo. ¿Cómo es posible que no pueda decirle a mi propia hija que la quiero? En nuestra familia el amor lo demostramos, no hablamos de él. Mi madre nunca me ha dicho que me quiere, pero lo demuestra cuidándome y cocinando para mí. Ahora que soy incapaz de cuidar a Hương y de cocinar para ella, me gustaría tener el valor de decirle lo mucho que la quiero.

Pero ahora Hương tiene que odiarme. Debe de odiarme por ser idiota. Soy tonta porque le dije la verdad, le dije que animé a su padre a ir a la guerra. Soy tonta, tonta, tonta.

1/7/1975

Ha venido mamá. Al ver cómo le sobresalen los huesos de los hombros he recordado los versos de un viejo poema tradicional: «Mi anciana madre es un plátano maduro colgado del árbol: el viento podría tirarla y me dejaría huérfana».

Mamá no es vieja todavía, cumplirá cincuenta y cinco este año, pero no parece joven. Temo que caiga en cualquier momento, aplastada por mí. Soy una hija desastrosa por haberme enfadado con ella, por andar con reproches. Me gustaría borrar las palabras que le dije, pero las palabras son como el agua: cuando han escapado de la boca, salpican el suelo. Las palabras son como cuchillos y dejan heridas invisibles que no paran de sangrar.

Pero mamá no ha venido a verme para hablar de nuestra pelea. Ha insistido en que fuera a la ciudad con ella. Me ha dicho que ha pedido a un curandero que me ayude. Sentada en el trasportín de su bicicleta, he apoyado la cabeza en su camisa. Olía a limpio, a fresco. Fresco como los arrozales del pueblo en mi lejana infancia. Fresco como las risas de mis hermanos y de mi hermana. Con los ojos cerrados, veía los rostros sonrientes de Thuận, Đạt y Minh. No pueden estar muertos. Tienen que volver conmigo.

He levantado la cabeza al llegar al barrio antiguo. Hemos pasado por estrechos callejones con la bicicleta. Callejones hollados por los pasos de Hoàng y los míos. Allí, bajo el techo curvo del templo de Bạch Mã, Hoàng me dijo que quería casarse conmigo, todavía siento en mis labios los suyos. ¿Cuándo volverá? ¿Volverá a besarme?

¿Viviré un solo día en el que yo misma sea capaz de perdonarme?

Al acercarse la bicicleta a la calle de la Medicina tradicional me ha llegado el aroma de las plantas medicinales. Me he estremecido: estaba de nuevo en Trường Sơn; ante mis ojos estaba la señora Ninô mezclando medicinas de la selva en el mortero de arcilla. Vertió el líquido concentrado en un tazón y me lo puso delante. Me preguntó si estaba segura. En lugar de contestarle, bajé la mirada hacia la barriga. Un cuerpecito diminuto anidaba

en mi interior. Mi carne y mi sangre, mi propio hijo. Las lágrimas me cegaron cuando tomé el líquido amargo. Estaba matando a mi hijo, a mi propio hijo.

—Hương, ¿qué estás haciendo? —Me sobresalté, levanté los ojos y vi a mi madre. Me arrancó el diario de las manos—. ¿Cómo te atreves?

—Mamá…

Se llevó el diario a la cara y soltó un aullido tan terrible que di un salto para apartarme.

Estaba pensando en qué decir cuando cogió las sandalias y me las tiró. Me agaché y las sandalias dieron en la pared con estruendo.

—¡Mis pensamientos son privados, son míos! —gritó.

Miré a la mujer que estaba delante de mí: tenía el rostro congestionado y el pelo despeinado. Había buscado a la madre que conocía, pensaba que la había entrevisto en el diario y había terminado enfrentada a una desconocida. Solo una desconocida habría querido pegarme. Solo una desconocida habría tenido un hijo con otro hombre y habría abortado para ocultar sus pecados.

—¡Eres una asesina de niños! —me oí gritar—. ¡Has traicionado a papá! Espera a que se lo diga.

—Vale, ve a buscarlo y díselo. Díselo.

Cerré la puerta de la casa de un portazo y me fui corriendo. No sabía adonde ir, pero tenía que alejarme de mi madre. No quería volver a verle la cara.

El llanto me dejó sin aliento y dejé de correr. Había corrido hasta el puente de Long Biên, cuyo cuerpo se arqueaba como un esqueleto sobre el río Rojo. Quizá mi padre hubiera muerto. Tal vez el río podría acogerme en su seno.

Cerré los ojos y vi a la abuela de pequeña recibiendo la maldición del adivino; vi a mi madre en la selva bebiendo unas hierbas para abortar a su bebé. Estábamos todos malditos, todas las generaciones de la familia Trần. Tenía que terminar ya. Me

apresuré.

El río describía remolinos rojos delante de mí. Miré la rápida corriente. Thủy y yo habíamos estado allí, habíamos metido los pies en el agua, todavía resonaba nuestra risa en mis oídos. No tenía más amigos. No tenía más familia que me quisiera.

—Hương. —Alguien me cogió de la mano y tiró de mí—. Cuánto lo siento.

Aparté a mi madre de un empujón y seguí andando. Las palabras no podían arreglar lo que me había hecho.

Corrió y me bloqueó el camino.

—Has descubierto el origen de mi pena, pero es solo la mitad de la verdad. Por favor, dame la oportunidad de que te lo explique todo.

Nos sentamos en un rincón de un salón de té. Mi madre pidió un vaso de leche de soja para mí, pero no lo toqué.

—¿Vas a contestar todas mis preguntas? —dije.

Asintió y miró a nuestro alrededor, aunque el establecimiento estaba vacío; la propietaria estaba en la calle, hablando con sus vecinos.

—¿Quién es el padre del bebé?

Apretó la taza de té, los nudillos se le pusieron blancos.

—No lo sé.

—¿Qué quiere decir que no lo sabes? —Sentí en la garganta algo parecido al vómito.

Mi madre inclinó la cabeza. Tenía la boca herméticamente cerrada.

—Mira, me has dicho que me lo ibas a contar todo, pero no puedes. No puedes contármelo porque has traicionado a pa…

—Por favor… —Mi madre levantó las manos—. La verdad solo te hará más daño.

—¿Daño? Nada puede hacerme más daño que saber que engendraste un hijo con otro hombre.

El rostro de mi madre se contrajo. Abrió la boca, pero, en lugar de palabras, de sus labios salieron unas carcajadas delirantes.

—¿Sería peor si el padre de mi hijo fuera el enemigo?

La miré. No podía estar cuerda.

—Tienes razón —dijo asintiendo—. Traicioné a tu padre, ya que no tuve fuerzas suficientes para rechazarlos.

—¿Qué quieres decir? ¿Quiénes eran?

Me agarró el cuello de la camisa y me atrajo hacia sí.

—El enemigo. Un grupo de hombres… Me capturaron… Me hicieron cosas horribles… Uno de ellos… engendró en mí un hijo.

Negué con la cabeza. No podía aceptar lo que había dicho.

Mi madre me soltó. Se tapó la cara con las manos.

—Si quieres saberlo, los hombres eran vietnamitas, hablaban el dialecto del sur.

Cerré los ojos. Quería que todo se volviera oscuro, se hiciera pequeño y desapareciera. Que desapareciera y me llevara consigo.

A día de hoy, todavía me gustaría poder volver al momento en que mi madre me encontró con su diario. De lo que había leído habría debido de ser capaz de imaginar sus motivos para abortar al bebé. Pero solo tenía quince años y ni siquiera había vivido mi primer beso, no tenía ni idea de cómo se engendraba un hijo.

—Hương, siento que te hayas enterado de esta manera — susurró mi madre.

—Soy yo quien lo siente, mamá. Soy horrible… por haber dudado de ti. —Le cogí la mano con fuerza—. Mamá, en tu diario decías que me querías. Yo también te quiero. Y te necesito.

—Oh, mi niña. Lo eres todo para mí.

Nos abrazamos y nuestras lágrimas fluyeron juntas.

—Mamá, tengo que entenderlo. Quiero que te pongas mejor y podamos ser una familia otra vez. ¿Durante cuánto tiempo te hicieron prisionera? ¿Cómo pudiste escapar?

—Aquellos monstruos… me tuvieron un par de días. Pensaba que me iban a matar, pero un soldado de los de su bando se apiadó de mí y me ayudó a escapar.

—¿Uno de los suyos?

—Sí, un soldado de Vietnam del sur. Durante la noche me desató y me llevó a la selva. Dijo que había visto mi diario con tu foto entre las páginas. Tenía una hija de la misma edad.

—¿Y qué pasó después de que te soltara?

—Vagué entre los árboles, perdida. Quería matarme, pero tu voz y la de la abuela me sostuvieron. No recuerdo dónde me desmayé, pero cuando volví en mí estaba en una cueva rodeada de gente de la zona que había abandonado su pueblo por el bombardeo. Una de las mujeres era una curandera. Me curó las heridas con plantas. Durante el mes que estuve con ella me enseñó muchas cosas sobre la medicina de la selva. Cuando las heridas físicas se curaron, me fui de la cueva para volver a otra unidad médica.

—¿Y cómo te diste cuenta de que estabas embarazada?

—Cuando llevaba unas pocas semanas en el nuevo hospital… No me fijé cuando no sangré durante el mes, pero luego me di cuenta de que mi cuerpo estaba cambiando.

Di vueltas al vaso en la mano.

—Cuando estuve segura de que estaba embarazada, tuve que volver al lugar donde estaba la curandera. No podía tener aquel niño ni criar a un hijo del enemigo. No quería que tú, tu padre o la abuela lo supierais.

Incliné la cabeza; ante mí tenía el rostro azul del bebé, sus débiles gritos palpitaban en mi pecho. ¿Qué habría sentido al abrazarlo?

Mi madre se esforzó en tragar saliva.

—La decisión de interrumpir el embarazo… fue la más dura que he tomado en mi vida. Cuando salí dando tumbos de la cueva quería continuar mi misión, encontrar a tu padre, Hương. Pero ya no tenía fuerzas. Me di cuenta de que había sido una tonta al pensar que podía desafiar la guerra y encontrarlo. Durante el largo camino de regreso a Hanói no tenía ya miedo de las bombas, sino de que tu padre descubriera que mi cuerpo había sido mancillado y que había matado a un alma inocente…

Abracé los hombros de mi madre, incapaz de encontrar una sola palabra para consolarla.

—Algunas veces pienso que tu padre no vuelve porque lo sabe —añadió con un suspiro.

Al llegar a casa encontramos nuestro cuarto de estar lleno de gente. La abuela gemía. Al volver de trabajar había visto la puerta de la casa abierta y las sillas por el suelo.

Al vernos a mamá y a mí, se echó a reír y a llorar. Me abrazó con tanta fuerza que casi no podía respirar.

La tarde siguiente hice que mamá y la abuela salieran juntas. Cuando volvieron tenían el rostro congestionado y los ojos rojos. La abuela llevaba una gran lamparilla de aceite que acababa de comprar. La llenó, la encendió y la puso en una silla junto a la cama de mi madre. Esa noche, y durante varios años, mi madre durmió con una lamparilla encendida a su lado.

Pero ahora mi madre ya no estaba sola: también empezó a hablar con el tío Đạt. Por la tarde, cuando pasaba por delante de su habitación, oía siempre un murmullo.

Con frecuencia me preguntaba sobre el bebé. ¿Habría sido capaz de quererlo como una hermana o lo habría odiado porque la mitad de su sangre venía del hombre que había intentado matar el alma de mi madre?

Las pesadillas seguían torturando a mi madre, pero ya no se aislaba de nosotros. Al volver de la fábrica, cocinaba. Me preguntaba cómo me iba el colegio y le preguntaba a la abuela sobre la vida en el barrio antiguo. Sacaba a mi tío a dar paseos y lo ayudaba a hacer ejercicio. Un día trajo paquetes de plantas secas a casa. Mientras hacía un cocimiento de raíces, tallos, flores y semillas, le caían las lágrimas. Pero me dijo que tenía que dominar a sus demonios: el medicamento era para el tío Đạt, que le había dicho que su lesión excedía lo que alcanzaba la vista y no podía hacer feliz a una mujer. Mi madre esperaba que las hierbas lo ayudaran. Aquella receta era una de las muchas que había aprendido de la curandera y la tenía anotada en el libro.

Dos semanas después de que mi madre desnudara su alma ante mí, el *bàng* daba ya sombra para que nos laváramos el pelo y la lamparilla daba luz suficiente para que mi madre me ayudara a hacer los deberes. Me enseñaba distintas maneras de responder a las preguntas de matemáticas más difíciles y me dejaba asombrada.

Poco a poco, la señorita Nhung fue encontrando la manera de regresar a la vida de mi tío. Lo venía a ver de vez en cuando; una vez le trajo un casete lleno de canciones que el tío Đạt terminó escuchando a diario; otra vez le dio un libro que el tío Đạt pasó la noche en vela leyendo. Mi madre me contó que, cuando el tío Đạt había vuelto, todavía quería a la señorita Nhung, pero creía que estaría mejor con otro hombre.

El único que no había pasado por casa era el tío Sáng, así que un día, cuando mi madre me dijo que iba a hacerle una visita, fui con ella. Mi tío no había venido nunca a casa, pero él y su mujer comían lo que les daba la abuela. Dos veces por semana la abuela preparaba distintos platos y yo se los llevaba.

Era ya de noche cuando cargamos con la bicicleta hasta el piso del tío Sáng. Mi tío asomó la cabeza por una pequeña abertura de la puerta.

—Hermana Ngọc… Hương —echó un vistazo a mis manos vacías y su delgado rostro mostró decepción.

—¿Cómo estás, hermano? —Mi madre metió la bicicleta en el piso.

El tío Sáng cerró la puerta a nuestra espalda.

—Bien, hermana.

—Pensaba que estabas enfermo, muy enfermo. Demasiado enfermo para venir a ver a tu hermano Đạt.

—Shhh. Por favor, habla en voz baja. Hòa está ya durmiendo.

El tío Sáng cogió la mano de mi madre y tiró de ella hacia el triste apartamento.

—Siéntate, hermana. Tú también, Hương —dijo, señalando la estera de paja del suelo.

—No vamos a sentarnos —dijo mi madre con voz gélida—. ¿Por qué no has venido a ver a Đạt?

—Las cosas son complicadas —dijo mi tío, frunciendo el ceño —. Estoy llevando una campaña para acabar con los capitalistas, la burguesía y los comerciantes. Y mamá… ya sabes, es *con buôn*.

—¿Así tratas a mamá? ¿La desprecias delante de los demás pero la utilizas como esclava?

—No. No. No me entiendes bien.

—Dime en qué me equivoco.

—Baja la voz. —El tío Sáng frunció el ceño—. Le estoy muy agradecido a mamá, pero tengo que obedecer las normas del Partido. Tenemos que reconstruir nuestro país con el duro trabajo de los obreros y los campesinos, sin ayuda de los capitalistas, la burguesía ni los comerciantes.

—¿Capitalistas, burguesía, comerciantes? Sáng, mamá trabaja muchísimo para ganar céntimo a céntimo. Es una trabajadora, no una burguesa.

—Tengo que acatar las normas del Partido. No puedo tener trato con capitalistas, burgueses ni comerciantes —repitió mi tío.

—Así que el Partido es tu dios, ¿no?

—Hermana, hemos luchado mucho para restablecer la paz en este país. Hemos sacrificado nuestra vida para echar a los capitalistas, la clase explotadora…

—¿La clase explotadora? Sáng, no dejes que te laven el cerebro. Ya sabes lo que nos pasó durante la reforma agraria. Condenaron a nuestra familia inmerecidamente. Nos llamaron «explotadores». Mataron…

—Calla —siseó el tío Sáng—. Yo no tengo nada que ver con los terratenientes.

—Ya lo sé. Has falsificado tus papeles. Has borrado tus raíces familiares para poder ser miembro del Partido. Qué pena. Pero no te olvides, Sáng, de cómo murió nuestro padre.

—No te atrevas a inventarte cosas. Fuera de mi casa.

—Sáng, no he venido para pelearme contigo. Por favor, ven a casa a ver a tu hermano Đạt.

—Te he dicho que no puedo, pero él sí puede venir a verme.

—Sáng, le han cortado las piernas. Le han cortado las putas piernas y no puede andar.

—Tiene una silla de ruedas y…

¡Zas! Una palmada. Mi madre le había dado una bofetada al tío Sáng en la cara.

—¿Qué clase de hermano eres? —exclamó—. ¡No vendas tan

barata a tu familia por una ideología política!

Mi tío se llevó la mano a la cara. Tenía una expresión de disgusto.

—¡Estás loca! —gritó—. Largo de aquí o haré que te detengan.

—Pues que me detengan, ¡que me detengan! —dijo mi madre, golpeándose el pecho con un puño.

—*¡Mẹ ơi!* —La agarré del brazo—: 'Vámonos'.

Mi madre me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Espera un minuto, Hương. —Se irguió y se plantó ante mi tío —. Sé que has ascendido por la escalera social, Sáng, pero no creas que estás demasiado arriba. Sigues siendo mi hermano pequeño. Y ahora que nuestro hermano Minh no está aquí, soy la mayor de la familia y tengo la responsabilidad de enseñarte lo que no sabes.

—No necesito enseñanzas de nadie. Fuera de mi casa.

Mi madre carraspeó y escupió en el suelo.

—A partir de ahora, ya no eres familia mía. Espero que tus hijos se comporten mejor que tú y recuerden sus raíces.

Salimos del piso.

Me enorgullecía que mi madre hubiera defendido a la abuela, pero me apenaba perder a mi tío más joven: habíamos reído juntos mientras él cortaba bambú y fabricaba farolillos de colores que se encendían a la luz de la luna del festival de mediados de otoño.

Subí corriendo las escaleras que llevaban a mi clase con la barriga vacía, ya que no había tenido tiempo de desayunar. A mi alrededor todo era silencio.

En el tercer piso cogí un largo pasillo.

Pasé junto a unas aulas en las que los profesores habían empezado a dar clase. Algunos chicos me miraban por las ventanas abiertas. Intenté pasar inadvertida, avergonzada por el ruido que hacían mis sandalias.

El ruido de mi clase me dio la bienvenida. No había señal del profesor. Bien. Me apresuré a ocupar mi sitio.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué llegas tarde? —Trần se acercó a mí.

—Me he dormido —contesté con una sonrisa. Era una de las chicas que se mostraba más amable conmigo. Me preguntaba si algún día querría venir a mi casa.

—Cuidado. —Oí voces a mi espalda y después carcajadas. No tenía que darme la vuelta para saber que los chicos estarían planeando alguna broma idiota.

Trần me cogió algo del pelo. Un avión de papel con mi nombre escrito en las alas.

—Es de Nam. Le gustas mucho.

—Bueno, pues a mí él no me gusta. —Abrí la mochila y saqué el cuaderno.

—Veo al señor Định —anunció alguien. Mis compañeros de clase se apelotonaron para volver a sentarse en su pupitre. El profesor de historia apareció, pero no iba solo. A su lado había un chico alto; a diferencia de los chicos de mi clase, tenía la piel morena como un campesino.

Nos pusimos de pie todos a la vez para saludar al profesor, que sonrió e hizo un gesto con la cabeza para que nos sentáramos.

—Aquí está Tâm, un nuevo compañero. —El señor Định señaló al chico—. Ayudadlo a instalarse y no le compliquéis la vida, ¿entendido?

—Sí, señor profesor —dijimos a coro.

—Ven a verme si tienes problemas —le dijo a Tâm—. Y para que te familiarices con las cosas, Thiết, el delegado, te dará una vuelta por el colegio cuando terminen las clases.

—Thiết está enfermo, profesor —dijo alguien.

El profesor Định miró por el aula.

—Entonces que lo haga otro. —Sus ojos me localizaron—. Irás tú, Hương, ¿de acuerdo?

—Sí, profesor —murmuré, aunque lo que me apetecía de veras era saltarme todo el día de colegio, estar en casa y hablar largo rato con el tío Đạt. Tenía que disculparme con él. En algunos momentos me había parecido una carga, aunque a su llegada le había prometido que lo ayudaría.

Cuando se oyó el tambor, mis compañeros de clase salieron del

aula como abejas que abandonan una colmena.

—¿Necesitas ayuda para guiar a ese chico tan mono? —Trần se acercó con una risita.

—Gracias, pero será una vuelta rápida —dije, metiendo el cuaderno en la mochila. ¿Cómo podía ser que Trần encontrara guapo al chico nuevo? Se me había olvidado cómo se llamaba.

Trần dirigió los ojos hacia el fondo del aula y seguí la dirección de su mirada. El chico nuevo estaba en su pupitre con la cabeza inclinada sobre un libro. Me pregunté qué estaría leyendo.

—Hola, Hương —dijo alguien. Era Nam. Me dirigió una sonrisa—. ¿Podría invitarte…?

Le metí el avioncito de papel en la mochila entreabierta.

—Hoy tengo trabajo, tengo que enseñarle el colegio al nuevo.

—Oh —contestó Nam, rascándose la cabeza.

—¿Me invitas a mí en su lugar? —Trần cogió a Nam del brazo. Cuando estaban casi fuera del aula, Trần se volvió y, moviendo únicamente los labios, dijo—: Que te diviertas.

Recogí el pupitre. Ahora me acordaba del nombre del chico: Tâm. Su nombre significaba 'buena conciencia'.

Tâm seguía leyendo cuando llegué a su lado.

—¿Listo para ir?

Levantó la cara. Tenía los ojos de color castaño oscuro, enmarcados por largas pestañas.

—¿Para ir adónde?

Me sorprendió su acento de la zona central. La abuela hablaba así, pero solo en casa. ¿Por qué habría dejado Tâm su región para venir aquí?

—La visita al colegio, ¿no te acuerdas? —murmuré. Ojalá le hubiera pedido a mi amiga Trần que se ocupara ella, pero nadie se atrevía a desobedecer a los profesores. Si queríamos aprobar, la nota de conducta tenía que ser buena.

—Oh. —Tâm se puso de pie—. Gracias por ocuparte.

Salimos de la clase. El pasillo estaba vacío. El cielo se había llenado de nubes oscuras y lloviznaba en el patio. Nos detuvimos en el balcón y miramos el paisaje húmedo.

—Somos unos quinientos alumnos —dije, subiéndome la cremallera de la chaqueta—. El colegio empieza a las siete y media todas las mañanas, excepto el lunes, que llegamos una hora antes para cantar el himno nacional y saludar a la bandera. Detrás de aquel árbol está el comedor del colegio, el campo de fútbol queda detrás de aquel edificio.

—¿Hay biblioteca?

—Sí, pero, para ser sinceros, no tiene muchos libros interesantes. ¿Es bueno el libro que estás leyendo?

—Buenísimo. No puedo parar de leerlo. —Tâm me mostró la cubierta—. *El jorobado de Nótre Dame*.

—Ah, Víctor Hugo es un gran escritor —dije con una sonrisa—. Me encanta su poesía. Leí este libro el año pasado y sueño con visitar Francia para ver esa magnífica catedral.

—Sí. —Tâm metió el libro en la mochila del colegio—. A mí también me gustaría visitar París algún día. Y esperaba que nuestra biblioteca tuviera una buena colección. He dejado casi todos mis libros en mi pueblo para que los tenga mi hermana.

—Muy amable por tu parte… Tengo unos pocos libros y podría prestarte alguno.

—¿De verdad? —Los ojos de Tâm se iluminaron—. Sería estupendo, gracias. —Se subió el cuello de la chaqueta—. ¿Vives muy lejos de aquí?

—En la calle de Khâm Thiên. ¿Dónde está tu pueblo?

—En la provincia de Ha Tĩnh. Tu barrio, Khâm Thiên, sufrió mucho con los bombardeos, ¿verdad? Lo siento.

Asentí y contemplé las ramas de un *phượng*. Estaban desnudas y temblaban al viento, como la abuela y yo durante nuestra caminata a Hòa Bình. Señalé las tapas marrones que había en el patio.

—Son refugios antiaéreos. El más grande está delante del comedor. Si vuelven las bombas, así sabrás dónde meterte.

—Espero que no vuelvan. De hecho, espero que no vuelva a haber ninguna guerra en la superficie de la tierra.

Me volví hacia Tâm. Nunca había oído a nadie hablar como él.

—¿Tienes familiares en el frente?

—Mi padre… volvió destrozado. Pero tenemos suerte, muchos hombres de mi pueblo no volvieron. ¿Y tu familia?

—Mi tío Thuận murió y mi tío Đạt perdió las dos piernas. Todavía estamos esperando a mi padre.

Sentí calor tras los párpados y me mordí los labios para no llorar delante de un chico al que casi no conocía de nada.

—Lo siento… ¿Cuánto tiempo lleva fuera tu padre? ¿Has tenido alguna noticia de él?

—Siete años, nueve meses y veinticinco días. —Saqué el *sơn ca* del bolsillo—. Mi padre me talló esto en la selva —añadí, sin poder ya contener las lágrimas.

—Shh. —Tâm se llevó un dedo a los labios. Se llevó el pájaro a la oreja—. Mmm. —Asintió—. Mmm, gracias, pajarito. —Arqueó las cejas—. Ah, ¿quieres hablar con ella, pajarito? Aquí está. —Me acercó el *sơn ca* al oído—. ¿Lo oyes?

Negué con la cabeza, sonreí y me sequé las lágrimas.

—Ha dicho que eres una chica especial, una princesa, y que no deberías pasar el rato conmigo.

—Oh, ¿por qué no?

—Porque soy un *nhà quê* —dijo Tâm, llamándose 'pueblerino'.

Dejó caer la mochila. Se inclinó como si estuviera cavando el suelo con una azada. Se golpeó la espalda con los puños, se secó las invisibles gotas de sudor del rostro y siguió cavando. Estaba tan gracioso que me eché a reír.

Mientras volvía a casa en bicicleta, no me podía quitar a Tâm de la cabeza. Sus ojos sonrientes y su voz cálida me aturdían. Me decía que tenía que dejar de pensar en él. Los hombres podían ser malos, como aquellos que habían hecho daño a mi madre. No tenía ni idea de qué clase de persona era Tâm. No debería confiar en él tan rápidamente.

Llegué a casa y me encontré a tío Đạt en el suelo, silbando. Estaba haciendo un nuevo comedero para las cerditas.

Mi madre estaba ocupada en la cocina y unos aromas deliciosos

salían de sus manos.

Volvió la cabeza para mirarme.

—Da de comer a los animales, me están volviendo loca.

—Voy —dije, echándome a reír—. ¿Qué estás preparando?

—Tofu con salsa de tomate y cilantro.

Se me alegró el estómago. Hacía mucho tiempo que no lo comía y mi madre lo preparaba mejor que nadie.

—¿Falta mucho para la comida? —El tío Đạt echó un vistazo al reloj—. Nhung estará aquí dentro de un minuto.

—Tengo muchas ganas de verla. —Mi madre echó un montón de espinacas verdes en una sartén que estaba chisporroteando.

Cuando terminé de alimentar a las cerdas, la comida estaba ya en la mesa. La señorita Nhung distribuyó los palillos. Estaba tan delgada que se le veían las venas azules en el dorso de la mano. Me habría gustado que el tío Đạt la cuidara, pero ¿cómo iba a hacerlo, si no tenía trabajo?

—¿Te gusta tu nuevo colegio, Hương? —preguntó la señorita Nhung con una sonrisa.

—Ya no es tan nuevo, pero me gusta mucho —dije pensando en Tâm.

—¿Qué querrás estudiar cuando vayas a la universidad?

Lo de la universidad sonaba impresionante. Ojalá pudiera llegar algún día. Inspiré hondo.

—No lo sé todavía, señorita Nhung. —Me gustaban las palabras, pero no sabía si sería lo bastante valiente para ser escritora. Había leído libros de Phùng Quán, Trần Dần, Hoàng Cầm y Lê Đạt, escritores encarcelados durante el movimiento Nhân Văn Giai Phẩm. Las obras que habían escrito a mediados de la década de los cincuenta, en las que pedían libertad de expresión y reclamaban derechos humanos, me acercaban a mi abuelo, que había vivido esos tiempos y compartía las mismas ideas partidarias de la libertad. Sin embargo, sus obras también me hacían ver los riesgos a los que esos escritores se habían enfrentado con un gobierno que lo censuraba todo. «Un equilibrista de circo se enfrenta a dificultades impresionantes», dijo el poeta Phùng Quán. «Pero es más difícil

todavía ser un escritor que se mantenga toda la vida en el camino de la verdad».

Sabía que, como Phùng Quán, si algún día me dedicaba a escribir, solo podría expresar la verdad tal como yo la percibía. No podría retorcer las palabras para acariciar los oídos de quienes estaban en el poder.

—Espero que llegues a ser médica, Hương —dijo el tío Đạt—. Tu madre puede enseñarte cosas sobre hierbas medicinales. Tiene poderes mágicos. —Guiñó un ojo a la señorita Nhung, que se sonrojó.

Mi madre sonrió mientras servía tofu en el tazón del tío Đạt.

—¿A qué hora tenemos que salir?

—Dentro de media hora.

—He traído naranjas e incienso para el altar de Thành —dijo la señorita Nhung.

Mi madre asintió con la cabeza.

—He preparado una bolsita de arroz para sus padres.

—Sois maravillosas —susurró el tío Đạt, y me alegré de que mi madre y la señorita Nhung se hubieran tomado la tarde libre en el trabajo para acompañarlo. Hacía tres años justos que su amigo había muerto en un bosque de bambú y el tío Đạt tenía que ir a ponerle incienso. Pero le iba a costar mucho explicar a la afligida familia cómo habían sido los últimos momentos de la vida de su hijo cuando se extinguió bajo las bombas de un B-52.

El tío Đạt se agitó en la silla. Se había dado media vuelta para mirar el armario de la cocina varias veces. Delante de él tenía un vaso de agua y lo miraba fijamente.

—¿Estás bien? —preguntó la señorita Nhung, cogiéndole la mano.

Negó con la cabeza.

—Hermana Ngọc… ¿Podrías ponerme un poco de licor?

Se volvió hacia la señorita Nhung.

—Por si no lo sabes, era, he tenido problemas.

Nhung dejó los palillos.

—Sí, tu madre me lo ha contado, *anh*. No será fácil dejar el

alcohol, pero espero que lo intentes.

Mi madre fue a la cocina y cogió la botella.

—No me pongas delante la botella, hermana —dijo mi tío—. Un vasito será suficiente.

Cogió el vaso que le daba mi madre y lo olió. Lo bebió de un trago y cerró los ojos.

El destino

Thanh Hòa-Hanói, 1955-1956

Guayaba, aquel día estuve esperando a tu madre con Sáng en brazos en la casa del denso seto de plantas frondosas. Para pasar inadvertida me puse en cuclillas junto a un árbol frente a la casa y extendí la mano. Era una mendiga, mendigaba esperanza.

Ngọc tardó mucho en salir, iba de la mano de una niña. Las dos corrían agachadas.

—Hermana mayor, ¿no deberíamos escondernos dentro? —dijo la niña con una risita cuando se acercaban.

—Nadie lo ha dicho. —Ngọc me lanzó una mirada. Le habían lavado el pelo que fluía como un río por su espalda. Su rostro, ahora limpio de suciedad y restos de lágrimas, brillaba. Llevaba pantalones y camisa limpios y parecía tan fresca y bonita como una flor de jazmín.

—Date prisa, hermanita, escóndete detrás de aquel árbol —dijo Ngọc al pasar a mi lado. Mientras la niña salía corriendo, Ngọc se retrasó un poco y metió la mano bajo el cinturón. Algo blanco le brilló entre los dedos.

—Tengo trabajo, mamá. —Dejó caer dos bolas de arroz bien apretado en mi mano abierta—. Vete, estaré bien. Iré a buscar a Thuận cuando pueda.

—¿Estás segura, Ngọc? —No hubo respuesta. Ngọc había salido ya corriendo en busca de su nueva hermana.

Así, con Sáng sujeto a mi cintura, seguí mi largo viaje hacia

Hanói. Ahora que había ido colocando bajo cobijo a cuatro de mis hijos por el camino, era como una mariposa sin alas, un árbol desprovisto de ramas y hojas. Me sentía aturdida por el sentimiento de culpa, pero las piernas tenían que seguir adelante. Me castigaba andando noche y día. Para seguir viva, comía yerba, plantas de arroz y lo que podía robar de los campos. Sáng sobrevivía mamando y con lo poco que podía darle. El aire era cada vez más fresco y lo envolvía en el pañuelo de hacer hatillos de la señora Tú. Su olor me hacía llorar. Sin embargo, sabía que no podía malgastar la energía en una sola lágrima; tenía que darme prisa si quería volver a ver a Minh, Ngọc, Đạt, Hạnh y Thuận.

Avanzábamos deprisa, pero no lo bastante. La carretera nacional era el camino más corto a Hanói. Una mañana, temprano, me aventuré a acercarme de nuevo para pedir que me llevaran. No había muchos vehículos a esa hora, solo algún carro tirado por un búfalo o algún coche. Pocos se detenían cuando agitaba la mano y todos se negaron a ayudarme. Había controles en la carretera y nadie se atrevía a ayudar a una mujer sin permiso de viaje.

Volví a caminar por el sendero paralelo a la carretera. Entonces recordé algo: parecía imposible, pero estaba tan aturdida que me había olvidado de que llevaba algo valioso.

Me oculté tras unos arbustos y me quité la sobrecamisa marrón. Conteniendo el aliento, me despojé de la blusa de seda. Estaba sudada y sucia, pero no estaba estropeada. Mi hermano había elegido el mejor de los tejidos y la otra camisa la había protegido.

Enterré la cara en la blusa. El tierno rostro de Công y su sonrisa seguían vivos en mi recuerdo. Ojalá el señor Hải hubiera conseguido recuperar su cadáver y enterrarlo. Imaginé la muerte de mi hermano y sentí su dolor. Nunca habría podido imaginar que tanta violencia se cebara en nuestra familia. Pero, por otra parte, todos mis conocidos habían perdido a algún miembro de su familia de forma violenta. Me preguntaba cuándo terminaría ese círculo de sangre.

Encontré un arroyo y sumergí la blusa en la corriente para lavarla. El sol brillaba en la exquisita seda verde e iluminaba los incontables *phúc* escritos en ella: 'bendiciones'. Con la blusa sobre un

brazo, caminé con Sáng al otro lado. *Cái khó ló cái khôn*: 'las dificultades engendran sabiduría'. La camisa podría suponer para nosotros el billete a Hanói.

Tu tío Sáng se portaba muy bien. Balbuceaba mientras señalaba las flores, las mariposas, los coches y los carros que se arrastraban como insectos por la carretera. Señaló un árbol al lado del camino. Cuando nos acercamos, señaló un par de cestas de bambú en el suelo. Estaban llenas de guayabas y naranjas, nueces de areca y hojas de betel. Junto a las cestas estaban las cuerdas que las ataban a una caña de bambú. La dueña estaba en cuclillas, apoyada en el tronco, abanicándose con el sombrero.

—Hola, hermana —dije, agachándome a su lado. Sáng se me escapaba de las manos para coger un fruto—. No se toca —dije, sujetándolo.

—Puede coger una. —La mujer cogió una guayaba dorada, comprobó que estuviera madura y se la dio a Sáng.

—*Ổi, ổi* —balbuceó Sáng, dando palmadas. Hundió los dientecillos en la fruta.

—Qué gracioso es —dijo la mujer, pellizcándole la mejilla.

—¿Vuelves del mercado, hermana? —pregunté.

—El mercado estaba bien, pero nadie quería comprar nada. Todo el mundo intentaba vender sus productos.

—Hermana, ¿puedo ofrecerte algo? —Le tendí la blusa—. Es seda, tejida en Văn Phuc. —Le froté la mejilla con el tejido.

—Qué suave —dijo con una sonrisa—. Había oído hablar de la seda, pero no sabía cómo era.

—Me la regaló mi hermano —dije. Me falló la voz, no quería perder el último recuerdo que tenía de Công, pero sabía que no tenía opción. Le puse la blusa en la mano—. Te quedará muy bien, pruébatela.

—No. —La rechazó, mirándome de arriba abajo.

—Hermana —dije—, no la he robado, te lo juro. Mi hermano pagó mucho por ella.

—Entonces, ¿por qué quieres dármela?

—¿Me la cambias por tus cestas y la caña?

La mujer me miró.

Le sostuve la mirada.

—Hermana, necesito trabajo. Quiero ganarme la vida con las cestas y la caña. —Le di los dos céntimos—. Esto y la blusa.

Sujeté a la mujer e hice que se probara la blusa.

—*Đẹp quá.* —Sáng batió palmas, alabando lo bien que le sentaba a la mujer.

La mujer giró sobre sí misma, riendo. Al ver cómo le brillaban los ojos, me di cuenta de que el trato estaba hecho.

—*Ah, vui, vui* —Sáng balbuceó feliz, sentado en la cesta delantera y balanceándose al ritmo de mis pasos. A mi espalda, el otro cesto subía y bajaba, medio lleno de guayabas y naranjas.

—Quieto —le dije. Al principio caminaba despacio, pero después fui capaz de ir cada vez más deprisa, ya que Sáng se agarraba a las cuerdas con las dos manos sentado como un buda. Levantó la cabeza y se rio al contemplar una bandada de aves que formaba una gran uve en el cielo azul oscuro.

—Sé bueno, Sáng. Quédate quieto y llegaremos enseguida a Hanói —dije, caminando más deprisa hacia la carretera.

Ahora, con las cestas y la caña de bambú, tenía ya una excusa para andar por la carretera: llegar a la siguiente población con mercado. Esperaba que nadie se tomara la molestia de interrogar a una pobre vendedora que llevaba un bebé y viajaba en pleno invierno.

—*¿Ai mua ổi đẩy, cam đẩy?* —canté en voz alta mientras el zumo rojo me resbalaba de la boca. Mascaba un poco de mezcla de betel para que no se me viera que tenía los dientes blancos. A cambio de la blusa y el dinero, la mujer me había dado todo el contenido de las cestas. La venta de las naranjas y las guayabas serían el capital para mi negocio.

—*¿Ai mua ổi ẩy, cam ẩy?* —canturreó Sáng, encantado de aquella nueva manera de viajar. Todavía no pronunciaba la «d» y resultaba muy gracioso.

—¡Apártate del camino! —Oí gritos a mi espalda. Me volví y vi a un hombre y a varias mujeres sobre un carro tirado por un búfalo.

—Hermanas, hermano: guayabas cultivadas en casa, dulces como el azúcar —les dije.

—*Ai mua ổi ẩy, cam ẩy* —cantó Sáng, batiendo palmas.

—Ay, qué niño tan mono —dijo una mujer, y todos se echaron a reír.

El carro se detuvo. Las mujeres bajaron y se nos acercaron.

Pero ya no las veía. No podía apartar la mirada de los búfalos jadeantes. Mi padre estaba junto al carro y me sonreía. ¡Papá!

—Hermana, ¿cuánto vale cada una? ¿Me oyes? —Una mujer me tiraba de la manga.

Parpadeé y la imagen de mi padre desapareció.

Cuando la mujer volvió a tirarme del brazo, me volví hacia ella.

—Perdón. Dos céntimos cada una.

—¡Es mucho! —dijo otra mujer.

—Las traigo desde muy lejos, hermana. Son tiernas y jugosas.

Las mujeres negaron con la cabeza. Sáng vino a rescatarme.

—*Ai mua ổi ẩy, cam ẩy* —volvió a cantar, batiendo palmas. Se le formaban hoyuelos en las mejillas.

Las mujeres volvieron a echarse a reír.

—Vale, danos tres naranjas y dos guayabas. Que conste que te las compramos por lo gracioso que es tu niño.

Una mujer se rio mientras abría el imperdible que le cerraba el bolsillo. Sacó un puñado de monedas.

—¡Lo has conseguido! —Cuando el carro estuvo ya lejos de nosotros, me dejé caer de rodillas y abracé a Sáng—. Hemos ganado dos tazones de *phở* en unos minutos.

Aquella tarde, Sáng y yo vendimos todo lo que teníamos. El dinero que ganamos ese día, Guayaba, nos permitió comprar veinte tazones de *phở*.

Viajé durante varias semanas intentando ganar tanto dinero como podía. Los guardias siempre nos detenían en los controles de la

carretera. Los sobornaba con dinero o con frutas y conseguía convencerlos de que me dirigía al mercado del siguiente pueblo. Y Sáng contribuía en gran medida en seducir a los guardias. Sí, Guayaba. Ya sé que tu tío se ha convertido en un hombre muy serio, pero entonces era para mí una ayuda alegre y graciosa.

Para conseguir mercancía, teníamos que acercarnos a los pueblos. Llegábamos al mercado antes de que saliera el sol; así podíamos comprar los mejores frutos al mejor precio. Entonces ya tenía los dientes rojos por el betel y la piel morena. Y estaba muy delgada. Sabía que quienes me buscaban no me reconocerían fácilmente. De todos modos, los peligros eran como espinas afiladas a mi alrededor. Al acercarme a Hanói, mi acento de la región central llamaba la atención.

Intenté imitar el acento del norte y hablar lo menos posible.

Con los beneficios, compré sandalias para los dos, ropa de más abrigo y un *nón lá* para Sáng. Ahora que pasaba todo el día bajo el sol o la lluvia, necesitaba un sombrero. Pero casi siempre se lo echaba para atrás para lanzar miradas picaras a los clientes. Gracias a él, todo el mundo quería comprar nuestros frutos. En cuanto a mi sombrero, tenía que dejármelo puesto. Los niños lo habían encontrado y me lo habían dado y, cuando lo llevaba, sentía su presencia. Para entonces tenía ya tiempo suficiente para pensar y seguía convencida de que la única persona que nos podía ayudar era el maestro Thịnh. Mi padre y él habían tenido una relación tan estrecha que, cuando iba a Hanói, se alojaba con él, su mujer y sus dos hijos.

Guiada por la esperanza, seguí mi camino. Algunas veces, cuando me permitía dormir un buen rato, iba a algún pueblo y preguntaba si nos dejaban pasar ahí la noche. Pagaba a cambio. Había muchos ladrones por ahí, sin duda, pero mucha gente del campo nos abría las puertas de su casa. Dormíamos en el suelo o, si teníamos suerte, sobre una estera. Al pensar ahora en esos días, echo de menos el olor de esa paja de arroz. Era como perfume, el perfume de mi sueño.

Así que seguí caminando, caminando, caminando. En todas

partes buscaba a Minh, pero nunca vi el menor rastro de su presencia.

Al final de cada día estaba agotada. Viví muchos momentos de desesperación. Incluso ahora, algunas veces en sueños me encuentro andando con la caña de bambú sobre el hombro, las pesadas cestas, la carretera que parece extenderse ante mí hasta la eternidad. Me despierto con la espalda empapada en sudor.

Una vez, de camino a un pueblo, me eché a llorar. A mi alrededor, las plantas de arroz empezaron a agitar sus diminutas manos verdes. Me ofrecían la nana de arroz más dulce. Me di cuenta de que, cuando los seres humanos nos fallan, la naturaleza puede salvarnos.

Me obligué a ser como la naturaleza, así que me puse a cantar como las plantas de arroz. Le canté a Sáng y a mí misma. Cantaba en voz alta y en silencio. Estaba decidida a seguir cantando. Aprendí que, mientras tuviera voz, seguiría viva.

En diciembre de 1955, a los dos meses de huir de mi pueblo, entré con Sáng en un Hanói invernal. La llovizna cubría la ciudad. Todo estaba envuelto en una niebla misteriosa. Había comprado para cada uno una gruesa chaqueta de invierno y una bufanda de lana, pero no dejaba de temblar.

Al envolverme la cabeza con el pañuelo de la señora Tú sentía el calor de su amor. Esperaba que nuestra huida no le hubiera ocasionado problemas.

Al final de la tarde llegamos a una carretera asfaltada rodeada de árboles altos. Se alzaban unas pocas casas desoladas. No se veía un alma. ¿A quién le podía preguntar dónde estaba la calle de la Plata, donde vivía el maestro Thịnh?

Alcé los ojos al cielo, que empezaba a oscurecer. Había cubierto la cesta donde iba sentado Sáng y este, envuelto en ropa cálida, asomaba la cabecita.

—*Lửa* —balbuceó Sáng, señalando la esquina de una calle que acababa de aparecer ante nuestra vista. Detrás de un árbol, un

círculo de personas se apretujaba alrededor de una gran hoguera. El fuego crepitaba y resistía el viento y la lluvia. Yo tenía que ser como aquel fuego, capaz de resistirlo todo.

Me abrí paso y saludé al grupo. Cuando se dieron la vuelta, me detuve en seco. Eran todos hombres de aspecto peligroso. En sus ojos brillaban la rabia y el hambre.

Agarrando las cuerdas que sujetaban las cestas, me alejé a toda prisa con la mirada clavada en el suelo resbaladizo.

—Quieto —dije a Sáng. Tenía la sensación de que había confundido un melón con un coco: *tránh vỏ dưa gặp vỏ dưa*.

—Eh, ¿por qué te vas tan deprisa, hermana? —gritó alguien. Un coro de risas estalló. Pero no eran risas amistosas. Varios hombres saltaron al camino y me cortaron el paso—. Te he preguntado por qué te alejas de nosotros —gruñó una voz.

Un hombre se me plantó delante. Tenía los ojos y las mejillas hundidos, poco pelo en el cráneo. Su ropa sucia olía a licor.

Me agarró el *non lá* de la cabeza.

—Enséñame esa cara tan bonita. —El pañuelo de la señora Tú cayó al suelo.

Di un paso atrás sujetando las cuerdas con fuerza y mirando de reojo a Sáng. Tenía que proteger a mi niño, pasara lo que pasara.

—Por favor, déjenme marchar. Mi marido y sus amigos nos están esperando.

—Oh, qué acento de la región central tan fino.

Un hombre con los dientes amarillos se inclinó sobre mí. Sus ojos inyectados en sangre atravesaron los míos.

—¿Marido? ¿Dónde? ¿Dónde está ese hijo de puta con suerte?

Señalé hacia delante. Me temblaba la mano, no podía evitarlo.

Los hombres echaron la cabeza hacia atrás, riendo.

—Te tiene miedo, hermano —dijo un hombre con bigote, dándole un codazo al de los dientes amarillos.

—Miente, dale una lección —dijo otro hombre. Los demás recibieron sus palabras con vítores.

Sáng se echó a llorar. Alguien le había quitado el sombrero. Cogí a mi bebé y lo sujeté contra el pecho. Lo mecí y le canturreé,

pero estaba tan asustado que no paraba de gritar.

—Hermanos, por favor —dije, con los ojos llenos de lágrimas—. Estáis asustando a mi hijo. Por favor, dejadnos marchar.

—Dile que se calle —soltó uno de los hombres.

Acaricié a Sáng en la espalda. Intenté que apoyara la cabeza en mi hombro, pero la apartó. Sus gritos de miedo se hicieron más fuertes.

Zas. Un manotazo. El hombre de los dientes amarillos le había dado a Sáng una bofetada.

—Cállate, pequeño monstruo —siseó.

Protegí a mi hijo con una mano.

—Tú sí que eres un monstruo capaz de pegar a un niño —grité.

—Ah, una tigresa —rio uno de ellos. Algo brilló en su mano. Un cuchillo. Deslizó la punta por debajo de mi bufanda y me presionó en el cuello.

—No montes un numerito —gruñó el hombre, tapándome la boca con la mano.

Sáng temblaba en mis brazos. Lo sostuve con fuerza. Mientras los hombres me registraban, apreté los dientes. Si me movía, podrían hacer daño al niño.

—Mierda, esta puta es rica —rieron.

—Ponlo todo en los sombreros, imbécil. No es solo para ti —ladró una voz.

Sacaron monedas y billetes de mis bolsillos. Las monedas y los billetes empapados con el sudor de mi duro trabajo y de mi pena, las monedas y los billetes que tenían que devolverme a mis hijos.

—¡Ese dinero es mi vida! —grité, pero mi voz era solo un gemido.

—Estate quieta, zorra. —Presionó más el cuchillo que tenía en la garganta. Noté un dolor agudo—. Estate quieta o te rebano el cuello.

—Viene alguien —susurró una voz—. De prisa, idiotas.

Los hombres cogieron la caña de bambú y las cestas y salieron corriendo.

—¡Ladrones! ¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude! —grité, pero los

hombres estaban desapareciendo ya en la niebla. Se llevaron incluso el pañuelo de la señora Tú.

Sáng estaba alterado, pero no herido. Lo sostuve y lloré contra su pecho.

Oí el sonido de gente corriendo. Un grupo de mujeres corrió hacia nosotros, cada una de ellas con un par de cestas colgando de una caña de bambú.

—¿Estás bien, hermana?

—¿Qué ha pasado?

Me palpé el cuerpo, pero solo encontré el vacío entre mis dedos.

—Los ladrones se me han llevado todo el dinero.

—Lo sabía. —Una mujer golpeó el suelo con el extremo de su caña de bambú.

—Hanói puede ser peligroso, hermana —dijo otra mujer—. No puedes salir sola cuando anochece.

Yo estaba de pie, con Sáng apoyado en la cintura, sintiéndome como un árbol sin raíces. Era rematadamente tonta. Había perdido el tiempo comprando y vendiendo y ahora me lo habían robado todo. ¿Qué haría en la ciudad sin dinero?

Alguien peló un boniato y se lo dio a Sáng. Dejó de llorar y empezó a darle bocados. Mi pobre niño volvía a tener hambre.

Habría unas quince mujeres a nuestro alrededor. Llevaban unos cestos cubiertos de sábanas de los que emanaba un aroma a ñame hervido, patatas y mandioca.

—Estaba vendiendo fruta —dije a las mujeres—. Y esos hombres se han llevado los cestos y la caña.

—¡Qué horror! ¿Y qué vas a hacer?

—Tengo que ir al barrio antiguo, hermanas, para encontrar la calle de la Plata.

—Pero eso está lejos y está anocheciendo.

La niebla estaba espesando a nuestro alrededor y ocultaba la carretera. La llovizna cortaba el aire frio.

—Hermanas, tengo que llegar allí esta noche —insistí—. Por favor, ¿podéis decirme por dónde se va?

Las mujeres se alejaron un poco y, con las cabezas juntas,

hicieron un breve conciliábulo. Una de ellas se me acercó.

—Hemos decidido cambiar de camino. Te llevaremos a la calle de la Plata.

—¿Estáis… estáis seguras?

—No es mala idea intentar vender por allí.

La vida es magnífica, Guayaba, porque siempre que he estado mal ha venido alguien amable a socorrerme.

Era ya de noche cuando llegamos al barrio antiguo, un laberinto de callejuelas entretejido entre casas viejas y torcidas. Contemplé las farolas brillantes en lo alto de los postes de metal. Allí había más bullicio. La vida se desparramaba por el asfalto. La gente cocinaba, lavaba y bebía té delante de sus casas, sus voces sonaban como suaves susurros en el viento.

—Aquí está la calle de la Plata, buena suerte. —Una de las mujeres me puso una bolsa en la mano—. De parte de todas nosotras. Solo unos simples boniatos.

Se me hizo un nudo en la garganta. La bondad humana no ha dejado nunca de desconcertarme.

Sáng agitó las manitas.

—Gracias, tías —dije yo en su nombre.

—Gracias, tías —repitió Sáng. Las mujeres se despidieron con la mano, riendo.

Inspiré hondo. Delante de mí estaba la calle de la Plata con sus cientos de casas, ¿dónde viviría el maestro Thịnh?

No sabía la dirección de mi maestro. Sus padres eran plateros, así que la casa tendría una platería. Me detuve en mitad de la calle, miré a ambos lados y decidí caminar hacia donde había más luz.

—*Dep quá*: 'qué bonito' —dijo Sáng, señalando las puertas y escaparates bien iluminados. Había tiendas a ambos lados. Las joyas de oro y plata brillaban bajo largos mostradores de cristal. Los escasos caminantes se abrigaban con gruesas chaquetas.

Me detuve delante de una tienda en la que había un hombre tras el mostrador trabajando en un brazalete de oro. Se bajó las gafas y

me miró.

—*Chào chu*. —Saludé con una inclinación—. Estoy buscando a mi maestro de la infancia, el señor Thịnh. ¿Lo conoce usted? Su familia vive aquí, en la calle de la Plata.

—¿El maestro Thịnh? —El joyero frunció su arrugado ceño—. ¿No se fue de Hanói hace tiempo y daba clases en Nghệ An?

—¡Sí, ese mismo! Yo fui alumna suya en Nghệ An, tío.

—Era compañero de clase de mi hermano mayor. —El joyero se quitó las gafas—. Pero el maestro Thịnh murió hace muchos años.

Se me escapó un grito del pecho. No volvería a tener la oportunidad de ver a mi profesor. Al marcharse, nos había dado a Công y a mí la mitad de sus libros. «Tenéis una intensa voluntad de aprender. Mantenedla viva», nos dijo.

Rogué al orfebre con la mirada.

—Tío, me gustaría hablar con la familia del maestro Thịnh.

—Ya no viven aquí. Su mujer y sus hijos se fueron al sur. Siguieron a los franceses. —El hombre examinó el rostro de Sáng —. ¿Lo busca solo para saludarlo o para algo más?

—¿Tiene parientes por la zona, tío?

—No lo sé —dijo, bajando la voz—. Se supone que no debemos mantener contacto con quienes se van al sur. Ahora son enemigos. —Se puso las gafas y volvió al trabajo.

La noticia me dejó sin esperanzas y pensé que me iba a desmoronar. Había sido muy tonta y no había hecho planes alternativos. En ese momento oí la voz de mi madre. *Cón nước cón tát*: 'mientras quede agua, nos las apañaremos'.

—Tío… ¿cree usted que puedo hablar con la gente que vive en su casa?

—En fin, buena suerte. Es cuatro casas más abajo, a este lado de la calle, la tienda que tiene el *bàng* delante.

En la calle, el invierno me caló hasta los huesos. Envolví bien a Sáng con la bufanda. Por muchos obstáculos que tuviéramos delante, tenía que combatirlos para volver a ver a mis hijos.

Allí estaba, la tienda que ocupaba la planta baja de la casa del maestro Thịnh. Me detuve ante ella, deslumbrada por el brillo.

Una mujer de mediana edad salió por unas escaleras de madera.

—Hola, hermana —saludó con voz alegre—. Pase, pase, ¿qué está buscando, un anillo, una pulsera, un collar?

Di un paso, avergonzada por las sandalias rotas y los pies llagados sobre aquel suelo tan limpio. Tras el mostrador, la mujer me sonrió. De sus orejas colgaban unos pendientes de oro y en sus muñecas tintineaban unas pulseras.

—Señora —dije, inspirando hondo—. Fui una de las alumnas del maestro Thịnh.

La sonrisa de la mujer desapareció. Me miró de los pies a la cabeza.

—El maestro Thịnh murió hace años, ¿por qué lo buscas?

—¿Es usted pariente?

—¡No es asunto suyo!

—Lo siento, no quería ser indiscreta. Lo que sucede es que… lo que tengo que decir es solo para sus familiares.

—Suéltalo. Soy sobrina suya. —La mujer cogió un paño y lo pasó por el mostrador, como si quisiera limpiar la mala suerte.

—Señora, el maestro Thịnh fue profesor mío. Durante cinco años, nos dio clase a mi hermano y a mí. Era el mejor amigo de mi padre, vivía con mi familia en el pueblo de Vĩnh Phúc…

—¿Y qué? ¿Qué quieres? —La mujer frunció el ceño. Examinó a Sáng, que estaba agarrado a mí, mirando un gran reloj de pared con forma de gato cuya cola se movía.

—Le ruego que me dé trabajo, señora. Hemos tenido problemas económicos y hemos perdido nuestra casa. El maestro Thịnh querría que su familia nos ayudara, era para nosotros como un miembro de la familia…

—¿Familia? ¿Ayuda? —La mujer se echó a reír—. ¡Esto es ridículo! Ni siquiera estoy segura de que lo hayas conocido.

—¿Pasa algo, Châu? —preguntó un hombre, subiendo por las escaleras. Sus cejas pobladas y sus ojos brillantes me recordaron a mi maestro.

—Buenas tardes, señor —dije, inclinando la cabeza—. Fui alumna del maestro Thịnh en Nghệ An…

—Hoy día no puedes fiarte de nadie, *anh* Toàn —dijo la mujer, sacudiendo el trapo—. Hay demasiados ladrones.

—Pero tiene acento de la región central. —El hombre se acercó más—. El tío Thịnh me contaba cosas de Nghệ An. ¿Cómo se llama usted?

—Diệu Lan —contesté sin aliento—. Mi hermano se llamaba Trần Minh Công y mis padres eran Trần Văn Lương y Lê Thị Mận. El maestro nos dio clases entre 1930 y 1935. Vivía con nosotros. Sabía leer y escribir chino y francés. Me enseñó la lengua Nôm. Su nombre completo era Đinh Văn Thịnh, había nacido en el año del dragón. Y era un virtuoso de un instrumento musical llamado *đàn nhị*.

—Sí, era mi tío, el sabio —dijo el hombre con una sonrisa.

Recordé lo que mi maestro había dicho y recordé que su nombre, unido al de su hermano más joven, significaba 'prosperidad'.

—El maestro Thịnh nos dijo que tenía un hermano menor llamado Vượng que seguía con la tradición familiar de la platería para que él pudiera dedicarse a la enseñanza.

—Ese es mi padre. Entonces, es cierto que eres Diệu Lan —dijo el hombre, dando una palmada—, ¿cómo has llegado hasta Hanói, hermana?

—Hermana por aquí, hermana por allá —rezongó la mujer—. No podemos dar limosna a todos los conocidos del tío Thịnh.

El hombre hizo caso omiso y me acercó una silla para que me sentara.

—Diệu Lan, tu padre venía aquí con su carro tirado por búfalos. Creo que en 1942 dejó de venir, mi tío se entristeció mucho.

—Sí, fue en 1942. Cuando mi padre viajaba hacia Hanói, con intención de ver al maestro Thịnh, murió… de un accidente. Desde entonces, nos han pasado cosas terribles. He perdido a mi madre, a mi hermano y a mi marido. —No quería llorar; pero las lágrimas fluyeron y me calentaron las mejillas—. Por favor, le ruego que me dé trabajo. Puedo limpiar; cocinar, lavar y ayudar en cualquier tarea doméstica.

El hombre cerró los ojos y se volvió hacia la mujer.

—Châu…, has tenido mucha carga de trabajo con los niños. Te iría bien un poco de ayuda.

—¿Ayuda? ¿Y cómo me va a ayudar con ese niño encima? Contrátala y tendrás dos cargas más.

—Señora, buscaré a alguien que cuide de mi hijo. —No sabía cómo, pero seguro que podría resolverse—. Puedo hacer cualquier tipo de trabajo doméstico, se me dan bien los niños.

—No confío en los desconocidos —dijo la mujer.

El hombre negó con la cabeza.

—Lo siento mucho, Diệu Lan. Tengo que hablarlo con mi mujer. Vuelve mañana por la tarde y te diremos algo.

—No hay nada de qué hablar —siseó la mujer—. ¿No has oído lo de la reforma agraria? Podría ser una rica terrateniente en fuga. Si la ayudas, tendrás problemas.

—Cállate —exclamó el hombre—. No dejes que la mala gente te envenene el pensamiento.

Me levanté para marcharme, pero no sabía adonde ir. Al otro lado de la puerta, la oscuridad parecía albergar a más hombres como los que acababan de robarme. Con la esperanza de que el sobrino del señor Thịnh me preguntara dónde iba a dormir, me senté de nuevo y me puse a Sáng sobre las rodillas. Me quité la bufanda y le envolví la cabeza. Si teníamos que sobrevivir sobre el asfalto, mi bebé debía mantenerse caliente.

—Espera —exclamó el hombre—. ¿Qué te ha pasado en el cuello, Diệu Lan? Estás sangrando.

Me llevé la mano al cuello. Había estado demasiado alterada por el robo para advertir el dolor, que ahora se disparó con el contacto. Sentí en los dedos un líquido pegajoso. Sangre. Mucha. Mi bufanda la había ocultado a las vendedoras y la señora Châu, pero ahora debía de ser llamativa.

—*Ew* —dijo la mujer—. No me creías, pero ¿no te das cuenta, *anh* Toan? Está claro que nos trae mala suerte.

—Tienes que ir a ver al señor Văn, el curandero. Te acompañaré —dijo el hombre.

—Tú no vas a ninguna parte —dijo la mujer—. La señora Chinh va a venir a recoger sus pendientes y todavía no están listos.

—La señora tiene razón, puedo encontrar el camino sola hasta donde viva el señor Văn, señor —dije con una inclinación.

—Está a unos cien metros escasos de aquí —explicó el hombre con un suspiro, señalando hacia la derecha—. Si preguntas a nuestros vecinos, ellos te indicarán el camino al templo Kim Ngân, él es el encargado.

Me dirigí hacia la puerta, mareada. Aunque encontrara al curandero, ¿me trataría si no tenía dinero?

Vagué por la calle de la Plata, pasé por delante de casas y tiendas llenas de gente y de su felicidad. Mi corazón lloraba por mis hijos. Qué terrible error había cometido caminando hasta Hanói para convertirme en un pájaro sin nido, un árbol sin raíces.

Cuando encontré el templo, crucé las antiguas puertas de madera, entré en un patio espacioso y vi a un hombre con el cabello blanco y largo. La barba, también blanca, le llegaba al pecho. Estaba inmóvil en el porche, sentado con las piernas cruzadas. Tenía los ojos cerrados, la espalda recta, las manos en el regazo.

Sáng estaba en mis brazos, mirando. Al cabo de largo rato, el hombre inspiró varias veces profundamente y abrió los ojos. Me acerqué con la cabeza gacha. El hombre saludó inclinando la suya. Su calma me recordó la de los sabios que siempre aparecían en nuestros cuentos de hadas y traían bendiciones a los desgraciados. Mi instinto me dijo que tenía que ser el señor Văn.

—Tío, me han dicho que es usted curandero, pero no tengo dinero. —Cuando las palabras se escaparon de mi boca, la vergüenza hizo que me sintiera tan pequeña como una hormiga.

—¿En qué puedo ayudarte, hija mía?

Me arrodillé y le enseñé el cuello.

—Es una herida profunda. —El maestro Văn hizo un gesto de dolor. Fue a buscar su caja de medicamentos y me curó la herida—. ¿Alguien te ha clavado un cuchillo? ¿Qué ha pasado?

—Unos ladrones, tío. Esta tarde.

—Has tenido suerte de que no te hicieran más daño —dijo,

moviendo la cabeza—. Una mujer joven como tú debería saber cómo protegerse en estos tiempos tan caóticos.

Pasamos la noche en la calle. El aire era frío, pero yo sentía calor. El maestro Văn no me había cobrado. Le pregunté si conocía a alguien que pudiera cuidar de un bebé y me llevó a la casa de la señora Thự, una de sus vecinas. Era artesana, sabía hacer animales de papel. Accedió a cuidar de Sáng a cambio de que le limpiara la casa y le lavara la ropa. Nuestro acuerdo tenía que ser secreto, por supuesto.

Poco después de comer llegué de nuevo a la tienda, que me pareció todavía más grande y brillante que la noche anterior. El sobrino del maestro Thịnh estaba detrás del mostrador.

—Buenas tardes, señor —saludé.

Levantó la vista.

—Llámame Toàn, por favor.

Miró hacia la entrada y bajó la voz.

—Mi mujer ha accedido a que la ayudes, pero, por favor; que no te vea nadie mientras estás aquí, y no salgas a menos que sea necesario. Si alguien pregunta, di que eres mi prima, que has venido a vernos. Y si hay algún tipo de problema…

—Entonces me iré.

Esa tarde, bajo la atenta mirada de la señora Châu, limpié la casa, lavé cubos de ropa, preparé la cena y bañé a los niños cuando volvieron del colegio. Intentaba tener un aire alegre, pero, Guayaba, la oscuridad se apoderaba de cada una de mis células. Ahí estaba, cuidando a niños ajenos cuando había abandonado a los míos.

Trabajaba doce horas al día todos los días de la semana, menos la tarde del domingo. Quizá la señora Châu había aceptado contratarme a petición de su marido, pero parecía encantada por tenerme de *nô lệ*: esclava para todo. Y mi salario era tan escaso que no me quedaba nada después de pagar un lugar para dormir en la parte trasera de la casa de un artesano y de comprar un poco de comida para Sáng y para mí.

¿Cómo iba a formar un hogar y traer a mis hijos a Hanói?

Busqué un trabajo mejor, pero había muchas personas sin empleo sentadas en las esquinas ofreciéndose por casi nada. Intentaba complacer a mis señores con la esperanza de que me subieran el sueldo, pero lo único que obtenía de la señora Châu eran quejas. Habría querido pedir ayuda al señor Toan, pero no me atrevía. Las noticias sobre los castigos a los terratenientes llegaban a Hanói. Cada pueblo, cada aldea y cada ciudad tenía una cuota de ricos terratenientes que denunciar, apalear o ejecutar. En los pueblos más pobres, incluso los campesinos propietarios de parcelas diminutas habían sido asesinados y se las habían quitado.

Ignoraba si el señor Toan lo sabía. Nunca me preguntó nada. Creo que tenía miedo de saber la verdad. No se lo reprocho.

Así pues, pasaron los días. Cuando hacía las tareas domésticas, cantaba y reía con los niños de los dueños de la casa; por dentro sufría. Al llegar la noche no podía conciliar el sueño. Me quedaba en la oscuridad pensando en Minh, Ngọc, Đạt, Thuận y Hạnh, rezando para que estuvieran bien y sobrevivieran. Temía no volver a encontrarlos, así que dibujé un mapa en un trozo de papel indicando dónde los había dejado. Me aprendí el mapa de memoria y cada noche hablaba con Sáng sobre ello. Así, si algo me sucedía a mí, algún día podría encontrar a sus hermanos y hermanas.

Cuando podía, daba vueltas por Hanói buscando a Minh. En más de una ocasión salí corriendo detrás de algún hombre en la calle porque se le parecía de espaldas. Pero mi búsqueda no me reportó más que penas. Si Minh no estaba en Hanói, ¿cómo iba a volver a encontrarlo?

«Tenga calma, ya cambiará su suerte. Tenga paciencia», me repetía, recordando las palabras de la monja Hiền. La estrella que había predicho mi fortuna se había movido y pronto encontraría alguna solución.

Cuando regresé al templo Kim Ngân para darle las gracias al señor Văn me encontré con que daba clases de autodefensa de manera gratuita.

Debo decirte, Guayaba, que detesto la violencia. Pero la vida me ha enseñado que debo construir mi fuerza interior y mis habilidades

físicas para defenderme no solo a mí misma, sino también a quienes me rodean.

Así que cada domingo por la tarde iba con Sáng al templo; mi niño daba ya sus primeros pasos por el camino. Al llegar al patio, donde el perfume de las plumerias flotaba en el aire, dedicaba toda mi atención a aprender. Sáng jugaba contento en el porche con los niños de mis compañeras o a la sombra de los grandes árboles de plumeria.

Mi clase de defensa personal resultó ser una gran bendición. Tras ganar muchos combates de artes marciales, el maestro Văn había desarrollado un método de defensa personal llamado Kick-Poke-Chop. La idea principal es que cuando un hombre intenta pegarte y hacerte daño, debes retroceder, bloquear los golpes con los brazos, coger impulso y darle una patada en los testículos. Cuando se agacha por el dolor, se le agarra el pelo y se le da un rodillazo en la cara; luego se utiliza el brazo libre para darle un golpe seco con el canto de la mano en el cuello.

Guayaba, deja que te lo enseñe: sí, una patada como esa, pero tiene que ser muy fuerte. Más fuerte. Directa. Utiliza la parte delantera de la planta del pie. Así, bien. No te rías. Otra vez. ¡Bien! Ahora me agacho de dolor, ¿qué haces? Sí, me agarras por el pelo, me bajas la cabeza y me golpeas en el cuello con el canto de la mano. Así. Bien, pero más fuerte. Deja que te enseñe.

Las clases del maestro Văn hicieron que a mis compañeras y a mí se nos endurecieran los músculos de los brazos. Nos golpeábamos en los brazos una a la otra repetidas veces, luego contra troncos de árboles. Meditábamos para mejorar nuestra capacidad de concentración y calma en las emergencias. Aprendimos a pensar y a actuar rápidamente.

El maestro Văn también nos enseñó a enfrentarnos a situaciones en las que nuestros atacantes llevaban armas. Nos enseñó a desarmar a los agresores y a tirarlos al suelo. Nos hizo practicar tanto que sudábamos profusamente, nuestros músculos aullaban de dolor. Cuando estuvo seguro de que era ya bastante buena, pidió a los hombres presentes en la clase que me atacaran con puñales

auténticos y pistolas falsas.

Mi madre decía siempre «la buena suerte está oculta en la mala suerte». Y es muy cierto. Los ladrones me habían robado todo mi dinero, pero la herida que me infligieron me llevó hasta el maestro Văn, y fue el maestro Văn quien me ayudó a cambiar mi destino.

Sucedió a finales de febrero de 1956, cerca de tres meses después de mi llegada a Hanói. Estaba limpiando la casa del señor Toàn y de la señora Châu. Era la hora de comer y la calle estaba tranquila. Al entrar en la tienda para barrer el suelo, vi a un hombre muy grande de espaldas. Sujetaba a la señora Châu con una mano y con la otra sostenía un cuchillo que presionaba contra su cuello.

—Todo el oro y la plata. A la bolsa. ¡Rápido! Si haces ruido, le corto el cuello.

Detrás del mostrador, el señor Toàn parecía tan pálido como un fantasma.

—Llena la bolsa, deprisa. —El hombre apretó el cuchillo con más fuerza contra el cuello de la señora Châu. Esta gritó y el hombre le tapó la boca con la mano—. ¿Quieres morir, perra?

Sobre el mostrador había una bolsa marrón y el señor Toàn empezó a llenarla de joyas.

Silenciosa como un gato, me acerqué al ladrón. Mis dedos se convirtieron en garras poderosas que le sujetaron la muñeca y la retorció con fuerza para apartarla del cuello de la señora Châu. Las horas de entrenamiento me habían dado una fuerza tremenda. El cuchillo cayó al suelo.

El ladrón se dio media vuelta y se enfrentó a mí en el momento en que yo le hincaba los dedos en los ojos. Aullando, soltó a la señora Châu, que salió corriendo hacia su marido. Mientras el ladrón se llevaba las manos al rostro, le di una patada en la entrepierna, lo agarré por el pelo y le asesté tal golpe en la nuca con el canto de la mano que lo envió al suelo.

La señora Châu gritaba histérica mientras yo sujetaba las manos del ladrón a su espalda y me arrodillaba encima para impedir que se

levantara. Grité al señor Toan que trajera una cuerda. El ladrón tenía sangre en la cara. Afortunadamente para él, no había empleado todas mis fuerzas para darle en los ojos; así, por mucho que le dolieran, no los perdería.

Los vecinos llamaron a la policía y esta se llevó al ladrón. El señor Toan y la señora Châu estaban tan alterados que cerraron la tienda el resto del día. Al día siguiente, cuando fui a trabajar, la señora Châu me hizo pasar a su dormitorio.

—Cierra la puerta —dijo—. ¿Dónde has aprendido a pelear así?

—Me ha enseñado el maestro Văn, el guardián del templo, señora.

—Ya veo. —Me miró atentamente—. Eres toda una luchadora, Diệu Lan. No puedo ni imaginar lo que puede hacer alguien con tus habilidades. Si puedes vencer a un hombre grande como ese, ¿quién me dice que un día no te dará por atacarme a mí de esa manera? Si se te ocurriera hacerlo, podrías dejarme sin sentido.

Estaba atónita.

—¡Pero si la salvé e impedí que le quitaran su fortuna!

—Sí, pero ¿por qué? Quién sabe si estás planeando quedártela. Mi marido es rico. Sería un buen partido para cualquier mujer, especialmente para una indigente sin suerte.

—Eso no es cierto, señora —contesté educadamente, pero estaba muy enfadada.

—Venga, vamos, ¿me tomas por idiota? Me he fijado en cómo te mira. ¿Y quién puede reprochárselo? Esos ojos grandes, la piel lisa, las piernas largas, el pecho grande. Y he visto el modo en que te pavoneas delante de él.

—¡Eso es un disparate!

—Oh, sí, claro. La inocente, la pequeña Diệu Lan que no haría daño a una mosca. Pero he visto la forma en que te mira. Estoy segura de que conoces el viejo dicho, *Nuôi ong lay áo*: 'no puedo criar abejas en la manga de la camisa'. Así que, Diệu Lan, tengo que dejarte marchar.

—¿Me está despidiendo?

—Digamos que estoy cuidando de mi familia. Aquí está tu

salario final. Tómalo y no vuelvas nunca o te haré la vida imposible.

Tiró una bolsita de tela sobre la cama. Me agaché para recogerla. Pesaba muy poquito. ¿Qué iba a hacer con las pocas monedas que me había dado?

El señor Toàn estaba abajo atendiendo a un cliente cuando pasé en silencio a su lado. No me despedí para evitar más problemas con la señora Châu. Era una leona de Hà Đông, una mujer irrazonablemente celosa.

De vuelta a mi casa, me senté con Sáng en nuestra estera de paja. ¿Qué podría hacer ahora, sin trabajo? ¿Cuándo podría volver a abrazar a mis hijos?

Sáng se escabulló y se arrastró hacia la bolsa de tela, que había lanzado sobre la estera sin pensar. Sáng la abrió y cayeron unas monedas brillantes.

Las sostuve, sin aliento.

El señor Giáp, el joyero, me miró fijamente, con la cara llena de preguntas después de que se las mostrara.

—¿De dónde las ha sacado?

—Me las han dado los parientes del maestro Thịnh, tío. ¿Son buenas?

Me miró entrecerrando los ojos. Le pidió a su mujer que atendiera la tienda y que esperara fuera, cogió la bolsa y salió a toda prisa. No tenía ni idea de adonde iba, pero su expresión furiosa me impidió hacer ninguna pregunta.

Me quedé plantada en la acera, mis entrañas se sentían como si ardiera por dentro. Si las monedas eran de verdad de oro y plata, mi destino iba a cambiar. Pero ¿y si la señora Châu estaba jugando conmigo? Miré a mi alrededor. Ni rastro del señor Giáp. Era una hora llena de actividad, la gente iba de un lado a otro con prisa.

Sáng me tocó la cara.

—Mamá, mamá —balbuceó.

El paleto

Hanói, 1976

El canto estridente de las cigarras resonaba por el cielo. El aire se hinchaba con el fuego del verano. El sudor me corría por la cara. La mochila del colegio me pesaba en la espalda como si fuera una piedra. Me incliné hacia delante, pedaleando. Tenía que llegar a casa rápido para evitar el calor del mediodía.

Bajo los pies oí un ruido como de algo roto. Empujé con fuerza los pedales y resonó un chasquido ominoso.

Acerqué la bicicleta a la acera y la apoyé contra un árbol. La cadena se había soltado y dejaba al descubierto los dientes de metal.

Metí las manos en el marco, cogí la cadena e intenté levantarla, pero no se movió. Se me llenaron las manos de grasa negra. El sol me abrasaba. Tiré más fuerte. No pasó nada.

—¿Necesitas ayuda? —Levanté la vista y vi a Tâm, su cara enmarcada por el dosel rojo de las flores de *Phượng* que crecían en lo alto. Hacía meses que no hablaba con él. El corazón me latió con fuerza.

Escondí las manos sucias a la espalda y murmuré un saludo.

—Ah, ya veo, la cadena. —Tâm se puso en cuclillas a mi lado y examinó la bicicleta.

«Los hombres son malos», dijo una voz en mi cabeza. «No te dejes liar por Tâm».

«No pasa nada si te gusta», dijo otra voz. «Es tan amable y generoso como tu padre, el tío Đạt o el tío Thuận».

Me quedé pegada al asfalto mientras Tâm se levantaba, se alejaba y volvía con una ramita. La partió en dos.

—La próxima vez no intentes hacerlo con los dedos. —Sus ojos sonreían—. Luego es difícil limpiar esa grasa.

Se arremangó las mangas de la camisa. Le miré los músculos de los brazos y me pregunté si se deberían a que había tenido que cavar con la azada en los campos de arroz. En un rápido movimiento, Tâm dio la vuelta a la bicicleta y levantó la cadena con las dos mitades de la ramita. Liberó la parte que estaba atascada y la puso de nuevo en los dientes.

—Arreglo bicicletas con mi tío por las tardes —dijo Tâm, haciendo girar el pedal—. Esta cadena está demasiado floja. Te dará problemas otra vez.

—Esta semana me ha pasado dos veces. —Me sonrojé. Las chicas de mi clase habían estado cotilleando sobre Tâm. Unas cuantas estaban muy encaprichadas con él. Me pregunté si se habría dado cuenta.

Tâm volvió a poner la bicicleta sobre las ruedas.

—Pues vamos a arreglarla. —Miró al frente y su cara se iluminó de repente—. ¿Ves ahí?

Forcé un poco la vista y vi a un hombre a cierta distancia de nosotros. Estaba en cuclillas sobre el asfalto, encorvado sobre algo que parecía una lata.

—¿Un mecánico de bicicletas?

Tâm sonrió y asintió con la cabeza. Caminamos juntos mientras él empujaba mi bicicleta. Nos barrió una ráfaga de brisa fresca que desplegó una fragancia dulce. Al otro lado de la calle había un estanque rodeado de grandes hojas y flores de color de rosa. Flores de loto. ¿Cómo era que no las había visto antes?

—Parece que te has integrado bien —dije, poniéndome el pelo detrás de la oreja. Me sentía idiota por intentar caer bien a Tâm.

—Esto me gusta mucho. Me cuesta creer que hayan pasado ya cinco meses.

Cinco meses: tanto tiempo había transcurrido desde que le había enseñado el colegio. No habíamos hablado desde entonces, pero lo

había visto mirarme.

—Me alegro de que tu madre haya vuelto a trabajar en el hospital Bạch Mai y de que tu tío Đạt esté mejorando —dijo Tâm.

—Pero… ¿cómo lo sabes?

—Me he interesado por ti, claro. ¿Y tienes noticias de tu padre?

Negué con la cabeza.

—Esperaba encontrarme contigo para hablar.

—¿De qué?

—¿No te acuerdas de que estuvimos hablando de muchas cosas?

Volví la cara para ocultar una sonrisa. No podía decirle que todo lo que nos habíamos dicho resonaba una y otra vez en mi cabeza como si fuera una canción.

El mecánico era un hombre mayor cuyo cabello parecía una nube caída del cielo. Tenía en la mano una cámara de bicicleta y la estaba metiendo en un barreño lleno de agua. A su lado había una mujer sentada, mirando, que soltó una exclamación cuando un hilillo de burbujas salió de la cámara y ascendió a la superficie.

—Es un buen pinchazo, no me extraña que se deshinchara por completo —dijo el hombre a la mujer. Siguió las burbujas con un palillo y lo introdujo en el agujero—. Ahora señalo dónde está y luego lo arreglaré. Vamos a ver si hay más.

Supuse que íbamos a esperar a que el mecánico terminara, pero Tâm le preguntó si podía coger algunas herramientas.

—Las que quieras —dijo el hombre, señalando una caja metálica.

Tan dejó caer la mochila en el suelo. Mientras quitaba la cadena de mi bicicleta, la acortaba y la volvía a poner, le caían goterones de sudor por el rostro. Giró el pedal, escuchó el sonido suave que ahora hacía la bicicleta y asintió. Tensó los frenos, examinó las ruedas y las hinchó un poco con una bomba de mano.

—Parece un experto, ¿dónde lo has encontrado? —preguntó el mecánico. Había encendido una hoguera y estaba calentando un trozo de goma con la ayuda de unos palillos de metal.

—Tâm es compañero de clase —contesté, notando que me sonrojaba.

—Hacéis buena pareja —comentó la mujer, guiñando un ojo.

—No puedo estar más de acuerdo —añadió el mecánico, dejando la cámara, ahora deshinchada, en una tabla de madera. Quitó el palillo y selló el agujero con el parche de caucho caliente. Puso encima una pieza plana de metal y dio un par de martillazos antes de volver a sumergir la cámara en el barreño. El agua siseó y ascendió un poco de humo y de vapor.

Simulé prestar mucha atención esperando que Tâm no hubiera oído las palabras de la mujer.

—Hecho. —Tâm dejó mi bicicleta sobre la pata de cabra. Devolvió las herramientas al mecánico y lo ayudó a poner la cámara en la bicicleta de la mujer.

—Gracias, joven. —El mecánico parecía impresionado.

—Qué chico tan agradable —comentó la mujer, inclinándose hacia mí—. No lo pierdas de vista.

El mecánico levantó una lata, pero estaba vacía.

—Ahí —dijo, señalando el estanque— tienes agua para lavarte las manos.

Me habría gustado coger la mochila de Tâm para ayudarle a ponérsela, pero me quedé plantada como una idiota, con las manos sucias, mientras la mujer le pasaba las correas por los hombros. Este le dio las gracias y se volvió hacia mí.

—¿Vamos?

Tâm empujó mi bicicleta y cruzamos la calle en dirección al estanque. A cierta distancia, tras un anillo de pequeñas olas, los lotos se extendían y sus flores se abrían al viento.

Tâm apoyó la bici contra un árbol grande. Tras dejar la mochila en el suelo, se acuclilló en el talud de la orilla, que se elevaba por encima del estanque con una fuerte pendiente. Se inclinó y cogió agua para lavarse las manos.

Dejé la mochila con deseos de seguir a Tâm, pero tenía miedo de caerme en el estanque. Parecía profundo y no sabía nadar.

—Ven, lávate las manos —dijo Tâm. Antes de que pudiera contestar, me salpicó un poco.

Retrocedí unos pasos.

—No…

Tâm contuvo la risa, se agachó y volvió a salpicarme. Salí corriendo y tropecé con una gran raíz que sobresalía del suelo.

—Hương —gritó Tâm, corriendo hacia mí—. ¿Te has hecho daño?

Solté una risilla e intenté ponerme de pie. Tâm extendió las manos y tiró de mí. Tenía tanta fuerza que casi me precipita sobre él. Su olor hizo que el corazón me diera un vuelco. Estábamos muy cerca y sentía su aliento en el rostro.

—Ahora me toca a mí —dije. Tâm abrió mucho los ojos cuando le llené la cara de grasa con las manos. Di media vuelta y salí corriendo. Tâm me agarró por la cintura y me detuvo.

Me eché a reír. Tâm me atrajo hacia él y sentí su pecho en mi espalda.

Me di la vuelta y bajé la mirada para evitar sus ojos. Una sensación nueva y poderosa me recorrió. Nos quedamos en silencio mientras el viento soplaba en lo alto.

—Tengo… tengo que marcharme. —Me aparté de él. Sentía un hormigueo en todo el cuerpo—. Se me estará haciendo tarde y tengo…

—Ven a lavarte las manos. —Tâm me cogió del brazo y me llevó de nuevo al estanque. Cogió un poco de agua y me frotó las manos para quitarme la grasa de la piel. Cuando terminó, me incliné y mojé el pañuelo en el agua. Ahora que Tâm estaba a mi lado, ya no tenía miedo de caerme.

Tâm cerró los ojos cuando le toqué la cara con el pañuelo. Suavemente, le quité las manchas de grasa.

Abrió un ojo para mirarme mientras esbozaba una sonrisa radiante.

—¿Me ayudas a hacer una cosa?

—¿Qué cosa? —pregunté, intentando no mirar sus largas pestañas ni sus labios carnosos.

—¿Me coges la mano?

—¿Qué?

Señaló una flor de loto que quedaba fuera de nuestro alcance.

Luego señaló la raíz del árbol que salía del suelo.

—¿Te agarras allí?

—¿Seguro que se puede hacer?

Se encogió de hombros, sonrió y me dio la mano.

Agarré la raíz con una mano y con la otra cogí la de Tâm.

—Ten cuidado.

Sujetándome con fuerza, se inclinó sobre el agua. Cerré los ojos para no verlo caer. No me parecía posible que alcanzara la flor, pero cuando abrí los ojos temerosamente, los pétalos rosa estaban temblando contra su pecho.

Me dio la flor.

—Para la chica más encantadora y más inteligente.

Escondí la sonrisa tras la flor de loto. Su fragancia me robaba el aliento.

—¡Eh, ladrones! —se oyó gritar desde el agua. Me volví y vi a un hombre que hacía aspavientos y remaba en un sampán hacia nosotros—. ¡Mis flores!

—¡Uuuy! —Tâm tiró de mí y, mientras yo corría para agarrar las mochilas y me las echaba al hombro, recogió mi pañuelo. Cogió mi bicicleta y cruzó la hierba a toda velocidad hasta llegar a la calle.

—¡Lo siento, señor! —gritó Tâm en dirección al hombre de la barca—. ¡Es la primera flor que cojo para una chica, perdóneme, por favor!

No estaba muy segura de que el barquero hubiera oído a Tâm. Seguía remando furiosamente sin dejar de gritar. Tâm saltó a mi bicicleta y yo me subí detrás de un brinco.

Sujeta a su cintura, me ardían los dedos al sentir sus músculos a través de la camisa. Tâm iba a toda prisa por las calles entre el tráfico.

—¿Estás bien?

—Claro —dije, riendo, con la flor contra el pecho.

Nuestras risas se elevaron al unísono. A mi alrededor, el verano florecía en todo su esplendor. Y también en mi interior algo empezaba a florecer.

—Bien, ¿adónde vamos? —preguntó Tâm.

—¡Oh, no! ¿Qué hora es? —¿Cómo podía haber olvidado que el tío Đạt estaba solo y me necesitaba?—. Tengo que volver a casa corriendo.

—Te llevo.

Tâm conocía ya el laberinto de las calles de Hanói y encontró un atajo para ir a Khâm Thiện.

Hacía mucho tiempo que no llevaba ningún amigo a casa. Tenía ganas de que Thủy me viera con Tâm, así que miré en esa dirección fijamente cuando pasamos por delante de su casa. Pero ni rastro de ella. Había dejado el colegio y había empezado a trabajar haciendo cortinas de bambú en una cooperativa.

Abrí la puerta de la casa y me encontré con la abuela ahí plantada.

—¿Dónde has estado? —En su rostro las arrugas eran más profundas.

—*Chào bà* —saludó Tâm, inclinándose.

La abuela asintió y lo miró. Ni una sola palabra salió de sus labios.

Tâm se volvió hacia mí.

—Nos vemos mañana.

—¿Quién es ese? —preguntó la abuela cuando entré con la bicicleta.

—Me gustaría que fueras más cordial, abuela. ¿No podrías haberlo invitado a pasar?

—No sé quién es. ¿Y dónde has estado?

—¿No puedo tener amigos? —Tiré la mochila al suelo, pero no solté la flor de loto. Seguro que ahora ya no le caía bien a Tâm.

—Hương tiene razón, mamá —dijo el tío Đạt desde su silla de ruedas—. Ya es una chica mayor, dale un poco de libertad. —Me dirigió una sonrisa—. Qué flor tan bonita.

—Me alegro de que alguien se haya dado cuenta. —Se la di.

Señaló la mesa.

—Come, se está enfriando.

Me abalancé sobre los platos y los tazones, aunque sabía que debería haberme lavado primero las manos. Pero todavía sentía el

tacto suave de Tâm en la piel y quería dejarlo ahí.

La abuela buscó un jarrón en el armario.

—A tu edad sería mejor que fueras amiga de una chica.

—Es un compañero de clase, abuela —dije, poniendo los ojos en blanco.

—¿Y cómo es que no lo he visto nunca? Y ese acento de la zona central…

—Llegó hace unos meses de la provincia de Hà Tính.

—No está muy lejos de nuestro pueblo —dijo el tío Đạt, inspirando el aroma de la flor de loto—. Los hombres de Hà Tính tienen fama de ser honrados y trabajadores.

Sonreí a mi tío, agradeciéndole que se pusiera de mi parte.

—Eso ya se verá. —La abuela puso el jarrón con la flor de loto en la mesa y me sirvió un vaso de agua—. Como estaba diciendo, Đạt, le he pedido a Hạnh que se ocupe de que vuelvan a publicar la nota de búsqueda de Minh en los periódicos. Esperemos que vuestro hermano la vea.

—¿Crees que está en el sur, mamá?

—Estoy segura. —La abuela se volvió hacia mí—. Tu tía también ha hecho publicar anuncios para localizar a tu padre. En cuanto tenga alguna noticia, nos lo dirá.

Asentí con el propósito de escribir a mi tía con más frecuencia. Según dice un proverbio vietnamita, Xa *mặt cách long*: 'caras lejanas, corazones borrosos', pero seguíamos muy unidos a la tía Hạnh a pesar de que nos separaban más de mil kilómetros de distancia.

Retiré de la mesa los platos y los tazones y la abuela puso una gran cesta de la que sacó varios trozos de neumático.

El tío Đạt se sentó con cierto esfuerzo en una de las sillas del comedor. Llevaba meses haciendo ejercicios con los brazos y levantando pesas. Yo ardía en deseos de que llegaran pronto sus piernas ortopédicas. La abuela había vendido los cochinillos y había reunido todos sus ahorros, así como el dinero de la tía Hạnh y de mi madre. Mi tío había ido a que le tomaran medidas de los muñones, pero las piernas tardaban más de lo previsto. Había tantos soldados heridos que la demanda de miembros ortopédicos era mucha.

Empujamos la silla para acercarla a la mesa. El tío Đạt se inclinó para llegar a la cesta y cogió unas grandes tijeras. La abuela cogió un patrón de cartón con la forma de una suela de sandalia y lo puso encima de un trozo de caucho.

—Muy bien —dijo el tío Đạt y empezó a cortar.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Tu tío ha encontrado trabajo. —El tío Đạt esbozó una sonrisa —. Haciendo sandalias. Estupendo, ¿verdad?

—Para la cooperativa Thuận Viet —añadió la abuela, y lo entendí. Las sandalias de caucho del tío Đạt habían aguantado la caminata de seis meses por la selva. Eran fuertes, baratas y cada vez más populares.

—Será coser y cantar —dijo el tío Đạt—. Me acostumbré a remendarlas constantemente.

El aliento del tío Đạt ya no apestaba a licor. Pero no le estaba resultando fácil dejarlo. Nos había pedido que lo tiráramos todo, pero luego iba a buscarlo a la cocina y se ponía a gritar si no lo encontraba. Había llegado a pasar días enteros en la cama sin querer hablar. Afortunadamente, la señorita Nhung había estado allí cuando él más la había necesitado. Pasaban largos ratos en su habitación y la abuela me había dicho que no los molestara.

Algunas veces oía gemidos sofocados a través de la puerta abierta y me sonrojaba. Me imaginaba al tío Đạt y a la señorita Nhung besándose, tal como me habría gustado besar a Tan.

Al pensar en Tan todo mi cuerpo se acaloraba. ¿Cuándo podría volver a hablar con él? Había tenido dudas sobre él, pero el tío Đạt había dicho que los hombres de Hà Tính eran honrados y sinceros. Y eso era lo que más necesitaba en un amigo.

—Tengo que volver a mi trabajo —anunció la abuela—. Si te equivocas, no importa, Đạt. Los neumáticos son baratos.

—Mis sandalias serán mejores que las que fabrican ellos, te lo aseguro —dijo el tío Đạt sin apartar los ojos de las tijeras.

—Ten cuidado en la calle, abuela. —Saqué su bicicleta. No me gustaba que fuera tan mandona, pero sabía que lo hacía por mi bien.

—Volveré tarde. No queda mucha comida, pero todavía

tenemos un poco de pescado seco.

Probé los frenos de la bicicleta.

—El pescado seco es un plato perfecto, abuela. Esta noche cocino yo.

Aquella tarde cayó un chaparrón y mi madre llegó a casa temblando como una hoja. La llevé a nuestra habitación, donde su cama estaba junto a la mía y la de la abuela. La ayudé a secarse y la apremié para que se cambiara. Sentí un nudo en la garganta al ver cómo se le marcaban las costillas. Sus pesadillas habían vuelto. Durante la noche, la abuela y yo nos turnábamos para estar a su lado y, cuando gritaba y se agitaba, la abrazábamos.

Me habría gustado estrecharla con tanta fuerza como para arrancarle aquellos recuerdos tan terribles.

Pero mi madre no permitía que la compadeciera. En cuanto se vistió, cogió el peine y me desenredó el pelo. Me preguntó por el colegio y me contó cómo le había ido el día. Estaba contenta de volver a ser útil. Su hospital tenía demasiados pacientes, pocos médicos y todavía menos medicamentos. Había mucho que hacer y lamentaba todos los meses que había desperdiciado al quedarse en casa, enfadada con todos y cargando con su sentimiento de culpabilidad.

Aquella tarde, la señorita Nhung vino y se sentó con el tío Đạt a la mesa del comedor. La había convencido para que también hiciera sandalias de caucho para conseguir unos ingresos. Cuando dejé de estudiar un rato y me dirigí a la cocina, vi un par de sandalias nuevas delante de ambos. Estaban trabajando en otro par, él hablaba y ella escuchaba y reía en voz baja.

Volví a mis libros, regresé a la flor de loto, cuyos pétalos brillaban como la cara de Tâm.

Mi madre estaba en su cama clasificando distintos tipos de raíces secas, frutos, cortezas, tallos y flores. Los ponía en bolsitas y las etiquetaba.

Le llevé un vaso de agua.

—Acaban de llegar del Instituto de Medicina Tradicional —dijo, señalando las bolsas—. He estado estudiando sus propiedades y necesito un permiso.

—¿Para qué, mamá?

—Para practicar la medicina con hierbas. —Bebió el vaso de agua.

—Eres ya una médica brillante, seguro que te será de ayuda tu conocimiento de la medicina occidental.

—Sí, cuando ya se sabe cómo funcionan los órganos humanos es más sencillo curarlos con hierbas medicinales.

Asentí, cogí una raíz y la olfateé. Un olor dulce me llenó la nariz, pero sabía que el sabor era desagradable. Unas pocas semanas antes había tenido fiebre y mi madre me había dado una cocción de esas hierbas. Me recuperé rápidamente, pero no me apetecía volver a probarlas. Me estremecí al recordar aquel sabor.

—Hoy pareces un poco diferente. —Mi madre sonrió y los hoyuelos de sus mejillas se hicieron más profundos—. Te brilla la cara… ¿tienes ganas de contarme algo?

—Oh, mamá —protesté, sintiéndome un tanto incómoda.

—No hace falta que me digas nada. —Cogió una balanza diminuta, pesó un poco de corteza marrón y la metió en una bolsita —. Pareces tan feliz que me ha parecido que debía preguntártelo.

Asentí.

—Estoy feliz. Como hacía tiempo que no me sentía, mamá.

—Eso está bien.

—Estoy feliz porque estás en casa y el tío Đạt se encuentra mejor.

—¿Y tiene algo que ver un chico con todo esto? —Mi madre seguía sonriendo.

Le di un golpe en la espalda y escondí la cara entre las manos.

—¿Lo llevo escrito en la cara?

—Pues la verdad es que sí —exclamó, soltando una risa—. Yo también tuve tu edad, ¿no te acuerdas?

—Él… —vacilé un poco—. Es el que me ha dado la flor de loto.

—¿Te la dio él?

—Y me ha arreglado la bicicleta, mamá.

—Ah, es mañoso como tu padre.

—Por eso me gusta, me parece. Se parece a papá, sabe cómo hacerme reír.

—Pues cuéntame más cosas de él.

—Tiene la misma edad que yo. Dieciséis. Se llama Tâm —me gustaba cómo sonaba su nombre en mis labios—. Mamá, por favor, no se lo digas a nadie.

—Claro que no, prometido. —Mi madre me abrazó—. Es un secreto maravilloso, me alegro de que me lo hayas contado.

Al día siguiente fui al colegio con la esperanza de hablar con Tâm, pero algunos de mis compañeros lo habían visto ayudándome con la bicicleta y todos se burlaban de nosotros.

—Tâm y Hương son pareja, Hương y Tâm están juntos… —canturreaban. Cuchicheaban y reían. Tâm debía de sentirse incómodo también. Al terminar la clase se fue a su casa con un grupo de chicos. Durante varios días pasé al lado del grupo con mi bicicleta con ganas de pararme y hablar con él, pero no me atreví.

Intenté concentrarme en los exámenes finales. Pero hiciera lo que hiciera, la cara de Tâm se me aparecía en el pensamiento; igual que su voz profunda y su risa. Me daba cuenta de que lo echaba de menos. A medida que pasaban los días me iba enfadando con él por hacer que mi mente vagara de ese modo, por crear ese gran agujero vacío dentro de mí, un agujero que no sabía cómo llenar.

El tiempo transcurría con lentitud. Pasó una semana. La flor de loto se marchitó. Recogí los pétalos caídos y los tiré a la basura. Cambié el recorrido de regreso a casa para no ver a Tâm y a sus amigos.

Una noche me senté ante el escritorio y abrí el cuaderno. Tenía delante un problema de matemáticas difícil.

Llamaron a la puerta. Se acercó la señorita Nhung a avisarme.

—Hương, ha venido a verte un chico, dice que se llama Tâm.

—¡Oh! —exclamé, poniéndome de pie de un brinco—. Dile que espere un poco, tía Nhung.

Me apoyé en la puerta, mareada. Corrí a mi armario y saqué mis

camisas favoritas. Cogí una, la aparté y elegí otra. Me la puse y cambié de opinión de inmediato.

Fui al cuarto de estar. Tâm no estaba. ¿Había tardado tanto rato que se había marchado? El tío Đạt y la señorita Nhung estaban sentados a la luz de la lamparilla de aceite, trabajando en las sandalias y charlando como dos tórtolos.

La abuela se me acercó.

—Está fuera.

—¿Lo has tratado mal? —pregunté, mirándola fijamente.

—No, pero haz el favor…

Levanté la mano y me dirigí a la puerta.

Tâm estaba debajo del *bàng* con las manos a la espalda. Era alto, más alto de lo que recordaba. Lo iluminaba la luz de la luna, que hacía brillar su rostro.

—Hola, Hương —saludó.

—Hola. —Caminé hacia él, con los brazos y las piernas torpes, no sabía bien qué hacer con ellos.

—Esto es tuyo. —En la palma de la mano tenía mi pañuelo, limpio y doblado en un rectángulo—. Todavía huele a loto…

—Quédatelo si quieres —dije, sorprendiéndome a mí misma.

—¿Me lo regalas? —Tâm me sonrió—. Entonces, a cambio tengo que regalarte algo. —Sacó la otra mano de la espalda. Un precioso ramo de flores de loto entreabiertas—. No me quedó más remedio que volver y comprarle estas flores al barquero para que me perdonara.

—Eres increíble —dije, echándome a reír. Me llevé al pecho los capullos de las flores de loto. Y perdoné a Tâm por no haberme dirigido la palabra durante una semana entera.

Nos quedamos callados. Miré las flores y contemplé su belleza.

—Me dijiste que me prestarías libros —dijo Tâm, sonriéndome.

Asentí, agradeciendo que se acordara. Cuantos más libros le prestara, más motivos tendría para hablar con él.

—Entra, tengo unos cuantos y puedes elegir.

—Si no te importa, prefiero esperar aquí. Préstame tres de tus favoritos.

—¿Y si los has leído ya?

—Pues los volveré a leer.

Entré en casa y le di las flores a la abuela.

—Me ha traído estas flores y voy a prestarle unos libros. No lo conoces, pero le gusta mucho leer.

La abuela enarcó las cejas.

Corrí a mi estantería.

—¿*Guerra y paz,* de Lev Tolstoi? —comentó Tâm cuando le di el primero—. He oído hablar mucho de este libro.

—Ya me dirás lo que te parece cuando termines de leerlo, es largo. —Le enseñé los otros dos—. Pero no estoy segura de que estos te gusten.

—Oh, ¿poemas de amor de Xuân Quýnh y de Nguyễn Bình? Son mis poetas favoritos.

—Venga, no te empeñes tanto en ser amable. La poesía no le gusta a todo el mundo, ya lo sé. Si quieres, te los cambio por alguna novela.

—No, no. —La mirada de Tâm era sincera—. De verdad que me gusta la poesía. Y los poemas de amor encajan con mi estado de ánimo.

—¡Oh! —Me sonrojé súbitamente y miré hacia otro lado.

—Perdona, Hương —susurró Tâm—. Nuestros compañeros… Me gustaría hablar contigo todos los días en clase, pero no quiero que te sientas incómoda.

—No haces que me sienta incómoda. —Alcé la vista para mirarlo, aturdida—. Me alegro de que seas amigo mío.

—Yo también. —Tâm sonrió.

—Me parece que deberías saber una cosa —dije, mordiéndome el labio—. Mi abuela se dedica a comerciar.

—Eso dicen en clase.

—¿Y también te han dicho que no vengas a verme? —La amargura me atenazó la garganta.

—Bueno, a mí me da lo mismo —declaró con firmeza—. La gente tiene que tener derecho a comerciar.

No había oído a nadie hablar así. Nuestros profesores

denunciaban a los comerciantes y a los capitalistas y decían que eran *cặn bã của xã hội*, heces de la sociedad que había que limpiar.

Caminamos uno al lado del otro por la calle. Él llevaba la novela y yo los dos libros de poesía. El cielo había absorbido el calor del sol y liberaba ahora las estrellas. La luna llena vertía su luz por el camino.

—¿Dónde vives, Tâm?

—En el barrio de Đống Đa.

—Eso queda muy lejos.

—No tanto, y me sienta bien andar.

Pasaron corriendo varios niños y se colaron en el estrecho espacio que quedaba entre Tâm y yo. Se alejaron deprisa, arrastrando consigo sus risas.

Sonreí y negué con la cabeza. Cuando era pequeña hacía lo mismo para reírme de las parejas.

—He estado pensando en tu padre —dijo Tâm—. Y el pájaro que talló para ti. Tiene que ser una persona extraordinaria.

Asentí y le conté a Tâm lo mucho que quería a mi padre. Le hablé del viaje del tío Đạt durante la guerra y cómo me había traído el *sơn ca*. Le conté también la muerte del tío Thuận, el regreso de mi madre de la guerra, el trabajo de la abuela y el extraño comportamiento del tío Sáng.

—Lo siento —dijo Tâm—. Después de oír todo esto, todavía me parece más increíble lo buena que eres en el colegio.

—No soy muy buena. Debería estudiar más.

—No lo dices en serio. —Bromeando, Tâm me golpeó el hombro con el suyo—. En el examen de matemáticas de ayer fuiste la única que sacó la nota máxima.

—Tú tampoco lo hiciste mal. Tuviste un noventa y ocho por ciento.

—Me gustaría que los profesores no leyeran las notas en voz alta —reflexionó Tâm con un suspiro—. Hace que se sientan incómodos los que no tienen buenas notas.

—Sí, ya lo sé.

—¿Quieres saber otra cosa, Hương?

—Dime.

—Los chicos de clase dicen que los intimidas por tus buenas notas.

—No puede ser verdad.

—Eso dicen. Pero creo que se equivocan. No eres nada intimidante, al contrario… —Tâm no terminó la frase.

Habíamos dado media vuelta y ahora estábamos bajo el *bàng*. Pasaron varios minutos en silencio.

—Deberías entrar ya —dijo Tâm—. No quiero que tu abuela se inquiete.

Asentí y le di los libros. Sus dedos rozaron los míos.

—Buenas noches —susurró—. Que tengas buenos sueños.

Tenía una expresión tan tierna que me di media vuelta y salí corriendo.

La abuela hizo infinitas preguntas sobre Tâm y, cuando le dije que era muy bueno en matemáticas, se ablandó un poco. Pero me dijo que no podíamos ir a ningún sitio donde estuviéramos a solas.

—¿Crees que me pueden pasar cosas malas? ¿Como las que le han pasado a mi madre? —dije, furiosa.

—Oh, Hương. Eres joven y el mundo es complicado. Ve con cuidado, por favor, solo te pido eso.

—Ya voy con cuidado. Y tienes que confiar en mí, abuela.

—Querida Hương, confío en ti, pero no en los demás.

La abuela se había enterado de la discusión entre mi madre y el tío Sáng. Durante una temporada dejó de enviarles comida, pero cuando fue avanzando el embarazo de la tía Hòa cambió de opinión porque no quería que el bebé sufriera las consecuencias.

Dos tardes por semana, cuando mi madre tenía guardia de noche, me tocaba llevar comida al piso del tío Sáng. Aunque mi tío sabía que algunas veces la abuela estaba esperando al pie de las escaleras, nunca la invitó a subir. Se comportaba como si fuera responsabilidad nuestra darle de comer. Nunca preguntaba cómo estaba el tío Đạt, al que solo había visto una vez en un salón de té.

La señorita Nhung se ocupó de concertar la cita, de la que el tío Đạt regresó furioso, diciendo que el tío Sáng estaba repleto de basura propagandística.

Parecía que, de todos los hermanos, el tío Sáng era el que había tenido más suerte. Había salido indemne de la guerra y, cuando la abuela tuvo que huir del pueblo, fue el único al que no tuvo que abandonar.

—Mamá ha mimado demasiado a Sáng —comentó el tío Đạt a mi madre—. Si lo piensas, siempre ha tenido debilidad por él, es su hijito pequeño.

El tío Đạt tenía razón. El tío Sáng había tenido mucho tiempo para establecer un estrecho vínculo con la abuela durante su viaje a Hanói y lo había utilizado después para manipularla.

Me disgustaba ver al tío Sáng y sentí alivio cuando Tâm empezó a acompañarme a llevarle comida. Su tío le había comprado una vieja bicicleta y él la había arreglado y le había puesto un sillín en la parte trasera. Esas tardes, me sentaba ahí y él llevaba la bicicleta. Charlábamos por el camino y me contaba cosas de su familia. Sus padres eran campesinos y habían trabajado mucho para enviarlo a Hanói y que pudiera prepararse mejor para la universidad. Tâm tenía una hermana menor que quería superarlo en todo. De sus abuelos, solo vivía el padre de su madre. Este era un hombre difícil que estaba enfermo y prefería quedarse a solas en su habitación. Tâm se preguntaba si estaba bien de la cabeza, ya que algunas veces lo había oído llorar y hablar solo.

—Quizá le haya sucedido algo malo en la vida, ¿intentaste alguna vez hablar con él? —reflexioné, pensando en mi madre tras su regreso.

—Sí, lo intenté, pero me llamó de todo, incluso intentó pegarme.

—¡Qué horror! ¿Y le has preguntado alguna vez a tu madre por qué es tan infeliz?

—No sabe gran cosa. Él siempre ha mantenido las distancias. Cuesta creer que sea su hija, ella es justo lo contrario.

Tâm me contó que echaba de menos a sus padres y a su

hermana, pero pensaba que tenía suerte al poder vivir con su tío. La mujer de su tío había muerto hacía varios años y, desde entonces, aquel hombre tan tierno no había vuelto a mirar a ninguna mujer.

—Mi tío me contó que el amor verdadero solo aparece una vez en la vida —dijo Tâm.

Pensé en el tío Đạt y en la señorita Nhung, en cómo había florecido su amor. Por fin habían llegado las piernas artificiales. Al principio, al tío Đạt le habían parecido insoportables, pero con la ayuda de la señorita Nhung había aprendido a utilizarlas.

—El tío Đạt ya no bebe —le conté a Tâm—. La señorita Nhung viene a verlo todas las tardes para fabricar sandalias y charlar.

—Forman un buen equipo, como nosotros dos, ¿no te parece?

—No lo sé. —Le di una palmada en la espalda y me sonrojé.

—*Tay em têm trầu, lá trầu cay xứ Nghệ*… —La voz de la abuela llenaba la cocina de luz. Cantaba una canción tradicional que hablaba de una chica que invitaba a sus visitantes a tomar betel; había sido una de las favoritas de mi madre, así que la miré de soslayo con la esperanza de que, al menos, la tarareara. Pero de sus labios no salió ningún sonido. Parecía que le hubieran robado su voz de seda.

El tío Đạt se acercó andando hasta la mesa del comedor, alto y varonil. Ya no tenía la cara tan delgada y ahora su piel había adquirido un brillo saludable.

—Tienes buen aspecto —dijo la abuela, echando unas verduras humeantes en un gran recipiente que había sobre la mesa—. Hijo, estás cada día mejor. A tiempo para la fiesta de compromiso.

—¿Cómo? —exclamé, sin aliento.

—¿No te has enterado, Hương? —Mi madre dejó una olla de arroz en la mesa—. Đạt y Nhung van a comprometerse.

Corrí hacia mi tío y lo abracé.

—Calma, calma —dijo mi tío, echándose a reír y apoyándose en mis hombros para mantener el equilibrio—. Estoy muy feliz y muy agradecido.

Mi madre acercó una silla y ayudó a mi tío a sentarse.

—La verdad es que tenía miedo de que los padres de Nhung se negaran.

La abuela distribuyó los palillos.

—Al parecer, la chica se ha esforzado en convencerlos. Tenemos las bendiciones de nuestros antepasados. —La abuela dirigió la mirada hacia el altar de la familia, donde ardían las varillas de incienso que perfumaban la habitación.

—Todavía no puedo creer la suerte que he tenido —prosiguió mi tío—. Durante mucho tiempo no me atreví a pensar que Nhung quisiera volver a verme.

—La estabas subestimando, hijo. —La abuela nos sirvió arroz en los tazones.

—Supongo que sí —dijo mi tío, asintiendo con la cabeza—. ¿Crees que nuestra hermana Hạnh podrá venir a la fiesta, mamá?

—Tengo que escribirle, pero sé que ella quiere verte y celebrarlo con nosotros.

Me preguntaba cuándo podríamos visitar a mi tía en Saigón. Su familia estaba bien. El tío Tuấn era ya un alto mando del ejército.

—Espero que Tuấn no tenga nada que ver con los campos de reeducación ni con el castigo a la gente del sur —dijo la abuela suspirando—. Seamos del norte o del sur, somos todos vietnamitas. Me gustaría que todos pudiéramos vivir por fin en paz.

—¿Crees que nuestro hermano Minh podría estar en uno de esos campos? —susurró el tío Đạt—. Si huyó hacia el sur, quizá le tocó estar en el bando de los americanos.

—Estoy segura de que no. —Mi madre me puso espinacas fritas en el tazón—. Sabía que nos iban a reclutar a todos y no querría luchar contra nosotros.

—¿Y si lo reclutaron a la fuerza? ¿Y si no tenía más opción que luchar?

—Me da igual lo que haya podido hacer Minh —declaró la abuela—. No me importa nada si sigue vivo. Pero tengo que encontrarlo, de lo contrario no podré cerrar los ojos cuando la muerte venga y me lleve.

—Lo encontraremos, mamá —contestó el tío Đạt—. Ahora que la guerra ha terminado, también él nos estará buscando.

—Acabo de enviar otro télex al señor Hải. Si Minh se pone en contacto con alguien del pueblo, él nos lo dirá —explicó la abuela.

El tío Đạt se volvió hacia mí.

—Alguien parece muy feliz últimamente. Se diría que algo bueno florece por aquí.

Tragué un poco de arroz sin saber qué contestar.

—Dile a Tâm que venga a casa —dijo la abuela—. Podéis charlar aquí, no hace falta que rondéis por la calle.

—¿De verdad, abuela? —Le agarré la mano.

—¿Qué opción tengo? —dijo, encogiéndose de hombros—. Cuando tu nieta es *ngang như cua*, no queda otra que ceder.

Sonreí.

—Tienes razón, abuela. Soy más terca que los cangrejos que caminan de lado, pero de alguien lo habré aprendido.

Mi madre se echó a reír.

—Esta familia está llena de cangrejos muy tozudos —dijo mi tío con una carcajada.

La abuela parecía nerviosa. Caminaba de un lado a otro por delante del hospital nacional de obstetricia; tenía la espalda de la camisa empapada de sudor.

—¿Cómo está la madre? ¿Cómo está el bebé? —preguntó tan pronto como me vio.

—La tía Hòa todavía está de parto. No he podido verla. —Le tendí las fiambreras vacías. Qué cruel había sido el tío Sáng al prohibirle a la abuela que subiera. Había dicho que sus colegas irían de visita y se arriesgaba a perder su trabajo. Qué tontería.

—¿Todavía de parto? Lleva muchísimo tiempo. ¿Crees que estará bien?

Me encogí de hombros. Solo el tío Sáng podía hablar con los médicos. No lo había visto, era su ayudante quien me había devuelto los envases y me había pedido más gachas de avena.

—¡Esto es una locura! —El grito de la abuela me asustó. Levantó los brazos con las fiambreras. Abrí mucho los ojos y vi cómo las tiraba al suelo—. No puedo soportar esto ni un minuto más —dijo, alejándose.

—¿Adónde vas, abuela?

—A ver a Hòa y a decirle a Sáng que hasta aquí hemos llegado.

El pasillo estaba lleno de gente. No se veía rastro de mi tío ni de su ayudante. La abuela detuvo a una enfermera que pasaba apresurada.

—Mi nuera está dando a luz, se llama Nguyễn Thị Hòa. ¿Podría decirme dónde está, por favor?

—¿Nguyễn… Thị… Hòa?

La enfermera repasó la lista.

—En el quirófano. —Señaló hacia el final del pasillo.

—¿En el quirófano? ¿Pasa algo? —La voz de la abuela sonó como un aullido.

—Es una urgencia. —La enfermera se alejó a toda prisa.

Tiré del brazo de la abuela. Pasamos a toda prisa por delante de la gente echada o sentada en el pasillo hasta llegar delante del quirófano en el preciso momento en que salían tres hombres vestidos con una bata blanca. Parecían tensos, hablaban en susurros.

La abuela pasó por su lado a toda velocidad y corrió hacia la puerta que se estaba cerrando.

—¡Eh!, ¿dónde va usted? —gritó alguien.

—Soy la suegra. —La abuela se apoyó en la puerta y la seguí.

El intenso olor a medicamentos me golpeó la nariz. La tía Hòa estaba en una cama, tapándose la cara con las manos. El tío Sáng estaba a su lado, dándonos la espalda.

Al oír nuestros pasos, mi tío se dio la vuelta. Esperaba que regañara a la abuela, pero tenía el rostro contraído en una mueca.

—¡Oh, mamá! —exclamó.

—¿Está bien el bebé? —La abuela se acercó a la cama.

Al llegar a su lado, me tapé la boca con la mano. ¿Qué era lo que había junto a la tía Hòa? La cabeza era tres veces más grande que el cuerpo. La frente era protuberante y no tenía brazos ni piernas.

—¡No, no, no! —La abuela cogió al bebé y lo estrechó contra su pecho. El bebé no se movió ni emitió ningún sonido, estaba inerte.

El tío Sáng rodeó a la abuela con los brazos y enterró la cabeza en su cabello; sus sollozos ahogados me desgarraron el corazón.

Me arrodillé al lado de la tía Hòa. Parecía aterrorizada. Le cogí la mano. Me habría gustado abrazarla, pero, sin decir nada, se dio media vuelta.

Poco después, en un despacho con montones de documentos apilados sobre un escritorio, un médico anciano les dijo a la abuela y al tío Sáng que lo sentía mucho.

—¿Dónde estuviste durante la guerra, camarada? —preguntó a mi tío.

—Sobre todo, en Quáng Trị. ¿Por qué lo pregunta, doctor?

—Quáng Trị… ¿Estuviste expuesto al agente naranja?

El tío Sáng se puso de pie y se acercó a una pared. Sus hombros empezaron a agitarse. La abuela corrió hacia él.

Cuando mi tío se dio otra vez la vuelta para mirar al médico, tenía la cara muy pálida.

—¿El agente naranja? Muchas veces me mojó la cara. Me empapó la ropa. Pero ese producto químico ¿no era para destruir los árboles?

El médico se levantó de la silla.

—Todavía no estamos seguros de cómo afecta al ser humano el agente naranja, pero muchos veteranos que estuvieron expuestos han tenido hijos muertos o deformes.

El tío Sáng golpeó la pared con los puños. La abuela le cogió las manos.

Eso no podía estar sucediendo en mi familia. ¿Y qué iba a pasar con el tío Đạt y la tía Nhung? ¿Qué les sucedería a sus hijos?

Unos pocos días más tarde, nos sentamos en torno a la mesa del comedor. El tío Sáng tenía aspecto demacrado. Delante de él había un saco con ropa.

—No me puedo creer que Hòa te haya echado de casa —dijo el

tío Đạt.

—Las cosas no iban muy bien entre nosotros. Y ahora, cuando me mira, ve el diablo del agente naranja…

El *bàng* rascó el techo con sus ramas. ¿Los fantasmas de la guerra no iban a soltarnos nunca?

—Rociaron muchas veces las zonas en las que estuve combatiendo —dijo el tío Đạt. Su voz sonaba como si estuviera a punto de llorar.

La tía Nhung le cogió las manos y se las llevó a los labios. Las lágrimas le brillaban en los ojos.

—Criaremos a nuestros hijos, suceda lo que suceda.

—No te preocupes, Đạt —intervino mi madre—. La reacción del ser humano ante los agentes químicos es muy variada. Muchos veteranos han tenido hijos normales y sanos. —Miró a la tía Nhung —. Mi hospital va a importar una máquina de ultrasonidos y podremos ver los problemas del bebé antes de que nazca.

La tía Nhung cogió la cara del tío Đạt.

—¿Has oído a tu hermana Ngọc? Todo irá bien. Y, pase lo que pase, lo afrontaremos juntos.

Las lágrimas rodaron por las mejillas del tío Đạt.

La abuela se sonó.

—Sáng, me alegro de tenerte en casa.

—Solo te molestaré una noche, mamá. Mañana buscaré algún sitio donde alojarme.

—¡Esta es tu casa, Sáng! Y cuando estás aquí me parece más cálida. No tienes que ir a ningún sitio.

El tío Sáng miró la habitación, tenso como una cuerda de guitarra: en vietnamita diríamos *căng như dây đàn*.

—Este estilo de vida lujoso… no puedo aceptarlo —bajó la voz —. Por favor, no le digáis a nadie que paso aquí la noche. Me iré mañana antes del amanecer.

Mi madre negó con la cabeza. La había visto sufrir por el hijo del tío Sáng, pero no habían vuelto a hablar desde que discutieron. Lo tenía muy claro: nos había trocado por una ideología política.

—Bien —dijo la abuela con un suspiro—. ¿Puedo pedirte una

cosa, Sáng? Tienes muchos contactos en el sur. ¿Podrías utilizarlos para encontrar a tu hermano Minh?

—No tenemos pruebas de que haya ido al sur.

—Si estuviera aquí, habría vuelto ya al pueblo. Por favor, hazlo por mí.

—Es como buscar una aguja en el océano. No te puedo prometer nada, pero veré qué puedo hacer.

Yo ya no confiaba en el tío Sáng. Si encontraban al tío Minh en el sur, supondría un duro tropiezo en su escalera de ascenso social.

Estaba estudiando cuando mi madre se acercó a mi escritorio; el tío Đạt estaba detrás de ella. Me pasó los dedos por el pelo.

—Hương, me gustaría hablar contigo de una cosa.

—Sí, mamá.

—Ha pasado ya más de un año desde que terminó la guerra. He estado preguntando por ahí. Y no hay noticias de tu padre. Estaría ya de vuelta si… si siguiera vivo.

Me puse de pie.

—Está vivo. Lo sé.

—Hương, escúchame. Tu padre nos quería demasiado para no volver. Aunque estuviera herido, habría vuelto a rastras. O habría escrito. Al menos, nos habría escrito.

—Volverá pronto. Su pájaro me lo dice todos los días.

—Me gustaría creerlo, hijita. Pero no es justo para tu padre que no hagamos que su alma regrese al hogar. Si no quemamos incienso por él, su alma no encontrará el camino de regreso.

—¡Mamá, el incienso es para los muertos! —Me agarró por el hombro.

—Tenemos que poner un altar para tu padre, Hương. Tenemos que pedirle a su alma que vuelva a casa.

La aparté de un empujón.

—Mi padre no está muerto.

—Hương —intervino el tío Đạt—. Tengo que contarte una cosa. —Miró a mi madre y luego me miró a mí—. Cuando volví, te conté que me había encontrado a tu padre en la selva, nos dijimos adiós y dos semanas más tarde hubo un bombardeo. Pero lo cierto es que las

bombas llegaron poco después de que se fuera tu padre, quizá media hora. No sé cuánto se pudo alejar, pero…

Me tapé la cara con las manos y me eché a llorar.

—Lo siento, Hương. Habría querido ir a buscarlo, pero me encontraba tan enfermo que no podía ni andar. El bombardeo duró varios días. Cuando recuperé las fuerzas dejé la cueva para ir en su busca, pero habían arrasado la selva y no encontré a nadie entre los árboles quemados.

—¿Me has tenido engañada durante todo este tiempo, tío? ¿Por qué?

—Porque la esperanza nos ayuda a seguir vivos, Hương. He intentado pensar que tu padre podría haber sobrevivido, pero ya es hora…

—¿Y en qué otras cosas me has mentido? —grité—. ¿Te alegra ver cuánto he sufrido?

—Siento no haber sido capaz de decírtelo antes. —Mi tío se me acercó; las lágrimas le rodaban por la cara.

Lo rodeé y salí corriendo de la casa.

Las calles pasaban a mi lado, borrosas. El aire que rozaba mis oídos sonaba como el siseo de las bombas. Los golpes de mis pasos en el suelo enviaban temblores por todo mi cuerpo, como si fueran explosiones. Vi a mi padre en la selva envuelto en llamas. Lo oí llamarme mientras lo devoraban las lenguas de fuego y lo desfiguraban. Aullé con todas mis fuerzas. A mi lado, la gente gritaba y se apartaba para dejarme paso. Los vehículos tocaban el claxon y giraban a mi alrededor.

Los sollozos se ahogaron en mi pecho cuando tropecé y me caí al suelo.

Mi madre se acercó. Se arrodilló, abrió los brazos y me rodeó con ellos.

—Lo siento, mi querida hija —dijo, jadeando—. No pondremos el altar si no quieres. Lo siento, cuánto lo siento.

Me acarició la espalda hasta que dejé de sollozar y entonces me apartó suavemente. Me acarició las mejillas.

—Mírate, eres más alta que yo. Y más bonita, más lista. Tu

padre está orgulloso de ti.

—Lo echo de menos, mamá.

—Está aquí con nosotras, nunca está lejos —dijo, llevándose la mano al corazón.

Aquella misma noche, Tâm me llevó a dar un paseo en bicicleta.

—¿Adónde quieres ir? —preguntó.

—Me da lo mismo. —Apoyé la cabeza en su espalda.

—A un lago en el que hace fresco, ¿vale?

Cerré los ojos y vi la cara de mi padre. Me sonreía a una distancia de ocho años y sesenta y cinco días.

Por encima de nosotros, la luna flotaba en una cúpula de oscuridad, rodeada de estrellas brillantes. Si mi padre estaba en aquel cielo, quizá se hubiera liberado de todos los dolores de este mundo.

El lago Ngọc Khánh se extendía ante nosotros. Las lamparitas de aceite de los vendedores de té brillaban en la superficie del agua, como si flotaran. Tâm esperó a que me bajara de la bicicleta y la llevó junto a la acera. Cruzamos una franja de hierba y llegamos a la orilla del lago. Las olitas cabalgaban sobre la luz de la luna, hacia nosotros.

—Gracias por estar aquí, Tâm. Quiero demasiado a mi padre y no puedo dejarlo marchar.

—Vive en ti, Hương. Vivirá en tus hijos y tus nietos.

Me abrazó. El aroma de su cuerpo endulzó el aire a mi alrededor, su corazón latía dentro de mi pecho.

Levanté la cara para encontrarme con la suya. Nos besamos bajo el cielo mudo.

El camino a la felicidad

Hanói-Nghệ An-Hanói, 1956-1965

Después de que el señor Giáp, el joyero, desapareciera entre la multitud, sentí que me estremecía por dentro.

Mientras esperaba, ayudé a Sáng a dar sus primeros pasos por la acera. Cuando se cansó, le compré un helado. El señor Giáp volvió cuando Sáng se lo había terminado ya. Se disculpó por pensar que había robado la plata y el oro a mis antiguos señores. El señor Toan le había explicado que, sin mi ayuda, se habrían visto en la ruina y que aquel pago era un gesto de gratitud.

Incluso hoy día me cuesta creer cómo aquellas monedas cambiaron mi destino. Lo primero que hice fue comprar una cabaña diminuta en las afueras de Hanói y un permiso para desplazarme. El maestro Văn me ayudó a contratar un coche con conductor, un conocido de confianza.

Pero el día más feliz de mi vida fue también el que más miedo pasé. El tres de marzo de 1956 salí de Hanói en busca de Minh, Đạt, Ngọc, Thuận y Hạnh. Hacía casi cinco meses que los había visto por última vez y el tiempo parecía un pájaro deseoso de alejarse volando y de llevarse en sus alas la posibilidad de volver a ver a mis hijos.

—*Trâu*. —Sáng señaló un búfalo de agua que se alzaba como un montículo sobre un trozo de hierba. Más allá, el sol bañaba los campos de arroz.

—Búfalo de agua —repetí yo, estrechando a Sáng en mis brazos.

El conductor había bajado las ventanillas y el olor de los campos

fértiles nos envolvía. Miraba todos los rostros que nos cruzábamos con la esperanza de ver a Minh.

Era ya mediodía cuando el coche llegó al pueblo de Ký Đồng, situado en la provincia de Thanh Hòa. Pedí al conductor que esperara a cierta distancia del pueblo mientras yo me aventuraba con Sáng. El coche me hacía parecer rica y podría acarrearme problemas.

Había vuelto al pueblo muchas veces con la imaginación. Ahora, la memoria me guiaba por los callejones tortuosos. Al llegar al pie de un árbol vi una casa rodeada de un grueso seto de plantas. ¿Sabes dónde estaba, Guayaba? Sí, era la casa en la que se había quedado tu madre. Escuché, pero no oí nada. Esperé, pero no salió nadie. Tenía la sensación de que miles de hormigas me estaban picando la piel.

—*¿Ngọc oi?* —llamé.

—Ngọc —balbuceó Sáng.

Ninguna respuesta. Entré por la puerta del jardín.

Un gruñido hizo que diera un brinco. Un hombre de aspecto rudo apareció en la puerta. Me recordó a los ladrones que había encontrado en Hanói.

—¿Qué quieres? —ladró, colocándose la mano a modo de visera.

—¿Está aquí mi hija Ngọc?

—¿Y por qué iba a estar en mi casa? —mostró los dientes torcidos—. Vete de aquí, loca.

Me acerqué.

—Señor, hace unos meses llegó a esta casa una niña de quince años pidiendo trabajo. Creo que…

En ese momento, la niña que había estado jugando al escondite con Ngọc salió de detrás del hombre, movió los labios y agitó la mano frenéticamente.

—¿Qué estás haciendo aquí, tonta?

La niña escapó corriendo.

—La niña conoce a mi hija —protesté.

—Vete al infierno, loca.

Me quedé en el camino. Sáng lloraba en mis brazos. Todas mis

inquietudes por Ngọc parecían una madeja enredada en mi cabeza. En ese momento, una silueta menuda salió de detrás del seto. La niña corrió hacia nosotros y me acerqué a ella.

—Ngọc se escapó de papá —dijo, sin aliento.

Apreté los dientes.

—¿Sabes dónde está?

Se echó a llorar.

—La vi mendigando en el mercado del pueblo hace unos días. Por favor, por favor, encuéntrela —dijo, y regresó corriendo a su casa.

Apreté el paso.

El mercado estaba vacío. Todo el mundo se había ido a su casa para evitar el calor del mediodía. No quedaba nada excepto un terreno desolado.

Y un montón de andrajos. Al pie de un árbol solitario, aquello parecía una figura humana envuelta en una manta harapienta. ¿Podía ser mi Ngọc?

Corrí más deprisa que mis propios latidos en dirección al árbol. Me arrodillé, levanté la manta y vi el rostro que llenaba mis sueños, los labios que habían dicho mi nombre, los pies que habían dado los primeros pasos mientras yo batía palmas.

—Ngọc, mi hija querida. —Dejé a Sáng y la abracé para levantarla.

—Mamá, mamá. —Ngọc enterró su rostro en mi pecho; temblaba tanto que sentí en el corazón su agitación.

Lloramos y reímos juntas. Y luego reímos y lloramos. Ngọc insistió en cargar con Sáng cuando nos acercamos a la pagoda. Yo le pasaba el brazo por la cintura temiendo que fuera solo una ilusión.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo en la calle, querida mía? —pregunté.

—Un par de semanas, mamá.

—Cuánto lo siento. ¿Te hizo algo malo ese hombre?

—Lo intentó, pero no le dejé. Me defendí y salí corriendo.

Apreté los puños. Me habría gustado hacerle daño y, además, sabía cómo hacerlo. Pero seguro que eso nos haría correr peligro. Y

esperaba que el Cielo lo castigara. *Không ai trốn khỏi lưới trời*: 'ninguna mala acción escapa de las redes del Cielo'.

Abracé más fuerte a Ngọc y me prometí que a partir de aquel momento cuidaría mejor de ella para compensarla por lo que había tenido que vivir.

Llegamos a la pagoda, que parecía haber envejecido años en unos meses. El tejado cargado de musgo se estaba hundiendo; muchas tejas se habían caído y mostraban el endeble esqueleto de la cubierta.

En el patio delantero, los niños se congregaron a nuestro alrededor. Huesudos, con los pies desnudos y sucios. Examiné la cara de todos: Thuận no estaba entre ellos.

—Ahí, señora —dijo uno de ellos, señalando el jardín, que se había convertido en una mancha marrón. Había dos niños en cuclillas cavando.

—Thuận —llamé, y un chico se dio media vuelta. Tenía la cara manchada de tierra. Abrió la boca e hizo una mueca. Corrí hacia él.

Sentí la calidez del cuerpo de Thuận al estrecharlo. Mi carne, mi sangre, mi vida. Lo apreté contra mi corazón. Enjugué sus lágrimas con mis besos dispuesta a dar mi vida por mi hijo.

La monja Hiền estaba en la sala, sentada junto a un niño enfermo, acariciándolo y cantándole una nana.

Entré por la puerta entreabierta y su rostro se iluminó en la luz de la tarde.

—¿Diệu Lan?

Salió al patio y se disculpó por el estado en que se encontraban los niños. El gobierno había tomado medidas más duras en su control de las creencias religiosas. Mucha gente había dejado de ir a rezar a las pagodas y, sin sus donativos, los niños tenían que sobrevivir mendigando.

Me enteré entonces de que tu madre había estado llevando comida para Thuận y los otros niños.

—Cuánto te agradezco tu ayuda, Ngọc. —Hiền le estrechó la mano—. Y cuánto siento que no pudieras quedarte con nosotros.

Me llevé a Hiền a un lado y le di un poco de dinero.

—Mi pequeña contribución, señora —le dije. Intentó rechazarla, pero insistí en que era para los niños.

—Entonces, tiene que recibir algo a cambio. —Hiền me llevó al interior de la pagoda. Prendió una varilla de incienso y rezó por mí.

Me arrodillé a su lado.

—Señora, por favor, léame de nuevo el futuro.

Hiền me cogió las manos, pero me cerró los puños.

—No hace ninguna falta, hija mía. La vida nos trae penalidades por algún motivo. Quienes las superan y siguen siendo buenos con los demás, estarán con Buda en el nirvana. Es usted una mujer fuerte, Diệu Lan. Superará todos los obstáculos que la vida le plantee. —Sonrió y me dio su campana de madera—. Este es mi regalo. Buda oirá sus plegarias; deje que acuda y le dé paz.

Ahora sabes por qué aprecio tantísimo mi campana de oración, Guayaba. Es una muestra sagrada de compasión entre dos desconocidas.

Me habría gustado ir contigo a visitar a la monja Hiền. Hace unos pocos años volví a su pagoda y me encontré con que no había nada. Las bombas habían arrasado el edificio. La gente del pueblo me dijo que habían encontrado a Hiền bajo los escombros, abrazada a los niños. Las bombas los habían destrozado hasta dejarlos irreconocibles.

Rezo a menudo por Hiền. No solo salvó mi vida y la de Thuận, sino que también rescató mi alma. Inspirada por ella, me hice budista. He estado practicando el *Nhẫn*, el principio de la paciencia, que enseña a amar a otros seres humanos. Únicamente a través del amor podemos alejarnos de la oscuridad del mal en esta tierra.

A continuación volvimos a dejar el coche a las afueras de un pueblo donde los arroyos de corrientes rápidas se entretejían por los campos de arroz. Ngọc, Thuận y yo caminamos un rato con Sáng en mis brazos hasta llegar a la casa de la señora Thảo. La puerta estaba cerrada. La superficie de un estanque brillaba con los pétalos flotantes de unas flores amarillas llamadas *müóp*.

Di unos golpecitos en el portón del jardín.

—¿Hay alguien en casa?

—*¡Hạnh, Hạnh ơi!* —Ngọc llamó a su hermana.

La puerta se abrió y asomó una cara. Hạnh. Guayaba, era tu tía Hạnh. Todos la llamamos por su nombre. Todos a la vez.

Hạnh se acercó corriendo, el largo cabello le ondeaba a la espalda, las lágrimas le brillaban en la cara. Cuánto había crecido.

—¡Mamá! —Se lanzó a mis brazos. Mi bebé. Mi hermosa princesa.

La casa era tan fresca y tan acogedora como la primera vez. Parecía más alegre, con cuadros de colores en las paredes.

—¿Hay alguien más en casa, cariño? —pregunté.

—Mamá Thảo y papá Tiến están trabajando. —Hạnh se refirió a ellos con la misma naturalidad con que un niño se referiría a sus propios padres. Señaló los dibujos con una sonrisa radiante—. Son todos míos. Mamá Thảo me ha ayudado a pintarlos.

Las pinturas eran preciosas: familias felices, flores, aves y animales. Sabía que Hạnh tenía talento para el dibujo, pero debía admitir que la señora Thảo había sacado lo mejor de ella. Hạnh parecía contenta y bien cuidada. ¿Querría venir con nosotros?

—*Hạnh ơi* —gritó una voz. Miré hacia la puerta del jardín… La señora Thảo sonreía cuando metió el brazo para abrir el pestillo.

—*Mẹ Thảo*. —Hạnh corrió hacia su nueva madre, que se agachó, la cogió en brazos y dio vueltas con ella.

Hạnh se inclinó y susurró algo al oído de su nueva mamá; esta volvió la mirada hacia la casa. Cuando sus ojos se encontraron con los míos, estrechó a Hạnh con más fuerza.

Salí al patio.

—Lo siento…

La señora Thảo agarró la mano de Hạnh y pasó por mi lado. Dentro de la casa, se detuvo junto al altar de su familia y nos dio la espalda con Hạnh a su lado.

—Me llamo Diệu Lan —dije—. Siento haber dejado a mi hija con usted. He conseguido establecer un nuevo hogar y me gustaría que Hạnh viniera con nosotros.

Silencio.

Hạnh se acercó más a la maestra del jardín de infancia.

—Mamá, mamá Thảo.

—Oh, querida mía. —La señora Thảo se arrodilló y estrechó a Hạnh entre sus brazos. Cuando se puso de pie, su voz estaba llena de ira—. ¡No sé qué pensar! Cuando no volvió, di por hecho que no quería estar con su hija. Ha pasado mucho tiempo.

—Lo siento, hermana. Me gustaría haberle explicado mis circunstancias.

—¡Explíquemelas ahora!

Los niños me miraban con los ojos muy abiertos. No podía seguir mintiendo, pero ¿no supondría eso un peligro para todos nosotros? Al fin y al cabo, el marido de la señora Thảo era funcionario del gobierno. Pero me daba cuenta de que quería a Hạnh de verdad.

—Yo era una campesina que trabajaba duramente para mantener a sus seis hijos —le expliqué—. Cuando llegó la reforma agraria a nuestro pueblo, me acusaron injustamente de ser una explotadora. Mataron a mi único hermano y se llevaron a mi hijo mayor. Para seguir viva, tuve que escapar con mis hijos.

—¿Son todos suyos? —La señora Thảo señaló a Ngọc, Sáng y Thuận.

Asentí.

—Todavía tengo que encontrar a mi hijo Đạt y no sé nada del mayor, Minh.

La señora Thảo inclinó la cabeza.

—La reforma agraria fue demasiado lejos. Mucha gente sufrió injusticias. Le pregunté a Hạnh por su familia y, egoístamente por mi parte, esperaba…

Abrazó a Hạnh durante largo rato y la besó en la frente.

—Siempre te querré, hija. Ahora, vete y sé una buena hija de tu madre, que es una mujer valiente. —Se volvió hacia mí—. Llévese a Hạnh. Dese prisa; si la ve, mi marido se lo impedirá.

Le canté canciones a Hạnh. Cuando el coche aceleró para alejarse de allí, lloraba con tanta intensidad como la lluvia.

A lo largo de los años, Guayaba, he llevado varias veces a tu tía a ver a la señora Thảo. Aquella maestra sigue siendo su segunda madre, su amor es todavía un suelo fértil que enriquece la vida de Hạnh.

Aquel día se me aceleró el pulso cuando volví a ver el bosquecillo de bambúes y las torres cubiertas de musgo. Mientras subíamos por la pista de tierra serpenteante, los niños me sujetaban la mano y tiraban de mí hacia el mercado. Era media tarde y estábamos rodeados de gente.

Mi corazón se llenó de alegría al ver el puesto de *phở*, lleno de clientes.

Algunas personas aguardaban de pie para tener sitio. Pasé por su lado y vi a un chico cargando con humeantes tazones de *phở*. Estaba muy moreno y delgado. Era tu tío Đạt, Guayaba. Tu tío Đạt.

—¡Đạt! —grité.

—¡*Anh Đạt, anh Đạt*.! —Ngọc, Thuận y Hạnh dieron brincos al verlo.

Đạt nos miró. Por un momento, se quedó helado. Los tazones de sopa se le cayeron de las manos y se estrellaron contra el suelo.

Corrió hacia nosotros y me eché a llorar. A mi alrededor todo se volvió borroso y no volví a ver bien hasta que abracé a tu tío, enterré el rostro en su denso cabello y llené los pulmones con su risa.

—¿Qué pasa ahí? —gritó alguien.

—¿Qué se piensa que es esto? —rugió la mujer—. ¿Un sitio donde abandonar a los hijos cuando no los necesita?

—Por favor, no grite. —Le puse un puñado de billetes en la mano—. Espero que sea suficiente para pagar los tazones rotos y contratar a otra persona.

La mujer contó el dinero bizqueando.

—Deme otro tanto. Este idiota ha roto muchos platos.

—Ni hablar —protestó Đạt—. No he roto nada y me ha hecho trabajar muchas horas que no me ha pagado.

—No vuelvas por aquí —ladró la mujer—. Ni se te ocurra…

Pero estábamos ya demasiado lejos para oírla.

En el coche, los niños rieron y lloraron al contarse lo mucho que

se habían echado de menos y el miedo que habían pasado. Al verlos, la alegría llenaba cada una de mis células. Era como el tronco de un árbol del que crecen nuevas ramas, un pájaro que recupera las plumas de sus alas. Parecía que la estrella de la fortuna brillaba a mi favor y estaba segura de que no tardaría en estar con Minh, la señora Tú y el señor Hải.

La oscuridad era tan densa como la tinta cuando llegamos a Nghệ An, mi pueblo. En una pensión, algo alejada y oculta tras un bosquecillo de bambúes, salí a la terraza después de que los niños se quedaran dormidos.

Mi hogar, el de mi corazón, estaba muy cerca y al mismo tiempo muy lejos. Ardía en deseos de apoyar la frente en las paredes que habían construido mis antepasados, detenerme delante del altar de la familia y aspirar la presencia de mis padres, mi marido, mi hermano y mi cuñada. Muchas tormentas habían azotado mi hogar, pero la familia Trần seguía en pie. Sentía el peso de la responsabilidad sobre mis hombros y lo llevaba con orgullo.

El sol todavía no había salido cuando el coche se alejó; el conductor llevaba sendas cartas para el señor Hải y la señora Tú.

El tiempo avanzaba a paso de caracol. La mañana pasó y llegó el mediodía. A medida que transcurría la tarde, empecé a ponerme frenética. ¿Por qué tardaba tanto el conductor? ¿Le habría pasado algo?

Un golpe en la puerta. ¡El señor Hải! Corrí a sus brazos, los brazos de un campesino que había trabajado toda la vida en el campo, los mismos brazos que habían proporcionado refugio a las víctimas de la injusticia.

—Cuánto me alegro de verlos, Diệu Lan —dijo. Desde la terraza, contempló a los niños que, sentados en la cama, compartían los caramelos que había traído de Hanói.

—Tío, ¿sabe usted algo de Minh? ¿Dónde está la tía Tú?

—Minh… esperaba que usted supiera algo.

Sus palabras me golpearon los oídos como un trueno.

—No se preocupe, hija mía. La buena noticia es que no lo han pillado… Minh es listo y valiente. Seguro que lo encontrará pronto.

—¿Dónde está la señora Tú, tío? ¿Por qué no ha venido?

—Deje que le cuente lo que sucedió.

Después de nuestra huida, nos contó, el pueblo derivó hacia el caos. Los oficiales enviaron a gente a buscarnos con la esperanza de que nos atraparan y nos llevaran de vuelta.

La señora Tú defendió a la familia valientemente diciendo que no explotábamos a los trabajadores. Intentó proteger la casa, pero la multitud la golpeó y la apartó. Le quitaron los ahorros, diciendo que nos los había robado. Destruyeron el altar de nuestra familia y se llevaron de la casa todo lo de valor. Siete familias, incluida la de la carnicera, obtuvieron permiso para ocuparla. Se pelearon unos con otros y levantaron tabiques en las habitaciones. Discutieron por la división del jardín y del patio.

En los cinco meses transcurridos habíamos perdido nuestro hogar y nuestras tierras. El tribunal de la reforma agraria había dividido nuestros campos entre los campesinos sin tierras, los cuales empezaron a pelearse por un trozo. La avaricia creció como la mala hierba en el pueblo.

Mi pobre tía Tú, sola, se fue a vivir a un terreno de su propiedad. El señor Hải y su hijo la ayudaron a construir una cabaña. Sobrevivía de los frutos que crecían en su huerto. Plantó verduras y las vendió. Estaba decidida a salir adelante.

El señor Hải me puso una mano en el hombro.

—Diệu Lan, unos dos meses después de que huyeran, un campesino de camino a su trabajo vio a la señora Tú… su cuerpo estaba colgado de una rama.

—Dígame que lo he oído mal, tío. Dígame que la tía Tú está esperando a que vuelva.

—Shh. —Se llevó un dedo a los labios y miró a su alrededor—. En su cabaña había una nota de suicidio, decía que no aguantaba más.

—La tía Tú era analfabeta, tío Hải.

—Sí, ya sé que la asesinaron —contestó, negando con la cabeza —. Siento no haber podido ayudarla. En el pueblo han pasado cosas terribles y no solo a su familia, Diệu Lan. Por favor… no se acerque.

Esa mala gente todavía la busca. En cuanto sepa algo de Minh se lo diré.

De regreso en Hanói, puse un altar con otro tazón de incienso para la señora Tú. Nunca olvidaré su amor ni su generosidad, Guayaba. Sin ella, no estaría viva, estoy segura, y tú tampoco habrías nacido.

Incluso hoy, si escuchas mis latidos, oirás cantar la voz de mi tía Tú. Alimentó mi alma con canciones para que pueda cantarlas.

Y esas canciones ayudaron a Ngọc, Đạt, Thuận y Hạnh, que estaban traumatizados por lo que habían tenido que vivir.

Durante la primera semana que pasaron en nuestro nuevo hogar me rogaban que no me alejara de su lado. Cuando tenía que ir a buscar comida, me los llevaba conmigo. Dormíamos en la misma habitación, acurrucados en la misma cama y, a pesar de todo, se despertaban con pesadillas.

Hablábamos de lo que nos había sucedido e intentábamos ayudarnos. Pagué al maestro Văn para que viniera a casa una vez por semana y nos diera una clase solo a nosotros. Sus ejercicios de meditación calmaban a los niños y los ejercicios de defensa personal les permitieron recuperar la confianza en sí mismos.

¿Conoces el dicho, Guayaba? *Lửa thử vàng, gian nan thử sức*: 'el fuego demuestra la calidad del oro; la adversidad, la de los hombres'. Las dificultades que han tenido que superar tu madre, tus tíos y tu tía hacen que valoren la vida. Volvieron al colegio y fueron muy buenos alumnos. Trabajaban mucho: limpiaban casas, barrían la calle, vendían periódicos. Ahorrábamos cada céntimo y gastábamos lo mínimo en comida y en ropa.

Cuando el fuego de la guerra empezó a arder entre el norte y el sur de Vietnam, la revolución socialista estaba en su apogeo. Los habitantes de las ciudades se enfrentaban a una campaña del gobierno denominada *Cải tạo tư sản*: 'reforma de los capitalistas'. En Hanói expropiaron casas y propiedades, dispersaron a las familias.

Los bienes de mis antiguos jefes —el señor Toàn y la señora Châu — fueron confiscados. Tuvieron que irse a las montañas del norte para pasar por un programa de reeducación que duró más de un año.

Me habría gustado ayudarlos, pero doblegué la cabeza en silencio y trabajé; cualquiera que cuestionara al gobierno podía ir a la cárcel. Mi trabajo como vendedora de frutas en el mercado de Long Bien no me reportaba muchos ingresos, pero estaba decidida a que mis hijos no volvieran a pasar hambre. En cuanto Ngọc, Đạt, Thuận y Hạnh tuvieron un colegio, empecé a asistir a clases nocturnas para hacerme maestra. Nos cuidábamos los unos a los otros, nuestro amor convertía nuestra cabaña en un nido acogedor. Muchos años más tarde vendimos ese nido y compramos la casa que tenemos ahora en la calle de Khâm Thiên.

En 1957, casi dos años después de mi llegada a Hanói, el gobierno proclamó que se habían hecho muchas cosas mal durante la reforma agraria. Reconoció que la idea de redistribuir la riqueza era correcta, pero la ejecución se había descontrolado. Dijeron muchas cosas, si bien hicieron muy poco para corregir los errores.

Al final, de todos modos, pude viajar a mi pueblo. El señor Hải me llevo al bosque de Nam Đàn, donde se había ocupado de enterrar a mi hermano Công y a la tía Tú, junto a la tumba de mi madre. Ante ellos vertí lágrimas amargas. Los oí susurrarme en el viento que cantaba en el dosel de hojas verdes.

Intenté volver a nuestra casa y a nuestros campos, pero, Guayaba, fue como golpear la cabeza contra la pared. La casa de mis antepasados ya no existía ni existían las tierras que nos habían legado.

No fuimos los únicos en sufrir grandes pérdidas. Muchos inocentes habían recibido palizas y humillaciones públicas. Otros habían sido ejecutados; otros se suicidaron. Otros enloquecieron después de perderlo todo. Dos años después de la reforma agraria, la mujer que había acusado a su padre de violarla ciento cincuenta y nueve veces se suicidó. Se colgó de un árbol que crecía junto a la tumba de su padre.

Seguí buscando a Minh. El maestro Văn me dijo que quizá se hubiera ido al sur.

Rezo todos los días para que se extinga el fuego de la guerra. Entonces, el mayor de tus tíos caminará sobre las cenizas de nuestras pérdidas y regresará a casa. Estoy segura de que volverá algún día.

El tío Minh

Nha Trang, junio de 1979

Caminando de la mano de la abuela doblé una esquina y entré en un callejón. Durante unos momentos solo oí sus pasos apresurados. Los pasos de veinticuatro años de añoranza.

La abuela, mi madre, el tío Đạt y yo habíamos subido a un tren que chirrió y traqueteó durante dos días y tres noches para llegar a Nha Trang, una provincia del sur situada a cientos de kilómetros de Hanói. La tía Hạnh llegó poco después y nos encontramos en la estación. Los años que habíamos vivido separados la habían transformado en una típica ciudadana de Saigón: llevaba el pelo por encima de los hombros y ondulado, la piel cubierta de maquillaje, los labios pintados de rosa. Olía a lujo, a un sueño que yo temía no poder alcanzar nunca.

Busqué el número que había aprendido de memoria: setenta y dos. Podía estar escrito en cualquiera de las casuchas que se alineaban tras los dos albañales al aire libre que bordeaban la calle. Un fuerte hedor flotaba en el aire denso y cálido. Una mujer, sentada en los escalones de entrada a su casa, golpeaba con la palma de la mano la ropa enjabonada que llenaba un cubo. Gritó a los niños que nos seguían y estos se dispersaron como una bandada de pájaros.

Junto a uno de los albañales había un grupo de hombres sentados; sostenían unas tazas de un líquido claro, probablemente, licor de arroz. Su acento del sur flotaba perezoso en el aire caliente.

Cuando pasamos, dejaron de hablar. Alzaron el rostro y nos siguieron con ojos adormilados.

Pasamos a toda prisa junto a una vendedora de fideos que, con una olla gigante y una cocina con carbones encendidos, ocupaba parte de la calle. Por el cuello de la abuela caían gotas de sudor. Su cabello tenía ya más mechones blancos que negros. Llevaba en la mano un telegrama con la dirección que buscábamos. Había llegado a casa tres días antes y las dos líneas que contenía habían hecho que la abuela se desmayara. Cuando volvió en sí, insistió en que saliéramos al instante de Hanói.

Mi madre iba delante, cargada con una mochila llena de plantas medicinales secas. Cuatro años después de su regreso seguía tan delgada que yo temía que una ráfaga de viento se la llevara. La búsqueda de mi padre continuaba y sus pesadillas no habían desaparecido, pero, por lo menos, habíamos tenido noticias del tío Minh, aunque tal vez no fueran buenas.

La abuela me soltó la mano y corrió hacia una de las casuchas. Las paredes y el techo eran planchas metálicas oxidadas. Garabateado sobre una puerta desvencijada se veía el número setenta y dos.

Alcanzamos a la abuela delante de la puerta, la golpeamos y llamamos al tío Minh.

No salió ningún sonido del interior, solo se oyó el crujido de las planchas metálicas bajo el calor intenso.

—Está en casa, entren —gritó la vendedora de fideos, plantada en mitad de la calle, rodeada de niños, como una gallina de sus polluelos.

El tío Đạt empujó la puerta. Esta cedió lateralmente, como si estuviera a punto de caerse, y se abrió con un crujido. La luz entró en una habitación casi desnuda de muebles, excepto una cama de bambú desvencijada. En la estera de paja yacía lo que parecía el esqueleto de un hombre.

Estaba de costado, dándonos la espalda. Tenía la cabeza calva y arrugada. La piel amarillenta se adhería a los huesos del dorso desnudo.

—*¡Minh con ơi!* —gritó la abuela.

El hombre se esforzó en darse media vuelta. Tenía las mejillas demacradas, los ojos hundidos, los labios hinchados por las llagas.

—*Mẹ* —contestó. Extendió las manos—. Mamá, estás aquí.

La abuela avanzó a trompicones y sollozó sobre su hombro tembloroso.

—¡Hermano, oh, hermano! —exclamó el tío Đạt, estrechando al tío Minh contra su pecho.

Mi madre se arrodilló junto a la cama. El telegrama del tío Minh nos había dicho que estaba enfermo, pero ¿qué era aquello? Aparentaba el doble de sus cuarenta y un años. La toalla que tenía a su lado estaba manchada de sangre.

Las lágrimas corrían por su rostro demacrado.

—Mamá, Ngọc, Hạnh, Đạt. Os he echado de menos. —Su voz se quebró con un fuerte ataque de tos y su cuerpo se sacudió con espasmos. Lo incorporamos y mi madre le dio palmaditas en la espalda. Temblaba incontrolablemente y de la boca le caía un hilillo de sangre.

La abuela le limpió la cara con su pañuelo y lo acarició con tiernas palabras hasta que dejó de toser. Mientras el tío Đạt lo colocaba sobre un montón de almohadas y mantas, la tía Hạnh retrocedió. Se volvió para ocultar el rostro, pero vi que arrugaba la nariz. No la culpé por haber olvidado el olor de la pobreza y la enfermedad: yo estaba acostumbrada porque había ido a ver a mi madre con frecuencia al hospital.

Los cansados ojos del tío Minh se fijaron en mí cuando le ofrecí un poco de agua. Sentí que estábamos unidos por la cuerda de los cantos de nuestros antepasados, las nanas que en otros tiempos la abuela le había cantado a él y luego me había cantado a mí.

—Esta es Hương, mi hija —dijo mi madre, presentándome. Y los ojos de mi tío se iluminaron. Abrió la boca, pero mi madre le rogó que no hablara. Nos ordenó que no le hiciéramos preguntas por el momento. Le cogió la mano, le miró la palma, presionó los dedos sobre la muñeca y le tomó el pulso.

La abuela intentó aliviarnos del calor abrasador con un abanico

de papel. Era media mañana, pero el aire pegajoso se adhería a la piel. Las chapas de metal seguían crujiendo como si fueran a arder.

—Estás en buenas manos, hijo —dijo la abuela cuando mi madre se puso a buscar algo en su mochila—. Ngọc es una excelente doctora, enseguida estarás mejor.

Mi tío asintió. Las comisuras de sus labios se elevaron. Agarró a la abuela por el brazo como si no quisiera que se marchara nunca.

Mi madre puso el estetoscopio en el pecho del tío Minh. Cerró los ojos, escuchando como si su vida dependiera de ello. Le examinó los ojos, la nariz, la boca, la garganta y la espalda. Cuando terminó, su cara estaba totalmente inexpresiva, pero los dedos le temblaban un poco cuando dobló el estetoscopio y lo guardó de nuevo en la mochila.

—Tiene que dolerte mucho —le dijo al tío Minh—. ¿Te pincho pongo algo para aliviar el dolor?

El tío Minh cerró los ojos para decir que sí.

Se lavó las manos con el alcohol que había traído y le pinchó en el delgado brazo.

—Por favor, no hables todavía. Te voy a preparar unas hierbas para que te quiten la mucosidad de los pulmones. Pero primero tienes que comer algo.

El tío Minh asintió y luego negó con la cabeza.

—Espera. —Busqué en mi mochila y cogí un lápiz y un trozo de papel.

«¿Dónde están Thuận y Sáng?», escribió el tío Minh.

—De camino —contestó la abuela—. Hijo, tu hermana médica dice que tienes que comer. La sopa de la vendedora de *phở* de la calle huele muy bien, ¿te traigo un tazón?

—Ya voy yo —dijo la tía Hạnh. Cogió el bolso y salió.

El tío Minh le dio un billete arrugado al tío Đạt.

«Hay un vendedor de hielo calle abajo, ¿compras un poco para refrescar la habitación?», escribió.

El tío Đạt le devolvió el dinero.

—Ya me pagarás cuando volvamos a Hanói… con entradas para el fútbol.

El tío Minh sonrió y asintió.

Me pregunté si el mayor de mis tíos tendría familia. Examiné la casucha, pero la única pista sobre su pasado era un altar: un estante de madera colgado de la pared oxidada. Había una figura de un hombre clavado en una cruz. ¿Mi tío se había hecho cristiano?

La abuela salió por la puerta trasera, que daba a una zona sombreada por un tejado y rodeada de las planchas de las casas de los vecinos. La seguí. En el suelo había una cocina de barro junto a una pila de leña. En un rincón había una jarra grande y marrón medio llena de agua.

—Me gustaría preguntarle tantas cosas… —dijo la abuela, llorando y tapándose la cara con las manos—. No entiendo por qué no nos ha dicho nada durante todos estos años, podría haber intentado decirme que estaba vivo.

—Tendría sus motivos, abuela. Pronto nos lo contará todo.

Nos lavamos la cara con el agua de la jarra. Mojé un paño para refrescar la espalda de la abuela. Me dolía ver cómo le asomaban los huesos y las cicatrices que le había dejado el Fantasma Malvado.

La abuela llenó un cubo de agua. Al entrar, vi a mi madre sentada junto al tío Minh, repasando un montón de papeles. Cuando entró la abuela, los metió rápidamente en la mochila.

—¿Listo para un poco de limpieza? —preguntó la abuela. El tío Minh sonrió. De repente, su cuerpo se estremeció por un acceso de tos. Miré a mi madre y leí la preocupación en sus ojos.

La tos cesó. Se abrió la puerta pero, en lugar de la tía Hạnh, entró un niño con un tazón humeante. Le di las gracias y abaniqué la sopa.

La abuela lavó al tío Minh. Mi madre desempaquetó varias bolsas de hierbas. Pesó distintos ingredientes y los metió en el cuenco de barro que llevaba consigo.

El tío D$t llegó con una bandeja llena de hielo y la colocó cerca del tío Minh. Me cogió el abanico y lo agitó para difundir el aire fresco.

En la parte posterior de la cabaña, encendí un fuego. Mi madre echó agua en el cuenco de barro.

—¿Cómo está, mamá? —pregunté, alimentando el fuego.

Me atrajo hacia sí y acercó los labios al oído.

—No se lo digas a la abuela. Tu tío Minh se está muriendo. Los papeles que me ha enseñado dicen que tiene cáncer en los pulmones y en el hígado. Ha pasado meses en el hospital, pero los médicos lo han enviado a casa porque ya no pueden ayudarlo.

—Pero tu medicina hace magia, mamá.

—Me temo que es demasiado tarde. El cáncer está muy avanzado. El resultado de las pruebas… —Se interrumpió y se mordió el labio—. Lo intentaré, pero me temo que solo podré aliviarle el dolor durante sus últimos días.

Sentí dolor en el pecho por la abuela. ¿Cómo iba a soportar una noticia tan terrible?

Me volví hacia el fuego. La vida humana es breve y frágil. El tiempo y las enfermedades nos consumen, como el fuego devora los trozos de madera. Pero no importa que vivamos mucho o poco: lo que importa es cuánta luz podemos dar a quienes queremos y a cuántas personas alcanza nuestra compasión.

Pensé en Tâm y en que su amor había iluminado mi vida. Cuando me entristecía porque pensaba en mi padre, él estaba ahí para hacerme reír. Me habría gustado que estuviera aquí, me abrazara y me dijera que todo iba a ir bien.

Las hierbas medicinales hervían y el denso aroma ascendía en el aire. Mi madre apagó un poco el fuego.

El tío Đạt salió y se mojó la cara con agua.

—¿Hạnh ha vuelto? —preguntó mi madre, entrecerrando los ojos para evitar el humo.

—Todavía no —susurró mi tío—. La he visto charlando con los vecinos. Debe de estar preguntando por el hermano Minh.

Dentro de la cabaña, el tío Minh parecía otra vez el hijo pequeño de la abuela y abría la boca para comer las cucharadas de sopa que esta le daba. Masticaba con dificultad y hacía gestos de dolor al tragar, pero le brillaban los ojos.

Mientras comía, la abuela le contó brevemente el viaje a Hanói. Tenemos una casa estupenda, dijo, pronto lo llevaría a casa, en

cuanto estuviera un poco mejor.

Habló del tío Đạt, de su feliz matrimonio con la tía Nhung y de su niño de tres meses, que era gordito como el buda riente. No le contó el miedo que habíamos tenido de que el niño tuviera problemas. Lo primero que hizo la abuela en cuanto nació fue contarle los dedos de las manos y de los pies. Cuando los médicos dijeron que era un niño sano, la abuela se arrodilló hasta tocar con la frente el suelo del hospital, dando las gracias a todos los dioses a los que había rezado. El tíoĐạt y la tía Nhung llamaron al niño Thống Nhất, que significa 'unificación', un deseo ardiente de muchos vietnamitas del norte y del sur durante la guerra.

La abuela le contó al tío Minh que mi madre era muy respetada tanto en el hospital Bạch Mai como en el Instituto de Medicina Tradicional. Aunque no le contó que mi madre nos había llevado de viaje a la abuela y a mí. Ante la tumba de mi hermano pequeño, mi madre lloró mientras la abuela y yo cantábamos plegarias y bendecíamos su alma con deseos de paz. A su vez, le tocó a la abuela llorar cuando llegamos al cementerio de Trướng Sơn, donde estaba enterrado el tío Thuận junto con cientos de soldados. Las tumbas se extendían en hileras hasta el horizonte, hasta donde alcanzaba la vista. Muchas de las lápidas tenían como única inscripción «Soldado desconocido». Aquel día me pregunté si alguna de ellas contendría los huesos de mi padre y el amor que sentía por mí, un amor que yo sabía que no terminaría nunca, ni siquiera enterrado bajo la fría tierra.

La abuela le contó al tío Minh que el tío Sáng iba ascendiendo en el Partido, que ahora era un cargo importante del Departamento Central de Propaganda. Y a la tía Hạnh y a su familia les iba muy bien en Saigón.

El tío Đạt salió a buscar más *phở* para todos; nos sentamos en la estera de paja del suelo y nos comimos la sopa mientras escuchábamos a la abuela. Esta se dedicó a contar con todo detalle que yo había sacado muy buenas notas en mi primer año en la universidad y que los periódicos locales habían publicado algunos de mis poemas. Le habló de Tâm, que estudiaba para sacar un título en

agricultura y hacía ya tres años que era mi novio.

—Al principio no lo traté muy bien, pero se ganó mi confianza —explicó al tío Minh—. Seguro que te gusta. Su familia es de la región central, como la nuestra.

El tío Minh pareció alegrarse por mí. Su rostro había recuperado algo de color. Escribió algo en la libreta.

—¿Y yo? —La abuela se echó a reír y le dijo que estaba bien, que le gustaba comerciar en el barrio antiguo. Había hecho muchos amigos y tenía muchos clientes fijos.

Mi tío levantó la mano y alisó las arrugas del rostro de la abuela. El duro trabajo hacía que aparentara más edad que los cincuenta y nueve años que tenía, aunque seguía siendo una mujer elegante en todos sus gestos. A lo largo de los años, muchos hombres se habían acercado a nuestra casa, pero la abuela los había disuadido con su indiferencia. Yo sabía que el río de su amor por el abuelo no había dejado nunca de fluir y me daba cuenta de que yo también iba a ser como ella y como mi madre, leal a un solo hombre.

—Ahora que te he encontrado, estoy plenamente feliz. —La abuela descansó la cara sobre la mano de su hijo. Inclinó el tazón y vertió el resto de la sopa en la cuchara—. Muy bien, hijo mío, te la has terminado.

El tío Đạt y yo insistimos en que la abuela comiera, así que se sentó con nosotros en la estera de paja. Me acerqué a la cama con el abanico. Mi madre entró, procedente de la cocina, y dijo que el tío Minh tenía que dormir una siesta. Él negó con la cabeza y cogió el lápiz.

«Ngọc, cuéntame cosas del padre de Hương».

Mi madre se sentó y dio un masaje al tío Minh en las piernas. Yo también le había pedido muchas veces que me contara la historia.

—Conocí a Hoàng cuando yo tenía dieciocho años, en el festival de mediados de otoño —empezó a contar.

Era una noche mágica, la luna llena adornaba el cielo. Alrededor del lago de la Espada Restituida había miles de farolillos de papel con velas encendidas, y las luces oscilaban como las escamas de un

dragón al ritmo de las canciones y los tambores. Mi madre, que era ya demasiado mayor para llevar un farolillo, corría detrás de sus amigas junto a las figuras iluminadas de las estrellas, animales y flores. Cuando desaparecieron de su vista, corrió más deprisa y tropezó con una piedra puntiaguda. Se cayó al suelo y el pie le empezó a sangrar.

Gritó de dolor, pero los cantos y los tambores ahogaron su voz. Nadie parecía darse cuenta de su presencia. Cuando estaba ya desesperada, un joven emergió de la multitud. Se arrodilló, se quitó la chaqueta, la rompió y le vendó el pie. La llevó a su casa y, por el camino, hizo que se riera tanto que se olvidó del dolor. Desde aquel momento fueron inseparables hasta que el hombre —mi padre— tuvo que alistarse en el ejército.

Le enseñé el *son ca* al tío Minh.

—Mi padre me talló esto.

Mi tío examinó el pájaro.

«Es bonito. ¿Dónde combatió tu padre?», escribió.

—No lo sé, no recibimos ninguna carta.

—Ya he dejado de buscar a Hoàng —dijo mi madre—. Pero hace poco leí una historia en el periódico sobre un soldado que había quedado herido en una explosión y había perdido la memoria. A principios de este año oyó en la radio un poema que describía el río que pasa por su pueblo. El poema despertó en él unas emociones tan poderosas que recordó el camino de regreso a su casa. Hacía nueve años que su familia no tenía noticias suyas y, de repente, apareció. ¿Puedes imaginar lo felices que estuvieron?

Pensé en los poemas que había publicado y deseé que mi padre los leyera y encontrara el camino de regreso a nosotros.

Apareció la tía Hạnh. El tío Đạt la recibió en la puerta. Le dijo algo y el tío Đạt frunció el ceño. Tenía muchísimas ganas de saber qué estaba pasando, pero no quería que el tío Minh nos viera cuchicheando.

La abuela se acercó a la cama.

—Duerme un poco, hijo. Hablaremos más tarde.

El tío Minh asintió, pero el lápiz garrapateó en la página.

«Mamá, ¿cómo están la abuela Tú, el señor Hải y su hijo?».

—El señor Hải y su familia están bien, tienen muchísimas ganas de verte. Pero mi querida tía Tú… siento decirte que murió antes de que yo pudiera volver al pueblo. La gente dice que se suicidó, pero yo no me lo creo.

El tío Minh sujetó el lápiz con fuerza.

«¿Crees que la mataron?».

—Sí, para quedarse con nuestras tierras, las defendía con empeño.

«Qué gente tan mala, se pudrirán en el infierno». El lápiz temblaba en las manos de mi tío.

«¿Y mi hermano Thuận, mamá?».

La abuela se alteró mucho y, mientras mi madre la atendía, le conté lo de las bombas, los dos soldados que nos habían traído la noticia de la muerte del tío Thuận.

—Mi pobre hermano Thuận… —gimió el tío Minh. Se golpeó en el pecho. Le cogió la mano a la abuela y las lágrimas le cubrieron las mejillas—. Mamá, lo siento, tú también has sufrido.

—Pero mi vida también está llena de bendiciones —dijo la abuela—. Cuando recibí tu telegrama, fue una gran bendición. ¿Cómo conseguiste mi dirección, hijo? ¿Y cómo es que no te pusiste en contacto conmigo antes?

El tío Đạt y la tía Hạnh estaban de pie a mi lado, ansiosos por conocer las respuestas. El tío Minh escribió algo y lo tachó inmediatamente. Cogió otra página y se quedó con el lápiz en la mano, los ojos cerrados.

Di un respingo cuando se le cayeron el lápiz y el cuaderno en la cama. Minh se esforzó por incorporarse e intentó acercarse a la abuela. Se postró ante ella y le tocó los pies con la frente.

—Mamá, perdona a este hijo inútil.

—Minh —la abuela lo cogió por los hombros y lo sentó—, si alguien tiene la culpa de algo soy yo. No he sido capaz de mantener unida a la familia.

—Pero yo no he… —Un violento acceso de tos interrumpió a mi tío. Se agarró el pecho mientras la abuela le daba palmadas en la

espalda. Cuando dejó de toser, le dio un poco de agua.

Mi tío inclinó un poco la cabeza para dar las gracias. Levantó una esquina del colchón de paja. Debajo había un sobre abultado. Se lo dio a la abuela con las dos manos.

Me incliné y vi que ponía: Gửi Mẹ Trần Diệu Lan, 173 Phố Khâm Thiên, Hanói.

Estaba dirigido a la abuela. No aparecía remitente.

El tío Minh volvió a coger el lápiz.

«Quería enviarlo por correo, pero temía que cayera en las manos equivocadas. Por favor, leedlo juntos», escribió.

—Lo leeremos en cuanto te tomes la medicina —dijo mi madre después de mirar el reloj.

Mientras el tío Đạt mullía las almohadas del tío Minh para ayudarlo a sentarse más recto, la abuela miró fijamente el sobre sin abrirlo.

Mi madre regresó con un tazón de líquido negro. Hice una mueca al olerlo. Abanicó un poco el líquido para que se enfriara y lo acercó a los labios de Minh.

—Es amargo, pero te vendrá bien.

Tomó un sorbo y se estremeció. Echó la cabeza atrás, sacó la lengua y negó con la cabeza.

—Hermano, por favor, tienes que beberlo todo —dijo el tío Đạt —. Los tratamientos de Ngọc han hecho maravillas conmigo. Me habré bebido por lo menos cincuenta tazas de su mejunje y mira lo fuerte que estoy —dijo, doblando los brazos para mostrar sus músculos.

El tío Minh se rio, tosió y aspiró hondo. Se tapó la nariz y se tomó la medicina a sorbitos. Finalmente terminó el tazón y todos aplaudimos.

—Ahora tienes que descansar. —Mi madre ayudó a mi tío a echarse—. Duerme. Hablaremos cuando te encuentres mejor.

Nos sentamos en un círculo en el suelo, lejos de la cama.

—Hablad en voz baja —dijo mi madre.

El sobre seguía en las manos de la abuela. La tía Hạnh tendió la mano para cogerlo. Al abrir la solapa y sacar las páginas cayó un sobre viejo de su interior.

Una letra más pequeña. Estaba también dirigido a la abuela, pero tenía el nombre del remitente: Nguyễn Hoàng Thuận, mi difunto tío.

Los ojos de la abuela se abrieron de golpe.

—Es la letra de Thuận. ¡Oh, mi niño, mi niño!

Mi madre sujetó los hombros de la abuela y todo empezó a dar vueltas a mi alrededor.

—¿Cómo demonios ha llegado esto a sus manos? —La tía Hạnh formuló la pregunta que no paraba de dar vueltas frenéticas por mi cabeza. El tío Đạt echó un vistazo hacia la cama. El tío Minh se había dado la vuelta y solo veíamos la piel que le colgaba de los huesos de la espalda.

Mi madre cogió la carta del tío Thuận de las manos de la abuela y la leyó en voz alta para que la oyéramos todos:

Đông Hà, Quảng Trị, 15/2/1972

Querida mamá:

En este nuevo año del ratón, pienso en ti. ¡Oh, cuánto deseo estar contigo y con mis hermanos y hermanas! Cuánto me gustaría sentarme al lado de la olla donde se cuece el bánh chưng mientras el perfume de esos pegajosos pasteles de arroz caldea nuestra casa.

¿Cómo estás, mi querida mamá? ¿Cómo están Hương, mi hermana Ngọc y mi hermana Hạnh? ¿Habéis recibido noticias de mis hermanos Đạt, Sáng y Hoàng? Si no os ha llegado nada, no os preocupéis, son fuertes y hábiles. Pronto volveremos a estar todos en casa.

Mamá, he oído que los bombardeos de Hanói están empeorando. Por favor, tened cuidado y permaneced en los refugios subterráneos. Si podéis, marchaos a algún pueblo que sea seguro.

Sueño con el día en que pueda volver a casa contigo, mamá.

En todo Vietnam, cientos de miles de madres están esperando a que sus hijos e hijas regresen de la guerra.

Esta noche veo los ojos de esas madres y los tuyos iluminar el cielo que se alza sobre mi cabeza.

¿Cómo vas a celebrar Tết este año, mamá? ¿Podrás apañártelas para comprar arroz y cerdo para hacer bánh chưng? ¿La gente sigue vendiendo ramas de cerezo en flor en las calles? Oh, cuánto echo de menos esas flores rojas y rosas brotando de las cestas de bambú o en la parte trasera de las bicicletas de los vendedores ambulantes.

Te habría encantado nuestra celebración de Año Nuevo, aquí, en la selva, mamá. Hoy hemos tenido un festín con pescado fresco de un arroyo. Habrías disfrutado con el táu bay, el plato de verduras que he preparado hay. ¿Y adivinas lo que encontré ayer en mi viaje?

Una rama de un mai amarillo. Los capullos de sus flores me dicen que esta guerra va a terminar y que pronto volveré a estar contigo. Volveré a estar contigo y seré de nuevo tu hijito.

Te echo mucho de menos, mamá.

Tu hijo, Thuận.

P. D. Mi camarada se dirige al norte en una misión, así que voy a darle la carta. Por favor, diles a Hương, Ngọc y Hạnh que tengo su carta a medias. Espero poder enviarla pronto.

Los ojos me ardían, llenos de lágrimas. Al tío Thuận le gustaban tanto los pasteles de *bánh chưng* que siempre insistía en que la abuela los hiciera para Tết. Pero la abuela dejó de prepararlos en cuanto Thuận estuvo ausente.

—Mi pobre hermano, con lo que nos quería y con lo que apreciaba su propia vida —exclamó la tía Hạnh. Se inclinó como si alguien le hubiera dado un golpe en la barriga—. Lo mató la gente como él —dijo, señalando al tío Minh.

—¡Hạnh! —El tío Đạt le agarró el brazo y lo hizo bajar. Miró a la abuela, que se tapaba la cara con la carta del tío Thuận.

—Combatió con el ejército del sur —siseó mi tía—. Me lo han dicho los vecinos. Esa es la explicación de que esta carta estuviera en sus manos.

—No juzgues antes de conocer todos los hechos —declaró la abuela, irguiendo los hombros. Cogió el sobre grande con las páginas sin leer y me lo dio—: Hương, lee con voz clara. No te detengas hasta que llegues al final.

Ciudad de Nha Trang, 16/12/1978

Mi querida mamá, queridos Ngọc, Đạt, Thuận, Hạnh y Sáng:

Soy Minh. Estoy escribiendo esto cuando hace ya veintitrés años que nos vimos por última vez. Podéis creer que he empezado esta carta muchas veces y la he roto. Os quiero contar muchas cosas, pero no sé por dónde empezar. ¿Cómo voy a meter lo muchísimo que os echo de menos en unas pocas palabras? Habría preferido hablar con vosotros en persona, pero ¿y si no os vuelvo a ver nunca?

Thuận, recibí tu carta en 1972, unos meses después de que me escribieras. Con la carta en la mano, reí aliviado al ver que habíais sobrevivido a la reforma agraria y lloré porque tenías que luchar en este baño de sangre que es la guerra. Hermanito, ¿cómo estas ahora? Đạt, Sáng, Ngọc y Hạnh, ¿habéis estado en el frente? ¿Os han herido?

Mamá, ¿cómo te las arreglaste para escapar de esos asesinos? Siento mucho no haber podido esperaros y llevaros conmigo cuando fui al sur. Si lo hubiera hecho, quizá estaríamos todos en América y viviríamos juntos, en familia y en libertad. Qué egoísta y cobarde fui al huir sin esperaros. Como hijo mayor debería haber cuidado de vosotros. No asumí mi responsabilidad, lo siento muchísimo.

Mi querida familia, han pasado muchas cosas desde el día en que nos separamos. Tal vez pueda empezar recordando lo que nos sucedió al tío Công y a mí ese día terrible. Es doloroso evocarlo, pero debo revivir esas experiencias porque no solo me cambiaron,

sino que también explican las razones de mis decisiones posteriores.

Era un día tranquilo y habíamos estado desherbando un campo de arroz, ¿recuerdas, mamá? Te fuiste a casa a dar de mamar a Sáng y me quedé trabajando con el tío Công. De repente, se oyeron unos gritos.

«Alguien debe de haber atrapado a un ladrón», dijo el tío Công con la espalda doblada sobre el arroz. Pero las voces se iban acercando. Cuando me limpié el sudor de los ojos y levanté la cabeza, un grupo de hombres y mujeres estaban ya atacándonos, armados con ladrillos, cuchillos y palos grandes.

«¡Abajo los malvados terratenientes!», gritaba la gente, blandiendo las armas.

El tío Công suplicó misericordia, pero eran muchos. Mientras yo aullaba y pateaba, nos inmovilizaron y ataron, nos golpearon y nos arrastraron hacia el pueblo.

Cuando te vi, mamá, me quedé aterrorizado: te estaban tirando por los cinco escalones del patio delantero.

El miedo me paralizó cuando me amordazaron, me apartaron de nuestra casa y me hicieron desfilar por todo el pueblo. El tío Công y yo tuvimos que caminar bajo la lluvia de huevos podridos, rocas, trozos de ladrillos e insultos. Cubiertos de sangre, nos llevaron al río del pueblo y nos ataron con una cuerda gruesa a unos árboles muy grandes.

Nos arrodillamos, sedientos y con un dolor insoportable. Mientras luchaba para liberarme, el tío Công se inclinó hacia mí. No podía hablar, pero leí en sus ojos su dolor y su amor por mí. Cerca de allí, los que nos habían capturado habían encendido un fuego. Se reían mientras comían, vaciaban botellas de licor de arroz, lanzaban vítores y gritaban consignas políticas. Se desafiaban los unos a los otros a dar el peor castigo a los malvados terratenientes.

Cuando el calor de las discusiones entre los hombres era ya intenso, desataron al tío Công. Le exigieron que les besara los pies. Cuando el tío Công se negó, le dieron patadas y lo

insultaron de la peor manera. Traté de encogerme como una bola cuando trajeron una cesta de bambú con tapa, del tipo que se usa para transportar cerdos.

Al llegar aquí tuve que parar. Delante de mí, la abuela se mordía el labio con tanta fuerza que parecía blanco. Habría deseado borrar aquellas palabras para que no le infligieran más dolor.

Pero los ojos de la abuela me animaron a seguir leyendo.

«¡Reconoce que eres un malvado terrateniente que explota a los campesinos pobres!», le gritó al tío Công uno de los hombres.

Mi querido tío negó con la cabeza, así que lo metieron a la fuerza en la cesta y cerraron la tapa.

Los aullidos luchaban por salir de mi boca cuando lanzaron la cesta al río. «¡Dinos que eres un malvado terrateniente y te liberaremos!», gritaban a coro, metiendo la cesta en el río una y otra vez.

Intenté soltarme. Habría querido estrangularlos a todos, uno a uno, con las manos desnudas, pero la cuerda me lo impedía.

Mis ojos se habían vaciado ya de lágrimas cuando tiraron a mi lado el cuerpo sin vida del tío Công. Me agité, repté un poco y conseguí alcanzarlo con el pie. Le di golpecitos, pero no hubo respuesta. A medida que pasaba el tiempo su cuerpo iba poniéndose rígido y frío.

Ahí estaba, muerto, mi tío Công, que me había cuidado como un padre. Muerto, el hombre que me había enseñado lo que eran la bondad y el trabajo duro. Asesinaron a mi tío delante de mis ojos y no pude hacer nada por él.

Los hombres continuaron bebiendo y gritando sus consignas. Estaba seguro de que solo me dejaban con vida para castigarme en los días siguientes delante de todo el pueblo. De vez en cuando, se levantaban, se acercaban al árbol y me orinaban encima. Me daban patadas y se reían de mí. Me mordí el labio hasta hacerlo sangrar. Hasta aquel momento no había conocido el odio, ni

siquiera cuando me habían arrebatado a mi padre, pero ahora sentía su sabor en la lengua. Juré que, mientras estuviera vivo, buscaría el modo de vengar a mi padre y a mi tío.

Al final de la tarde, los hombres estaban tan borrachos que se amontonaron en torno al fuego, que se iba apagando. Los ronquidos y los resoplidos rompían el silencio de la hora. Seguí intentando liberarme, pero no pude hacer nada. Cuando el fuego se extinguió había perdido ya toda esperanza.

Oí un susurro. El corazón me dio un vuelco. El señor Hải y su hijo habían venido a buscarme. Me desataron a toda prisa y me llevaron hasta un camino. Todo estaba oscuro como el carbón, no sabía dónde me encontraba.

—Tienes que irte, Minh… huye lejos. Si te quedas, te matarán —susurró el señor Hải.

—¿Y qué pasa con mi madre, con mi familia? ¿No debería esperarlos?

—Les diré que has escapado y ellos también deberán huir. Vete ahora o te pillarán. —Sentí las manos temblorosas del señor Hải en la cara—. Buena suerte, Minh. Tienen que cumplir una cuota de ejecuciones. Mi hijo te acompañará hasta la carretera nacional. Voy a buscar a tu madre —añadió, y el rumor de sus pasos desapareció en la noche.

En la carretera nacional, las palabras que el hijo del señor Hải me susurró al oído me apremiaron a irme a toda prisa, a intentar subir a algún vehículo.

Se despidió con un abrazo y avancé tambaleándome por la carretera. A lo lejos oía gritos y tambores que me hacían temblar de la cabeza a los pies. Me repetía que tenía que sobrevivir. Tenía casi dieciocho años, podía cuidar de mí mismo. Tenía que hacerlo. Pero parte de mí me rogaba que volviera a casa para cuidar de ti, querida mamá, para cuidar de vosotros, queridos hermanos y hermanas.

Mientras caminaba por la carretera nacional, me encontré con una familia católica que huía: eran el señor Cướng, su mujer y sus dos hijas. Habían conseguido autorización para viajar por

carretera y estaban esperando que pasara un carro tirado por búfalos para llevarlos. Al ver las heridas que me había hecho la cuerda se apiadaron de mí y me dieron parte de sus medicinas, comida y agua. Me preguntaron qué me había pasado y se ofrecieron a esconderme en el carro. Sabían que era peligroso, pero decidieron que Dios había querido que nos encontráramos y, por lo tanto, era su deber ayudarme.

Volver al pueblo solo supondría miedo y destrucción, así que dejé que aquella gente buena me ocultara bajo la paja. Pusieron a mi alrededor sus pertenencias y clavaron encima una tabla de madera. Al abandonar mi tierra natal sentí como si me arrancaran los miembros del cuerpo.

Tras varios días de viaje, la familia Cường retiró el tablón. Al salir a la luz me encontré en Hải Phòng, una ciudad que, según dijo el señor Cường, estaba a unos ciento veinte kilómetros al este de Hanói. Miré atrás, en dirección al camino que acabábamos de recorrer. Estaba cubierto de hollín negro. Por ahí no encontraría ningún futuro.

El señor Cường me dijo que planeaba cruzar la frontera por mar y dirigirse hacia el sur y decidí ir con ellos. Llegar al sur significaba estar libre de los comunistas. En cuanto pudiera instalarme os lo comunicaría y quizá podría ayudaros a escapar. Ese pensamiento me animaba.

El señor Cường era un comerciante influyente que conocía a bastante gente en Hải Phòng. Uno de sus conocidos nos acogió en su casa. Al caer la noche, nos llevó a una zona desierta de un río, donde un pescador y su barca nos estaban esperando. Subimos a la barca, nos echamos sobre el suelo mojado, el pescador nos cubrió con las redes y salimos de allí a remo.

Al día siguiente, el pescador apartó las redes. Sobre una inmensa extensión de agua había un barco gigantesco alrededor del cual se movían diminutos barcos de pesca. El barco estaba lleno de gente y estaba a punto de zarpar hacia el sur. La familia del señor Cường había comprado billetes.

El señor Cường me dijo que esperara y subió a bordo. Poco

después apareció en la cubierta con un hombre que llevaba un uniforme blanco. Había convencido al hombre de que yo podría ser un trabajador bueno y fuerte.

En el barco me tocó echar carbón en los fogones. Trabajaba con furia para agotarme y poder dormir durante los descansos. No había vuelta atrás, no había tierra a la vista, solo el viento, el agua, el sol.

Tardamos más de una semana en llegar a Nha Trang. Bajé del barco con la piel negra, cubierto por el polvo del carbón, pero iluminado por una nueva alegría en mi corazón. Me había hecho amigo de Linh, la hija mayor del señor Cưởng. Nos lamentábamos juntos por haber perdido nuestro hogar pero, al mismo tiempo, nos ilusionaba el futuro que nos esperaba, un futuro en el que, según imaginábamos, el terror no tendría cabida.

El gobierno del sur intentaba incentivar que la gente huyera del norte y proporcionaba alojamiento gratuito y apoyo a los recién llegados. Me instalé con un grupo de jóvenes en el mismo barrio que la familia del señor Cưởng. Durante el día trabajaba como obrero en un proyecto de construcción. Por la noche, asistía a clases. Quería conseguir un buen trabajo, ganar dinero y poder así traeros al sur a todos: a ti, mamá, a Ngọc, Đạt, Thuận, Hạnh y Sáng.

Paseaba con frecuencia por el puerto de Nha Trang, contemplaba el río de gente que salía de los barcos con la esperanza de que hubierais podido venir al sur, como yo. Os escribí muchas cartas, pero no encontraba manera de enviarlas. No existía un servicio postal entre el sur y el norte. Y ningún conocido iba a arriesgar la vida volviendo al norte. Sin embargo, la esperanza de que nos volviéramos a encontrar ardía dentro de mí e iluminaba mis días más oscuros.

Terminé la enseñanza secundaria con Linh. Iba a la iglesia con ella y encontraba la paz al escuchar la palabra de Dios. Mi fe me dio nuevas fuerzas, así que me bauticé y me comprometí a ser un buen católico.

Pero ser un buen católico no es fácil. Dios me pide que perdone a los que me hacen daño. ¿Pero cómo podré perdonar jamás a aquellos que asesinaron a mi padre y a mi tío y destrozaron nuestra familia?

Estudié mucho, entré en la universidad y me gradué en Derecho. Me especialicé en Derecho Penal, decidido a ayudar a deshacer injusticias. El día de mi graduación, mientras mis amigos reían, yo lloraba porque no estabais conmigo para celebrarlo. Pero el primer día que trabajé como abogado no lloré, sino que sonreí porque sabía que estaríais orgullosos de mí.

Mi trabajo estaba bien pagado y pude pedir un préstamo al banco para comprar una casita. Mi primera casa, ¿os imagináis?

Ojalá hubierais estado presentes en mi boda. Linh parecía un ángel. Nuestro hijo, Thịen, nació un año después, seguido por nuestra hija, Nhân. Te habría encantado conocer a tus nietos, mamá. Ellos te conocían bien porque les contaba cosas sobre ti todos los días. No quería que olvidaran sus raíces.

La guerra se recrudeció. Se combatía a las afueras de la ciudad, pero algunas veces la artillería explotaba en nuestro mismo barrio. Vivíamos asustados, porque cualquiera podía ser un miembro del vietcong disfrazado y llegar con una granada de mano escondida en los pantalones o en la camisa.

El gobierno de los Estados Unidos había enviado tropas para ayudar y yo estaba convencido de que íbamos a derrotar a Hanói. En cuanto eso sucediera, lo primero que haría sería volver al pueblo y buscaros a todos.

Quería que los comunistas cayeran, pero cuando me llegó la llamada a filas me quedé aturdido. Alcé los ojos a Jesús y recé. Quería salvaguardar la libertad que teníamos en el sur, pero si tenía que ir al campo de batalla, me enfrentaría a la muerte y Linh se quedaría sola con mis hijos. Si tenía que ir al frente, corría el riesgo de luchar contra mis hermanos y hermanas.

Mí suegro vino a verme. Dijo que sería difícil escapar a la llamada a filas, pero que estaba dispuesto a sobornar a quien fuera necesario. O que sobornaría a alguien para que me dieran

un trabajo en las oficinas del gobierno. Lamentablemente, el régimen del sur era tan corrupto que con dinero se podía comprar prácticamente cualquier cosa. Yo despreciaba la corrupción y no quería entrar en ese juego.

Aquella noche intenté tomar una decisión. Recordaba lo blancas que eran las bandas funerales que llevábamos en la cabeza cuando lloramos delante del ataúd de papá, qué perversa era la risa de quienes habían matado al tío Công y lo amargo que era el sabor del odio en los labios. Y recordaba mi promesa de venganza.

Así pues, en 1971 entré a formar parte del ejército de la República del Vietnam.

Oh, hermanos y hermanas, yo quería ser un hombre que defiende sus ideas, pero sabía también que podía encontraros frente a mí en el campo de batalla. Han pasado dieciséis años, pero tengo vuestros rostros grabados en el pensamiento. Si me tuvierais delante, ¿me dispararíais? Yo no podría. ¿Y si uno de mis camaradas os apuntara a la frente? ¿Mataría a mi compañero de armas para salvar a mi hermano de sangre?

No dejé de pensar en ello durante los cuatro años que pasé en el ejército. Escapé por los pelos de la muerte en muchas ocasiones. Y aunque nunca os vi, muchas veces me encontré con enemigos muertos. Cuando los miraba a la cara e inspeccionaba sus pertenencias, me temía lo peor.

Pensaba que encontraría alguna satisfacción en la muerte del enemigo, pero solo hacía que me sintiera triste y vacío. Me daba cuenta de que la sangre derramada no consigue que otra fluya por las venas de los muertos.

Esperaba que ganáramos la guerra, pero los estadounidenses retiraron las tropas un año después de que jurara luchar con ellos. Se olvidaron de que habían prometido proteger el sur de la invasión comunista. Y nuestro ejército se había debilitado por el gusano de la corrupción. Cuando el ejército del norte y la guerrilla del Vietcong ganaron batalla tras batalla, mi comandante huyó a bordo de un helicóptero. Algunos de mis camaradas se suicidaron.

Los demás abandonaron su puesto o se rindieron.

El día en que tomaron mi ciudad, Nha Trang, lloré. Para entonces ya había abandonado las armas y había regresado a casa. Cavamos un refugio en la parte de atrás de mi casa para esconderme, pero después de varias semanas viviendo bajo tierra como un animal, me arrastré hacia fuera. La radio nos decía que el nuevo gobierno estaba trabajando para la reconciliación. Pedían a todos los antiguos soldados del ejército del sur que nos presentáramos y prometían que no habría represalias. Enviaron a antiguos soldados del ejército del sur a casa para hablar con mi esposa y los niños. Les dijeron que los habían tratado bien: fuéramos del norte o del sur, ahora éramos todos hermanos.

Linh y mi suegro me acompañaron cuando me entregué. Nos preocupaba que me arrestaran, pero los oficiales que hablaron conmigo fueron cordiales. Me pidieron que escribiera un informe sobre las cosas que había hecho durante la guerra. Después me dijeron que me marchara a casa y que durante los siguientes tres meses les enviara un informe semanal, aunque solo era para fines administrativos. Esa noche lo celebramos. Decidí que, tan pronto como pasaran los tres meses, intentaría encontraros.

Pero nada es seguro en esta vida. A la semana siguiente, cuando me presenté ante las autoridades, me metieron de inmediato en un camión repleto de hombres que me llevó a un campo de reeducación situado a muchas horas de distancia de Nha Trang, en lo alto de las montañas. Ni siquiera tuve la oportunidad de despedirme de mis seres queridos.

El campo era una cárcel de trabajos forzados. Teníamos que desbrozar los campos y cavar la tierra rocosa para convertirla en arrozales. Dado que no había ningún tipo de cuidados médicos y la comida era insuficiente, murieron muchos prisioneros. La malaria estuvo a punto de matarme varias veces. Lo que hacía que me sintiera peor era que no sabía lo que le había pasado a Linh ni a mis hijos; tampoco sabía qué había sido de vosotros.

Los dos años en el campo me parecieron siglos. Cuando nos liberaron, volví a casa y vi lo que habían sufrido mi esposa y mis

hijos. Linh no había podido encontrar trabajo y había tenido que vender las joyas, la ropa y los muebles para que Thịén y Nhân siguieran en el colegio. Los llamaban Nguy —'ilegítimos'— y sufrían todo tipo de discriminaciones. Durante los dos años siguientes no tuve ningún derecho como ciudadano. No podía trabajar, no tenía documento de identidad, no podía votar. Tenía que presentarme todas las semanas ante las autoridades.

Mi suegro, que había levantado un imperio comercial en Nha Trang, lo había perdido casi todo después de la guerra. Mientras yo había estado preso, sus casas, bienes y negocios habían sido nacionalizados. Él y su esposa habían tenido que pasar un año en la nueva zona económica de Lâm Đồng. Estaba situada en la montaña y todas las tardes tenían que reunirse y cantar himnos de alabanza al nuevo gobierno. Una noche, mi suegro cogió a su esposa y se escaparon de su choza. Fluyeron, se fueron a su casa y desenterraron unos lingotes de oro que habían enterrado en el jardín. Compraron un barco y durante los meses siguientes se prepararon para cruzar el mar hacia América.

Sería un viaje peligroso. «Pero prefiero morir que vivir la vida de los no deseados», me dijo mi suegro. Mi esposa y los niños decidieron subir al barco. Me rogaron que fuera yo también y habría querido hacerlo, pero no podía dejar de pensar en el norte. Os había perdido ya una vez, no quería perderos dos veces. Antes de irme, tenía que ir al norte.

El momento en que mi mujer y mis hijos zarparon fue el más duro de mi vida.

Regresé solo a casa. Alquilé un rickshaw, me puse en las esquinas y esperé a que vinieran los clientes. Esperé también el momento adecuado para ponerme en contacto con vosotros. Seguía creyendo que las cosas pronto cambiarían, que no tardaría en volver al pueblo. Por desgracia, seguían las persecuciones para la gente que estaba en mi situación. Si os escribía o iba a veros, podría perjudicaros mucho.

Me moría de ganas de saber algo de Linh, Thịén y Nhân, así como de mis suegros, pero todas las noticias que me llegaban eran

terribles. Historias que hablaban de piratas que abordaban, violaban y asesinaban; historias de barcos que se quedaban sin comida, sin agua y sin combustible, que terminaban zozobrando por culpa de las tormentas. No podía hacer otra cosa que rezar.

Cuando caí enfermo intenté convencerme de que no era grave, de que solo era consecuencia de mis preocupaciones. Luego empecé a vomitar sangre y no pude levantarme. Tuve que vender la casa para financiar mi tratamiento.

Y ahora estoy en una casucha, con esperanzas de mejorar un poco, deseoso de veros y deciros lo mucho que os be echado de menos.

Así pues, he intentado explicaros los motivos para no haberme puesto en contacto con vosotros hasta ahora. Y seguro que ardéis en deseos de preguntarme otra cosa: ¿cómo pudo llegar a mis manos la carta de Thuận?

Fue un milagro.

Sucedió en 1972, después de un bombardeo. Mi unidad estaba registrando la selva donde había estado escondido el enemigo. Cerca del cráter producido por una bomba, encontré el cadáver de un soldado cuyo uniforme y gorra llevaban la estrella comunista. Le registré la mochila. Entre las pertenencias habituales había un puñado de cartas manuscritas.

Habría debido darle las cartas a mi comandante, pero no pude resistir la tentación de inspeccionar los sobres. Direcciones de aldeas, distritos, pueblos, ciudades. Direcciones de madres, padres, hermanas, abuelos. Las estudié rápidamente. De repente, mi corazón dio un brinco: Gửi Mẹ Trần Diệu Lan, 173 Phố Khâm Thịen, Hanói.

Una carta dirigida a ti, mamá, y el remitente era Nguyễn Hoàng Thuận, mi hermano. Rápidamente la escondí y, cuando estuve solo, la abrí y devoré cada palabra. Las lágrimas me cubrieron la cara. Durante los años posteriores llevé la carta en el bolsillo del pecho. Me daba esperanzas de que sucediera otro milagro, de que pudiera volver a estar unido a mi familia.

Habría querido veros en mejores circunstancias, cuando tenía

trabajo, cuando estaba rodeado de mi amada esposa e hijos. Pero, una vez más, el destino me ha convertido en un perdedor, en un hombre enfermo. Un hombre que no tiene nada que dar, excepto su carga de dolor y pena.

Mamá, Ngọc, Đạt, Thuận, Hạnh y Sáng, si me veis antes de morir, os ruego que encontréis las fuerzas necesarias para ver más allá de mi lamentable aspecto y veáis el fuego que arde en mi interior. Arde por vosotros, por nuestros antepasados, por nuestro pueblo. Arde para pediros perdón. Por favor, perdonadme por haber luchado en la guerra. Pero no luché contra vosotros, luché por mi derecho a la libertad.

Siempre vuestro,
Minh

Dejé la carta, agotada. No podía creer que el tío Minh hubiera querido convertirse en soldado a pesar de haber tenido la oportunidad de escapar al reclutamiento. Pero, por otro lado, había sido víctima de las injusticias. Y al igual que el tío Đạt, odiaba la guerra.

La abuela se levantó y se dirigió, tambaleándose como una sombra, hacia la cama.

—A lo mejor ha mentido —susurró la tía Hạnh, mirando de reojo al tío Minh, que ahora lloraba en brazos de la abuela—. Quizá mató a nuestro hermano Thuận y así fue como consiguió la carta. Y por eso no se atrevió nunca a ponerse en contacto con mamá.

—En la carta, Thuận dice que le va a dar la carta a un camarada que viaja hacia el norte —señaló el tío Đạt—. Eso coincide con lo que Minh cuenta. Y nuestro hermano mayor nunca nos mentiría.

—Pero luchó junto a los imperialistas americanos sedientos de sangre y con aquellos monstruos… —dijo mi madre con los ojos llenos de lágrimas.

—Hermana, la culpa la tuvo esa guerra estúpida —insistió el tío Đạt—. ¿Te acuerdas del soldado del sur que te ayudó? ¿Y del artillero que me perdonó la vida? No todos los que lucharon en el otro bando eran malos.

Mi madre se mordió el labio.

—Hermanas —prosiguió mi tío—, no olvidéis lo maravilloso que era nuestro hermano Minh con nosotros y cómo nos defendía de los matones. ¿Os acordáis del tipo que nos tiraba piedras de camino al colegio? ¿Y de que Minh se enfrentó a él por nosotros?

—Construía balsas y nos llevaba al estanque del pueblo —susurró mi madre—. Una vez quise una flor de *gạo* que estaba en lo alto del árbol y se subió a cogerla. La rama se rompió y se cayó. Se dio un golpe tan fuerte que fui corriendo hacia él, pero me lo encontré riéndose. Me pidió que le diera un masaje en las nalgas y me dio la flor, perfecta e intacta. —Mi madre se echó a llorar con más intensidad.

—Así era nuestro hermano Minh —dijo el tío Đạt—. Es nuestro hermano y no podéis dejar que nada lo cambie.

—Los recuerdos de la infancia no significan nada —rebatió la tía Hạnh, negando con la cabeza—. Aunque él no matara a Thuận, lo mataron sus camaradas. —Miró su reloj de pulsera—. No puedo quedarme más tiempo. El último tren para Saigón sale dentro de media hora.

—¡Pero si acabamos de llegar! —exclamaron mi madre y el tío Đạt al unísono.

—No puedo con la carga que supone esta familia ni un minuto más —exclamó la tía Hạnh—. Durante años he intentado hacer lo mejor para todos, pero a nadie le importa por lo que yo he tenido que pasar. Si el hermano Minh es tan estupendo, decidle que venga a luchar contra los matones de la escuela de mis hijos. Los matones que los llaman *Bắc Ký ngu*, 'idiotas norteños'. Los matones que han estado diciendo que invadimos el sur y les quitamos el trabajo a sus padres.

—Lo siento, Hạnh —dijo mi madre—. ¿Por qué no nos lo habías contado?

—Habéis estado absortos en vuestros propios problemas, hermana. ¿Y qué ibais a hacer para ayudar? ¿Eh? Todo el mundo piensa que tengo una vida perfecta, pero la vida nunca es perfecta. ¿Sabes que por culpa de mis orígenes mi marido tiene que demostrar

su lealtad al Partido una y otra vez? Está bajo vigilancia. Y si se enteran de que mi hermano Minh es un *Ngụy*, la cosa se complicará mucho.

—Hạnh —dijo el tío Đạt—, entiendo cómo te sientes. Pero *một giọt máu đào hơn ao nước lã*: 'una gota de sangre de la familia es más importante que un estanque de agua'. Estamos hablando de nuestro hermano y se está muriendo.

Los hombros de la tía Hạnh se desplomaron.

—Ya os he dicho que Tuấn me pidió que me marchara si descubría que Minh era un *Ngụy*. Le prometí que lo haría y no puedo faltar a mi promesa.

Acostada en la estera, abracé la espalda de la abuela, que había estado llorando hasta que la venció el agotamiento. Apoyé la cara en su camisa: temblaba tanto que se me secó la garganta. Se había esforzado muchísimo por reunir a la familia y esta se había vuelto a separar de inmediato.

La tía Hạnh debía de estar ya en el tren. ¿Seguiría llorando tanto como cuando se había despedido de nosotros? Durante años la había envidiado y había deseado ser como ella, pero ahora sabía que no querría estar en su lugar, dividida entre la lealtad a su familia y a su marido.

El pecho del tío Minh se levantaba y se hundía rítmicamente. ¿Qué habría pasado por su cabeza cuando la tía Hạnh se había despedido? Yo esperaba que le rogara que se quedara, pero se había limitado a agarrarle la mano, sonreír y darle las gracias. Debía de haber adivinado los verdaderos motivos para su marcha, pero no había preguntado nada.

Antes de leer la carta temía que el tío Minh hubiera luchado con el ejército del sur, de modo que no me había supuesto un gran sobresalto. Sin embargo, me preguntaba si se habría encontrado con mi padre en el frente y si habría puesto las minas que habían dejado sin piernas al tío Đạt.

Me habría gustado que Tâm hubiera estado allí para decirme

que todo iba a salir bien. Si hubiera podido apoyarme en sus fuertes hombros, aunque solo hubiera sido un momento, no me habría sentido tan alterada.

Tâm estaba siempre a mi lado. Había sido siempre el primero en leer mis poemas y me había convencido para que estudiara inglés. A la luz de la lamparilla de aceite, se sentó a mi lado y tradujo conmigo *La casa de la pradera*. Y al releer el libro, me pareció oír la voz del padre de Laura cantando; de alguna manera, se parecía al mío.

—Tâm —dije su nombre y me desperté. El tío Minh y la abuela seguían dormidos. Era ya media tarde, pero el aire ardía.

Mi madre y el tío Đạt habían salido, pero no tardaron en regresar. En la parte trasera de la casucha me enseñaron toda la comida que habían comprado. Mi madre abrió un paquete lleno de medicamentos occidentales. Habían ido a un hospital y habían intentado convencer a los médicos para que readmitieran al tío Minh, pero no quedaban camas libres.

El tío Minh se despertó y vomitó sangre. Mi madre le auscultó los pulmones y le dio unas pastillas. La abuela le dio gachas. El tío Minh se tapó la nariz y tomó otro tazón de infusión medicinal. La abuela se quedó a su lado, cantándole:

—À à ơi, làng tôi có lũy tre xanh, có sông Tô Lịch uốn quanh xóm làng… À à ơi…

Nanas infantiles que a mí también me había cantado.

El tío Đạt se sentó en la cama.

—Hermano, ¿qué puedo hacer?

El tío Minh le tocó las piernas de madera.

—Lo siento —dijo en voz baja.

—Yo también lo siento, hermano. Debí haber corrido detrás de ti y del tío Công, quizá podría haberte ayudado cuando estabas solo junto al río.

El tío Minh negó con la cabeza. Cogió la mano del tío Đạt y se la llevó al corazón.

Al día siguiente, el tío Minh estuvo especialmente animado. Insistió en hablar. De sus labios no salió ni una sola palabra de pesar, solo alegres recuerdos de la infancia, cuando vivía con su

madre y sus hermanos. Y recuerdos felices de su propia familia en el sur. Insistió en que todos nos sentásemos a su lado, le tomáramos la mano y le contáramos cosas de la vida en el norte.

Cuando nos enseñó fotos de su mujer y sus hijos, me eché a llorar. Contemplé una foto en la que el tío Minh le pasaba el brazo por el hombro a la tía Linh, que se reía, y con el otro rodeaba a mis primos, Thiện y Nhân. *Thịen Nhán* significa 'buena persona'. Mi tío había intentado durante toda su vida mantener el espíritu de bondad en el que había nacido, y deseé que su familia hubiera conseguido con éxito llevar sus sueños y esperanzas a través del océano y plantarlas en el jardín de su nuevo hogar.

El tío Minh estaba cada vez más cansado. Vino su sacerdote y rezó por él.

—Su hijo ha ayudado a cargar la cruz de Cristo por las estaciones de la vida y ahora puede ya unirse a Él en el Cielo —le dijo a la abuela.

Al día siguiente me despertaron los sollozos de la abuela. El tío Minh yacía ante ella, en silencio.

Me arrodillé con el tío Đạt y mi madre junto a la cama, con las manos en el pecho. La abuela tenía los ojos cerrados y con un palito golpeaba rítmicamente la campana de oración.

—*Nam Mô A Di Đà Phật, Nam Mô Quan Thế Âm Bồ Tát*.

Rezamos con ella.

Oí un ruido y me di la vuelta. Las chapas de metal chirriaron cuando se abrió la puerta de la casa y entró un torrente de luz. Entorné los ojos para intentar distinguir una sombra alta y delgada.

Al instante me puse de pie.

—¡Tío Sáng, has venido!

La abuela lo abrazó.

—Lo siento, mamá —dijo el tío Sáng, pero ella lo empujó hacia la cama.

Miré la calle con la esperanza de ver a la tía Hạnh, pero mi mirada solo encontró el vacío.

Detrás del tío Sáng, advertí por primera vez sus canas. Me pregunté qué canas le habrían salido por el pesar por su hija muerta,

qué cabellos habían perdido su juventud por culpa de su matrimonio roto y cuáles habían cambiado de color debido al miedo al demonio del agente naranja. Antes me daba lo mismo, pero ahora quería saberlo. Y era también el momento de averiguar cuáles eran las corrientes subterráneas de la vida de la tía Hạnh, las fuerzas que amenazaban con separarla de nosotros.

Cuando el tío Minh murió, cogí mi cuaderno y fui a la parte trasera de la casa. En cuclillas, me puse a escribir sobre un tío que me habían robado: había sido una hoja arrancada del árbol pero, en sus últimos momentos, seguía luchando para volver a sus raíces. Escribí sobre la abuela, que había albergado la esperanza de que el fuego de la guerra se hubiera extinguido, pero se había quemado con los rescoldos. Escribí sobre mis tíos, mi tía y mis padres, que se habían encontrado indefensos en una lucha fratricida y cuya guerra proseguía, estuvieran vivos o muertos.

Ante el enemigo

Nghệ An, 1980

Me hundí en la suave paja de arroz, la paja de arroz del pueblo de Vĩnh Phúc. Me rodeaba por todas partes. Inhalé su tenue fragancia y entendí por qué la abuela, cuando me había contado la historia de su vida, la describió como el perfume de su sueño.

La abuela, mi madre y yo habíamos llegado al pueblo de mis antepasados esa misma tarde. El señor Hải, su esposa, sus hijos y sus nietos estaban cenando cuando nuestro carro, tirado por búfalos, se detuvo ante su puerta. Se alegraron y nos rogaron que nos sumáramos a su sencilla comida. Cuando el señor Hải me puso arroz en el tazón, me sentí abrumada, ¿cómo podría yo alguna vez agradecerle lo suficiente que hubiera rescatado a la abuela de las manos del Fantasma Malvado y le salvara la vida defendiéndola de los aldeanos furiosos?

Nos quedamos hablando hasta altas horas de la noche. La abuela le contó al señor Hải nuestro viaje a Nha Trang y la historia del tío Minh.

—Cuánto lo siento —dijo el señor Hải con la voz temblorosa—. Debería haber hecho algo más para que Minh se encontrara con ustedes en algún lugar del camino cuando escaparon.

Me mordí el labio. Los acontecimientos turbulentos de nuestra historia familiar no solo habían separado individuos, sino que les había hecho cargar con sentimientos de culpa por cosas sobre las que no tenían ningún control.

—Tío, hizo usted todo lo que pudo —contestó la abuela—. Nos salvó la vida. Un día, la mujer de Minh y sus hijos volverán y vendrán aquí a darle las gracias.

No teníamos ninguna noticia de la tía Linh, Thịén y Nhân, pero la abuela creía que habían sobrevivido a su duro viaje por mar y que intentarían encontrarnos. No se lo había dicho a la abuela todavía, pero Tâm y yo estábamos intentando localizarlos mediante sus fotografías. Yo quería ser como la abuela, que nunca perdía la esperanza.

La abuela había esperado que el tío Sáng cambiara y este no la había decepcionado. Ahora nos venía a ver de vez en cuando. Vino con la abuela, con mi madre y conmigo a visitar a la tía Hạnh en Saigón. En el último festival de mediados de otoño me había enseñado a hacer un farolillo en forma de estrella para el desfile de luces.

Cogí el *sơn ca* y escuché sus canciones silenciosas. Me habría gustado que mi padre estuviera allí en aquel momento y viniera con todos nosotros a visitar a la familia de Tâm al día siguiente. Estuviera donde estuviera, sabía que él también quería a Tâm.

Los murmullos de la conversación de la abuela, mi madre y el señor Hải fluyeron hacia mí procedentes del cuarto de estar.

—El tío de Tâm me visitó hace unas semanas —anunció la abuela—. Me dijo que a Tâm le gustaría casarse con Hương la próxima primavera.

Me sonrojé. Tâm y yo éramos jóvenes. Todavía teníamos que terminar nuestros estudios, pero yo no quería esperar. Sabía que había encontrado al amor de mi vida.

—Es una noticia excelente —comentó el señor Hải.

—Todavía no he dado mi consentimiento porque tenemos que saber algo más sobre la familia —susurró la abuela.

—Pero no estoy preocupada —añadió mi madre—. Es un buen chico, seguro que procede de una buena familia.

Igual que mi madre, yo no tenía la menor duda. Ardía en deseos de conocer a los padres y a la hermana de Tâm. Pero me inquietaba el abuelo; esperaba que saliera de su habitación para saludarme y que

diera su visto bueno.

—¿Cómo podrías no gustarle? Le gustas a todo el mundo —dijo Tâm, levantando las cejas, cuando le conté mis inquietudes—. Además, si tiene algún problema, tendrá que aguantarse. Para mí es un desconocido. —Tâm me abrazó y acercó los labios a mi oído—. Te quiero y pronto serás mi mujer.

Cerré los ojos y me vi navegando por un río a bordo de un sampán con Tâm a mi lado. El barco se agitaba en la rápida corriente. Por delante teníamos rocas y remolinos, pero me sentía segura. Sabía que, fueran los que fueran los peligros que nos aguardaban, los enfrentaríamos juntos.

El canto del gallo atravesó las paredes de adobe y me arrancó de mi sueño. Abrí los ojos. Me había dormido en el nido de paja, pero ahora estaba en una cama de bambú en la que solo había dos almohadas hundidas. Seguramente, mi madre y mi abuela me habían acostado, pero ¿dónde estaban?

Retiré la mosquitera, salí de la cama, me vestí y corrí al exterior. El cielo nocturno estaba adquiriendo un tono gris. El aire fresco y estimulante se deslizó sobre mi piel.

Una fina capa de neblina flotaba suspendida en el jardín de la casa. En las ramas de los árboles, los pájaros intercambiaban chismorreos.

Mi madre, la abuela y el señor Hải estaban sentados en una estera, en el suelo del porche, con una taza de té humeante en las manos.

—¿Qué hacías, Hương? Te quedaste dormida en el nido de paja —dijo la abuela.

—Estaba buscando el perfume de tu sueño —contesté sonriendo y cogiendo la taza que me daba el señor Hải. El té tenía un sabor tan fresco y estimulante como el aire del campo.

—¿El perfume de mi sueño? —preguntó la abuela con una carcajada—. ¿Y lo encontraste?

—Seguro que los mosquitos la encontraron primero a ella —dijo

mi madre, examinando la multitud de puntos rojos que tenía en las piernas. Cogió otra taza de té, sopló para enfriarla y me puso un poco de líquido en las picaduras. El picor desapareció. Me recosté sobre ella, convertida en una niña al sentir la calidez de su cuerpo.

El sol se levantó por encima de una cortina de nubes y pintó el cielo de rosa mientras esparcía sus suaves rayos sobre el jardín.

—Todo ha cambiado mucho —dijo la abuela—. Me temo que me siento como una forastera.

Mi madre terminó la taza. Sujetó a la abuela por el codo y la ayudó a levantarse. El señor Hải y yo nos apresuramos a ponernos las sandalias.

Recorrí con pies ligeros el camino del pueblo que tan bien conocía por las historias de la abuela. Pasamos junto a la pagoda, con su tejado curvo como los dedos de una exquisita bailarina, en el mismo momento en que el tañido de su campana reverberaba en el aire frío. Delante de nosotros se extendían los estanques de aguas tan lisas como sábanas de seda. Los densos doseles de bambúes se mecían y daban sombra a las casas bajas que se alineaban junto al camino.

Varios campesinos saludaron al señor Hải. Una mujer mayor se quedó petrificada en mitad del sendero:

—Diệu Lan, ¿es usted? —preguntó. Las arrugas de su rostro se acentuaron cuando la abuela asintió.

La mujer dejó en el suelo las cestas con las que cargaba.

—Cuánto siento todo lo que sucedió.

—Me alegro de verla, hermana —dijo la abuela—. Lo pasado, pasado está. Le deseo todo lo mejor.

Vimos alejarse a la mujer con paso oscilante, cargada con las cestas colgando de la caña de bambú que llevaba sobre los hombros.

—Era una de las que gritaba consignas y agitaba el puño —dijo mi madre—. No olvidaré nunca su cara de perra.

—Intenta olvidar y perdonar, Ngọc —dijo la abuela—. Si guardas resentimientos, tendrás que cargar con el peso de la pena.

El señor Hải negó con la cabeza.

—Pero fue horrible. Sus padres la salvaron durante la gran

hambruna y luego alzó el puño contra usted.

Llegamos a un sendero lleno de agujeros.

—El camino a nuestra casa —dijo mi madre, sin aliento.

—Nuestra casa, nuestra casa —repitió la abuela con emoción. Seguí su mirada y vi la gruesa valla que protegía una gran finca.

Llegamos al portón. Atisbé el interior esperando ver una impresionante *năm gian* con cinco zonas de madera rodeada de un frondoso jardín. Pero me llevé un disgusto al ver un paisaje abandonado.

—Ahora viven aquí siete familias. —El señor Hải nos hizo pasar por la puerta abierta. Alzó la voz—. ¿Hay alguien en casa?

La abuela, mi madre y yo caminamos muy juntas y entramos en el resbaladizo patio delantero. Si bien en otro tiempo estuvo pavimentado con baldosas rojas, ahora estaba lleno de basura y salpicado de agujeros llenos de agua verdosa. El longan ya no estaba allí. Las hierbas y el musgo habían cubierto todos los rincones.

¡Y la casa! ¿Dónde estaban las puertas con sus exquisitas tallas de flores y pájaros? ¿Los postigos lacados de color oscuro que brillaban al sol? ¿Los dragones y los fénix de cerámica que bailaban en las esquinas curvas del tejado?

Creía que estaba preparada para lo peor, pero no esperaba aquello. No esperaba un edificio desvencijado sin puertas ni ventanas. No esperaba ver paredes podridas cubiertas de carteles de propaganda sobre planificación familiar y drogadicción; no esperaba tabiques añadidos de cualquier modo que sobresalían del suelo como las espinas de un pescado.

Un olor fétido me inundó la nariz. El huerto era un trozo de tierra con agujeros sobre los que zumbaban nubes de moscas verdes.

—Retretes al aire libre —dijo el señor Hải dando un suspiro—. El abono es caro y los excrementos humanos son oro —dijo, agitando la mano para ahuyentar las moscas—. Cuando las familias llegaron a esta casa, se pelearon por el reparto de los excrementos. Ahora cada uno tiene su propio retrete.

—Esto era el paraíso terrenal —dijo mi madre, apretando los puños—. Vámonos, mamá, no puedo soportarlo.

Pero la abuela ya se había separado de nosotros y corría hacia la entrada de la casa. Acababa de aparecer una mujer mayor con el cabello blanco. Caminó por el gran porche con ayuda de un bastón. Al llegar a los cinco escalones que conducían al patio, tiró el bastón y se puso sobre las manos y las rodillas para bajar como un animal.

—Deje que la ayude —dijo la abuela, ayudándola a levantarse.

Al acercarme, vi el rostro de la mujer. Una frente prominente. Dientes de conejo. La carnicera. Había atacado a la abuela con saña y se había empeñado en encontrarla. Era ella quien había echado a mi familia de la casa de sus antepasados para quedársela.

Si la abuela odiaba a aquella mujer, lo cierto es que no lo demostró. La cogió de la mano y la ayudó a bajar las escaleras.

—¿Quién eres? —la carnicera alzó los ojos blancos hacia la abuela. Con una mano marchita le tocó la cara y la olió.

—He venido a visitar a un amigo del pueblo —dijo la abuela con su acento de Hanói.

—No me sorprende que huelas bien, no como las ratas que viven aquí. —La mujer gimió—. Oh, cómo me duelen los huesos. —Se dio un puñetazo en la espalda—. ¿Me acompañas al retrete que está más cerca de la cocina? Tengo que producir mi cuota diaria, si no, el cabrón de mi hijo me dará un bastonazo de castigo.

La abuela condujo a la carnicera a su retrete. Teniendo en cuenta todo lo que había sufrido en la vida, bien podría haberla empujado al agujero lleno de excrementos humanos, pero, en lugar de ello, ayudó a la mujer a colocarse y la dejó allí.

Cuando nos dábamos la vuelta para marcharnos, miré a la mujer de pelo blanco agachada en el suelo, rodeada de una nube de moscas.

—El Cielo tiene ojos —dije—. Quien se comporta con crueldad, recibe crueldad.

Llegó un carro tirado por búfalos. La abuela lo cargó de ramos de flores, cestos de fruta y varillas de incienso. El señor Hải subió al carro y nos ayudó a subir. Dijimos adiós a su familia y avanzamos en

silencio.

El bosque de Nam Đàn abrió sus brazos verdes para recibirme cuando bajamos del carro. La abuela encontró un arbusto cubierto de flores que exhibían sus pétalos.

—Bayas de *sim*. —Me dio un par de frutos de color morado. Me llevé uno a la lengua y su dulzor me llenó la boca.

Cuanto más nos adentrábamos en el bosque, más ligera me sentía. El sendero, cercado de árboles altos que se mecían movidos por el viento, fue estrechándose. Nos abrimos paso por un arbusto y nos encontramos en un pequeño claro rodeado de matas. Las flores silvestres lo cubrían de color rojo, amarillo, blanco y morado, y sobresalían cinco montículos: la tumba de mis abuelos, la del abuelo Hùng, la del tío abuelo Công y la de la señora Tú. La abuela había hecho que los trasladaran para que pudieran estar juntos en la muerte.

La abuela se arrodilló con las palmas delante del pecho. Tocó el suelo con la frente y se quedó así durante largo rato. Hice lo mismo mientras las lágrimas me ardían en los ojos.

Mi madre y yo colocamos las flores delante de las tumbas. Abrimos las bolsas y pusimos la fruta en grandes bandejas.

El señor Hải encendió unas varillas de incienso. Las cogí y las levanté: el humo ascendió, elevando al Cielo mis plegarias a mis antepasados. Su muerte y su sufrimiento me habían enseñado lo que eran el amor y el sacrificio.

—Por favor, encontrad a mi padre —susurré. Necesitaba saber si estaba vivo o muerto.

Cuando llegamos al pueblo de Tâm en Há Tĩnh, lo encontramos en el camino de su casa, esperándonos. Llevaba una camisa que le había hecho yo gracias a las habilidades que había adquirido en las clases de *nũ công gia chánh*, 'labores del hogar'. Su cara se iluminó cuando me vio y en ese momento supe por qué lo quería tanto. Desde que nos conocimos, se había convertido en un hombre alto. Al verlo, todavía me flaqueaban las rodillas.

Ayudó a todos los demás a bajar del carro, luego se volvió hacia mí, me cogió por la cintura, me levantó en vilo y me hizo describir círculos en el aire. Mientras me sonrojaba, me susurró:

—Te he echado de menos.

Le rogué que me dejara en el suelo. A nuestro alrededor se había congregado un grupo de niños que reían, llevándose la mano a la boca.

Tâm nos guio por un sendero sinuoso.

—Mis padres están ansiosos por conocerte. —Me apretó la mano.

Un hombre y una mujer aparecieron bajo los colores resplandecientes de la buganvilla que crecía en la fachada de una casa de ladrillo.

—*Chào bà, chào bác* —saludaron a la abuela y al señor Hải.

La madre de Tâm se acercó a la mía y la abrazó.

—Estoy feliz de que haya podido venir, hermana. Su hija tiene los mismos hermosos rasgos que usted —dijo mirándome, y me ruboricé.

—Por favor, pasen —dijo el padre de Tâm.

—Gracias por los regalos que nos han enviado —dijo la abuela —. Me alegro de poder conocerlos por fin.

El aire fresco del interior de la casa de Tâm me dio la bienvenida. Era un hogar acogedor. Había plantas con flores junto a las ventanas iluminadas por el sol; de las paredes colgaban hermosos cuadros.

—Lánh, la guerrera —dijo Tâm, presentándome a su hermana. Me gustó de inmediato su sonrisa. Llevaba en el pelo la diadema rosa que le había confeccionado para que Tâm se la regalara. Parecía tener mi talla, quizá podría hacerle una camisa.

En la cocina, las sartenes chisporroteaban y las ollas humeaban. La madre de Tâm regresó a sus fogones. Me arremangué y me puse a lavar verduras con Lánh. Para mi sorpresa, no estaba nerviosa. Era agradable charlar con la madre y la hermana de Tâm. Sus risas me relajaban y reí con ellas.

Cuando la comida estuvo lista, primero se la ofrecimos a los

antepasados de Tâm. Pusimos los platos en una bandeja de cobre y los decoramos con tomates y cebollas que simulaban ser rosas rojas y lotos blancos. Llevamos la bandeja al cuarto de estar, donde su padre estaba sirviendo té a mi madre, la abuela y el señor Hải.

Ayudé a Tâm a colocar la comida en la mesa frente al altar de su familia. Se puso a mi lado.

—Hoy pediré a mis antepasados que te acepten como mi esposa. No puedo esperar hasta la próxima primavera.

Le di un pellizco.

—No seas tan impaciente.

Me devolvió el pellizco.

—Sé una buena esposa.

Mientras intentábamos esconder nuestra risa, la madre de Tâm pasó junto a nosotros llevando del brazo a un hombre mayor. Estaba encorvado, le temblaban las manos y las piernas. Parecía sufrir grandes dolores.

—Mi padre. —La madre de Tâm lo presentó a la abuela, mi madre y el señor Hải.

La abuela miró hacia arriba. Abrió la boca. Invocó al Cielo y a la Tierra. Parecía aterrorizada, más de lo que jamás la había visto.

—*¡Ôi trời đất ơi!* —exclamó el señor Hải y, a continuación, la abuela se desplomó en el suelo.

En la cama de Tâm, mi madre le dio un masaje a la abuela en la frente.

—Despierta, por favor —supliqué.

Las pestañas de la abuela se movieron. Pero ¿qué estaba pasando? ¿Por qué lloraba?

Todo su cuerpo se agitaba.

—No, no puede ser verdad —gimió.

Quise cogerle las manos, pero el señor Hải me apartó de la cama.

—Hương, dale algo de tiempo.

Me quedé temblando junto a la pared, contemplando cómo mi madre intentaba desesperadamente consolar a la abuela.

El señor Hải se paseaba de un lado a otro.

—Tío abuelo Hải, ¿qué está pasando? —pregunté.

—Hương, no estoy seguro… —contestó, negando con la cabeza.

—¿Qué? Dímelo. —Le agarré el brazo.

—Lo siento.

—¿Por qué?

El señor Hải me miró con los ojos muy abiertos. La comisura de sus labios se torció. Me puso las manos en los hombros y me abrazó largo rato.

—Lo siento mucho, Hương… el abuelo de Tâm es el Fantasma Malvado.

—¡No! —Lo alejé de mí—. Seguro que se equivoca.

—Ojalá me equivocara, Hương. Trabajé para él. Lo conocí bien.

Salí de la habitación. Pasé corriendo por delante de Tâm, sus padres y del Fantasma Malvado. Crucé el arco de flores y llegué a la carretera del pueblo.

—Hương… Hương… —Tâm estaba detrás de mí, su voz se imponía sobre el rumor del viento. Pero yo corría más. No podía volver con él. No podía quererlo. Era carne y sangre del peor enemigo de la abuela.

Nos fuimos a Hanói al día siguiente, mucho antes de lo previsto. El autobús estaba lleno de gente. Me sentía vacía. Mi madre intentaba consolarme, pero sus palabras no podían dar alas a la pena que lastraba mi corazón.

¿Tâm había sabido la historia del Fantasma Malvado y no me la había contado? ¿Me había mentido?

En casa, puse el *sơn ca* en el altar familiar. Me arrodillé, agaché la cabeza y toqué el suelo con la frente. Recé para que el alma de mi padre volviera a casa. Ahora aceptaba que no volvería a ver nunca a mi padre. Ahora era ya capaz de aceptar que se me arrebatara a un ser querido.

Tâm vino a verme. Me alejé de él. Empezó a seguirme desde la universidad hasta casa. Hice caso omiso. No le contesté cuando me dijo que ignoraba el pasado de su abuelo. Respondí con mi silencio a

sus palabras de disculpa.

Pero por mucho que me esforzara, murmuraba el nombre de Tâm cuando no estaba conmigo. Echaba de menos nuestras conversaciones, nuestras risas, nuestras peleas. Al mismo tiempo, temía que volver con Tâm supusiera traicionar a la abuela.

Terminó el verano, pasó el otoño y llegó el invierno. Tâm desafiaba el frío y me seguía en bicicleta. Hablaba conmigo como si nada hubiera cambiado. Me habló de los resultados de su investigación: estaba estudiando el arroz. Los campesinos de su provincia estaban plantando una nueva variedad que había desarrollado él. Me habría gustado poder hablarle de lo que escribía. Sin él, mis nuevos poemas yacían en la oscuridad, mudos.

Un día frío y lluvioso, Tâm no me esperó a la salida de clase. Me retrasé un poco para ver si llegaba tarde, con aquella sonrisa que iluminaba la lluvia y aquella voz que me envolvía con su calidez. Llegó la noche, pero la noche no lo trajo. Las calles hasta mi casa me parecieron largas y grises.

El tiempo pareció detenerse. Oía mis latidos. El menor ruido me sobresaltaba. Veía la cara de Tâm en todas partes, pero cuando intentaba tocarla, solo había aire.

Pasaron seis días. Volvía a casa en bicicleta, sola. El invierno nunca me había parecido tan frío. Tenía más frío que aquel día de noviembre, muchos años atrás, cuando me escondí en el refugio con la abuela para protegerme de las bombas cubierta de agua hasta la cintura. Entonces tenía miedo de morir. Ahora me aterrorizaba seguir viviendo sin mi alma gemela, sin mi mejor amigo.

Pedaleé despacio por el barrio silencioso, donde las casas de ladrillo habían sustituido a las chabolas hechas con planchas de hojalata. Nuestro *bàng* era ya muy alto.

Al entrar en casa con la bicicleta me encontré a la abuela sentada junto a la mesa. Tenía algo en las manos. Estaba tan absorta en sus pensamientos que ni siquiera levantó la cabeza cuando entré.

Me senté a su lado.

—Abuela, ¿estás bien?

—Acaban de venir a verme Tâm y sus padres.

Abrió las manos y vi un espléndido collar.

Toqué la cadena de oro y en mis manos brilló un rubí. Recordé toda la historia de la abuela.

—La bisabuela tenía este rubí en el bolsillo y el Fantasma Malvado se lo quitó. Es el tesoro de la familia —dije.

La abuela asintió.

—Ese hombre tan terrible me lo robó y lo ha guardado durante todos estos años. Le contó a su hija su pasado antes de morir. La madre de Tâm, al enterarse de la historia del collar, ha insistido en que volviera a nuestra familia.

—¿Ha muerto el Fantasma Malvado, abuela? ¿Cuándo?

—La semana pasada. Sí, ha muerto. Está muerto y es imposible deshacer el mal que hizo. El Fantasma Malvado no solo hizo daño a otras personas, Hương, también causó dolor a su propia familia. Pegaba a su hija con violencia. La gente del pueblo pensaba que no sobreviviría a sus palizas.

Pensé en la madre de Tâm, en su sonrisa y en sus tiernas palabras. Era una hermosa flor de loto que había crecido en un estanque lleno de barro.

La abuela negó con la cabeza.

—Cuando me ha dado el collar, no podía creérmelo. La madre de Tâm podría haberlo vendido por una fortuna, pero dice que es importante que lo recuperemos y que le gustaría poder compensar todo el mal que su padre ha causado. Le he dicho que no era culpa suya; ella ha sido también su víctima, como nosotros.

La abuela me cogió la mano.

—Hương, he estado pensando… Tâm no tiene nada que ver con lo que ha pasado. Antes creía que la sangre acababa imponiéndose, pero la sangre evoluciona y cambia. Los jóvenes no tienen la culpa de lo que han hecho sus mayores —sonrió—. Tâm es un hombre bueno, Hương. Y he visto que te hace feliz. Me ha dicho hoy que eres todo para él y que no piensa rendirse.

—¿Eso ha dicho?

—Sí, delante de sus padres, lo que es importante. Entiendo lo difícil que ha sido todo esto para ti. Pero también sé que el amor verdadero es poco frecuente y, cuando lo encontramos, no podemos dejarlo escapar. Lo que te quiero decir, querida Hương, es que si quieres ver a Tâm de nuevo, tienes mi bendición.

Los ojos de la abuela irradiaban luz. Incluso las arrugas se habían suavizado. Su rostro ya no expresaba tristeza. Parecía tranquila y en paz, tanto como un buda.

Me levanté, hice que la abuela se incorporara y la abracé.

Las canciones de la abuela

Nghệ An, 2017

Dejo el *sơn ca* delante de la tumba de la abuela. Los niños se arrodillan a mi lado. Tâm prende una cerilla y enciende las varillas de incienso. Se vuelve hacia mí y me sonríe.

—Sé que la abuela está orgullosa de ti. Y yo también, amor mío —dice mientras el aroma del incienso nos envuelve con su fragancia.

—Me has ayudado a hacerlo posible, Tâm. —Sostengo un grueso montón de papeles, la historia de mi familia, contada por la abuela y por mí.

—¿La bisabuela podrá leerlo en el Cielo? —pregunta nuestro hijo Quang, dando unas palmadas en la cubierta.

—Cuando lo quememos, el humo lo llevará hasta ella —dice nuestra hija Thanh. Lo cree porque le gustaba tanto como a mí escuchar a la abuela.

Levanto una copia de mi manuscrito por encima de la cabeza. En una ocasión, la abuela me dijo que las penalidades a las que nos habíamos enfrentado los vietnamitas a lo largo de la historia eran tan altas como las más altas montañas. He tomado distancia suficiente para ver las cumbres y, al mismo tiempo, he estado lo bastante cerca para contemplar cómo la abuela se convirtió también en la más alta de las montañas: siempre presente, siempre fuerte, siempre protectora.

Cierro los ojos. El dulce rostro de la abuela aparece ante mis ojos. «Me alegro de que hayas contado nuestra historia, Guayaba.

Estoy ansiosa por leerla».

—Te echo de menos, abuela.

El fuego se enciende en las manos de Tâm. Nuestros hijos ayudan a quemar hoja tras hoja.

Las volutas de humo ascienden en el aire y, entre las pavesas, veo cómo se agita mi *son ca*. Aletea, dobla el cuello y canta las canciones de mi abuela para que lleguen al Cielo.

Agradecimientos

El canto de las montañas está inspirada en las experiencias de mi familia y de otras personas cercanas. Estoy agradecida a mis padres, mis parientes y otros vietnamitas que me han contado sus experiencias personales y me siguen inspirando con su valor y su compasión.

Estoy en deuda con *thầy* Trương Văn Ánh, que me empezó a enseñar inglés cuando cursaba octavo. No sabía yo entonces que un día encontraría mi voz en inglés para narrar ficción histórica, y no en vietnamita, mi lengua materna. Mi marido, Hans Farnhammer, cree en mí y me animó a dejar mi trabajo remunerado para dedicarme a escribir. Peter Conners, de BOA Editions, y la Lannan Fundation me abrieron la puerta a una carrera internacional con la publicación de mi libro de poesía, *The Secret of Hoa Sen*, que yo misma traduje del vietnamita al inglés con la ayuda del poeta y profesor Bruce Weigl. Una beca de Lancaster University para el máster de creación literaria me ha dado la oportunidad de investigar y escribir esta novela. Agradezco la tutela de mi mentora, Sara Maitland, y las sugerencias de otros escritores de Lancaster, especialmente a Philip Caveney, Zoé Lambert, Graham Mort, Anne O'Brien, Laura Morgan, Michelle Scowcroft, Mary Chism, Joe Lavelle y Suzanne Conboy-Hill. Han sido también de enorme valor las aportaciones de los veteranos de guerra Đinh Văn Tùng, Nguyễn Văn Bảo, Trần Minh Quang, Bruce Weigl, John Havan, Wayne Karlin y Tracy French.

El maestro John Havan, que también ha sido novelista, me enseñó la técnica de defensa personal llamada Kick-Poke-Chop

inventada por él para sobrevivir a los ataques en la vida real.

Helle Kafka ha viajado conmigo desde el comienzo de esta novela. Beth Phillips ha ampliado mis horizontes de lectura al darme un trabajo en la biblioteca de la American International School de Dhaka, Bangladesh.

Quisiera expresar un agradecimiento especial al señor Cướng Nguyễn y a la señora Thảo Đỗ por su inspiración. El novelista Viet Thanh Nguyễn, tan lleno de talento como de generosidad, me ayudó al darme valor y me presentó a mi maravillosa agente, Julie Stevenson, que prestó oídos a *El canto de las montañas* a pesar de los océanos que nos separan. Mi hermana literaria, Thanhhá Lại, trabajó conmigo hasta altas horas de la noche y bien temprano por la mañana para traducir proverbios vietnamitas. Paul Christiansen y el doctor Eric Henry me ayudaron a traducir las complejas palabras y frases en vietnamita.

He tenido la inmensa fortuna de que las montañas encuentren su hogar en Algonquin Books. Mi editora, Betsy Gleick, es brillante, cálida y supone un gran apoyo. Ha sido un honor trabajar con ella, así como con las muchas otras personas de Algonquin, tan capaces como atentas, entre las que me gustaría mencionar a Brunson Hoole, Michael Mc-Kenzie, Anne Winslow, Randall Lotowycz, Elisabeth Scharlatt, Stephanie Mendoza, Debra Linn, Lauren Moseley y Kendra Póster. Esta novela también se ha beneficiado de la aguda y cuidadosa lectura de Chúc Mỹ Tuệ (Teresa Mei Chuc), Eva Maaten, Abby Muller y Chris Stamey.

Estoy muy agradecida a las organizaciones e individuos que me dieron fuerza cuando más la necesitaba, especialmente el programa de becas de Australia Awards, el Diasporic Vietnamese Artists Network (DVAN), el Djerassi Resident Artists Program, Rick Simonson, chị Tuyết Nga y los magníficos redactores que han leído y sabido resumir en frases brillantes mi novela para su promoción.

Y a mis hijos, Clara Quế Mai y Nguyễn Minh Johann: gracias por ser mi luz durante los años que he dedicado a escribir *El canto de las montañas*.

Nacida en 1973, durante la guerra de Vietnam, NGUYỄN PHAN QUẾ MAI creció siendo testigo de la devastación de la guerra y de sus secuelas. Trabajó como vendedora ambulante y cultivando arroz antes de ganar una beca para estudiar en la universidad en Australia. Es autora de ocho libros de poesía, obras de ficción y no ficción en vietnamita, y sus obras se han traducido y publicado en más de diez países, más recientemente en la antología editada por Norton con el título «*Inheriting the War*». Entre otros, ha recibido el Premio de Poesía del Año 2010 de la Asociación de Escritores de Hanói, el Capital's Literature & Arts Award y el primer premio en el certamen poético para conmemorar los mil años de Hanói. Que Mai obtuvo un doctorado en Escritura Creativa por la Universidad de Lancaster, Reino Unido. Reside parte del tiempo en Indonesia y en Vietnam.